La imaginación sociológica

C. WRIGHT MILLS



Mills estudia los problemas teóricos, prácticos y morales de las ciencias sociales y de las escuelas de sociología estadounidenses, y al mismo tiempo resulta una nueva formulación y una defensa del análisis sociológico clásico que da orientación cultural a nuestros estudios humanos.

La imaginación sociológica incluye al actor, la acción y las relaciones sociales; por eso «ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada laboral». Este tipo de imaginación capta lo que ocurre en el mundo y lo que pasa en el individuo porque relaciona las inquietudes personales con los problemas públicos. Ésa es una distinción de toda obra clásica de ciencia social; es una cualidad mental particular que se opone a cualquier conjunto de técnicas burocráticas que impiden la investigación, precisamente por imponer metodologías de moda o conceptos oscuros sin relación con los problemas públicos importantes. El refinamiento escolástico de métodos y técnicas de investigación, conjugado con el formulismo de la teoría, es contrario a la imaginación sociológica.

Mills postula la imaginación sociológica como aquella que «permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos». Para conquistarla, se requería huir de los procedimientos rígidos, del fetichismo del método y de la técnica; no fanatizar modelo teórico alguno, estudiar estructuras sociales y evitar la especialización; romper las fronteras de las disciplinas y estar atento a la imagen de la humanidad o a la noción genérica de la naturaleza humana del momento; comprender a los humanos como actores históricos-sociales y, sobre todo, jamás renunciar a la autonomía moral y política. Tres términos sintetizan esta imaginación sociológica: heterodoxia, autonomía y principios normativos.

Lectulandia

C. Wright Mills

La imaginación sociológica

ePub r1.0
Titivillus 18.11.2017

Título original: *The sociological imagination*
C. Wright Mills, 1959
Traducción: Florentino M. Torner

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Harvey y Bette

PRÓLOGO

La traducción de un libro implica algo más que un mero problema lingüístico. Se trata de introducir en cierta cultura el producto de otra, alejada o próxima de la primera pero, en todo caso, *distinta*. Es bien sabido que la *traducción* en este sentido especial será tanto más fácil cuanto más «comunicable» es el significado del objeto cultural de que se trata. La máxima comunicabilidad la encontramos obviamente en la ciencia, sobre todo a través del lenguaje universal de la matemática. Pero aun aquí hallamos notables diferencias, pues la comunicabilidad podrá variar en razón de la universalidad del contenido, de la problemática y conceptualización de cada disciplina en particular. La Sociología se halla a este respecto en una fase de *comunicabilidad* por cierto menor de la que existe, por ejemplo, en Economía, para quedar en el ámbito de las Ciencias Sociales. Debe reconocerse que en las últimas décadas se ha ido acentuando un proceso de universalización de esta disciplina y que está emergiendo lo que podríamos llamar una Sociología «mundial» en oposición a las Sociologías «nacionales» tan características de una etapa previa de su desarrollo, con su estrecha vinculación a las tradiciones intelectuales y a las peculiaridades culturales de cada país.

Este libro trata por cierto problema universales, problemas que surgen de algunos de los dilemas que debe enfrentar la disciplina en la presente fase de su desarrollo; no obstante, el examen que realiza Mills no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América Latina: en este sentido la «traducción» requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario y a la vez evaluar su significado con relación al contexto intelectual y científico propio de la cultura en que se trata de introducirlo.

La Sociología —ya se ha dicho— atraviesa una fase de universalización. ¿De qué manera se caracteriza esta emergente «Sociología mundial»? Quizás sea posible sintetizar en unos puntos lo esencial del cambio: *a)* En primer lugar, la acentuación del carácter *científico* de la disciplina con la adopción de principios básicos del conocer científico en general, aunque con su propia especificidad metodológica; las antiguas controversias sobre el carácter más «filosófico» o más «empírico» pueden considerarse superadas: nadie ya duda de que la Sociología es una disciplina positiva, en la que la fase «empírica» se halla indisolublemente unida a la etapa «teórica», siendo una sola y misma cosa del mismo modo que hipótesis y verificación constituyen «momentos» inseparables de todo conocer científico. Análogamente, es muy difícil, por no decir imposible, encontrar hoy quien defienda el carácter «culturalista» o «espiritualista» de la Sociología en los términos tan propios del pensamiento alemán de fines del siglo pasado y comienzos del actual y que tanta difusión y aceptación encontró en el mundo de habla hispana. Hoy en día el problema de las relaciones entre teoría e investigación se plantea en términos en extremo más

concretos —operacionales, diríamos— y, por ejemplo, parte de las preocupaciones de Mills versan precisamente sobre la forma más productiva de entender y llevar a cabo el proceso de verificación; *b)* El desarrollo de procedimientos de investigación en extremo más refinados y poderosos de los que existían en el pasado: mientras en la época de Durkheim o Simmel, por ejemplo, el sociólogo debía limitarse a utilizar únicamente datos *preexistentes* ahora dispone de técnicas que han ampliado de manera insospechada sus posibilidades de observación y de experimentación en el campo de los hechos sociales. Las estadísticas oficiales, las obras históricas, los documentos personales o de otra índole, constituían antes las únicas fuentes para el investigador. Incluso en antropología los relatos de viajeros fueron todo el material sobre el que trabajaron los antropólogos clásicos. La observación sobre el terreno apoyada en el uso de una gran variedad de técnicas se ha transformado ahora en una práctica habitual del investigador social, y de este modo el alcance de la observación se está extendiendo cada vez más, y sectores del comportamiento humano, una vez del todo inaccesibles, pueden ahora ser objeto de un estudio perfectamente ajustado a los más ortodoxos cánones de la metodología científica. La experimentación *stricto sensu* que siempre pareció vedada al sociólogo es ahora posible, por lo menos en ciertas esferas. Este desarrollo ha implicado lo que podríamos llamar una creciente *tecnificación* de la Sociología: estandarización de procedimientos de investigación, uso generalizado de determinados instrumentos, rutinización de tareas y carácter colectivo de las mismas; necesidad de invertir considerables recursos para ciertas investigaciones, de contar con equipo material, locales, personal administrativo y técnico, etc.; *c)* Estos requerimientos de la nueva metodología y la tecnificación de ciertas fases de la investigación sociológica han conducido a otras importantes innovaciones y particularmente al crecimiento del aspecto *organizativo* de la labor científica. Mientras que en el pasado la regla era el investigador aislado y su biblioteca, en la actualidad lo normal es el *Instituto*, con su compleja organización humana y material, con una concentración considerable de recursos económicos, y, también, con todas las consecuencias malas y buenas de la burocratización. Puede decirse que se ha pasado de una fase *artesanal* a una fase *industrial* de la investigación, y esta transición ha sido genuinamente requerida por las innovaciones metodológicas y técnicas, aun cuando las exageraciones de una época dominada por la organización puedan haber introducido en ciertos casos deformaciones perjudiciales; *d)* Un cuarto proceso —también vinculado con el anterior— es la creciente *diferenciación* interna de la Sociología, el surgimiento de numerosísimas ramas especiales. Esto es por supuesto el resultado del crecimiento y expansión de los estudios. Así, ya desde la época de Durkheim, al lado de la Sociología general (cuya legitimidad este autor ponía en duda, por lo menos para las primeras fases del desarrollo de la disciplina), surgió una considerable variedad de especializaciones, y la nomenclatura adoptada en el *Année Sociologique* todavía ejerce su influencia en la clasificación de las disciplinas sociológicas. En la actualidad el crecimiento de la

bibliografía y la enorme expansión de la labor de investigación, hacen prácticamente inasequible la posibilidad de que una sola persona pueda alcanzar y mantener un nivel de conocimientos adecuados en todas o incluso en varias de las ramas de la Sociología. De ahí la necesidad de especialización y de especialistas con todas sus conocidas ventajas y desventajas; *e)* La tecnificación, expansión y diferenciación interna debían conducir necesariamente a otro cambio: al surgimiento de *escuelas* específicamente dedicadas a la enseñanza de la Sociología, en reemplazo de las antiguas «cátedras» aisladas incluidas en el *curriculum* de las facultades de Filosofía, Derecho u otras. De este modo, y de manera análoga a lo ocurrido en el campo de la investigación, la enseñanza de la Sociología requirió una forma mucho más compleja de institucionalización: instituciones especiales, multiplicidad de cursos y de materias, títulos profesionales específicos, y el paralelo surgimiento de los medios de control científico y académico destinados a asegurar un nivel profesional adecuado; *f)* También en relación con este desarrollo, con la *profesionalización* de la Sociología —tanto como actividad puramente académica, como en cuanto actividad «aplicada»— se produjeron o se están produciendo una serie de otros cambios: surgimiento del «rol» del sociólogo, diferenciado en el del «científico puro» y en el del «profesional» o del «técnico», el primero dedicado principalmente a tareas académicas de enseñanza o de investigación en el campo de la «ciencia básica» (como suele decirse hoy), y el segundo desempeñando tareas en toda clase de instituciones públicas y privadas, en los más diferentes campos: económicos, asistenciales, educacionales, religiosos, etc. De aquí una serie de nuevos problemas de carácter material y —especialmente— moral, derivantes éstos de la particular situación del sociólogo y de las difíciles alternativas que se le presentan una vez puesto a *intervenir* —de una manera u otra— en esa misma realidad humana que en el pasado se limitaba a estudiar, a tratar como mero y desinteresado observador; g) Un efecto digno de ser notado, derivado de la extrema diferenciación interna, ha originado otro rasgo característico de la Sociología actual, rasgo por lo demás íntimamente vinculado a la naturaleza misma de la disciplina: la tendencia hacia la llamada cooperación interdisciplinaria, el trabajo en equipo de especialistas de diferentes ramas de la Sociología y de otras ciencias sociales. Esta cooperación supone desde luego un proceso previo de especialización, y aun cuando sólo sea posible en base al uso de un lenguaje común, de una base compartida de comunicación, su sentido es justamente el de aprovechar las ventajas de la especialización, corrigiendo al mismo tiempo su inevitable unilateralidad. Propósito en extremo difícil de lograr de manera cumplida y que, puede decirse de paso, tiende a reforzar algunos de los rasgos apuntados anteriormente, en particular el aspecto organizativo, el trabajo en equipo, y más específicamente en «comisiones», «grupos de trabajo» y formas similares, los que se han vuelto hoy una experiencia habitual para el sociólogo y el científico social en general; *h)* Por último todos estos cambios, que han transformado tan radicalmente a la Sociología, no podían dejar de influir de manera no menos poderosa sobre el tipo

de personalidad requerido al sociólogo en sus nuevos papeles en considerable medida contradictorios —el de «hombre organización», por un lado, y el de «erudito», por el otro.

Se advertirá fácilmente que esta profunda transición no es de ninguna manera peculiar o exclusiva de la Sociología: por el contrario, corresponde a una tendencia claramente perceptible en toda la ciencia contemporánea a la vez que refleja ciertos rasgos esenciales y bien conocidos de la sociedad industrial. La creciente importancia de la organización, con su consecuente burocratización, impersonalidad del trabajo, fragmentación de tareas es obvia en el campo de las ciencias de la naturaleza; también es inevitable hoy la separación del sabio con respecto a la propiedad o el control de los instrumentos científicos que usa: la magnitud de la inversión necesaria para montar un moderno laboratorio rebasa infinitamente las posibilidades individuales y en la mayoría de los casos sólo resulta asequible al Estado o a las grandes fundaciones en las entidades internacionales, es decir, siempre a organizaciones que trascienden «la escala humana» y que se caracterizan por su estructura burocrática y por la concentración del poder. El hecho de que ahora este proceso empieza a afectar el campo de lo que en un tiempo se incluía en las «humanidades», en particular la Antropología Cultural o Social, la Psicología y la Sociología, sólo pone de relieve de manera más dramática aún los problemas y los dilemas que el hombre de ciencia moderno está llamado a enfrentar, cualquiera que sea el campo específico de su quehacer científico.

El libro de Mills refleja los problemas teóricos, prácticos y morales del proceso de transición que hemos tratado de sintetizar en las páginas precedentes. Lo hace sobre todo con respecto a la situación norteamericana y esta circunstancia está lejos de limitar su validez, pues la Sociología de ese país ofrece un caso que es o puede ser singularmente sintomático o predictivo del desarrollo de la disciplina en los demás países. Es en los Estados Unidos, en efecto, donde la Sociología ha alcanzado su mayor desarrollo y es también en ese país donde han aparecido los rasgos señalados. Desde allí y con singular rapidez se los ha visto difundir a muchos países de Europa occidental, a la mayoría de las nuevas naciones de África, Oceanía y Asia, para llegar a penetrar por fin en el mundo socialista, donde hasta hace poco, la Sociología era violentamente rechazada como «ciencia burguesa».[1] Esta rápida difusión no es fruto del azar, o del prestigio que acompaña el poder político (aunque puede haber algo de esto también), sino de manera mucho más esencial, del hecho que mientras por un lado la emergente sociedad industrial requiere en todas partes el desarrollo de la investigación científica de la realidad social, por el otro es precisamente en los Estados Unidos donde se ha alcanzado el más alto nivel en el campo de la metodología y de las técnicas de investigación a la vez que el acervo del pensamiento sociológico universal recibía una elaboración particularmente adecuada para el análisis de la moderna sociedad industrial. Es necesario insistir sobre el hecho de que el aporte del pensamiento sociológico clásico —la generación de los Durkheim,

Weber, Simmel, Pareto y otros— combinóse allí con la vigorosa tradición empirista sajona y que el florecimiento originado por esta confluencia, ocurrido particularmente a partir de los años treinta, tuvo lugar a la vez como respuesta, y dentro del contexto, de los cambios sociales producidos en las últimas fases del desarrollo de la sociedad industrial, precisamente en el país y en el momento en que ésta iba a alcanzar su expresión más avanzada.

La aguda crítica de Mills al estado actual de la Sociología en los Estados Unidos debe ser examinada a la luz de las consideraciones que se acaban de formular. Su significado para el desarrollo de la Sociología en general, y en particular sus implicaciones para América Latina, pueden acaso sintetizarse en tres preguntas.

¿En qué medida las deformaciones que el autor denuncia son inherentes al desarrollo científico de la disciplina, es decir a las nuevas condiciones requeridas por el hecho mismo de su expansión, diferenciación interna, perfeccionamiento técnico y demandas de la sociedad industrial? ¿Y en qué medida, por el contrario, se vinculan a la forma peculiar asumida por la disciplina en el contexto histórico peculiar de la sociedad norteamericana, con su propia tradición intelectual y con sus rasgos culturales específicos?

¿En qué medida es posible una Sociología que, manteniendo un carácter científico —es decir positivo y empírico— logre evitar aquellas deformaciones?

¿En qué medida el análisis de Mills es relevante para la situación de la Sociología en América Latina?

Obsérvese que la pregunta formulada en primer término coincide con otro interrogante, un interrogante angustioso que, en un ámbito infinitamente más vasto, suele formularse en relación a los «modelos» de sociedad industrial que nos presentan los dos opuestos casos de la Unión Soviética y los Estados Unidos: ¿Cuáles son los rasgos de la sociedad industrial como tal? ¿Cuáles son los que tan sólo se vinculan con esas dos particulares expresiones históricas? Tal pregunta, como es obvio, no es únicamente el resultado de una legítima curiosidad científica, es también —o quizás lo es sobre todo— el fruto de una actitud vital: de una actitud decididamente crítica con respecto a ambos modelos históricos. Si por un lado el desarrollo económico es necesario (y deseable), ¿de qué manera evitar las deformaciones que —de acuerdo con nuestros valores— afectan aquellas dos expresiones particulares de sociedad «desarrollada»? Mills es un crítico riguroso de la sociedad norteamericana, una sociedad *superdesarrollada* como él suele llamarla, irónicamente. Una postura análoga lo ha llevado acaso a una posición heterodoxa con respecto a las tendencias imperantes en la Sociología de ese país.

Intentaremos sugerir alguna contestación a esas tres preguntas. Tarea por cierto en extremo difícil, pero incomparablemente más simple que la de hallar una respuesta satisfactoria al interrogante aludido en último término.

Pocas dudas caben de que el análisis de Mills apunta certeramente a ciertas deformaciones graves de la Sociología en los Estados Unidos: «gran teoría»,

«empirismo abstracto», «*ethos* burocrático». Pero resulta igualmente claro para quien conozca la sociedad norteamericana y a la vez haya examinado con alguna atención el desarrollo, estado actual y tendencias visibles que la Sociología presenta en sus centros más avanzados en otros países que no se trata realmente de defectos inherentes a las nuevas orientaciones metodológicas y a las exigencias organizativas, sino que reflejan sobre todo (aunque no exclusivamente) ciertos rasgos de la sociedad norteamericana, rasgos que han conducido a desarrollos unilaterales y extremos, a la exasperación de actitudes que, en su expresión más moderada, lejos de resultar perjudiciales o «deformantes» constituyen un avance necesario en la evolución de la Sociología como disciplina científica. Tómese el ejemplo del «perfeccionismo» metodológico, y la reducción de la fase creadora en la actividad científica a mera manipulación rutinaria de técnicas perfectamente estandarizadas, o la producción masiva de datos de escasa significación, y el formalismo en la selección de temas de investigación (elegidos más por la aplicabilidad de procedimientos «elegantes» que por la importancia teórica del contenido): no hay duda de que todo esto ocurre en los Estados Unidos y con demasiada frecuencia. Pero mientras por un lado nunca deberá perderse de vista el hecho esencial de que el empleo abusivo de ciertas técnicas de ningún modo resta el valor que las mismas puedan tener —y efectivamente tienen— como instrumentos de investigación, por el otro es fácil descubrir en la deformación «metodologista» la expresión en el campo de los estudios sociales de ciertas tendencias «obsesivas» claramente perceptibles en muchas otras esferas de la vida norteamericana: desde la educación a la propaganda, los negocios, la industria (recuérdese el fetichismo del *gadget* o las exageraciones en la renovación anual de los modelos de auto), tendencias que con suma frecuencia conducen a la aplicación crítica de principios e innovaciones que empleados con discernimiento constituirían aportes muy valiosos. Análogamente no cabe restar importancia al impacto que la creciente significación de la organización, con su estructura burocrática y con su centralización del poder, puede ejercer sobre la libertad del investigador; sin embargo, aquí también hallamos en los Estados Unidos ejemplos extremos que no necesariamente han de repetirse en otras partes, si se logra mantener una clara y vigilante percepción de la realidad. No parece haber duda de que el papel de la organización en la actividad científica irá aumentando y que tal proceso es irreversible; en este sentido una posición aferrada a estructuras pretéritas puede resultar inocua o contraproducente. Pero los necesarios cambios organizativos pueden llevarse a cabo sin una pérdida de la indispensable autonomía del científico. La solución francesa con su carrera de investigador científico, recientemente adoptada también en la Argentina, y el desarrollo de los centros universitarios y extrauniversitarios dotados de la más completa autonomía,[2] y sobre todo una actitud vigilante por parte de los mismos estudiosos constituyen elementos esenciales a este respecto. Por lo demás, en los mismos Estados Unidos abundan ejemplos de libertad y autonomía intelectual y científica en el contexto de estructuras burocráticas, y el

hecho que el apoyo de las fundaciones y de las organizaciones internacionales o del Estado puede utilizarse sin menoscabo de aquellos valores esenciales para la tarea científica está siendo comprobado diariamente en países tan distintos como Polonia o Yugoslavia (cuyos sociólogos han utilizado y utilizan el apoyo de fundaciones occidentales), Francia, Inglaterra, Alemania y otras naciones europeas.

Debe reconocerse, sin embargo, que el peligro de deformación ideológica que Mills denuncia con tanto vigor constituye una amenaza constante en el campo del conocer social en todas partes y no solamente en los Estados Unidos. No puede decirse, con todo, que las nuevas formas asumidas por la Sociología en su aspecto teórico o en su infraestructura organizativa representen un cambio esencial a este respecto. Las tendencias especulativas y el irracionalismo filosófico florecido en la estructura tradicional de la universidad en Alemania constituyó sin duda uno de los ejemplos más típicos de deformación ideológica, tal como se hizo patente cuando gran parte de la Sociología alemana (precisamente las corrientes más «espiritualistas» a lo Freyer) se puso desembozadamente al servicio de la ideología totalitaria. Toda la antropología social inglesa, florecida en el clima de perfecta libertad académica de Oxford o Cambridge, ha sido acusada una y otra vez de constituir un útil apéndice del Colonial Office. Para no hablar de lo que ocurre en Rusia, donde las ciencias sociales fueron transformadas en abiertos instrumentos ideológicos. Una clara conciencia teórica en cuanto a las implicaciones ideológicas del propio pensamiento y una actitud vigilante orientada exclusivamente en la búsqueda de la verdad constituyen dos condiciones esenciales de todo quehacer científico. La imparcialidad absoluta es quizá tan sólo una meta ideal hasta cierto punto inalcanzable, pero la honestidad moral y la claridad intelectual —de las que Mills da un excelente ejemplo— son calidades indispensables para el investigador.

En el divorcio entre teoría e investigación —otro de los temas centrales en el análisis de Mills— hallamos sin duda un problema universal de la Sociología, aunque la forma específica examinada por nuestro autor (la escisión entre «gran teoría» y «empirismo abstracto») puede considerarse más bien una expresión peculiar de la situación norteamericana. A fines del siglo pasado y en el primer cuarto del actual, en Europa y particularmente en Alemania la misma tendencia asumió diferentes rasgos: se apoyó en la proclamada dicotomía entre ciencia natural y ciencia del espíritu y tradújose en la separación entre la llamada «Sociografía» (investigación empírica, considerada de menor prestigio intelectual) y la Sociología propiamente dicha, concebida como una disciplina filosófica, ajena por la naturaleza de su objeto a los métodos «naturalistas» de la ciencia en general. Los resultados fueron devastadores, especialmente en aquellos países —como los de América Latina— donde esta posición fue adoptada con el excesivo celo de los epígonos y seguidores algo desprovistos de sentido crítico: los temas propios de la Sociología fueron reemplazados por los contenidos más arbitrarios y esta indeterminación acerca del

objeto fue sin duda responsable en buena medida del retraso en la enseñanza y la investigación que se nota en gran parte del continente, especialmente en cuanto se tornó en un obstáculo para el mejoramiento del nivel académico del sociólogo y la adquisición por parte de éste de una formación seria y específica.[3]

Tal experiencia —y varias más en que abunda la historia del pensamiento sociológico— muestra que la escisión puede surgir tanto de un abuso de la teoría, como de un abuso de la técnica, o —como parece ocurrir en ciertos casos en los Estados Unidos— de ambas. Con acierto Mills señala en el ejemplo de los grandes maestros de la Sociología europea —Durkheim y Weber especialmente— el camino a seguir; sin embargo el hecho sin precedentes de la creación de poderosas técnicas de investigación confiere al problema aspectos nuevos. En primer lugar, tras la superación de la reacción antipositivista —con todo lo bueno y todo lo malo que ella significó— es imposible volver a poner la cuestión en aquellos términos. Para Mills el problema ni siquiera aparece: la solución que él propone, y de la que un ejemplo concreto, en el apéndice, es la vuelta a la «artesanía» del «analista social clásico», a la vinculación íntima, como parte de la tarea diaria del investigador, entre teoría y empine: una y otra resultado de la imaginación, del trabajo creador del sociólogo. En esta re-unificación en un solo individuo de los separados papeles del manipulador de conceptos por un lado y del manipulador de técnicas por el otro, hallamos uno de los elementos esenciales de la solución propuesta por Mills. Solución excelente sin duda, mas que sólo puede ser entendida plenamente dentro del contexto de la particular situación norteamericana, como reactivo a la especie de fascinación que las nuevas técnicas están ejerciendo especialmente en la joven generación de sociólogos, y a sus consecuencias teóricas y organizativas, como una necesaria reacción al formalismo técnico y al teórico, mas no a las innovaciones metodológicas mismas ni a la formulación de teorías generales que realmente resulten fecundas para el conocimiento de la realidad social y no se reduzcan a meros juegos conceptuales.

El empleo de los nuevos procedimientos de investigación se está extendiendo a todas partes del mundo, y con ellos los correspondientes cambios en la estructura organizativa del trabajo científico en Sociología: el problema que debe enfrentarse es cómo evitar las deformaciones del «empirismo abstracto», la «gran teoría», el «*ethos* burocrático». Si la interpretación anterior no está del todo equivocada, los males que Mills denuncia —aunque en parte resultan de tendencias presentes en toda sociedad industrial— son sobre todo la expresión de una particular cultura: la sociedad norteamericana. Ello no implica que las deformaciones no puedan exportarse; por el contrario, el «efecto de demostración» no se da solamente en el terreno económico sino a menudo en el intelectual también, con la adopción de la ultimísima novedad de los países «desarrollados»: en este sentido la valiente critica de Mills constituye un aporte que puede resultar de singular eficacia preventiva, mas su significado variará en función de las distintas situaciones en que se halle la Sociología en cada país.

En los países de América Latina nos encontramos en una situación que es casi opuesta a la existente en los Estados Unidos. El «ensayismo», el culto de la palabra, la falta de rigor son los rasgos más comunes en la producción sociológica del continente. Lejos del «perfeccionismo» y el «formalismo metodológico» yanquis escasea o falta la noción misma de método científico aplicado al estudio de la realidad social. Sólo en contadas universidades se enseña algo de metodología y técnica de investigación. Faltan textos modernos en esta materia de tan rápida evolución[4] y —lo que es mucho más grave— casi no existen bibliotecas especializadas y la información sobre la enorme literatura existente es en extremo escasa. Tan sólo en los últimos tiempos han aparecido algunos centros inspirados en una noción seria y adecuada de la investigación sociológica, e investigadores que no necesitan buscar su sustento económico en alguna otra actividad extracientífica.[5] La tarea de orientar el desarrollo de la Sociología en una dirección fructífera, que supere el estado actual y a la vez evite la imitación de los errores ajenos no es por cierto fácil cuando se piensa en los grandes obstáculos materiales existentes y en ciertos rasgos de nuestra cultura. Mas a la vez no debemos olvidar aquellos elementos de la tradición intelectual latinoamericana que sin duda nos colocan en una posición más favorable que la existente en el país del norte: así no cabe duda que el «pensamiento social» de América Latina presenta más de un hermoso ejemplo de lo que Mills llama análisis social clásico. La influencia profunda del historicismo, y algunas de las características mismas de la cultura predisponen casi «naturalmente» a la ubicación de los problemas dentro del contexto mayor de la estructura social percibida históricamente, procedimiento que Mills recomienda con tanto énfasis. El peligro es en todo caso el opuesto: la incapacidad para los detalles, la impaciencia hacia el trabajo minucioso que inevitablemente —cualquiera que sea el papel de la imaginación— representa una parte inevitable del trabajo científico, el retraso en el aspecto organizativo y material de la investigación. Si la Sociología latinoamericana sabe aprovechar estos elementos valiosos y a la vez utilizar los extraordinarios avances realizados en las últimas décadas, recuperando el retraso en que se encuentra, podrá acaso lograr aquella síntesis feliz que conserve los valores de la gran tradición clásica —de la que Mills es sin duda un ejemplo— con los nuevos insospechados horizontes que los desarrollos recientes de nuestra disciplina han logrado conquistar.[6]

GINO GERMANI

Berkeley, Cal., febrero de 1961

AGRADECIMIENTOS

Las primeras versiones de este libro fueron presentadas en un seminario de ciencia social durante la primavera de 1957, organizado en Copenhague por Henning Friis, consejero del Socialministrat. Les estoy muy agradecido a él y a los siguientes miembros del seminario por sus penetrantes críticas y bondadosas indicaciones: Kirsten Rudfeld, Bent Anderson, P. H. Kühl, Poul Vidriksen, Knud Erik Svensen, Torben Agersnap y B. V. Elberling.

El capítulo primero, «La promesa», con otras pequeñas secciones de este libro, fue presentado en forma abreviada a la American Political Science Association en septiembre de 1958 en St. Louis. En el capítulo VI he aprovechado un ensayo, «Two Styles of Research in Current Social Study», publicado en *Philosophy of Science*, vol. XX, núm. 4, octubre de 1953. Una primera redacción de las cinco primeras secciones del Apéndice apareció en *Symposium on Sociological Theory*, editado por L. Gross, Evanston, Peterson, 1959. Las secciones 5 y 6 del capítulo VIII fueron publicadas en *Monthly Review*, octubre de 1958. De una manera general, he usado también observaciones publicadas primero en *The Saturday Review* de 1.º de mayo de 1954. Algunos pasajes de los capítulos IX y X fueron utilizados en conferencias públicas sustentadas en la Escuela de Economía de Londres y en la Academia Polaca de Ciencias, de Varsovia, en enero, y radiadas por la BBC en su Tercer Programa, en febrero de 1959.

Las últimas redacciones del manuscrito fueron criticadas, en su totalidad o en parte, por los siguientes colegas, a quienes debo mucho del mérito que el libro pueda tener. Sólo desearía disponer de algún medio más adecuado para agradecer su generosa ayuda: Harold Barger, Robert Bierstadt, Norman Birnbaum, Herbert Blumer, Tom Bottomore, Lyman Bryson, Lewis Coser, Arthur K. Davis, Robert Dubin, Si Goode, Marjorie Fiske, Peter Gay, Llewellyn Gross, Richard Hofstadter, Irving Howe, H. Stuart Hugues, Floyd Hunter, Sylvia Jarrico, David Kettler, Walter Klink, Charles E. Lindblom, Ernst Manheim, Reece McGee, Ralph Miliband, Barrington Moore Jr., David Riesman, Meyer Schapiro, George Rawick, Arnold Rogow y Paul Sweezy.

Estoy muy agradecido a mis amigos William Miller y Harvey Swados por sus constantes esfuerzos para ayudarme a escribir claramente.

C. W. M.

I. LA PROMESA

HOY EN DÍA los hombres advierten con frecuencia que sus vidas privadas son una serie de añagazas. Se dan cuenta de que en sus mundos cotidianos no pueden vencer sus dificultades, y en eso muchas veces tienen toda la razón: lo que los hombres corrientes saben directamente y lo que tratan de hacer está limitado por las órbitas privadas en que viven; sus visiones y sus facultades se limitan al habitual escenario del trabajo, de la familia, de la vecindad; en otros medios, se mueven por sustitución y son espectadores. Y cuanto más cuenta se dan, aunque sea vagamente, de las ambiciones y de las amenazas que trascienden de su ambiente inmediato, más atrapados parecen sentirse.

Por debajo de esa sensación de estar atrapados se encuentran cambios aparentemente impersonales de la estructura misma de sociedades de dimensiones continentales. Los hechos de la historia contemporánea son también hechos relativos al triunfo y al fracaso de hombres y mujeres individuales. Cuando una sociedad se industrializa, el campesino se convierte en un trabajador, y el señor feudal es liquidado o se convierte en un hombre de negocios. Cuando las clases suben o bajan, un hombre tiene trabajo o no lo tiene; cuando la proporción de las inversiones aumenta o disminuye, un hombre toma nuevos alientos o se arruina. Cuando sobrevienen guerras, un agente de seguros se convierte en un lanzador de cohetes, un oficinista en un experto en radar, las mujeres viven solas y los niños crecen sin padre. Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas.

Pero los hombres, habitualmente, no definen las inquietudes que sufren en relación con los cambios históricos y las contradicciones institucionales. Por lo común, no imputan el bienestar de que gozan a los grandes vaivenes de la sociedad en que viven. Rara vez conscientes de la intrincada conexión entre el tipo de sus propias vidas y el curso de la historia del mundo, los hombres corrientes suelen ignorar lo que esa conexión significa para el tipo de hombres en que se van convirtiendo y para la clase de actividad histórica en que pueden tener parte. No poseen la cualidad mental esencial para percibir la interrelación del hombre y la sociedad, de la biografía y de la historia, del yo y del mundo. No pueden hacer frente a sus problemas personales en formas que les permitan controlar las transformaciones estructurales que suelen estar detrás de ellas.

No es de extrañar, desde luego. ¿En qué época se han visto tantos hombres expuestos a paso tan rápido a las sacudidas de tantos cambios? Que los norteamericanos no hayan conocido cambios tan catastróficos como los hombres y las mujeres de otras sociedades, se debe a hechos históricos que ahora se van convirtiendo velozmente en «mera historia». La historia que ahora afecta a todos los hombres es la historia del mundo. En este escenario y en esta época, en el curso de

una sola generación, la sexta parte de la humanidad de feudal y atrasada ha pasado a ser moderna, avanzada y temible. Las colonias políticas se han liberado, y han surgido nuevas y menos visibles formas de imperialismo. Hay revoluciones, y los hombres sienten la opresión interna de nuevos tipos de autoridad. Nacen sociedades totalitarias y son reducidas a pedazos… o triunfan fabulosamente. Después de dos siglos de dominio, al capitalismo se le señala sólo como uno de los medios de convertir la sociedad en un aparato industrial. Después de dos siglos de esperanza, aun la democracia formal está limitada a una porción muy pequeña de la humanidad. Por todas partes, en el mundo subdesarrollado, se abandonan antiguos estilos de vida y vagas expectativas se convierten en demandas urgentes. Por todas partes, en el mundo superdesarrollado, los medios de ejercer la autoridad y la violencia se hacen totales en su alcance y burocráticos en su forma. Yace ahora ante nosotros la humanidad misma, mientras las supernaciones que constituyen sus polos concentran sus esfuerzos más coordinados e ingentes en preparar la tercera guerra mundial.

La plasmación misma de la historia rebasa actualmente la habilidad de los hombres para orientarse de acuerdo con valores preferidos. ¿Y qué valores? Aun cuando no se sientan consternados, los hombres advierten con frecuencia que los viejos modos de sentir y de pensar se han ido abajo y que los comienzos más recientes son ambiguos hasta el punto de producir parálisis moral. ¿Es de extrañar que los hombres corrientes sientan que no pueden hacer frente a los mundos más dilatados ante los cuales se encuentran de un modo tan súbito? ¿Que no puedan comprender el sentido de su época en relación con sus propias vidas? ¿Que, en defensa de su yo, se insensibilicen moralmente, esforzándose por seguir siendo hombres totalmente privados o particulares? ¿Es de extrañar que estén poseídos por la sensación de haber sido atrapados?

No es sólo información lo que ellos necesitan. En esta Edad del Dato la información domina con frecuencia su atención y rebasa su capacidad para asimilarla. No son sólo destrezas intelectuales lo que necesitan, aunque muchas veces la lucha para conseguirlas agota su limitada energía moral.

Lo que necesitan, y lo que ellos sienten que necesitan, es una cualidad mental que les ayude a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás está ocurriendo dentro de ellos. Y lo que yo me dispongo a sostener es que lo que los periodistas y los sabios, los artistas y el público, los científicos y los editores esperan de lo que puede llamarse imaginación sociológica, es precisamente esa cualidad.

1

La imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria

exterior de diversidad de individuos. Ella le permite tener en cuenta cómo los individuos, en el tumulto de su experiencia cotidiana, son con frecuencia falsamente conscientes de sus posiciones sociales. En aquel tumulto se busca la trama de la sociedad moderna, y dentro de esa trama se formulan las psicologías de una diversidad de hombres y mujeres. Por tales medios, el malestar personal de los individuos se enfoca sobre inquietudes explícitas y la indiferencia de los públicos se convierte en interés por las cuestiones públicas.

El primer fruto de esa imaginación —y la primera lección de la ciencia social que la encarna— es la idea de que el individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; de que puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias. Es, en muchos aspectos, una lección terrible, y en otros muchos una lección magnífica. No conocemos los límites de la capacidad humana para el esfuerzo supremo o para la degradación voluntaria, para la angustia o para la alegría, para la brutalidad placentera o para la dulzura de la razón. Pero en nuestro tiempo hemos llegado a saber que los límites de la «naturaleza humana» son espantosamente dilatados. Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de-una generación a otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia, aun cuando él está formado por la sociedad y por su impulso histórico.

La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Ésa es su tarea y su promesa. Reconocer esa tarea y esa promesa es la señal del analista social clásico. Es la característica de Herbert Spencer, ampuloso, verboso, comprensivo; de A. E. Ross, gracioso, revelador, probo; de Auguste Comte y Émile Durkheim; del intrincado y sutil Karl Mannheim. Es la cualidad de todo lo que es intelectualmente excelente en Carlos Marx; es la clave de la brillante e irónica penetración de Thorstein Veblen, de las polifacéticas interpretaciones de la realidad de Joseph Schumpeter; es la base del alcance psicológico de W. E. H. Lecky no menos que de la profundidad y la claridad de Max Weber. Y es la señal de todo lo mejor de los estudios contemporáneos sobre el hombre y la sociedad.

Ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual. Cualesquiera que sean los problemas del analista social clásico, por limitados o por amplios que sean los rasgos de la realidad social que ha examinado, los que imaginativamente han tenido conciencia de lo que prometía su obra han formulado siempre tres tipos de preguntas:

1) ¿Cuál es la estructura de esta sociedad particular en su conjunto? ¿Cuáles son sus componentes esenciales, y cómo se relacionan entre sí? ¿En qué se diferencia de otras variedades de organización social? ¿Cuál es, dentro de ella, el significado de

todo rasgo particular para su continuidad o para su cambio?

2) ¿Qué lugar ocupa esta sociedad en la historia humana? ¿Cuál es el mecanismo por el que está cambiando? ¿Cuál es su lugar en el desenvolvimiento de conjunto de la humanidad y qué significa para él? ¿Cómo afecta todo rasgo particular que estamos examinando al periodo histórico en que tiene lugar, y cómo es afectado por él? ¿Y cuáles son las características esenciales de ese periodo? ¿En qué difiere de otros periodos? ¿Cuáles son sus modos característicos de hacer historia?

3) ¿Qué variedades de hombres y de mujeres prevalecen ahora en esta sociedad y en este periodo? ¿Y qué variedades están empezando a prevalecer? ¿De qué manera son seleccionados y formados, liberados y reprimidos, sensibilizados y embotados? ¿Qué clases de «naturaleza humana» se revelan en la conducta y el carácter que observamos en esta sociedad y en este periodo? ¿Y cuál es el significado para la «naturaleza humana» de todos y cada uno de los rasgos de la sociedad que examinamos?

Ya sea el punto de interés un Estado de gran poderío, o un talento literario de poca importancia, una familia, una prisión o un credo, ésos son los tipos de preguntas que han formulado los mejores analistas sociales. Ellas constituyen los pivotes intelectuales de los estudios clásicos sobre el hombre y la sociedad, y son las preguntas que inevitablemente formula toda mente que posea imaginación sociológica. Porque esa imaginación es la capacidad de pasar de una perspectiva a otra: de la política a la psicológica, del examen de una sola familia a la estimación comparativa de los presupuestos nacionales del mundo, de la escuela teológica al establecimiento militar, del estudio de la industria del petróleo al de la poesía contemporánea. Es la capacidad de pasar de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del yo humano, y de ver las relaciones entre ambas cosas. Detrás de su uso está siempre la necesidad de saber el significado social e histórico del individuo en la sociedad y el periodo en que tiene su cualidad y su ser.

En suma, a esto se debe que los hombres esperen ahora captar, por medio de la imaginación sociológica, lo que está ocurriendo en el mundo y comprender lo que está pasando en ellos mismos como puntos diminutos de las intersecciones de la biografía y de la historia dentro de la sociedad. En gran parte, la conciencia que de sí mismo tiene el hombre contemporáneo como de un extraño por lo menos, si no como de un extranjero permanente, descansa sobre la comprensión absorta de la relatividad social y del poder transformador de la historia. La imaginación sociológica es la forma más fértil de esa conciencia de sí mismo. Por su uso, hombres cuyas mentalidades sólo han recorrido una serie de órbitas limitadas, con frecuencia llegan a tener la sensación de despertar en una casa con la cual sólo habían supuesto estar familiarizados. Correcta o incorrectamente, llegan a creer con frecuencia que ahora pueden proporcionarse a sí mismos recapitulaciones adecuadas, estimaciones coherentes, orientaciones amplias. Antiguas decisiones, que en otro tiempo parecían sólidas, les parecen ahora productos de mentalidades inexplicablemente oscuras.

Vuelve a adquirir agudeza su capacidad de asombrarse. Adquieren un modo nuevo de pensar, experimentan un trastrueque de valores; en una palabra, por su reflexión y su sensibilidad comprenden el sentido cultural de las ciencias sociales.

2

La distinción más fructuosa con que opera la imaginación sociológica es quizás la que hace entre «las inquietudes personales del medio» y «los problemas públicos de la estructura social». Esta distinción es un instrumento esencial de la imaginación sociológica y una característica de toda obra clásica en ciencia social.

Se presentan *inquietudes* en el carácter de un individuo y en el ámbito de sus relaciones inmediatas con otros; tienen relación con su yo y con las áreas limitadas de vida social que conoce directa y personalmente. En consecuencia, el enunciado y la resolución de esas inquietudes corresponde propiamente al individuo como entidad biográfica y dentro del ámbito de su ambiente inmediato: el ámbito social directamente abierto a su experiencia personal y, en cierto grado, a su actividad deliberada. Una inquietud es un asunto privado: los valores amados por un individuo le parecen a éste que están amenazados.

Los *problemas* se relacionan con materias que trascienden del ambiente local del individuo y del ámbito de su vida interior. Tienen que ver con la organización de muchos ambientes dentro de las instituciones de una sociedad histórica en su conjunto, con las maneras en que diferentes medios se imbrican e interpenetran para formar la estructura más amplia de la vida social e histórica. Un problema es un asunto público: se advierte que está amenazado un valor amado por la gente. Este debate carece con frecuencia de enfoque, porque está en la naturaleza misma de un problema, a diferencia de lo que ocurre con la inquietud aun más generalizada, el que no se le pueda definir bien de acuerdo con los ambientes inmediatos y cotidianos de los hombres corrientes. En realidad, un problema implica muchas veces una crisis en los dispositivos institucionales, y con frecuencia implica también lo que los marxistas llaman «contradicciones» o «antagonismos».

Consideremos a esa luz el desempleo. Cuando en una ciudad de 100 000 habitantes sólo carece de trabajo un hombre, eso constituye su inquietud personal, y para aliviarla atendemos propiamente al carácter de aquel hombre, a sus capacidades y a sus oportunidades inmediatas. Pero cuando en una nación de 50 millones de trabajadores 15 millones carecen de trabajo, eso constituye un problema, y no podemos esperar encontrarle solución dentro del margen de oportunidades abiertas a un solo individuo. Se ha venido abajo la estructura misma de oportunidades. Tanto el enunciado correcto del problema como el margen de soluciones posibles nos obliga a considerar las instituciones económicas y políticas de la sociedad, y no meramente la situación y el carácter personales de individuos sueltos.

Veamos la guerra. El problema personal de la guerra, cuando se presenta, puede estar en cómo sobrevivir o cómo morir con honor, cómo enriquecerse con ella, cómo trepar a lo más alto del aparato militar de seguridad, o cómo contribuir a ponerle término. En suma, encontrar, de acuerdo con los valores que uno reconoce, una serie de ambientes, y dentro de ella sobrevivir a la guerra o hacer significativa la muerte de uno en ella. Pero los problemas estructurales de la guerra se refieren a sus causas, a los tipos de hombres que lleva al mando, a sus efectos sobre la economía y la política, sobre la familia y las instituciones religiosas, a la irresponsabilidad desorganizada de un mundo de Estados-naciones.

Veamos el matrimonio. En el matrimonio el hombre y la mujer pueden experimentar inquietudes personales, pero cuando la proporción de divorcios durante los cuatro primeros años de matrimonio es de 250 por cada 1000, esto es prueba de un problema estructural que tiene que ver con las instituciones del matrimonio y de la familia y con otras relacionadas con ellas.

O veamos las metrópolis: el horrible, hermoso, repugnante y magnífico desparramamiento de la gran ciudad. Para muchas personas de las clases altas, la solución personal del «problema de la ciudad» es tener un departamento con garaje privado en el corazón de la ciudad, y a cuarenta millas de ella una casa proyectada por Henry Hill con un jardín diseñado por Garrett Eckbo, en un terreno de cuarenta hectáreas de propiedad personal. En esos dos ambientes controlados —con un pequeño cuerpo de servicio en cada extremo y una comunicación por helicóptero entre ellos—, la mayor parte de las personas resolvería muchos de los problemas de ambiente personal causados por los hechos de la ciudad. Pero todo eso, aunque espléndido, no resuelve los problemas públicos que el hecho estructural de la ciudad plantea. ¿Qué habría que hacer con ese maravilloso monstruo? ¿Fragmentarlo en unidades diseminadas que reuniesen la residencia y el lugar de trabajo? ¿Dejarla como es, con algunos retoques? ¿O evacuarla y volarla con dinamita, y construir ciudades nuevas de acuerdo con planos y lugares nuevos? ¿Cómo serían esos planos? ¿Y quién va a decidir y a realizar lo que se elija? Ésos son problemas estructurales; hacerles frente y resolverlos nos obliga a examinar los problemas políticos y económicos que afectan a innumerables medios.

Mientras una economía esté organizada de manera que haya crisis, el problema del desempleo no admite una solución personal. Mientras la guerra sea inherente al sistema de Estados-naciones y a la desigual industrialización del mundo, el individuo corriente en su medio restringido será impotente —con ayuda psiquiátrica o sin ella — para resolver las inquietudes que este sistema o falta de sistema le impone. Mientras que la familia como institución convierta a las mujeres en esclavas queridas y a los hombres en sus jefes proveedores y sus dependientes aún no destetados, el problema de un matrimonio satisfactorio no puede tener una solución puramente privada. Mientras la megalópolis superdesarrollada y el automóvil superdesarrollado sean rasgos constitutivos de la sociedad superdesarrollada, los problemas de la vida

urbana no podrán resolverlos ni el ingenio personal ni la riqueza privada.

Lo que experimentamos en medios diversos y específicos es, como hemos observado, efecto de cambios estructurales. En consecuencia, para comprender los cambios de muchos medios personales, nos vemos obligados a mirar más allá de ellos. Y el número y variedad de tales cambios estructurales aumentan a medida que las instituciones dentro de las cuales vivimos se extienden y se relacionan más intrincadamente entre sí. Darse cuenta de la idea de estructura social y usarla con sensatez es ser capaz de descubrir esos vínculos entre una gran diversidad de medios; y ser capaz de eso es poseer imaginación sociológica.

3

¿Cuáles son en nuestro tiempo los mayores problemas para los públicos y las inquietudes clave de los individuos particulares? Para formular problemas e inquietudes, debemos preguntarnos qué valores son preferidos, pero amenazados, y cuáles preferidos y apoyados por las tendencias características de nuestro tiempo. Tanto en el caso de amenaza como en el de apoyo, debemos preguntamos qué contradicciones notorias de la estructura pueden estar implicadas.

Cuando la gente estima una tabla de valores y no advierte ninguna amenaza contra ellos, experimenta *bienestar*. Cuando estima unos valores y advierte que están amenazados, experimenta una crisis, ya como inquietud personal, ya como problema público. Y si ello afecta a todos sus valores, experimenta la amenaza total del pánico.

Pero supongamos que la gente no sienta estimación por ningún valor ni perciba ninguna amenaza. Ésta es la experiencia de la *indiferencia*, la cual, si parece afectar a todos los valores, se convierte en apatía. Supongamos, en fin, que no sienta estimación por ningún valor, pero que, no obstante, perciba agudamente una amenaza. Ésta es la experiencia del *malestar*, de la ansiedad, la cual, si es suficientemente total, se convierte en una indisposición mortal no específica.

El nuestro es un tiempo de malestar e indiferencia, pero aún no formulados de manera que permitan el trabajo de la razón y el juego de la sensibilidad. En lugar de inquietudes —definidas en relación con valores y amenazas—, hay con frecuencia la calamidad de un malestar vago; en vez de problemas explícitos, muchas veces hay sólo el desalentado sentimiento de que nada marcha bien. No se ha dicho cuáles son los valores amenazados ni qué es lo que los amenaza; en suma, no han sido llevados a punto de decisión. Mucho menos han sido formulados como problemas de la ciencia social.

En los años treinta apenas se dudaba —salvo en ciertos círculos de negocios alucinados— que había un problema económico que era también un haz de inquietudes personales. En los argumentos acerca de «la crisis del capitalismo», las formulaciones de Marx y las numerosas re-formulaciones de su obra probablemente

asientan los principales términos del problema, y algunos individuos llegan a comprender sus inquietudes personales en relación con tales términos. Los valores amenazados eran fáciles de ver y estimados por todos; las contradicciones estructurales que los amenazaban también parecían fáciles. Ambas cosas eran amplia y profundamente experimentadas. Fue una edad política.

Pero los valores amenazados en la era posterior a la segunda Guerra Mundial, muchas veces no son ni ampliamente reconocidos como valores ni se advierte de un modo general que estén amenazados. Muchas inquietudes privadas no son formuladas; mucho malestar público y muchas decisiones de enorme importancia estructural no llegan nunca a ser problemas públicos. Para quienes aceptan valores hereditarios, como la razón y la libertad, es el malestar mismo lo que constituye la inquietud, es la indiferencia misma lo que constituye el problema. Y esta situación de malestar e indiferencia es lo que constituye el signo distintivo de nuestro tiempo.

Todo esto es tan sorprendente, que muchas veces es interpretado por los observadores como un cambio en la clase misma de los problemas que ahora reclaman ser formulados. Se nos dice con frecuencia que los problemas de nuestra década, o aun las crisis de nuestro tiempo, han salido del campo externo de la economía y se relacionan ahora con la calidad de la vida individual, en realidad con el problema de si tardará mucho en dejar de haber algo que pueda llamarse propiamente vida individual. No el trabajo de los niños, sino los libros de historietas, no la pobreza, sino el ocio en masa, son los centros de interés. Muchos grandes problemas públicos, lo mismo que muchas inquietudes privadas, se definen como cuestiones «psiquiátricas», con frecuencia, según parece, en un intento patético de evitar los grandes problemas de la sociedad moderna. A veces esta afirmación parece descansar sobre un angosto interés provinciano que sólo tiene en cuenta las sociedades occidentales, o quizás sólo a los Estados Unidos, ignorando, de esa suerte, las dos terceras partes de la humanidad; muchas veces, también, divorcia arbitrariamente la vida individual de las grandes instituciones dentro de las cuales se desenvuelve esa vida y que con frecuencia pesan sobre ella más penosamente que los ambientes íntimos de la infancia.

Los problemas del ocio, por ejemplo, ni siquiera pueden formularse sin tener en cuenta los problemas del trabajo. Las inquietudes de la familia relativas a los libros de historietas no pueden formularse como problemas sin tener en cuenta la situación de la familia contemporánea en sus nuevas relaciones con las instituciones más recientes de la estructura social. Ni el ocio ni sus usos enervantes pueden entenderse como problemas sin reconocer la medida en que el malestar y la indiferencia forman actualmente el clima social y personal de la sociedad norteamericana contemporánea. En ese clima no pueden plantearse ni resolverse problemas de «la vida privada» sin tener en cuenta la crisis de ambición que forma parte de la carrera misma de muchos hombres que trabajan en una economía de grandes compañías o empresas.

Es verdad, como constantemente señalan los psicoanalistas, que con frecuencia

las gentes tienen «la sensación creciente de ser movidas por fuerzas oscuras que actúan dentro de ellas mismas y que son incapaces de definir». Pero *no* es verdad, como dijo Ernest Jones, que «el principal enemigo y el principal peligro del hombre es su misma indócil naturaleza y las fuerzas ocultas reprimidas dentro de él». Por el contrario: «el principal peligro» para el hombre reside hoy en las fuerzas ingobernables de la sociedad contemporánea misma, con sus métodos impersonales de producción, sus técnicas envolventes de dominación política, su anarquía internacional, en una palabra, con sus penetrantes transformaciones de la «naturaleza» misma del hombre y las condiciones y finalidades de su vida.

La primera tarea política e intelectual —porque aquí coinciden ambas cosas— del científico social consiste hoy en poner en claro los elementos del malestar y la indiferencia contemporáneos. Ésta es la demanda central que le hacen los otros trabajadores de la cultura: los científicos del mundo físico y los artistas, y en general toda la comunidad intelectual. Es a causa de esta tarea y de esas demandas por lo que, creo yo, las ciencias sociales se están convirtiendo en el común denominador de nuestro periodo cultural, y la imaginación sociológica en la cualidad mental más necesaria.

4

En todas las épocas intelectuales tiende a convertirse en común denominador de la vida cultural determinado estilo de pensamiento. Es cierto que hoy en día muchas modas intelectuales se difunden ampliamente para ser abandonadas por otras nuevas en el curso de uno o dos años. Esos entusiasmos quizá sazonan el juego cultural, pero dejan poca huella intelectual, si es que dejan alguna. No puede decirse lo mismo de modos de pensar como la «física newtoniana» o la «biología darwiniana». Cada uno de estos universos intelectuales se convirtió en una influencia que llegó mucho más lejos que cualquier esfera especial de ideas y de fantasías. En relación con ellos, o en relación con cosas derivadas de ellos, sabios desconocidos y comentaristas de moda re-enfocan sus observaciones y re-formulan sus problemas.

En la época moderna, las ciencias físicas y biológicas han sido el principal común denominador del pensamiento serio y de la metafísica popular en las sociedades de Occidente. «La técnica de laboratorio» ha sido el modo consagrado de proceder y la fuente de la seguridad intelectual. Ése es uno de los significados de la idea de un común denominador intelectual: los hombres pueden formular sus convicciones más poderosas según sus términos. Otros términos y otros estilos de pensamiento parecen meros vehículos de escape y oscuridad.

El que prevalezca un común denominador no significa, naturalmente, que no existan otros estilos de pensamiento y otros tipos de sensibilidad. Lo que quiere decir es que los intereses intelectuales más generales tienden a entrar en su ámbito, para ser

formulados en él más rigurosamente y pensar, una vez formulados así, que si no han tenido solución, por lo menos han sido llevados adelante de un modo provechoso.

Creo yo que la imaginación sociológica se está convirtiendo en el principal común denominador de nuestra vida cultural y en su rasgo distintivo. Esta cualidad mental se encuentra en las ciencias sociales y psicológicas, pero va mucho más allá de esas disciplinas tal como ahora las conocemos. Su adquisición por los individuos y por la comunidad cultural en general es lenta y en ocasiones torpe; muchos científicos sociales mismos la desconocen por completo. Parecen ignorar que el uso de esta imaginación es central para mejorar el trabajo que pueden hacer, que por no desarrollarla y emplearla dejan de responder a las esperanzas culturales que se tienen en ellos y que las tradiciones clásicas de sus diversas disciplinas ponen a disposición de ellos.

Pero las cualidades de esta imaginación son regularmente exigidas en materias de hecho y de moral, en el trabajo literario y en el análisis político. Se han convertido en rasgos fundamentales de esfuerzo intelectual y de sensibilidad cultural en una gran diversidad de expresiones. Los buenos críticos son ejemplos de esas cualidades, lo mismo que los periodistas serios, y en realidad se juzga según ellas la obra de unos y otros. Las categorías populares de la crítica —muy intelectual, medianamente intelectual o sin pretensiones intelectuales, por ejemplo— ahora son tan sociológicas por lo menos como estéticas. Los novelistas —cuya obra seria encarna las definiciones más difundidas de la realidad humana— poseen con frecuencia esta imaginación y se esfuerzan en satisfacer la demanda de ella. Por medio de ella, se busca orientar el presente como historia. A medida que las imágenes de la «naturaleza humana» se hacen más problemáticas, se siente cada vez más la necesidad de prestar atención más estrecha, pero más imaginativa, a las prácticas y a las catástrofes sociales que revelan (y que moldean) la naturaleza del hombre en este tiempo de inquietud civil y de conflicto ideológico. Aunque algunas veces se manifiesta la moda de intentar usarla, la imaginación sociológica no es una mera moda. Es una cualidad mental que parece prometer de la manera más dramática la comprensión de nuestras propias realidades íntimas en relación con las más amplias realidades sociales. No es meramente una cualidad mental más entre el margen contemporáneo de sensibilidades culturales: es *la* cualidad cuyo uso más amplio y más hábil ofrece la promesa de que todas esas sensibilidades —y de hecho la razón humana misma— llegarán a representar un papel más importante en los asuntos humanos.

El significado cultural de la ciencia física —el mayor y más antiguo común denominador— se está haciendo dudoso. Como estilo intelectual, la ciencia física empieza a ser considerada por muchos como algo insuficiente. La suficiencia de los estilos científicos de pensamiento y sentimiento, de imaginación y sensibilidad, ha estado, naturalmente, desde sus orígenes sometida a la duda religiosa y a la controversia teológica, pero nuestros padres y abuelos científicos han reducido esas

dudas religiosas. Las dudas hoy corrientes son profanas, humanistas, y con frecuencia absolutamente confusas. Los progresos recientes de las ciencias físicas —con su clímax tecnológico en la bomba H y los medios para transportarla— no han sido sentidos como solución a ninguno de los problemas ampliamente conocidos y profundamente ponderados por comunidades intelectuales y públicos culturales muy dilatados. Esos progresos han sido considerados, correctamente, como resultado de una investigación altamente especializada, e incorrectamente como misterios maravillosos. Han suscitado más problemas —tanto intelectuales como morales— que los que han resuelto, y los problemas que han planteado radican casi completamente en la esfera de los asuntos sociales, y no físicos. La conquista manifiesta de la naturaleza, la superación de la escasez, las sienten los hombres de las sociedades superdesarrolladas como cosa virtualmente acabada. Y ahora, en esas sociedades se cree que la ciencia —principal instrumento de esa conquista— vaga a su antojo, sin objetivo, y que necesita ser revalorada.

La estimación moderna por la ciencia en gran parte ha sido meramente supuesta, pero ahora el *ethos* tecnológico y una especie de imaginación ingenieril asociados con la ciencia probablemente parecen más temibles y ambiguos que esperanzadores y progresivos. Naturalmente, no es eso todo lo que hay en la «ciencia», pero se teme que llegue a serlo. La necesidad sentida de revalorar la ciencia física refleja la necesidad de un nuevo denominador común. Es el sentido humano y el papel social de la ciencia, sus consecuencias militares y comerciales, su significación política, lo que está experimentando una revaloración confusa. Los progresos científicos de las armas quizás lleven a la «necesidad» de reajustes políticos del mundo; pero esa «necesidad» no se cree que pueda satisfacerla la ciencia física por sí misma.

Mucho que ha pasado por «ciencia» se tiene ahora por filosofía dudosa; mucho que se considera como «verdadera ciencia» se cree con frecuencia que sólo proporciona fragmentos confusos de las realidades entre las cuales viven los hombres. Está muy difundido el sentimiento de que los hombres de ciencia ya no tratan de representar la realidad como un todo o de trazar un esbozo real del destino humano. Además, la «ciencia» les parece a muchos no tanto un *ethos* creador y una orientación, como un juego de máquinas científicas manejadas por técnicos y controladas por hombres economistas y militares que ni encaman ni comprenden la ciencia como *ethos* y orientación. Entretanto, los filósofos que hablan en nombre de la ciencia con frecuencia la convierten en «cienticismo», sosteniendo que su experiencia es idéntica a la experiencia humana y que únicamente con sus métodos pueden resolverse los problemas humanos. Con todo eso, muchos trabajadores culturales han llegado a pensar que la «ciencia» es un Mesías falso y pretencioso, o por lo menos un elemento marcadamente ambiguo de la civilización moderna.

Pero, según la frase de C. P. Snow, hay «dos culturas»: la científica y la humanista. Ya como historia o como drama, ya como biografía, poesía o novela, la

esencia de la cultura humanista ha sido la literatura. Pero ahora se insinúa con frecuencia que la literatura seria se ha convertido en un arte secundario. Si es así, no es solamente por el crecimiento de los públicos de masas y de los medios de comunicación para las masas, y por todo lo que eso significa para la producción literaria seria. Se debe también a la cualidad misma de la historia de nuestro tiempo y a los tipos de necesidades que los hombres sensibles advierten que reclaman aquella cualidad.

¿Qué novela, qué periodismo, qué esfuerzo artístico puede competir con la realidad histórica y los hechos políticos de nuestro tiempo? ¿Qué visión dramática del infierno puede competir con los acontecimientos de la guerra en el siglo XX? ¿Qué acusaciones morales pueden afectar a la insensibilidad de hombres en la agonía de la acumulación primaria? Es la realidad social e histórica lo que los hombres necesitan conocer, y muchas veces no encuentran en la literatura contemporánea un medio adecuado para conocerla. Quieren hechos, buscan su significado, desean un «gran panorama» en el cual puedan creer y dentro del cual puedan llegar a comprenderse a sí mismos. Quieren también valores orientadores y maneras apropiadas de sentir y estilos de emoción y vocabularios de motivación. Y no encuentran eso fácilmente en la literatura de hoy. No importa que esas cualidades *deban* encontrarse allí; lo que importa es que con frecuencia no las encuentran allí los hombres.

En el pasado, literatos en función de críticos y de historiadores escribieron notas sobre Inglaterra y sobre viajes a los Estados Unidos. Se esforzaron por caracterizar sociedades en su conjunto y de discernir su sentido moral. Si Tocqueville o Taine vivieran hoy, ¿no serían sociólogos? Formulándose esta pregunta acerca de Taine, un reseñador de *The Times* (Londres) dice:

> Taine vio siempre al hombre primordialmente como un animal social y la sociedad como una colección de grupos: sabía observar minuciosamente, era un trabajador de campo infatigable y poseía una cualidad… particularmente valiosa para percibir relaciones entre los fenómenos sociales: la cualidad de la firmeza. Estaba demasiado interesado en el presente para ser un buen historiador, era demasiado teórico para ser novelista, y veía demasiado la literatura como documento de la cultura de una época o de un país para ser un crítico de primera fila… Su obra sobre la literatura inglesa es menos un estudio de la literatura inglesa que un comentario sobre la moral de la sociedad inglesa y un vehículo de su positivismo. Es un teórico social, antes que nada.[7]

Que haya sido un «literato» más bien que un «científico social», atestigua quizás el dominio sobre gran parte de la ciencia social del siglo XIX ejercido por la búsqueda celosa de «leyes» supuestamente comparables a las que nos imaginamos que encuentran los científicos de la naturaleza. A falta de una ciencia social adecuada, los críticos y los novelistas, los dramaturgos y los poetas han sido los principales, si no los únicos, formuladores de inquietudes individuales y hasta de problemas públicos. El arte expresa esos sentimientos y a veces se concentra en ellos —en los mejores momentos con dramática agudeza—, pero no aún con la claridad intelectual necesaria para su comprensión y alivio en la actualidad. El arte no formula ni puede formular

esos sentimientos como problemas que contienen las inquietudes y las dudas a las que los hombres tienen que hacer frente ahora si han de vencer su malestar e indiferencia y las insufribles angustias a que conducen. En realidad, el artista muchas veces no intenta hacerlo. Además, el artista serio experimenta él mismo gran inquietud, y le iría bien con alguna ayuda intelectual y cultural de una ciencia social animada por la imaginación sociológica.

5

Mi propósito en este libro es definir el significado de las ciencias sociales para las tareas culturales de nuestro tiempo. Deseo especificar las clases de esfuerzo que están detrás del desarrollo de la imaginación sociológica, indicar lo que ella implica para la vida política y para la vida cultural, quizá señalar algo de lo que se necesita para poseerla. Deseo, de esa manera, aclarar la naturaleza y los usos de las ciencias sociales en la actualidad, y dar un limitado informe de su situación contemporánea en los Estados Unidos.[8]

En cualquier momento dado, naturalmente, la «ciencia social» consiste en lo que están haciendo los científicos sociales debidamente reconocidos; pero no todos ellos están, de ningún modo, haciendo lo mismo; en realidad ni siquiera hacen cosas del mismo género. La ciencia social es también lo que han hecho los científicos sociales del pasado; pero cada estudioso de estas materias elige una determinada tradición de su disciplina. Cuando hablo de «la promesa de la ciencia social», espero que esté claro que me refiero a esa promesa tal como yo la veo.

Precisamente ahora hay entre los cultivadores de las ciencias sociales un malestar muy generalizado, tanto intelectual como moral, por la dirección que parece ir tomando la disciplina de su elección. Ese malestar, así como las infortunadas tendencias que contribuyen a producirlo, forman parte, según supongo, de un malestar general de la vida intelectual contemporánea. Pero quizás el malestar es más agudo entre los cultivadores de las ciencias sociales, aunque no sea más que por el dilatado alcance de la promesa que guio gran parte del trabajo anterior realizado en su campo, por la naturaleza de los asuntos que trata y por la urgente necesidad que hoy se siente de trabajo significativo y de importancia.

No todos sienten ese malestar, pero el hecho de que muchos no lo sientan es en sí mismo causa de nuevo malestar entre los que no olvidan la promesa y son bastante honrados para no admitir la pretenciosa mediocridad de mucho de lo que se hace. Dicho con toda franqueza, espero aumentar ese malestar, definir algunas de sus fuentes, contribuir a transformarlo en un apremio específico para comprender la promesa de la ciencia social y limpiar el terreno para empezar de nuevo: en suma, indicar algunas de las tareas que hay que hacer y los medios disponibles para hacer el trabajo que hay que hacer hoy.

El concepto de la ciencia social que yo sustento no ha predominado últimamente. Mi concepto se opone a la ciencia social como conjunto de técnicas burocráticas que impiden la investigación social con sus pretensiones metodológicas, que congestionan el trabajo con conceptos oscurantistas o que lo trivializan interesándose en pequeños problemas sin relación con los problemas públicamente importantes. Esos impedimentos, oscuridades y trivialidades han producido actualmente una crisis en los estudios sociales, sin que señalen en absoluto un camino para salir de ella.

Unos cultivadores de las ciencias sociales insisten en la necesidad de «equipos técnicos de investigación», otros en la primacía del investigador individual. Unos gastan mucha energía en el refinamiento de los métodos y las técnicas de investigación; otros piensan que han sido abandonados los tipos doctos del artesano intelectual y que deben ser rehabilitados ahora. Unos desarrollan su trabajo de acuerdo con un rígido conjunto de procedimientos mecánicos; otros tratan de desarrollar, incitar y emplear la imaginación sociológica. Algunos —adeptos del alto formulismo de la «teoría»— asocian y disocian conceptos de manera que a otros les parece extraña; y estos otros apremian para la elaboración de palabras sólo cuando es manifiesto que ello amplía el alcance de la sensibilidad y aumenta el ámbito del razonamiento. Unos estudian estrictamente sólo ambientes en pequeña escala, con la esperanza de «armar» después con esas piezas concepciones de estructuras mayores; otros examinan las estructuras sociales en que tratan de «situar» muchos medios pequeños. Unos, olvidando por completo los estudios comparativos, estudian sólo una pequeña comunidad en una sociedad y en un tiempo; otros trabajan directamente y de un modo plenamente comparativo las estructuras sociales de las naciones del mundo. Unos limitan sus rigurosas investigaciones a secuencias muy reducidas de asuntos humanos; otros se interesan en problemas que sólo se advierten en una larga perspectiva histórica. Unos especializan su trabajo de acuerdo con compartimientos académicos; otros, saltándose todos los compartimientos, se especializan por asuntos o problemas, sin tener en cuenta dónde están situados académicamente. Unos atienden a la diversidad de la historia, de la biografía, de la sociedad; otros no.

Esos contrastes, y muchos más de tipo parecido, no son necesariamente verdaderas alternativas, aunque en el calor de la controversia o en la indolente seguridad de la especialización se les tome por tales. En este punto, yo meramente los enuncio de un modo inicial, para volver a ellos al final de este libro. Tengo la esperanza, desde luego, de que se dejarán ver todas mis tendencias o prejuicios personales, porque los juicios que formule serán explícitos. Pero también intento, independientemente de mis propios juicios, enunciar los significados culturales y políticos de la ciencia social. Mis prejuicios no son, naturalmente, ni más ni menos prejuicios que los que voy a examinar. ¡Que quienes no se cuiden de los míos usen su oposición a ellos para hacer los suyos tan explícitos y tan reconocidos como tales, como yo trataré de hacer los míos! Entonces se reconocerán los problemas morales del estudio social —el problema de la ciencia social como problema público—, y se

hará posible la discusión. Entonces cada uno se conocerá mejor a sí mismo, lo que es, desde luego, condición previa para la objetividad en la empresa de la ciencia social en su conjunto.

Creo, en resumen, que lo que puede llamarse análisis social clásico es una serie de tradiciones definibles y usables; que su característica esencial es el interés por las estructuras sociales históricas; y que sus problemas tienen una relación directa con los urgentes problemas públicos y las insistentes inquietudes humanas. Creo también que hay actualmente grandes obstáculos en el camino de la continuidad de esa tradición —tanto dentro de las ciencias sociales como en sus ambientes académico y político—; pero que, no obstante, las cualidades mentales que la constituyen, se están convirtiendo en un denominador común de nuestra vida cultural general y que, aunque vagamente y baja una confusa variedad de disfraces, están empezando a dejarse sentir como una necesidad.

Muchos profesionales de la ciencia social, especialmente en los Estados Unidos, me parecen curiosamente renuentes a aceptar el reto que ahora se les lanza. De hecho, muchos abdican las tareas intelectuales y políticas del análisis social; otros, indudablemente, no están a la altura del papel que, sin embargo, se han asignado. En ocasiones casi parecen haber acogido deliberadamente viejas astucias y producido nuevas timideces. Mas, a pesar de esa resistencia, la atención intelectual y la atención pública están ahora tan manifiestamente fijas sobre los mundos sociales que se supone que ellos estudian, que hay que reconocer que se encuentran por única vez ante una oportunidad. En esa oportunidad se revelan la promesa intelectual de las ciencias sociales, los usos culturales de la imaginación sociológica y el sentido político de los estudios sobre el hombre y la sociedad.

6

De un modo bastante embarazoso para quien se confiesa sociólogo, todas las infortunadas tendencias (salvo quizás una) que estudiaré en los capítulos siguientes caen dentro de lo que generalmente se considera «el campo de la sociología», aunque la abdicación cultural y política que implican indudablemente caracteriza a gran parte del trabajo diario de otras ciencias sociales. Haya lo que haya de verdad en disciplinas tales como las ciencias políticas y la economía, en la historia y la antropología, es evidente que hoy en los Estados Unidos lo que se conoce con el nombre de sociología se ha convertido en el centro de reflexión acerca de la ciencia social. Se ha convertido en el centro de interés en cuanto a los métodos; y también encontramos en ella un interés extremado por la «teoría general». Una diversidad de trabajo intelectual verdaderamente notable ha entrado a tomar parte en el desarrollo de la tradición sociológica. Interpretar esa variedad como *una tradición* es audaz por sí mismo. Pero quizá se admita generalmente que lo que ahora se reputa trabajo sociológico ha tendido a moverse en una o más de tres direcciones generales, cada

una de las cuales está expuesta a ciertas deformaciones.

Tendencia I: Hacia una teoría de la historia. Por ejemplo, en manos de Comte, como en las de Marx, Spencer y Weber, la sociología es una empresa enciclopédica, relativa a la totalidad de la vida social del hombre. Es al mismo tiempo histórica y sistemática: histórica porque trata de materiales del pasado y los emplea; sistemática porque lo hace con objeto de distinguir «las etapas» del curso de la historia y las regularidades de la vida social.

La teoría de la historia del hombre puede ser deformada muy fácilmente y convertirse en un estrecho molde trans-histórico en el cual se meten a la fuerza los materiales de la historia humana y del cual salen visiones proféticas (por lo general sombrías) del futuro. Las obras de Arnold Toynbee y de Oswald Spengler son ejemplos bien conocidos.

Tendencia II: Hacia una teoría sistemática de «la naturaleza del hombre y de la sociedad». Por ejemplo, en las obras de los formalistas, principalmente Simmel y Von Wiese, la sociología trata de conceptos destinados a servir para clasificar todas las relaciones sociales y penetrar sus características supuestamente invariables. En suma, se interesa en una visión más bien estática y abstracta de los componentes de la estructura social en un nivel muy elevado de generalidad.

Quizá por reacción contra la deformación de la Tendencia I, la historia puede ser totalmente abandonada: la teoría sistemática de la naturaleza del hombre y de la sociedad se convierte con facilidad excesiva en un formalismo complicado y árido en el que la descomposición de conceptos y sus interminables recomposiciones y combinaciones se convierte en la tarea central. Entre los que llamaré Grandes Teóricos, las concepciones se han convertido verdaderamente en conceptos. El ejemplo contemporáneo más importante en la sociología norteamericana es la obra de Talcott Parsons.

Tendencia III: Hacia el estudio empírico de los hechos y los problemas sociales contemporáneos. Aunque Comte y Spencer fueron los soportes de la ciencia social norteamericana hasta 1914 aproximadamente, y la influencia teórica alemana fue grande, la actitud empírica fue fundamental en los Estados Unidos desde tiempos tempranos. En parte se debió esto a haber sido anterior la consagración académica de la economía y de la ciencia política. Dado esto, en la medida en que es definida como el estudio de algún sector especial de la sociedad, la sociología se convierte fácilmente en una especie de trabajador suelto entre las ciencias sociales ocupado en estudios misceláneos de sobrantes académicos. Hay estudios de ciudades y de familias, de relaciones raciales y étnicas, y, desde luego, de «pequeños grupos». Como veremos, la miscelánea resultante se convirtió en un estilo de pensamiento que examinaré bajo el dictado de «practicidad liberal».

El estudio de los hechos contemporáneos fácilmente puede convertirse en una

serie de datos de ambiente sin relación entre sí y con frecuencia insignificantes. Muchos cursos docentes de sociología norteamericana pueden servir de ejemplo; pero quizás lo revelen mejor los libros de texto relativos a la desorganización social. Por otra parte, los sociólogos han tendido a hacerse especialistas en la técnica de la investigación de casi todo. Entre ellos, los métodos se han convertido en metodología. Gran parte de la obra —y más aún del *ethos*— de George Lundberg, Samuel Stouffer, Stuart Dodd y Paul F. Lazarsfeld son ejemplos actuales. Estas tendencias —de dispersar la atención y cultivar el método por el método— son dignas compañeras entre sí, aunque no se den necesariamente juntas.

Las peculiaridades de la sociología pueden entenderse como deformaciones de una o más de sus tendencias tradicionales. Pero también sus promesas pueden entenderse en relación con esas tendencias. En los Estados Unidos se ha producido actualmente una especie de amalgama helenística que incorpora diversos elementos y finalidades de las sociologías de las diferentes sociedades occidentales. El peligro está en que, en medio de tanta abundancia sociológica, otros científicos sociales se impacienten tanto, y que los sociólogos sientan tanta urgencia de «investigar», que pierdan el dominio sobre un legado verdaderamente valioso. Pero hay también una oportunidad en nuestra situación: la tradición sociológica contiene las mejores formulaciones de la plena promesa de las ciencias sociales en conjunto, así como algunas realizaciones parciales de ellas. El matiz y la sugerencia que los estudiosos de la sociología pueden encontrar en sus tradiciones no pueden resumirse en breves términos, pero el investigador social que las tome en sus manos quedará ricamente recompensado. Su dominio sobre ellas puede convertirse rápidamente en nuevas orientaciones para su propio trabajo en la ciencia social.

Volveré a ocuparme de las promesas de la ciencia social (en los capítulos VII a X, después de haber examinado algunas de sus deformaciones más habituales [capítulos II a VI]).

II. LA GRAN TEORÍA

EMPECEMOS por una muestra de gran teoría tomada de *The Social System* de Talcott Parsons, generalmente considerado como libro muy importante de un representante muy eminente del estilo.

> Un elemento de un sistema simbólico compartido que sirve como criterio normativo para la elección entre las alternativas de orientación que están intrínsecamente abiertas en una situación, puede llamarse un valor… Pero desde este aspecto de la orientación motivacional de la totalidad de la acción es necesario, en vista del papel de los sistemas simbólicos, distinguir un aspecto de «orientación-valor». Este aspecto concierne, no al significado para el actor del estado esperado de las cosas en relación con su balance de goces y privaciones, sino al contenido de las normas selectivas mismas. El concepto de orientaciones-valores es, pues, en este sentido el instrumento lógico para formular un aspecto central de la articulación de las tradiciones culturales en el sistema de acción.
>
> De la derivación de la orientación normativa y del papel de los valores en acción, tal como queda expuesto, se sigue que todos los valores implican lo que puede llamarse una referencia social… Es inherente a un sistema de acción que la acción sea, para decirlo en pocas palabras, «normativamente orientada». Esto se sigue, como se ha demostrado, del concepto de expectativas y su lugar en la teoría de la acción, especialmente en la fase «activa» en que el actor persigue metas. Así pues, las expectativas, en combinación con la «doble contingencia» del proceso de interacción, como se le ha llamado, crea un problema de orden decisivamente imperativo. A su vez, pueden distinguirse dos aspectos en este problema de orden: orden en los sistemas simbólicos que hacen posible la comunicación, y orden en la mutualidad de la orientación motivacional para el aspecto normativo de las expectaciones, el problema «hobbesiano» del orden.
>
> El problema del orden, y por lo tanto de la naturaleza de la integración de sistemas estables de interacción social, es decir, de estructura social, se enfoca así sobre la integración de la motivación de actores con los criterios culturales normativos que integran el sistema de acción, en nuestro contexto interpersonalmente. Esos criterios son, según los términos empleados en el capítulo anterior, tipos de orientación-valor, y en cuanto tales son una parte especialmente decisiva de la tradición cultural del sistema social.[9]

Quizás algunos lectores sientan el deseo de pasar al capítulo siguiente. Espero que no cedan a ese impulso. La gran teoría —la asociación y disociación de conceptos— merece alguna consideración. No ha tenido, es cierto, un efecto tan importante como la inhibición metodológica que examinaremos en el capítulo siguiente, porque como estilo de trabajo su difusión ha sido limitada. El hecho es que no resulta fácilmente comprensible; y hasta se sospecha que no sea inteligible en absoluto. Esto es, seguramente, una ventaja protectora; pero es una desventaja por cuanto sus pronunciamientos están destinados a influir en los hábitos de trabajo de los científicos sociales. No para burlarnos, sino para consignar un hecho, tenemos que admitir que sus producciones han sido recibidas por los investigadores sociales en una o más de las siguientes maneras:

Para algunos, por lo menos, de los que pretenden entenderlo, y a quienes les gusta, es uno de los mayores avances en toda la historia de la ciencia social.

Para muchos de los que pretenden entenderlo, pero a quienes no les gusta, es un tosco trabajo de pesadez impertinente. (Éstos son raros, aunque no sea más que porque el desagrado y la impaciencia les impiden a muchos tratar de descifrarlo).

Para los que no pretenden entenderlo, pero a quienes les gusta muchísimo —y hay muchos de éstos— es un laberinto maravilloso, fascinador precisamente porque es con frecuencia espléndidamente ininteligible.

A los que no pretenden entenderlo y a quienes no les gusta —si es que tienen el valor de sus convicciones— les parecerá que, verdaderamente, el emperador va desnudo.

También hay, desde luego, muchos que suavizan sus opiniones, y muchos más que permanecen pacientemente neutrales, esperando a ver qué éxito profesional tiene, si es que tiene alguno. Y aunque es, quizás, una idea espantosa, muchos investigadores sociales no saben nada de ello, salvo que es cosa de la que se habla mucho.

Ahora bien, todo esto suscita un penoso asunto de inteligibilidad. Ese asunto, naturalmente, va más allá de la gran teoría,[10] pero los grandes teóricos están tan profundamente complicados en él, que me temo que, en realidad, debamos preguntarnos: ¿Es la gran teoría mera palabrería confusa, o hay algo en ella, después de todo? La respuesta, creo yo, es la siguiente: Hay algo, enterrado muy profundamente, desde luego; pero algo dice, a pesar de todo. La cuestión se convierte en lo siguiente: Después de eliminados todos los impedimentos para la comprensión de la gran teoría y quedar disponible lo que hay en ella de inteligible, ¿qué es lo que dice?

1

Sólo hay una manera de contestar a esa pregunta: debemos traducir un ejemplo eminente de ese estilo de pensamiento y estudiar después la traducción. Ya he señalado el ejemplo que elijo. Deseo aclarar aquí que no pretendo juzgar el valor de la obra de Parsons en su conjunto. Si me refiero a otros escritos suyos, es sólo con el objeto de aclarar, de una manera económica, algún punto contenido en este volumen. Al traducir al inglés el contenido de *The Social System*, no pretendo que mi traducción sea excelente, sino sencillamente que no se pierda en ella ningún significado explícito. La traducción —digo— contiene todo lo que hay en la obra de inteligible. En particular, trataré de separar las aseveraciones acerca de algo y las definiciones de palabras y de sus relaciones verbales. Ambas cosas son importantes; confundirlas es fatal para la claridad. Para evidenciar lo que es necesario, primero traduciré varios pasajes; después, ofreceré dos traducciones abreviadas del conjunto del libro.

Traducción del ejemplo citado al comienzo de este capítulo: Las gentes admiten con frecuencia las mismas normas y esperan que todos se atengan a ellas. En la medida en que lo hacen así, su sociedad puede ser una sociedad ordenada. (Plasta aquí la traducción).

Parsons ha escrito:

Hay, a su vez, una doble estructura de esa «vinculación a». En primer lugar, por virtud de la interiorización de la norma, la conformidad con ella tiende a ser de importancia personal, expresiva y/o instrumental para el *ego*. En segundo lugar, la estructuración de las reacciones del *alter* a la acción del *ego* como sanciones es una función de su conformidad con la norma. Por consiguiente, la conformidad como modo directo de la satisfacción de sus propias necesidades-disposiciones tiende a coincidir con la conformidad como una condición para suscitar las reacciones favorables y evitar las desfavorables de los demás. En la medida en que, en relación con las acciones de una pluralidad de actores, la conformidad con una norma de orientación-valor satisface *ambos* criterios, es decir, desde el punto de vista de todo actor dado en el sistema, es a la vez un modo de satisfacer sus propias necesidades-disposiciones y una condición para «optimizar» las reacciones de otros actores importantes, se dirá que dicha norma está «institucionalizada».

Un tipo de valor en este sentido siempre es institucionalizado en un contexto de *inter*-acción. Por lo tanto, hay siempre un doble aspecto

del sistema de expectativa que está integrado en relación con él. Por otra parte, hay las expectativas que conciernen a, y en parte establecen, normas para la conducta del actor, *ego*, que se toma como punto de referencia; ésas son sus «papel-expectativas». Por otra parte, desde su punto de vista, hay una serie de expectativas relativas a las *re*acciones contingentemente probables de los demás (*altera*), que se llamarán «sanciones» y que a su vez pueden subdividirse en positivas y negativas según el *ego* las sienta como promotoras de satisfacción o de privación. La relación entre las papel-expectativas y las sanciones es, pues, manifiestamente recíproca. Las que son sanciones para el *ego* son papel-expectativas para el *alter* y viceversa.

Así pues, un papel es un sector del sistema total de orientación de un actor individual que se organiza en torno de las expectativas en relación con un contexto particular de interacción, es decir, integrado con una serie particular de valores-normas que gobiernan la interacción con uno o más *altera* en los papeles complementarios apropiados. Esos *altera* no necesitan ser un grupo definido de individuos, sino que pueden comprender a cualquier *alter* si y cuando entra en una relación de interacción complementaria particular con el *ego*, lo cual implica una reciprocidad de expectativas con referencia a normas comunes de valor-orientación.

La institucionalización de una serie de papel-expectativas y de las sanciones correspondientes es, evidentemente, cuestión de grado. Este grado es una función de dos series de variables: por un lado las que afectan a la participabilidad real de los tipos de valor-orientación, y de otro las que determinan la orientación motivacional o el compromiso para la satisfacción de las expectativas pertinentes. Como veremos, pueden influir en este grado de institucionalización diversidad de factores a través de cada uno de esos canales. La antítesis polar de la plena institucionalización es, pues, la *anomia*, la falta de complementariedad estructurada del proceso de interacción, o, lo que es lo mismo, la quiebra completa del orden normativo en ambos sentidos. Éste es, sin embargo, un concepto limitador que no define nunca un sistema social concreto. Así como hay grados de institucionalización, hay también grados de *anomia*. Lo uno es el anverso de lo otro.

Se dirá que una *institución* es un complejo de papeles institucionalizados integrados de significación estructural estratégica en el sistema social en cuestión. Se consideraría la institución como una unidad de estructura social de orden más elevado que el papel, y ciertamente está formada por una pluralidad de papeles-tipo interdependientes o por componentes de ellos.[11]

O en otras palabras: Los hombres actúan a favor y en contra unos de otros. Cada uno tiene en cuenta lo que los demás esperan. Cuando esas mutuas expectativas son suficientemente definidas y duraderas, las llamamos normas. Cada individuo también espera que los demás reaccionen a lo que él hace. A esas reacciones esperadas las llamamos sanciones. Algunas de ellas parecen muy agradables, otras no. Cuando los hombres se guían por normas y sanciones, podemos decir que están representando papeles conjuntamente. Es una metáfora cómoda. Y en realidad, lo que llamamos una institución probablemente se define mejor como un conjunto más o menos estable de papeles. Cuando, dentro de una institución —o de toda una sociedad compuesta de

tales instituciones— las normas y las sanciones no dirigen a los individuos, podemos hablar, con Durkheim, de *anomia*. En un extremo, pues, están las instituciones, con normas y sanciones, todo claro y ordenado. En el otro extremo está la *anomia*: como dice Yeats, el centro no cuenta; o, como digo yo, el orden normativo se ha venido abajo. (Hasta aquí la traducción).

Tengo que admitir que no he sido completamente fiel en esta traducción. He ayudado un poco, porque hay ahí ideas muy buenas. De hecho, muchas de las ideas de los grandes teóricos, cuando se las traduce, son lugares más o menos comunes que se encuentran en muchos textos de sociología. Pero en lo que afecta a las «instituciones», la definición dada arriba no es del todo completa. A lo que ha sido traducido, debemos añadir que los papeles que forman una institución no suelen ser precisamente sólo una gran «complementariedad» de «expectaciones compartidas». ¿Han visto ustedes alguna vez un ejército, una fábrica o —para el caso— una familia? Bien, ésas son instituciones. Dentro de ellas, las expectativas de algunos individuos parecen un poco más urgentes que las de los demás. Ello es así porque, como solemos decir, esos individuos tienen más poder. O para decirlo más sociológicamente, aunque no del todo aún: una institución es una serie de papeles graduados en autoridad.

Dice Parsons:

La adhesión a valores comunes significa, motivacionalmente considerada, que los actores tienen «sentimientos» comunes en apoyo de los tipos de valores, lo cual puede definirse como queriendo significar que la conformidad con las expectativas pertinentes se considera una «cosa buena» con relativa independencia de toda «ventaja» instrumental específica que se obtenga de tal conformidad, por ejemplo, en la evitación de sanciones negativas. Además, esa adhesión a valores comunes, al mismo tiempo que puede colmar las necesidades de satisfacción inmediata del actor, siempre tiene un aspecto «moral» por cuanto esa conformidad define en cierto grado las «responsabilidades» del actor en los sistemas de acción más amplios, o sea, sociales, en que participa. Evidentemente, el foco específico de responsabilidad es la colectividad, que está constituida por un particular valor-orientación común.

Finalmente, es absolutamente claro que los «sentimientos» que apoyan a esos valores comunes no son ordinariamente, en su estructura específica, manifestaciones de propensiones constitucionalmente dadas del organismo. Por lo general son aprendidos o adquiridos. Además, la misión que desempeñan en la orientación de la acción no es predominantemente la de objetos culturales conocidos y a los cuales hay que «adaptarse», sino que los tipos de cultura se han interiorizado, forman parte de la estructura del sistema de la personalidad del actor mismo. Tales sentimientos o «actitudes-valores», como se les puede llamar, son, pues, genuinas necesidades —disposiciones— de la personalidad. Sólo por virtud de la interiorización de los valores institucionalizados tiene lugar una verdadera integración motivacional de la conducta en la estructura social, y quedan equipados para la satisfacción de los papeles-expectativas los estratos «más profundos» de la motivación. Sólo cuando esto ha tenido lugar en alto grado es posible decir que está altamente integrado un sistema social y que los intereses de la colectividad y los intereses privados de sus individuos constituyentes pueden considerarse próximos[12] a la coincidencia.

Esta integración de un conjunto de tipos de valores comunes con la estructura interiorizada de necesidades-disposiciones de las personalidades componentes es el fenómeno núcleo de la dinámica de los sistemas sociales. Puede decirse que el teorema dinámico fundamental de la sociología es que la estabilidad de todo sistema social, excepto el proceso más evanescente de interacción, depende en cierto grado de esa integración. Es el punto fundamental de referencia para todo análisis que pretenda ser un análisis dinámico del proceso social[13].

O en otras palabras: Cuando las gentes estiman los mismos valores, tienden a conducirse de acuerdo con el modo que los unos esperan de los otros que han de conducirse. Además, con frecuencia consideran esa conformidad como cosa muy buena, aun cuando parezca ir contra sus intereses inmediatos. Que esos valores compartidos sean aprendidos y no heredados no los hace menos importantes en la motivación humana. Por el contrario, se convierten en parte de la personalidad misma. Como tales, unen a una sociedad, porque lo que es socialmente esperado se hace individualmente necesitado. Es esto tan importante para la estabilidad de todo sistema social que voy a usarlo como mi principal punto de partida si alguna vez analizo una sociedad como entidad en marcha. (Hasta aquí la traducción).

Supongo que uno podría traducir de un modo parecido las 555 páginas de *The Social System* en unas 150 páginas de buen inglés. El resultado no sería muy impresionante. Sin embargo, contiene los términos en que el problema clave del libro, y la solución que éste da al problema, son más claramente enunciables. Desde luego, cualquier idea, cualquier libro, puede sugerirse en una frase o extenderse en veinte volúmenes. Es cuestión de lo necesario que se considere un desarrollo pleno para hacer clara una cosa y de la importancia que esa cosa parezca tener: cuántas experiencias haga inteligibles, qué cantidad de problemas nos permita resolver o por lo menos formular.

Para sugerir en dos o tres frases el libro de Parsons, por ejemplo, diríamos: «Se nos pregunta: ¿Cómo es posible el orden social? La respuesta que se nos da parece ser: Por los valores comúnmente aceptados». ¿Es esto todo lo que hay en él? Desde luego que no, pero es lo principal. Mas ¿no es esto injusto? ¿Puede tratarse un libro cualquiera de este modo? Sin duda que sí. He aquí un libro mío tratado de esa suerte: «¿Quién, después de todo, gobierna a los Estados Unidos? Nadie lo gobierna por completo, pero si algún grupo lo hace, es la minoría del poder».[14] Y he aquí el libro que tienen ustedes en la mano: «¿De qué tratan las ciencias sociales? Deben tratar del hombre y de la sociedad, y alguna vez lo hacen. Son intentos para ayudarnos a comprender la biografía y la historia y las conexiones entre las dos en diversidad de estructuras sociales».

He aquí una traducción del libro de Parsons en cuatro párrafos:

Imaginemos algo que podemos llamar «el sistema social», en el que los individuos actúan con referencia el uno al otro. Esas acciones son con frecuencia ordenadas, porque los individuos del sistema comparten tipos de valor y de modos apropiados y prácticos de conducta. A algunos de esos tipos podemos llamarlos normas; quienes actúan de acuerdo con ellos tienden a portarse de un modo análogo en circunstancias análogas. En la medida en que esto es así, hay «regularidades sociales», que podemos observar y que con frecuencia son muy duraderas. A esas regularidades duraderas y estables podemos llamarlas «estructurales». Es posible considerar todas esas regularidades existentes dentro del sistema social como un

equilibrio grande e intrincado. Voy a olvidar ahora que esto es una metáfora, porque quiero que considere usted como muy real mi concepto: el equilibrio social.

Hay dos modos principales de conservar el equilibrio social, y del fracaso de uno de ellos o de ambos resulta el desequilibrio. El primero es la «socialización», que incluye todos los medios por los cuales el individuo recién nacido se convierte en una persona social. Parte de esta formación social de las personas consiste en la adquisición de motivos para aceptar las acciones sociales que los demás exigen o esperan. El segundo es el «control social», por el cual entiendo todos los medios de mantener en línea a la gente y por el cual ella se mantiene en línea. Entiendo por «línea», naturalmente, toda acción típicamente esperada y aprobada dentro del sistema social.

El primer problema del mantenimiento del equilibrio social es conseguir que la gente quiera hacer lo que se exige y se espera de ella. Si eso fracasa, el segundo problema es adoptar otros medios para mantenerla en línea. Las mejores clasificaciones y definiciones de esos controles sociales las ha dado Max Weber, y yo tengo poco que añadir a lo que él y algunos otros escritores después han dicho tan bien.

Hay un punto que me desconcierta un poco: dados ese equilibrio social y todos los controles de que está armado, ¿cómo es posible que alguien se salga alguna vez de la línea? No puedo explicar eso muy bien, es decir, de acuerdo con mi Teoría General y Sistemática del sistema social. Y aún hay otro punto que no es todo lo claro que yo quisiera: ¿Cómo podré explicar el cambio social, es decir, la historia? En relación con estos dos problemas, recomiendo que siempre que se os presenten, emprendáis investigaciones empíricas. (Hasta aquí la traducción).

Quizás baste eso. Desde luego, podríamos hacer una traducción más completa; pero «más completa» no significa necesariamente «más adecuada», y yo invito al lector a inspeccionar *The Social System* y a encontrar más en él. Entretanto, tenemos delante tres tareas: primera, caracterizar el estilo lógico de pensamiento representado por la gran teoría; segunda, aclarar cierta confusión genérica en este ejemplo particular; tercera, indicar cómo plantean y resuelven la mayor parte de los científicos sociales el problema del orden de Parsons. Mi propósito en todo esto es ayudar a los grandes teóricos a descender de sus inútiles alturas.

2

Entre los investigadores sociales no hay serias diferencias entre quienes observan sin pensar y quienes piensan sin observar; las diferencias más bien se refieren a qué clase de pensamiento, qué clases de observación y qué clases de vínculos, si es que hay alguno, existen entre ambas cosas.

La causa fundamental de la gran teoría es la elección inicial de un nivel de

pensamiento tan general, que quienes lo practiquen no puedan lógicamente descender a la observación. Como grandes teóricos, nunca descienden de sus altas generalidades a los problemas que presentan sus contextos históricos y estructurales. Esa falta de un sentido sólido de los verdaderos problemas, es causa de la irrealidad tan notoria en sus páginas. Una característica resultante es la elaboración de distinciones aparentemente arbitrarias y ciertamente interminables, que ni amplían nuestra comprensión ni hacen más sensible nuestra experiencia. Esto, a su vez, se revela como una abdicación parcialmente organizada del esfuerzo para definir y explicar con sencillez la conducta humana y la sociedad.

Cuando pensamos en lo que representa una palabra, tratamos de sus aspectos *semánticos*; cuando la consideramos en relación con otras palabras, tratamos de sus características *sintácticas*.[15] Empleo estos términos taquigráficos porque suministran un modo económico y preciso para decir lo siguiente: la gran teoría está ebria de sintaxis y ciega para la semántica. Quienes la practican no comprenden verdaderamente que cuando definimos una palabra no hacemos sino invitar a los demás a usarla como querríamos que se la usase; que la finalidad de la definición es enfocar la argumentación sobre el hecho; y que el resultado propio de la buena definición es transformar la argumentación sobre palabras en desacuerdos sobre el hecho, dejando así abierta la argumentación para investigaciones posteriores.

Los grandes teóricos están tan preocupados con los sentidos sintácticos y tan desentendidos de las referencias semánticas, están tan rígidamente confinados en niveles tan altos de abstracción, que las «tipologías» que inventan —y el trabajo que realizan para inventarlas— más bien parecen un árido juego de conceptos que un esfuerzo para definir sistemáticamente —es decir, de una manera clara y ordenada— los problemas que tienen delante y para guiar nuestros esfuerzos dirigidos a resolverlos.

Una gran lección que en la obra de los grandes teóricos podemos aprender de su sistemática ausencia, es que todo pensador consciente de sí mismo debe conocer en todos los momentos —y ser capaz, en consecuencia, de controlarlos— los niveles de abstracción en que está trabajando. La capacidad de ir y venir de un nivel de abstracción a otro con facilidad y claridad es señal distintiva del pensador imaginativo y sistemático.

En torno de palabras como «capitalismo», o «clase media», o «burocracia», o «minoría del poder», o «democracia totalitaria», hay con frecuencia connotaciones embrolladas y oscuras, y al emplear esas palabras dichas connotaciones deben ser cuidadosamente vigiladas y controladas. Alrededor de esas palabras hay con frecuencia series «compuestas» de hechos y relaciones, así como factores y observaciones meramente supuestos. También éstos deben ser cuidadosamente clasificados y aclarados en nuestra definición y en nuestro uso.

Para aclarar las dimensiones sintácticas y semánticas de esos conceptos, debemos

conocer la jerarquía de especificidad que corresponde a cada uno de ellos, y tenemos que ser capaces de considerar todos los niveles de esa jerarquía. Debemos preguntarnos: ¿Entendemos por «capitalismo», tal como vamos a usar esta palabra, meramente el hecho de que todos los medios de producción son de propiedad privada? ¿O queremos también incluir en la palabra la idea de un mercado libre como mecanismo determinante del precio, de los salarios, de las ganancias? ¿Y en qué medida tenemos derecho a suponer que, por definición, la palabra implica aserciones acerca del régimen político y de las instituciones económicas? Supongo que esos hábitos mentales son las claves del pensamiento sistemático, y su ausencia la clave del fetichismo del concepto. Quizás resulte más clara la consecuencia de esa ausencia al estudiar, más detalladamente, una gran confusión del libro de Parsons.

3

Pretendiendo exponer «una teoría sociológica general», los grandes teóricos exponen en realidad una esfera de conceptos de los cuales están excluidos muchos rasgos estructurales de la sociedad humana, rasgos reconocidos durante mucho tiempo y de manera exacta como fundamentales para comprenderla. Aparentemente, es esto cosa deliberada en interés a hacer de la ocupación de los sociólogos un esfuerzo especializado diferente del de los economistas y los teóricos políticos. La sociología, según Parsons, trata de «aquel aspecto de la teoría de los sistemas sociales relativo a los fenómenos de la institucionalización de los tipos de valor-orientación del sistema social, con las condiciones de esa institucionalización; y de los cambios de los tipos, con las condiciones de conformidad con, y desviación de, una serie de dichos tipos, y de los procesos motivacionales en cuanto están implicados en ellos».[16] Traducido y descargado de presunción, como debe ser una definición, quiere decir: Los sociólogos de mi clase gustan de estudiar lo que las gentes quieren y acarician. También nos gustaría averiguar por qué hay tal diversidad de valores de ésos y por qué cambian. Cuando encontramos una serie más o menos unitaria de valores, nos gustaría averiguar por qué unas gentes se acomodan a ellos y otras no. (Fin de la traducción).

Como ha observado David Lockwood,[17] esa formulación libra al sociólogo de toda incumbencia respecto del «poder» y de las instituciones económicas y políticas. Yo aún iría más allá. Esa formulación, y en realidad todo el libro de Parsons, trata mucho más de lo que se ha llamado tradicionalmente «legitimaciones» que de instituciones de cualquier clase. Se me figura que la consecuencia es transformar, por definición, todas las estructuras institucionales en una especie de esfera moral, o más exactamente, en lo que se ha llamado «la esfera del símbolo».[18] Para aclarar este punto, me gustaría primero decir algo acerca de esa esfera; después estudiar su supuesta autonomía; y en tercer lugar indicar cómo las concepciones de Parsons hacen extraordinariamente difícil ni siquiera plantear algunos de los problemas más

importantes de todo análisis de la estructura social.

Los que ejercen autoridad intentan justificar su dominio sobre las instituciones vinculándolo, como si fuera una consecuencia inevitable, con los símbolos morales en que generalmente se cree, con los emblemas sagrados, con las fórmulas legales. Estos conceptos fundamentales pueden referirse a un dios o a varios dioses, al «voto de la mayoría», a «la voluntad del pueblo», a «la aristocracia del talento y de la riqueza», al «derecho divino de los reyes», o a las supuestas dotes extraordinarias del gobernante mismo. Los científicos sociales, siguiendo a Weber, llaman a esos conceptos «legitimaciones», o a veces «símbolos de justificación».

Diversos pensadores han usado términos diferentes para referirse a ellos: la «fórmula política» o las «grandes supersticiones» de Mosca; el «principio de soberanía» de Locke; el «mito del gobierno» de Sorel; el «folklore» de Thurman Arnold; las «legitimaciones» de Weber; las «representaciones colectivas» de Durkheim; las «ideas dominantes» de Marx; la «voluntad general» de Rousseau; los «símbolos de autoridad» de Lasswell; la «ideología» de Mannheim; los «sentimientos públicos» de Spencer: todas estas denominaciones y otras parecidas atestiguan el lugar central de los símbolos del amo en el análisis social.

Análogamente, en el análisis psicológico, esos símbolos del amo, pertinentes cuando se recurre a ellos privadamente, se convierten en las razones, y muchas veces en los motivos, que llevan a las personas a desempeñar determinados papeles y sancionan su representación de ellos. Si, por ejemplo, las instituciones económicas se justifican públicamente en relación con ellos, las referencias al egoísmo pueden ser justificación aceptable de la conducta individual. Pero, si se considera públicamente necesario justificar esas instituciones desde el punto de vista de «la confianza y el servicio públicos», los antiguos motivos y razones egoístas pueden conducir a sentimientos de culpabilidad, o por lo menos de malestar, entre los capitalistas. Las legitimaciones públicamente eficaces se convierten con frecuencia, a su tiempo, en motivos personales eficaces.

Ahora bien, lo que Parsons y otros grandes teóricos llaman «valores-orientaciones» y «estructura normativa» se refieren principalmente a los símbolos de legitimación del amo. Éste es, ciertamente, asunto importante y útil. Las relaciones de esos símbolos con la estructura de las instituciones cuentan entre los problemas más importantes de la ciencia social. Pero esos símbolos no forman ninguna esfera autónoma dentro de una sociedad; su significación social está en su uso para justificar la organización del poder y las situaciones que dentro de ella ocupan los poderosos, o para oponerse a ella. Su importancia psicológica está en el hecho de que se convierten en la base de la adhesión a la estructura del poder o de la oposición a ella.

No podemos suponer meramente que una serie de estos valores, o legitimaciones, *deben* prevalecer por miedo de que una estructura social se divida, ni debemos

suponer que una estructura social deba hacerse coherente o unificada por ninguna «estructura normativa» parecida. Ciertamente, no podemos suponer simplemente que toda «estructura normativa» que pueda prevalecer sea, en ningún sentido de la palabra, autónoma. De hecho, para las sociedades occidentales contemporáneas —y en particular para los Estados Unidos— hay muchos indicios de que lo más cierto es lo contrario de cada uno de esos supuestos. Con frecuencia —aunque no en los Estados Unidos a partir de la segunda Guerra Mundial— hay símbolos de oposición muy bien organizados que se emplean para justificar movimientos insurgentes y deponer a las autoridades gobernantes. La continuidad del sistema político norteamericano es absolutamente única, habiendo sido amenazada por la violencia interior sólo una vez en su historia. Este hecho quizás figure entre los que han inducido a error a Parsons en su concepto de la «estructura normativa del valor-orientación».

«Los gobiernos» no tienen necesariamente, como creía Emerson, «su origen en la identidad moral de los hombres». Creer eso es confundir sus legitimaciones con sus causas. Con la misma frecuencia, o hasta con mayor frecuencia, las identidades morales que puedan tener los hombres de una sociedad quizás descansan en el hecho de que los gobernantes institucionales monopolizan con éxito, y aun imponen, sus símbolos del amo.

Hace unos cien años, este tema fue fructíferamente estudiado en relación con los supuestos de quienes creen que las esferas del símbolo son autónomas y que esos «valores» pueden en verdad dominar la historia: Los símbolos que justifican una autoridad son independientes de las personas reales o de los sectores que la ejercen. Entonces se cree que las «ideas», no los sectores ni las personas que las usan, son las que gobiernan. A fin de prestar continuidad a la sucesión de esos símbolos, se los presenta como relacionados en cierto modo el uno con el otro. Así, los símbolos parecen «auto-determinantes». Para hacer más plausible esta curiosa noción, con frecuencia se «personalizan» los símbolos y se les supone «conscientes de sí mismos». Entonces se les puede concebir como «los conceptos de la historia» o como una serie de «filósofos» cuyo pensamiento determina la dinámica institucional. O, podemos añadir, puede convertirse en un fetiche el concepto del «orden normativo». Desde luego, yo acabo de parafrasear a Marx y Engels cuando hablan de Hegel.[19]

A menos que justifiquen las instituciones y muevan a las personas a representar papeles institucionales, «los valores» de una sociedad, aunque sean muy importantes en diversos medios privados, histórica y sociológicamente son insignificantes. Hay, naturalmente, una acción recíproca entre los símbolos justificativos, las autoridades institucionales y las personas que obedecen. A veces no titubearíamos en asignar un papel causal a los símbolos del amo; pero no debemos emplear mal la idea como *la* teoría del orden social ni de la unidad de la sociedad. Hay mejores modos de interpretar una «unidad», como en breve veremos, modos que son más útiles para la formulación de problemas importantes de la estructura social y más cercanos a los

materiales observables.

Hasta donde nos interesen los «valores comunes», lo mejor es formar nuestro concepto de ellos examinando las legitimaciones de cada orden institucional en toda estructura social dada, y no *empezar* intentando primero entenderlos y a su luz «explicar» la composición y la unidad de la sociedad.[20] Podemos hablar, supongo yo, de «valores comunes» cuando una gran proporción de los individuos de un orden institucional aceptan esas legitimaciones del orden, cuando tales legitimaciones son las condiciones con que se exige, con buen éxito, obediencia, o por lo menos se obtiene la anuencia. Esos símbolos se emplean entonces para «definir las situaciones» a que hay que hacer frente en diversos papeles y como patrones para las valuaciones de jefes y secuaces. Las estructuras sociales que despliegan símbolos universales y centrales son naturalmente tipos extremos y «puros».

En el otro extremo de la escala hay sociedades en que un conjunto predominante de instituciones controla a toda la sociedad y sobreimpone sus valores por la violencia y la amenaza de la violencia. Esto no tiene por qué implicar ninguna quiebra de la estructura social, porque los hombres pueden ser eficazmente condicionados por la disciplina formal; y en ocasiones, a menos que acepten las exigencias institucionales de disciplina, pueden no tener oportunidad de ganarse la vida.

> Un buen cajista empleado por un periódico reaccionario, por ejemplo, puede, para ganarse la vida y conservar su empleo, someterse a las exigencias disciplinarias de su patrono. En su intimidad, y fuera del taller, puede ser un agitador radical. Muchos socialistas alemanes consintieron en convertirse en soldados perfectamente disciplinados bajo las banderas del Kaiser, no obstante que sus valores subjetivos eran los del marxismo revolucionario. Hay mucha distancia de los símbolos a la conducta y viceversa, y no toda unidad se basa en símbolos.[21]

Señalar ese conflicto de valores no es negar «la fuerza de las congruencias racionales». La discrepancia entre las palabras y los hechos es con frecuencia característica; pero también lo es la lucha por la consecuencia. Qué es lo que predomina en una sociedad dada no puede decidirse *a priori* a base de la «naturaleza humana», ni de los «principios de la sociología», ni por el *fiat* de la gran teoría. Podemos imaginar muy bien un «tipo puro» de sociedad, una estructura social perfectamente disciplinada, en la que los hombres dominados no pueden, por diversas razones, renunciar a sus papeles prescritos, pero no compartir, sin embargo, ninguno de los valores del dominador, y en consecuencia no creer de ningún modo en la legitimidad del orden. Sería como un barco tripulado por forzados a galeras, en el que el disciplinado movimiento de los remos reduce a los remeros a engranajes de una máquina, y rara vez es necesaria la violencia del cómitre. Los forzados ni siquiera necesitan saber el rumbo del barco, aunque cada giro de la proa evoca la cólera del amo, único hombre a bordo que puede mirar adelante. Pero quizás empiezo yo a describir más bien que a imaginar.

Entre estos dos tipos —un «sistema de valores comunes» y una disciplina

sobreimpuesta— hay numerosas formas de «integración social». La mayor parte de las sociedades occidentales han incorporado muchos «valores-orientaciones» divergentes; sus unidades comprenden mezclas diversas de legitimación y coerción. Y eso, naturalmente, puede decirse de todo orden institucional, no sólo del político y el económico. Un padre puede imponer sus exigencias a su familia con la amenaza de desheredarla, o usando la violencia que le permita el orden político. Aun en pequeños grupos consagrados, como las familias, no es en absoluto necesaria la unidad de «valores comunes»: la desconfianza y el odio pueden ser las cosas necesarias para mantener unida a una familia amante. También una sociedad puede, naturalmente, florecer de un modo absolutamente satisfactorio sin esa «estructura normativa» que los grandes teóricos creen universal.

No deseo exponer aquí ninguna solución del problema del orden, sino simplemente suscitar preguntas. Porque si no podemos hacer eso, debemos, como lo exige el *fiat* de una definición totalmente arbitraria, *suponer* la «estructura normativa» que Parsons imagina ser el corazón del «sistema social».

4

El «poder», tal como ahora se usa generalmente esta palabra en la ciencia social, se relaciona con cualquier decisión que los hombres tomen en relación con las organizaciones bajo las cuales viven, y en relación con los acontecimientos que forman la historia de su tiempo. Ocurren acontecimientos que caen fuera de toda decisión humana; y los dispositivos sociales cambian sin necesidad de una decisión explícita. Pero en cuanto se toman decisiones (y en cuanto podrían no tomarse) el problema de quién las toma (o no las toma) es el problema fundamental del poder.

No podemos suponer actualmente que los hombres deben, en última instancia, ser gobernados con su propia anuencia. Entre los medios de poder que ahora prevalecen, está el poder de administrar y manipular la aquiescencia de los hombres. Que no conozcamos los límites de ese poder —y que esperemos que tenga límites— no invalida el hecho de que hoy se emplea con buen éxito mucho poder sin la sanción de la razón ni de la conciencia del que obedece.

Seguramente en nuestro tiempo no necesitamos discutir que, en definitiva, la coacción es la forma «definitiva» del poder. Pero entonces de ningún modo estamos constantemente en esa última instancia. Al lado de la coacción hay que tener también en cuenta la autoridad (el poder justificado por las creencias del obediente voluntario) y la manipulación (el poder esgrimido sin que lo advierta el impotente). En realidad, los tres tipos deben tenerse en cuenta constantemente al pensar en la naturaleza del poder.

Creo que debemos tener presente que en el mundo moderno el poder no es, con frecuencia, tan autoritario como parece haberlo sido en la época medieval; ya no parecen tan necesarias las justificaciones de los gobernantes para ejercer su poder.

Por lo menos, para muchas de las decisiones de nuestro tiempo —especialmente las de carácter internacional— no ha sido «necesaria» la «persuasión» de las masas; el hecho es, sencillamente, un hecho consumado. Además, las ideologías que están a disposición de los poderosos, muchas veces no son admitidas ni empleadas por ellos. Por lo general las ideologías surgen como respuesta a una deposición efectiva del poder; en los Estados Unidos esa oposición no ha sido suficientemente eficaz para crear el sentimiento de que son necesarias nuevas ideologías relativas al gobierno.

En la actualidad, desde luego, mucha gente que se ha librado de las obediencias predominantes, no se ha obligado a otras nuevas, y así no presta la menor atención a ninguna clase de asuntos políticos. No son ni radicales ni reaccionarios. Son «inaccionarios». Si aceptamos la definición griega del idiota como un hombre absolutamente reservado o particular, debemos concluir que muchos individuos de muchas sociedades son verdaderos idiotas. Esta —y uso la palabra con cuidado— situación espiritual me parece la clave de gran parte del malestar que prevalece entre los intelectuales políticos y de mucha de la perplejidad política de la sociedad contemporánea. La «convicción» intelectual y la «creencia» moral no son necesarias en los gobernantes ni en los gobernados para que perdure y aun florezca una estructura de poder. Por lo que respecta al papel de las ideologías, la frecuente ausencia de legitimación persuasiva y el predominio de la apatía de la masa seguramente son dos de los hechos políticos centrales en las sociedades occidentales de hoy.

En el curso de toda investigación importante se presentan muchos problemas a quienes sustentan acerca del poder la opinión que yo he venido sugiriendo. Pero no nos ayudan nada los desorientadores supuestos de Parsons, quien simplemente supone que hay, probablemente en toda sociedad, la «jerarquía de valores» que él imagina. Por otra parte, sus implicaciones dificultan sistemáticamente la clara formulación de problemas importantes.

Para aceptar su sistema nos vemos obligados a eliminar del cuadro los hechos de poder y, en realidad, de todas las estructuras institucionales, en particular la económica, la política y la militar. En esa curiosa «teoría general» no tienen lugar esas estructuras de dominio.

En las condiciones que nos ofrece, no podemos formular adecuadamente la cuestión empírica de la medida en que, y de qué manera, son legitimadas las instituciones en cualquier caso dado. La idea que expone del orden normativo, y el modo como la manejan los grandes teóricos, nos lleva a suponer que, virtualmente, está legitimado todo poder. En realidad: que en el sistema social, «la conservación de la complementariedad de los papeles-expectativas, una vez establecida, no es problemática… No se necesitan mecanismos especiales para explicar la conservación de la interacción-orientación complementaria».[22]

En esas condiciones no puede formularse eficazmente la idea de conflicto. Los

antagonismos estructurales, las rebeliones en gran escala, las revoluciones no pueden ni imaginarse. Realmente, se supone que «el sistema», una vez establecido, no sólo es estable, sino intrínsecamente armonioso; en su lenguaje, las perturbaciones tienen que ser «introducidas en el sistema».[23] La idea expuesta del orden normativo nos lleva a suponer una especie de armonía de intereses como característica natural de toda sociedad; tal como aquí aparece, esta idea tiene tanto de ancla metafísica como lo tuvo la idea absolutamente análoga del orden natural entre los filósofos del siglo XVIII.[24]

La eliminación mágica del conflicto y la maravillosa consecución de la armonía alejan de esta teoría «sistemática» y «general» las posibilidades de tratar el cambio social, la historia. No sólo no encuentran lugar en las estructuras sociales normativamente creadas de los grandes teóricos la «conducta colectiva» de masas aterrorizadas y de multitudes, muchedumbres y movimientos provocados —de que tan lleno está nuestro tiempo—, sino que toda idea sistemática de cómo sucede la historia, de su mecánica y procesos, son inasequibles para la gran teoría, y en consecuencia, cree Parsons, para la ciencia social. «Cuando esa teoría sea asequible habrá llegado el milenio para la ciencia social. Eso no ocurriría en nuestro tiempo y muy probablemente no ocurrirá nunca».[25] Ésta es, ciertamente, una afirmación extraordinariamente vaga.

Virtualmente, no puede formularse claramente ningún problema de importancia que se plantee en los términos de la gran teoría. Peor aún: su enunciado trae muchas veces el lastre de valoraciones y está oscurecido con palabras parásitas. Es difícil, por ejemplo, imaginar esfuerzo más útil que el de analizar la sociedad norteamericana en relación con «el tipo de valor» de «realización universalista» sin mencionar la naturaleza, el sentido y las formas cambiantes de sucesos característicos del capitalismo contemporáneo, y la estructura cambiante del capitalismo mismo; o de analizar la estratificación de los Estados Unidos en relación con «el sistema dominante de valores» sin tener en cuenta las conocidas estadísticas de posibilidades de vida basadas en los niveles de la propiedad y del ingreso.[26]

No creo excesivo decir que en la medida en que los problemas son tratados realistamente por los grandes teóricos, son tratados en términos que no encuentran lugar en la gran teoría y muchas veces son contradictorios con ella. «Verdaderamente —ha observado Alvin Gouldner—, la medida en que los esfuerzos de Parsons en el análisis teórico y empírico del cambio le llevan súbitamente a admitir todo un cuerpo de conceptos y supuestos marxistas, no es sino desconcertante… Casi parece como si se llevasen dos series de libros, una para el análisis del equilibrio y otra para la investigación del cambio».[27] Gouldner observa después cómo en el caso de la Alemania vencida, Parsons recomienda atacar a los *junkers* por la base, como «un caso de privilegio exclusivo de clase», y analiza el servicio civil en relación con la «base clasista del reclutamiento». En suma, toda la estructura económica y de ocupaciones —concebida en términos absolutamente marxistas, no en términos de la

estructura normativa proyectada por la gran teoría— surge de pronto ante la vista. Esto mantiene en uno la esperanza de que los grandes teóricos no hayan perdido todo contacto con la realidad histórica.

5

Vuelvo ahora al problema del orden, que, en una versión más bien hobbesiana, parece ser el problema más importante del libro de Parsons. Es posible tratarlo con brevedad porque ha sido refinado en el curso del desarrollo de la ciencia social y, en su formulación más útil, puede llamarse ahora el problema de la integración social. Requiere, desde luego, un concepto básico de la estructura social y del cambio histórico. Creo que, a diferencia de los grandes teóricos, la mayor parte de los investigadores sociales darían contestaciones parecidas a la siguiente:

Ante todo, no hay *una* respuesta para esta pregunta: ¿Qué mantiene unida a una estructura social? No hay una respuesta, porque las estructuras sociales difieren profundamente en el grado y tipo de unidad. De hecho, se conciben útilmente tipos de estructura social en relación con los diferentes modos de integración. Cuando descendemos del plano de la gran teoría a las realidades históricas, advertimos inmediatamente la inutilidad de sus conceptos monolíticos. Con ellos no podemos pensar acerca de la diversidad humana, acerca de la Alemania nazi de 1936, de la Esparta del siglo VII a. C., de los Estados Unidos de 1836, del Japón de 1866, de la Gran Bretaña en 1950, de Roma en tiempos de Diocleciano. Sólo el enumerar esta diversidad seguramente es sugerir que lo que pueden tener en común esas sociedades hay que descubrirlo mediante un examen empírico. Predicar algo más allá de las fórmulas vacías acerca del alcance histórico de la estructura social, es desconocer uno su propia capacidad para hablar de todo lo que significa el trabajo de investigación social.

Puede uno concebir útilmente tipos de estructura social en relación con órdenes institucionales como la política y la del parentesco, la militar y la económica, y la religiosa. Habiendo definido cada una de ellas de tal manera que le permita distinguir sus contornos en una sociedad histórica dada, se pregunta uno cómo se relaciona con las demás cada una de ellas, cómo, en suma, se coordinan en una estructura social. Las respuestas son cómodamente presentadas como una serie de «modelos-guías» que se emplean para que conozcamos mejor, al examinar sociedades específicas en tiempos específicos, los vínculos que las «mantienen unidas».

Puede imaginarse uno de esos modelos en relación con el funcionamiento en cada orden institucional de un principio estructural análogo. Piénsese, por ejemplo, en los Estados Unidos de Tocqueville. En aquella sociedad liberal clásica se considera autónomo cada orden de instituciones y libre de toda coordinación con los demás. En la economía rige el *laissez-faire*; en la esfera religiosa compiten en el mercado de la salvación diversidad de sectas e iglesias; las instituciones del parentesco se levantan

sobre un mercado de matrimonios, donde los individuos se eligen el uno al otro. No un hombre hecho por la familia, sino un hombre hecho por sí mismo, toma el ascendiente en la esfera de la posición social. En el orden político, los partidos compiten por los votos de los individuos; hasta en la zona militar es grande la libertad para el reclutamiento de las milicias de los Estados, y en sentido lato —sentido muy importante— un hombre significa un rifle. El principio de integración —que es también la legitimación básica de esa sociedad— es el ascendiente, dentro de cada orden de instituciones, de la libertad de iniciativa de hombres independientes en competencia unos con otros. En el hecho de esa reciprocidad es donde podemos comprender el modo como se unifica una sociedad liberal clásica.

Pero esa «reciprocidad» es sólo un tipo, sólo una respuesta al «problema del orden». Hay otros tipos de unidad. La Alemania nazi, por ejemplo, estaba unida por «coordinación». El modelo general puede exponerse en los términos siguientes: Dentro del orden económico, las instituciones están altamente centralizadas; unas pocas grandes unidades controlan más o menos todas las operaciones. Dentro del orden político, la fragmentación es mayor: compiten muchos partidos por influir en el Estado, pero ninguno de ellos es bastante poderoso para controlar las consecuencias de la concentración económica, una de las cuales —juntamente con otros factores— es la pérdida de actividad. El movimiento nazi explotó con éxito la desesperación de las masas, especialmente la de la clase media baja, ante la baja económica y puso en estrecha relación los órdenes político, militar y económico. Un solo partido monopoliza y rehace el orden político, aboliendo o amalgamando todos los otros partidos que pueden competir por el poder. Para hacer esto, es preciso que el partido nazi encuentre puntos de interés coincidentes con los monopolios del orden económico así como con ciertas minorías del orden militar. En esos órdenes principales se produce, primero, la correspondiente concentración del poder; después cada uno de ellos coincide y coopera en la toma del poder. El ejército del presidente Hindenburg no tiene interés en defender la República de Weimar ni en aplastar las columnas en marcha de un partido popular belicoso. Los círculos de los grandes negocios están dispuestos a dar ayuda financiera al partido nazi, que, entre otras cosas, promete aplastar el movimiento obrero. Y los tres tipos de minorías se unen en una coalición, no siempre cómoda, para conservar el poder en sus respectivos órdenes y coordinar el resto de la sociedad. Los partidos políticos rivales o son suprimidos o declarados ilegales, o se disuelven voluntariamente. Las instituciones de parentesco y religiosas, así como todas las organizaciones que existen dentro de todos los órdenes o entre ellos, son infiltradas por el partido nazi y coordinadas, o por lo menos neutralizadas.

El Estado-partido totalitario es el medio por el cual los altos agentes de cada uno de los tres órdenes predominantes se coordinan entre sí y coordinan otros órdenes institucionales. Se convierte en el armazón general de la organización que impone objetivos a todos los órdenes institucionales, en vez de limitarse a garantizar el

«gobierno de la ley». El partido se extiende, buscando por todas partes «auxiliarías» y «afiliaciones». Las disuelve o se infiltra en ellas, y en cualquier caso llega a controlar todos los tipos de organizaciones, incluida la familia.

Las esferas-símbolo de todas las instituciones son dominadas por el partido. Con la excepción parcial del orden religioso, no se permiten pretensiones rivales a la legitimidad. Hay un monopolio de partido de comunicaciones formales, incluidas las instituciones educativas. Todos los símbolos son refundidos para formar la legitimación fundamental de la sociedad coordinada. El principio de la jefatura absoluta y mágica (gobierno carismático) en una jerarquía estricta es ampliamente promulgado en una estructura social que en gran medida se mantiene unida por la acción de una red de pandillas.[28]

Pero seguramente basta eso para hacer evidente lo que yo considero cosa obvia: que no hay «gran teoría», ningún sistema universal de acuerdo con el cual podamos entender la unidad de la estructura social, ninguna respuesta al viejo y cansado problema del orden social, tomado en general. El trabajo útil sobre esos problemas procede de acuerdo con una variedad de modelos-guía que yo he esbozado aquí, y esos modelos se usarán en estrecha y empírica conexión con una serie de estructuras sociales tanto históricas como contemporáneas.

Es importante comprender que tales «modos de integración» pueden concebirse también como modelos-guía de cambio histórico. Si, por ejemplo, observamos la sociedad norteamericana en los tiempos de Tocqueville y a mediados del siglo XX, vemos de un golpe que el modo como la estructura del siglo XIX «se mantiene unida» es totalmente distinto de sus modos comentes de integración. Nos preguntamos: ¿Cómo ha cambiado cada uno de sus órdenes institucionales? ¿Cuáles han sido los *tempi*, las proporciones de la variación en que esos cambios estructurales han ocurrido? Y, en cada caso, ¿cuáles han sido las causas necesarias y eficientes de esos cambios? Por lo común, naturalmente, la investigación de la causa suficiente exige por lo menos algún trabajo de carácter comparativo e histórico. De una manera general, podemos resumir ese análisis del cambio social, y formular así más económicamente una serie de grandes problemas indicando que los cambios han sido consecuencia del paso de un «modo de integración» a otro. Por ejemplo, el último siglo de la historia de los Estados Unidos muestra una transición de una estructura social ampliamente integrada por correspondencia a otra mucho más sometida a coordinación.

El problema general de una teoría de la historia no puede separarse del problema general de una teoría de la estructura social. Creo que es obvio que en sus estudios propiamente dichos, los investigadores sociales no experimentan grandes dificultades teóricas para comprender ambos problemas de una manera unificada. Quizá se deba a eso que un *Behemoth* vale, para la ciencia social, veinte *Social Systems*.

Desde luego, no presento estos puntos en un esfuerzo para hacer un enunciado definitivo de los problemas del orden y del cambio, es decir, de la estructura social y de la historia. Lo hago meramente para sugerir un esbozo de dichos problemas e indicar algo del tipo de trabajo que se ha hecho acerca de ellos. Quizás estas observaciones sean también útiles para hacer más específico un aspecto de la promesa de la ciencia social. Y, desde luego, las he expuesto aquí para indicar cuán inadecuadamente han tratado los grandes teóricos un problema fundamental de la ciencia social.

En *The Social System*, Parsons no ha podido descender al trabajo de la ciencia social porque está poseído por la idea de que el modelo de orden social que él ha construido es una especie de modelo universal, porque, en realidad ha convertido en fetiches sus conceptos. Lo que es «sistemático» en esta gran teoría particular es el modo como deja atrás todo problema específico y empírico. No se la formula para enunciar de manera más precisa o más adecuada cualquier problema nuevo de reconocida importancia. No ha nacido de la necesidad de volar alto durante algún tiempo a fin de ver algo del mundo social más claramente, para resolver algún problema que pueda formularse en términos de la realidad histórica en que los hombres y las instituciones desarrollan su existencia. Su problema, su trayectoria y sus soluciones son extremadamente teóricos.

La retirada al trabajo sistemático sobre concepciones sería sólo un momento formal dentro del trabajo de la ciencia social. Es útil recordar que en Alemania el rendimiento de ese trabajo formal no tardó en ser orientado hacia un uso enciclopédico e histórico. Ese uso, presidido por el *ethos* de Max Weber, fue el clímax de la tradición clásica alemana. En parte muy importante, lo hizo posible un cuerpo de trabajo sociológico en que las concepciones generales acerca de la sociedad iban estrechamente unidas a la exposición histórica. El marxismo clásico ha sido fundamental para el desarrollo de la sociología contemporánea. Max Weber, como muchos otros sociólogos, desarrolló gran parte de su obra en diálogo con Karl Marx. Pero hay que reconocer siempre la amnesia del erudito norteamericano. En la gran teoría nos hallamos ahora delante de otra retirada formalista y, una vez más, lo que propiamente es sólo una pausa parece haberse hecho permanente.

Como dicen en España, «son muchos los que barajan las cartas y no pueden jugar».[29]

III. EMPIRISMO ABSTRACTO

COMO LA GRAN TEORÍA, el empirismo se aprovecha de una coyuntura en el proceso del trabajo y le permite dominar el entendimiento. Ambas cosas son retiradas de la tarea de las ciencias sociales. Son esenciales, desde luego, consideraciones de método y de teoría para trabajar en nuestras tareas, pero en esos dos estilos se han convertido en obstáculos: la inhibición metodológica es paralela al fetichismo del concepto.

1

No es mi intención, naturalmente, resumir los resultados de todo el trabajo de los empíricos abstractos, sino únicamente aclarar el carácter general de su estilo de trabajo y algunos de sus supuestos. Autorizados estudios en este estilo tienden ahora por lo regular a caer dentro de un tipo más o menos uniforme. En la práctica, la nueva escuela suele tomar como fuente básica de sus «datos» la entrevista más o menos igual con una serie de individuos seleccionados por un procedimiento de muestreo. Se clasifican sus respuestas y, para mayor comodidad, son horadadas en tarjetas Hollerith que se empican después para hacer series estadísticas por medio de las cuales se buscan relaciones. Indudablemente, este hecho, y la consiguiente facilidad con que aprende el procedimiento una persona medianamente inteligente, explica en gran parte su atractivo. A los resultados se les da normalmente la forma de aseveraciones estadísticas: en el nivel más simple, esos resultados específicos son aseveraciones de proporción; en niveles más complicados, se combinan las respuestas a varias preguntas en clasificaciones cruciales con frecuencia bastante complicadas, que después se empalman de diversas maneras para formar escalas. Hay varias maneras de manipular esos datos, pero no tienen por qué interesarnos aquí, ya que, independientemente de su grado de complicación, no dejan de ser manipulaciones de la clase de material indicado.

Aparte de la publicidad y de la investigación de medios, la «opinión pública» quizás es la materia más trabajada en este estilo, aunque no se ha asociado con él ninguna idea que replantee los problemas de la opinión pública y de las comunicaciones como un campo de estudio inteligible. El armazón de dichos estudios ha sido la simple clasificación de preguntas: ¿Quién dijo qué a quién en qué medios y con qué resultados? Las definiciones de las palabras claves son las siguientes:

> … Por «publico» entiendo referirme a la magnitud implicada, es decir, a los sentimientos y las respuestas no particulares, no individualizados, de gran número de personas. Esta característica de la opinión pública necesita el empleo de examen de muestras. Por «opinión» entiendo no sólo el sentido usual de la opinión sobre cuestiones locales, efímeras y típicamente políticas, sino también actitudes, sentimientos, valores, información y acciones conexas. El llegar a ellas adecuadamente requiere el uso no sólo de cuestionarios y

entrevistas, sino también de recursos de proyección y de escalas.[30]

Hay en esas aseveraciones una pronunciada tendencia a confundir lo que se quiere estudiar con la serie de métodos sugeridos para su estudio. Lo que probablemente quiere decirse es algo parecido a lo siguiente: La palabra público, como yo voy a usarla, se refiere a todo agregado de regular tamaño y, en consecuencia, puede ser reducido estadísticamente a muestras; como las opiniones son sustentadas por personas, para conocerlas tiene usted que hablar con la gente. Pero ésta a veces no querrá o no podrá decírselas; entonces puede usted ensayar el empleo de «recursos de proyección y de escalas».

Los estudios de la opinión pública se han hecho en su mayor parte dentro de una misma estructura social nacional de los Estados Unidos y, desde luego, se refieren sólo al último decenio aproximadamente. Quizás por eso no han refinado el significado de «opinión pública» ni replanteado los principales problemas de este campo. No pueden hacerlo adecuadamente, ni aun de un modo preliminar, dentro de los límites históricos y estructurales que han escogido.

El problema de «el público» en las sociedades occidentales nace de la transformación del consenso tradicional y convencional de la sociedad de la Edad Media, y alcanza su clímax actual en la idea de la sociedad de masas. Lo que se llamó «públicos» en los siglos XVIII y XIX se está convirtiendo en una sociedad de «masas». Por otra parte, la importancia estructural de los públicos va desapareciendo a medida que los hombres en general se convierten en «hombres masa», atrapados en medios totalmente impotentes. Eso, o algo parecido, puede sugerir el armazón que se necesita para la selección y la estructura de estudios sobre públicos, sobre la opinión pública y sobre las comunicaciones de masas. Se necesita también una exposición cabal de las fases históricas de las sociedades democráticas, y en especial de lo que se ha llamado «totalitarismo democrático» o «democracia totalitaria». En suma, en este campo no pueden enunciarse los problemas de la ciencia social dentro del ámbito y términos del empirismo abstracto tal como ahora se practica.

Muchos problemas que intentan tratar quienes lo practican —las consecuencias de los medios de masas, por ejemplo—, no pueden ser adecuadamente planteados sin un ambiente estructural. ¿Puede esperarse comprender las consecuencias de esos medios —y mucho menos su significación combinada para el desarrollo de una sociedad de masas— si se estudia sólo, aunque sea con la mayor precisión, una población que ha sido «saturada» de esos medios durante casi una generación? El intento de separar los individuos «menos expuestos» al mismo o a otro medio de los «más expuestos», puede ser del mayor interés para la publicidad, pero no es base suficiente para la formulación de una teoría del significado social de los medios de masas.

En el estudio de la vida política de esta escuela, «la conducta en la votación» ha

sido la materia principal, elegida, supongo, porque parece muy a propósito para la investigación estadística. La inconsistencia de los resultados sólo es igualada por la elaboración de los métodos y el cuidado empleado. ¿Puede ser interesante para los investigadores en ciencias políticas examinar un estudio en gran escala del sufragio que no contiene ninguna referencia a la maquinaria de partido para «sacar votos», ni en realidad para alguna institución política? Pero eso es lo que sucede con *The Peoples' Choice*, estudio justamente famoso y celebrado de las elecciones de 1940 en el distrito de Erie, Ohio. Por ese libro aprendemos que las gentes ricas, campesinas y protestantes tienden a votar a los republicanos; que las gentes de tipo contrario se inclinan hacia los demócratas, y así sucesivamente. Pero aprendemos poco de la dinámica de la política norteamericana.

La idea de legitimación es una de las concepciones centrales de la ciencia política, particularmente en cuanto los problemas de esta disciplina versan sobre cuestiones de opinión e ideología. La investigación de «la opinión política» es de lo más curioso, teniendo en cuenta que la política electoral norteamericana es una especie de política sin opinión, si se toma en serio la palabra «opinión»; una especie de votación sin mucho sentido político de alguna profundidad psicológica, si se toma en serio la frase «sentido político». Pero estas preguntas —y yo formulo estas observaciones sólo como preguntas— no pueden suscitarse acerca de «investigaciones políticas» como ésas. ¿Cómo debieran ser? Exigen un conocimiento histórico y un estilo de reflexión psicológica que no están debidamente acreditados por los empíricos abstractos ni, en verdad, al alcance de la mayor parte de quienes practican ese empirismo.

Quizás el acontecimiento clave de los dos decenios últimos es la segunda Guerra Mundial; sus consecuencias históricas y psicológicas constituyen gran parte de lo que hemos estudiado acerca del último decenio. Me parece curioso que no tengamos todavía una obra definitiva sobre las causas de dicha guerra, aunque es cierto que todavía estamos tratando, con cierto éxito, de caracterizarla como una forma específicamente histórica de hacer la guerra y situarla como eje de nuestro tiempo. Aparte de las historias oficiales de la guerra, el cuerpo más completo de investigaciones es probablemente la investigación que durante varios años se hizo para el ejército norteamericano bajo la dirección de Samuel Stouffer. Esos estudios demuestran, a lo que me parece, que la investigación social puede tener utilidad administrativa sin tratar los problemas de la ciencia social. Los resultados sin duda han de ser una decepción para quien desee entender algo del soldado norteamericano que estuvo en la guerra, y en especial para quienes preguntan: ¿cómo fue posible ganar tantas batallas con hombres de «moral tan baja»? Pero el intento de contestar a tales preguntas llevaría a uno muy lejos del ámbito del estilo consagrado y al frívolo terreno de la «especulación».

La *History of Militarism* de Alfred Vagts, en un solo tomo, y la maravillosa

técnica reporteril para llegar a los hombres en plena batalla empleada por S. L. A. Marshall en su *Men Under Fire*, tienen valor mucho más sustancial que los cuatro tomos de Stouffer.

En la medida en que los estudios sobre estratificación han sido hechos en el nuevo estilo, no ha nacido de ellos ningún concepto nuevo. En realidad, no han sido «traducidos» los conceptos claves disponibles en otros estilos de trabajo; por lo común, se ha acudido a «índices» de «posición económico-social». Los dificilísimos problemas de «conciencia de clase» y de «falsa conciencia», de los conceptos de posición como opuestos a los de clase, y de la idea de «clase social» de Weber, tan discutible estadísticamente, no han hecho ningún progreso en manos de los trabajadores de este estilo. Además, y esto es lo más lamentable en muchos sentidos, persiste en toda su fuerza la elección de pequeñas ciudades como «campo de muestra» para estos estudios, a pesar de que es evidente del todo que con la suma de estudios de ese tipo no puede tenerse una opinión adecuada de la estructura nacional de clase, de posición y de poder.

Al examinar los cambios en los estudios sobre la opinión pública, Bernard Berelson ha hecho una declaración que vale, creo yo, para casi todos los estudios hechos a la manera empírica abstracta:

> Reunidas, esas diferencias [hace 25 años y hoy] significan un cambio revolucionario en el campo de los estudios sobre la opinión pública: ese campo se ha hecho técnico y cuantitativo, ateórico, segmentario y particularizado, especializado e institucionalizado, «modernizado» y «grupizado», en suma, como ciencia conductista característica, «americanizada». Hace veinticinco años y antes, escritores eminentes estudiaban eruditamente, como parte de su interés general por la naturaleza y funcionamiento de la sociedad, la opinión pública no «por ella misma», sino en amplios términos históricos, teóricos y filosóficos, y escribían tratados. Hoy, equipos de técnicos estudian proyectos sobre asuntos específicos y registran los resultados. Hace veinte años el estudio de la opinión pública era una parte de la erudición. Hoy es parte de la ciencia.[31]

En este breve intento de caracterizar los estudios del estilo empírico abstracto no digo meramente: «Esas gentes no han estudiado los importantes problemas que me interesan», ni simplemente: «No han estudiado los problemas que la mayor parte de los investigadores sociales consideran importantes». Lo que vengo diciendo es: han estudiado problemas de empirismo abstracto; pero sólo dentro de las limitaciones impuestas, cosa curiosa, por ellos mismos a su arbitraria epistemología han formulado sus preguntas y respuestas. Y yo creo que no he usado palabras sin el debido cuidado: están poseídos por la inhibición metodológica. Todo lo cual significa, desde el punto de vista de los resultados, que en esos estudios se apilan los detalles con atención insuficiente a la forma; en realidad, muchas veces no hay forma, si no es la que dan los tipógrafos y los encuadernadores. Los detalles, por numerosos que sean, no nos convencen de nada que merezca que se tengan convicciones acerca de ello.

2

Como estilo de ciencia social, el empirismo abstracto no se caracteriza por ninguna proposición o teoría importante. No se basa en ningún concepto nuevo de la naturaleza de la sociedad ni del hombre, ni sobre ningunos hechos particulares acerca de ellos. Es verdad que se le puede reconocer por las clases de problemas que los que lo practican seleccionan típicamente para sus estudios, y por la manera como típicamente los estudian. Pero, evidentemente, esos estudios no son razón ninguna para el aplauso que pueda merecer este estilo de investigación social.

En sí mismo, sin embargo, el carácter de los resultados verdaderos de esta escuela no es base suficiente para juzgarla. Como escuela, es nueva; como método, reciente; y como estilo de trabajo, sólo ahora empieza a extenderse a un margen más amplio de «campos de problemas».

Las más conspicuas —aunque no necesariamente las más importantes— de sus características se relacionan con el aparato administrativo que ha llegado a emplear y con los tipos de trabajadores intelectuales que ha reclutado y preparado. Ese aparato es ahora un aparato en gran escala, y hay muchos indicios de que se extenderá más y ganará más influencia. El administrador intelectual y el técnico en investigación —los dos son tipos completamente nuevos de profesionales— compiten actualmente con los tipos más usuales de profesores y eruditos.

Pero tampoco todos esos progresos, aunque de enorme importancia para el carácter de la futura universidad, para la tradición de las artes liberales y para las cualidades mentales que quizá ganen ascendiente en la vida académica norteamericana, suministran base suficiente para juzgar este estilo de investigación social. Esos progresos van mucho más lejos de lo que probablemente admitirían muchos partidarios del empirismo abstracto para explicar el atractivo y la eminencia de su estilo. Aunque no sea más, proporcionan empleo a técnicos semi-expertos en una escala y de una manera antes desconocidas; les abren carreras que ofrecen la seguridad de la antigua vida académica sin exigir el antiguo tipo de logros individuales. Este estilo de investigación, en resumen, va acompañado de un demiurgo administrativo importante para el futuro del estudio social y para su posible burocratización.

Pero las características intelectuales del empirismo abstracto cuyo conocimiento es más importante son la filosofía de la ciencia que sustentan quienes lo practican, cómo la sustentan y cómo la emplean. Es esa filosofía la que sirve de base tanto al tipo de las investigaciones reales emprendidas como a su aparato administrativo y de personal. La tenuidad e inconsistencia de los verdaderos estudios y la necesidad sentida de aquel aparato encuentran su principal justificación intelectual en esa especial filosofía de la ciencia.

Es importante ver este punto con toda claridad, porque podría suponerse que no

son fundamentales los principios filosóficos para dar forma a una empresa que con tanto énfasis pretende ser una ciencia. Es también importante, porque los que practican el estilo no parecen por lo general advertir que es una filosofía lo que les sirve de base. Probablemente nadie familiarizado con ellos se cuidaría de negar que muchos están dominados por el interés en su propia situación científica. En sus argumentos sobre diversas cuestiones filosóficas de la ciencia social, uno de los puntos invariables es que ellos *son* «científicos naturales», o que por lo menos «representan el punto de vista de la ciencia natural». En el pensamiento de los más sofisticados, o en presencia de un físico risueño y envanecido, la imagen de sí mismos es muy probable que se reduzca meramente a la de un científico.[32]

En cuanto a la práctica, los empíricos abstractos muchas veces parecen más interesados en la filosofía de la ciencia que en el estudio social mismo. Lo que han hecho es, en suma, adoptar una filosofía de la ciencia que ahora suponen ser el *método científico*. Este modelo de investigación es en gran parte una construcción epistemológica; dentro de las ciencias sociales, su resultado más decisivo ha sido una especie de inhibición metodológica. Quiero decir con esto que las clases de problemas a que se prestará atención y el modo en que se los formulará están muy severamente limitados por el *método científico*. En resumen, parece que la metodología determina los problemas. Y esto, después de todo, es lo único que podía esperarse. El *método científico* que aquí se proyecta no nació de los que general y correctamente se consideran lineamientos clásicos del trabajo de la ciencia social ni es una generalización de ellos. Se le ha sacado, en gran parte, con modificaciones oportunas, de una filosofía de la ciencia natural.

Las filosofías de las ciencias sociales parecen, en general, consistir en dos tipos de esfuerzos. *1)* Los filósofos pueden tratar de examinar lo que realmente ocurre en el proceso del estudio social, y después generalizar y hacer congruentes los procedimientos de investigación que parecen más prometedores. Éste es un tipo difícil de trabajo y fácilmente puede dar por resultado desatinos; pero es mucho menos difícil si lo realizan todos los investigadores sociales que trabajan, y hay un sentido en el que todos deben hacerlo. Hasta ahora se ha hecho poco de ese trabajo, y ha sido aplicado sólo a ciertas clases de métodos. 2) El estilo de investigación social que yo he llamado empirismo abstracto parece consistir con frecuencia en esfuerzos para formular de nuevo y adoptar *filosofías* de la ciencia *natural* de tal suerte que formen un programa y un canon de trabajo en la ciencia social.

Los métodos son procedimientos que emplean los hombres que tratan de entender o de explicar algo. La metodología es el estudio de los métodos; ofrece teorías acerca de lo que están haciendo los hombres cuando trabajan en sus estudios. Como puede haber muchos métodos, la metodología tiende inevitablemente a ser de carácter más bien general y, en consecuencia, no suele —aunque, desde luego, puede— suministrar procedimientos específicos a los hombres que estudian. La epistemología es aún más general que la metodología, porque quienes la practican se ocupan de los

fundamentos y los límites, en suma, del carácter, del «conocimiento». Los epistemólogos contemporáneos han tendido a tomar sus principios de los que consideran ser los métodos de la física moderna. Habiendo tendido a preguntar y responder cuestiones generales acerca del conocimiento, de acuerdo con el modo como entienden esa ciencia, se han convertido, en efecto, en filósofos de la física. Algunos investigadores en ciencias naturales parecen interesados en ese trabajo filosófico, otros parecen divertidos, simplemente; unos están de acuerdo con el modelo corriente que gran parte de los filósofos aceptan, y otros no, y puede sospecharse que muchos científicos lo ignoran por completo.

La física, se nos dice, ha llegado a una situación en que de una teoría rigurosa y matemática pueden derivarse problemas de rigurosa y exacta experimentación. No llegó a esa situación porque los epistemólogos presenten esa acción recíproca dentro de un modelo de investigación que ellos han construido. La verdad parece haber sido lo contrario: la epistemología de la ciencia es parásita de los métodos que los físicos usan teórica y experimentalmente.

Polykarp Kusch, Premio Nobel de Física, ha declarado que no hay «método científico», y que lo que se llama así sólo puede bosquejarse para problemas muy sencillos. Percy Bridgman, otro Premio Nobel de Física, aún va más lejos: «No hay método científico como tal, sino que la característica vital del procedimiento del científico ha sido simplemente hacer todo lo posible con su inteligencia, *y no los cotos cerrados*». «No es conocida —observa William S. Beck— la mecánica del descubrimiento… Creo que el proceso creador está tan estrechamente vinculado a la estructura emocional del individuo… que… se presta poco a la generalización…».[33]

3

Los especialistas en métodos tienden también a ser especialistas en uno u otro tipo de filosofía social. Lo importante acerca de ellos, en la sociología actual, no es que sean especialistas, sino que uno de los resultados de su especialidad es impulsar el proceso de especialización dentro de las ciencias sociales en su conjunto. Además, lo impulsan de acuerdo con la inhibición metodológica y en relación con el instituto de investigación a que puedan estar incorporados. No es la suya una propuesta para todo sistema de especialización local de acuerdo con «los campos inteligibles de estudio», ni una concepción de los problemas de la estructura social. Es una especialización que se funda únicamente en el uso del *método*, independientemente del contenido, del problema y del campo de estudios. No son impresiones sueltas y desordenadas; se las documenta inmediatamente.

La exposición más explícita y clara del empirismo abstracto como estilo de trabajo y del papel que representa en la ciencia social, la hizo Paul F. Lazarsfeld, que figura entre los portavoces más sofisticados de esta escuela.[34]

Lazarsfeld define la «sociología» como una especialidad, no en relación con

ningún método que *le* sea peculiar, sino porque es la suya la especialidad metodológica. Según esa opinión, el sociólogo se convierte en el metodólogo de todas las ciencias sociales.

> Ésta, pues, es la primera función del sociólogo que podemos hacer suficientemente explícita. Él es, por así decirlo, el *explorador* del ejército en marcha de los científicos sociales, cuando un nuevo sector de asuntos humanos está a punto de convertirse en objeto de investigaciones científicas empíricas. Es el sociólogo quien da los primeros pasos. Él es el puente entre el filósofo social, el observador y comentador individual de un lado, y el trabajo organizado de equipo de los investigadores y analistas empíricos del otro lado… Históricamente hablando, tenemos que distinguir tres maneras importantes de considerar las materias sociales: el análisis social tal como lo practica el observador individual; las ciencias empíricas perfectamente organizadas; y una fase transitoria que llamamos sociología de cualquier campo de conducta social… Sería útil insertar en este punto algunos comentarios acerca de lo que ocurre en el momento de esa transición de la filosofía social a la sociología empírica.[35]

Adviértase que «el observador individual» es notablemente parecido al «filósofo social». Adviértase también que ésa es una exposición no sólo de un programa intelectual, sino también de un plan administrativo: «Ciertos campos de la cultura humana se han convertido en objeto de ciencias sociales organizadas que tienen nombres, institutos, presupuestos, datos, personal, y así sucesivamente. Otros campos han quedado sin cultivar a este respecto». Todo campo puede ser cultivado o «sociologizado». Por ejemplo: «En realidad aún no tenemos nombre para una ciencia que estudiara lo relativo a la felicidad de la población. Pero no hay nada que haga imposible esa ciencia. No sería más difícil, ni siquiera más caro, recoger estimaciones de felicidad que datos sobre ingresos, ahorros y precios».

La sociología, pues, como comadrona de una serie de «ciencias sociales» especializadas, está situada entre los campos que no se han convertido aún en objeto del *método*, de un lado, y «las ciencias sociales plenamente desarrolladas» del otro. No resulta completamente claros cuáles son las que se considera «ciencias sociales plenamente desarrolladas», pero va implícito que únicamente la demografía y la economía tienen títulos suficientes: «Nadie dudará ya más que es necesario y posible tratar los asuntos humanos de un modo científico. Durante 100 o más años hemos tenido ciencias plenamente desarrolladas, como la economía y la demografía, que tratan de diversos sectores de la conducta humana». No encuentro más especificaciones de las «ciencias sociales perfectas» en las veinte páginas de este ensayo.

Cuando se le asigna a la sociología la tarea de convertir la filosofía en ciencias, se supone o se implica que el genio del *método* es tal que no requiere ningún conocimiento erudito tradicional del campo en que va a convertirse. Seguramente que ese conocimiento exigiría un poco más de tiempo del que supone esa exposición de Lazarsfeld. Quizá resulte claro lo que quiere decir por una observación casual acerca de la ciencia política: «… Los griegos tuvieron una ciencia de la política, los alemanes hablan de *Staatslehre* y los anglo-sajones de ciencia política. Nadie ha

hecho aún un buen análisis de su contenido que le permita a uno saber realmente de qué tratan los libros de esta materia…»[36].

Hay, pues, los equipos organizados de científicos de las ciencias sociales empíricas perfectas; hay los filósofos sociales individuales desorganizados. Como metodólogo, el sociólogo convierte a estos últimos en los primeros. En resumen, él es el hacedor de ciencia, al mismo tiempo intelectual, o más bien científico, y administrativo.

La transición [de «las filosofías sociales» y del «observador individual» a las «ciencias empíricas perfectamente organizadas»] se caracteriza generalmente por cuatro direcciones del trabajo de los estudiosos interesados:

1) «Hay primero el cambio de interés, que pasa de la historia de las instituciones y las ideas a la conducta concreta de los pueblos». No es esto muy sencillo, el empirismo abstracto, como veremos en el capítulo VI, no es un empirismo de todos los días. «La conducta concreta del pueblo» no es su unidad de estudio. Poco más adelante demostraré que, en la práctica, la elección que eso implica revela muchas veces una tendencia clara al llamado «psicologismo», y, además, la persistente evitación de los problemas de estructura en favor de los de ambiente.

2) «Hay, en segundo lugar —continúa Lazarsfeld— la tendencia no a estudiar aisladamente un sector de los asuntos humanos, sino a relacionarlo con los demás sectores». Creo que esto no es verdad. Para ver que no lo es, sólo se necesita comparar las producciones de Marx, o Spencer, o Weber, con las de cualquier empírico abstracto. Sin embargo, lo que probablemente quiere decir descansa en un sentido especial de «relacionar»: se limita a la estadística.

3) «Hay, en tercer lugar, una preferencia por el estudio de situaciones y problemas sociales que se repiten, más bien que por los que ocurren una sola vez». Puede considerarse esto como un intento de señalar hacia consideraciones estructurales, porque las «repeticiones» y las «regularidades» de la vida social están, naturalmente, enraizadas en estructuras ya fijadas. De ahí que para entender, por ejemplo, las campañas políticas de los Estados Unidos, es preciso conocer la estructura de los partidos, sus papeles en la economía, etc. Pero no es esto lo que quiere decir Lazarsfeld: lo que quiere decir es que las elecciones exigen a muchas personas participar en un acto similar, y que haya elecciones: de ahí que la conducta de los individuos en la votación pueda ser estudiada estadísticamente, y re-estudiada, y vuelta a estudiar.

4) «Y finalmente, se concede mayor importancia a los acontecimientos sociales contemporáneos que a los históricos…». Este interés a-histórico se debe a una preferencia epistemológica: «… El sociólogo, por lo tanto, tenderá a estudiar acontecimientos contemporáneos, para los cuales es más probable que obtenga la clase de datos que necesita…». Este prejuicio epistemológico está en contradicción con la formulación de problemas esenciales como punto orientador del trabajo en ciencia social.[37]

Antes de estudiar más detenidamente esos puntos, debo terminar mi información sobre esta exposición de la sociología, la cual se considera que tiene otras dos tareas:

> … la investigación sociológica consiste en aplicar procedimientos científicos a campos nuevos. Ellas [las observaciones de Lazarsfeld] precisamente están destinadas a caracterizar a la ligera la atmósfera que es probable que prevalezca durante la transición de la filosofía social a la investigación social empírica… Cuando un sociólogo empieza a estudiar nuevos sectores de los asuntos humanos, tiene que recoger por sí mismo todos los datos que necesita… En relación con esta situación se desarrolló la segunda función importante del sociólogo. En ese momento tiene algo de un forjador de herramientas para las otras ciencias sociales. Permítanme recordarles algunos de los muchos problemas que el científico social encuentra cuando tiene que recoger sus propios datos. Muchas veces debe preguntar a las personas mismas qué hicieron, qué vieron o qué desearon. Con frecuencia no quieren esas personas recordar fácilmente, o se resisten a decírnoslo, o no entienden exactamente qué es lo que deseamos saber. Así se ha desarrollado el importante y difícil arte de la entrevista…
>
> … Pero [el sociólogo] ha tenido históricamente una tercera función como *intérprete*… es útil distinguir entre la descripción y la interpretación de las relaciones sociales. En el plano de la interpretación, formularíamos principalmente preguntas que el lenguaje de todos los días inicia con las palabras «por qué». ¿Por qué la gente tiene menos hijos ahora que antes? ¿Por qué se pierden o se ganan unas elecciones? …
>
> Las técnicas fundamentales para encontrar esas explicaciones son estadísticas. Tenemos que comparar familias que tienen muchos hijos y familias que tienen pocos; tenemos que comparar trabajadores que faltan con frecuencia al trabajo con trabajadores que asisten a él regularmente. Pero ¿qué es lo que tenemos que comparar de ellos?[38]

El sociólogo parece asumir de repente una actitud enciclopédica: todas las secciones de las ciencias sociales contienen interpretaciones y teorías, pero ahora se nos dice que la «interpretación» y la «teoría» son dominios del sociólogo. Comprendemos lo que quiere decirse cuando nos damos cuenta de que esas otras interpretaciones todavía no son científicas. Las clases de «interpretaciones» con que tiene que trabajar el sociólogo cuando convierte las filosofías en ciencias, son «variables interpretativas» útiles en la investigación estadística. Nótese, por otra parte, la tendencia a reducir las realidades sociológicas a variables psicológicas, en lo que sigue inmediatamente a la cita anterior:

> Tenemos que suponer que hay algo en la personalidad, experiencia y actitud de las personas que las hace actuar diferentemente de lo que parece desde fuera de las mismas situaciones. Lo que se necesita son ideas y concepciones explicativas que puedan ser sometidas a prueba por la investigación empírica…

La «teoría social» en conjunto se convierte en una recolección sistemática de tales conceptos, es decir, de variables útiles en las interpretaciones de los datos estadísticos:

> Los llamamos conceptos sociológicos *porque* se aplican a muchas variedades de conducta social… Asignamos al sociólogo la tarea de recoger y analizar esos conceptos, que son útiles para la interpretación de los resultados empíricos hallados en campos específicos, como el análisis de las estadísticas de precios, de delincuencia, de suicidios o de votaciones. A veces se emplea la frase «teoría social» para designar una representación sistemática de tales conceptos y de las relaciones que hay entre ellos.[39]

Advertiré de pasada que no está del todo claro si esta exposición en su conjunto

es una teoría del papel histórico que el sociólogo ha desempeñado en realidad, caso en el cual es, sin duda alguna, insuficiente; o si es simplemente una insinuación de que los sociólogos deben ser comadronas técnicas y custodios de la interpretación de todo, caso en el cual, naturalmente, todo sociólogo es libre de declinar la invitación en interés de sus propios problemas esenciales. Pero ¿es hecho o precepto, afirmación o programa?

Quizás es propaganda de una filosofía de la técnica y admiración por la energía administrativa, disfrazada como parte de la historia natural de la ciencia.

Este concepto del sociólogo, bien alojado en los institutos de investigación, como forjador de ciencia, forjador de herramientas y guardián de las interpretaciones —así como todo el estilo de trabajo del que es ésta la exposición más clara que conozco— supone varios problemas que examinaré ahora más sistemáticamente.

4

Hay dos defensas corrientes del empirismo abstracto que, si se aceptan, querrían decir que la poquedad de sus resultados se debe menos a un rasgo inherente al *método* que a causas de «carácter accidentar», a saber, el dinero y el tiempo.

Puede decirse, en primer lugar, que como esos estudios suelen ser muy caros, deben tener alguna importancia para los intereses que los pagan; y además, que la suma de esos intereses haya tenido problemas dispersos. En consecuencia, los investigadores no han podido seleccionar problemas de tal manera que permita una verdadera acumulación de resultados, es decir, de una manera que fuese más significativamente productiva. Hicieron lo mejor que pudieron; no podían interesarse en una serie fructífera de problemas esenciales, y tuvieron que especializarse en crear métodos que pudieran ser empleados independientemente de la importancia de los resultados.

En suma, la economía de la verdad —los costos de investigación— parece estar en conflicto con la política de la verdad —el uso de la investigación para aclarar cuestiones importantes y llevar la controversia política más cerca de las realidades—. La conclusión es que si sólo las instituciones de investigación social tuviesen, digamos, el 25 por ciento del total de los fondos para fines científicos de la nación, y si pudieran hacer con ese dinero lo que quisieran, las cosas irían mucho mejor. Debo reconocer que yo no sé si eso es o no una expectativa razonable. Ni lo sabe nadie, aunque debe ser la convicción de nuestros intelectuales administrativos que han dejado francamente el trabajo en la ciencia social por actividades que les permitan ascender. Pero tomar esto como *la* cuestión, sería eliminar la pertinencia de toda crítica intelectual. Por lo demás, una cosa es absolutamente clara: a causa de lo costoso del *método*, quienes lo practican se han visto envueltos con frecuencia en los usos comerciales y burocráticos de su trabajo, y éste ciertamente ha afectado su estilo.

Puede pensarse, en segundo lugar, que los críticos son sencillamente impacientes, y tengo noticia de alguna disertación magisterial acerca de que «las exigencias de la ciencia» son del orden de siglos y no de decenios. Puede decirse que «a su debido tiempo» esos estudios se acumularán de tal manera, que permitirán que se generalicen resultados importantes acerca de la sociedad. Este modo de justificación me parece que supone un concepto del desarrollo de la ciencia social como un extraño esfuerzo de construcción en bloque. Supone que estudios como ésos son por su naturaleza capaces de constituir «unidades» que en algún momento del futuro podrán «sumarse» o «ajustarse» para «armar» una imagen segura y comprobada de un todo. No es sólo un supuesto, es una política explícita.

> Las ciencias empíricas —dice Lazarsfeld— tienen que trabajar sobre problemas específicos y formar un conocimiento más extenso combinando los resultados de muchas investigaciones pequeñas, cuidadosas y que llevan mucho tiempo. Es de desear, ciertamente, que se dediquen a las ciencias sociales más estudiosos. Pero no porque esto haya de salvar al mundo de la noche a la mañana, sino más bien porque acelerará algo la difícil tarea de crear al fin una ciencia social completa que pueda ayudarnos a comprender y dirigir los asuntos sociales.[40]

Dejando a un lado por el momento sus ambigüedades políticas, el programa sugerido es restringir el trabajo a «pequeñas» investigaciones, a base de suponer que sus resultados pueden «combinarse», y que esto, a su vez, constituirá «una ciencia social completa». Para explicar por qué es ésta una opinión inadecuada, debo ir más allá de las razones extrínsecas de la pequeñez de los resultados obtenidos por esos investigadores, y volver a las razones inherentes a su estilo y programa.

El primer punto que deseo señalar se refiere a la relación entre teoría e investigación, a la conducta que los científicos sociales adoptarían acerca de la prioridad de las grandes concepciones o de los campos reducidos para un estudio detallado.

Abundan, naturalmente, los comentarios generosos en todas las escuelas de ciencia social sobre la ceguera de los datos empíricos sin teoría y el vacío de la teoría sin datos empíricos. Pero haremos mejor en examinar la práctica y sus resultados, como estoy tratando de hacer aquí, que los bordados filosóficos. En las declaraciones más sinceras, como la de Lazarsfeld, las ideas básicas de «teoría» y de «datos empíricos» aparecen muy claras: «Teoría» son las variables útiles para interpretar los resultados estadísticos; «datos empíricos», como se insinúa fuertemente y resulta evidente en la práctica, son sólo los hechos y las relaciones estadísticamente determinados en cuanto son numerosos, repetibles y mensurables. Con unas ideas tan restringidas de la teoría y de los datos, la generosidad del comentario sobre sus relaciones mutuas parece contraerse a un mezquino conocimiento, en realidad a ningún conocimiento en absoluto. No hay bases filosóficas, y no las hay desde luego en el trabajo de la ciencia social, como ya he indicado, para restringir de tal manera esos términos.

Para verificar y remodelar una concepción amplia, son necesarias exposiciones detalladas, pero las exposiciones detalladas no tienen necesariamente por qué ser aptas para que se las reúna a fin de constituir una concepción amplia. ¿Qué es lo que se elige para una exposición detallada? ¿Cuáles son los criterios de selección? ¿Y qué significa «reunir»? No es tarea tan mecánica como la hace parecer esa sencilla frase. Hablamos de la acción recíproca entre la concepción más amplia y la información detallada (teoría e investigación), pero tenemos que hablar también de problemas. Los problemas de la ciencia social se enuncian según concepciones que habitualmente se relacionan con estructuras histórico-sociales. Si tomamos esos problemas como reales, parece, entonces, insensato emprender estudios detallados de campos en pequeña escala antes de que tengamos buenas razones para creer que, cualesquiera que sean los resultados, nos permitirán sacar inferencias útiles para resolver o aclarar problemas de importancia estructural. No «traducimos» esos problemas cuando nos limitamos a adoptar una perspectiva en que todos los problemas se ven como una dispersión de demandas para una información diseminada, estadística o de otra clase, acerca de individuos esparcidos y sus desperdigados ambientes.

Por lo que respecta a las ideas, rara vez podremos sacar de una investigación verdaderamente detallada más de las que hayamos puesto en ella. Lo que saquemos de una información empírica como tal, es información, y lo que podamos hacer con esa información depende en gran parte de que en el curso de nuestro trabajo hayamos o no seleccionado nuestros estudios empíricos específicos como puntos de comprobación de construcciones más amplias. Al emprender el forjador de ciencia la transformación de las filosofías sociales en ciencias empíricas y la creación de instituciones de investigación en que albergarlas, surgen problemas en gran número. No hay, ciertamente, principio ni teoría que guíe en la selección de lo que va a ser asunto de esos estudios. La «felicidad», como hemos visto, puede ser uno de esos principios; la conducta comercial, otro. Se supone, simplemente, que sólo con que se use el *método*, los estudios resultantes —esparcidos desde Elmira hasta Zagreb y hasta Shanghai—, formarán finalmente una ciencia del hombre y de la sociedad «perfectamente organizada». Entretanto, la práctica consiste en proseguir esos estudios.

Al sostener que tales estudios probablemente no pueden «sumarse» en resultados más importantes, tengo en cuenta la teoría de la sociedad hacia la cual tiende en realidad el empirismo abstracto. Todo tipo de empirismo implica una elección metafísica —una elección en cuanto a lo que es más real—, y ahora debemos ver algo acerca de la elección requerida por este tipo particular de empirismo. Creo yo que puede sostenerse de modo convincente que esos estudios son con gran frecuencia ejemplos de lo que se denomina psicologismo.[41] La argumentación puede basarse en el hecho de que su fuente fundamental de información es una muestra de los

individuos. Las preguntas formuladas en esos estudios se refieren siempre a las reacciones psicológicas de los individuos. En consecuencia, es necesario suponer que la estructura institucional de la sociedad, en la medida en que se la puede estudiar de esa manera, puede ser conocida mediante esos datos acerca de los individuos.

El percibir los problemas de la estructura y su importancia explicativa aun para la conducta individual requiere un tipo de empirismo mucho más amplio. Por ejemplo, dentro de la estructura de la misma sociedad norteamericana —y especialmente de una ciudad norteamericana en un momento dado, que es lo que suele tomarse como «campo de muestra»—, hay tantos denominadores comunes, sociales y psicológicos, que la variedad de conducta que el investigador social debe tomar en cuenta no se ofrece fácilmente de buenas a primeras. Esa variedad, y, por ende, la formulación misma de los problemas, sólo se ofrece a nuestra disposición cuando nuestra visión se ensancha hasta abarcar estructuras sociales relativas e históricas. Pero, a causa del dogma epistemológico, los empiristas abstractos son sistemáticamente ahistóricos y antirrelativistas; estudian campos en pequeña escala y se inclinan al psicologismo. Ni para definir sus problemas ni para explicar sus propios hallazgos microscópicos hacen ningún uso efectivo de la idea básica de estructura social histórica.

Ni aun como estudios de ambientes puede esperarse que esos estudios sean muy perceptivos. Por definición, lo mismo que a base de nuestros estudios, sabemos que las causas de muchos cambios sobrevenidos en los ambientes son muchas veces desconocidas para las personas (las entrevistadas) que viven dentro de un ambiente específico, y que esos cambios sólo pueden entenderse en relación con transformaciones estructurales. Esta visión general, naturalmente, es diametralmente opuesta al psicologismo. Lo que implica para nuestros métodos parece claro y sencillo: la selección de ambientes para estudios de detalle debe hacerse de acuerdo con problemas de importancia estructural. Los tipos de «variables» que deben aislarse y estudiarse en los ambientes han de ser los que se ha visto que son importantes para nuestro estudio de la estructura. Debe haber una doble interacción entre los estudios de ambientes y los estudios de estructuras. No puede pensarse muy bien del desarrollo de la ciencia social como consecuencia de un grupo diseminado de mujeres, cada una de las cuales hace una parte de una gran colcha: las piezas pequeñas, por mucha precisión con que se las defina, no pueden unirse de un modo tan mecánico y externo.

Pero no es raro, en la práctica de los empiristas abstractos, «coger los datos» y «moldearlos» mediante un análisis estadístico más o menos uniforme, realizado generalmente por un analista medianamente preparado. Después se contrata a un sociólogo, o a un grupo de ellos, «para que realmente los analicen». Lo cual me lleva a tratar de mi segundo punto.

Hay entre los empiristas abstractos una tendencia reciente a prologar los estudios empíricos con un capítulo o dos en que resumen «la literatura del problema». Esto,

desde luego, es una buena señal, y constituye, creo yo, en cierta medida una respuesta a las críticas procedentes de las disciplinas sociales consagradas. Pero en realidad ese trabajo se hace con excesiva frecuencia después de recogidos los datos y descritos. Además, como requiere tiempo y paciencia considerables, en las instituciones de investigación, cargadas de trabajo, se le confía muchas veces a un ayudante laborioso. Al memorándum que él escribe se le da después nueva forma en un esfuerzo por rodear el estudio empírico de «teoría» y «darle sentido», o —como se dice frecuentemente— «sacar de él una historia mejor». Quizás esto sea mejor que nada; pero muchas veces desorienta al no iniciado, quien puede suponer apresuradamente que ese estudio empírico particular fue seleccionado y proyectado y ejecutado para someter a una prueba empírica concepciones o supuestos más amplios.

No creo que ésa sea la práctica comente. En realidad, sólo es habitual en las manos de individuos que toman en serio «la literatura» de la ciencia social, en sus propios términos y para conocer de lejos las concepciones, teorías y problemas que contiene. Sólo entonces sería concebible que, sin abandonar los problemas y las concepciones, pudieran traducirse sus resultados en problemas más específicos y de menor escala fácilmente dóciles al *método*. Esa traducción es, desde luego, lo que hacen todos los investigadores sociales, aunque no limiten el término «empírico» a la información abstracta y estadística acerca de una serie de individuos contemporáneos, ni el término «teoría» a una colección de «variables interpretativas».

En esas discusiones se emplean tretas interesantes. Los estudios del tipo de los que vengo examinando, cuando se les analiza desde un punto de vista lógico, revelan que los «conceptos interesantes» usados para interpretar y explicar «los datos» casi siempre apuntan a: *1)* «factores» estructurales e históricos por encima del nivel asequible mediante la entrevista; *2)* «factores» psicológicos que están por debajo de la profundidad a que puede llegar el entrevistador. Pero lo importante es que entre los términos con que se ha formulado la investigación y recogido «los datos», no figuran conceptos ni de estructura ni de profundidad psicológica. Esos términos quizás apunten *grosso modo* en una u otra de esas direcciones, pero no figuran entre las variables específicas y «limpias» que están debidamente acreditadas por este estilo de trabajo.

La razón principal de esto parece clara: en la práctica, la entrevista más o menos uniformada —que es la fuente básica de información— requiere por lo común una especie curiosa de «behaviorismo» o conductismo social. Dados los hechos administrativos y financieros, esto es casi inevitable. Porque, ¿no es obvio que entrevistadores, semipreparados en el mejor caso, no pueden obtener —en realidad, nadie puede, independientemente de la preparación— en una entrevista de veinte minutos o hasta de un día los tipos de materiales profundos que sabemos, por las más hábiles y prolongadas entrevistas, que pueden recogerse?[42] Ni es posible obtener, por el tipo usual de examen de muestras, la clase de información acerca de la estructura que sabemos que es accesible por estudios adecuadamente orientados hacia

la historia.

Pero a los estudios en el estilo empírico abstracto se les encajan concepciones de estructura y de psicología profunda. Observaciones particulares se explican mediante apelaciones *ad hoc* a concepciones generales. Y se emplean concepciones generales para formular problemas estructurales o psicológicos en la «solapa descriptiva» de un estudio.

En algunos «talleres» de investigación se emplea a veces la palabra «brillante» cuando hechos o relaciones de detalles se explican persuasivamente mediante supuestos más amplios. Cuando se emplean diminutas variables, cuya significación se estira, para explicar cuestiones amplias, quizás se llame «vivaz» el resultado.

Menciono estas cosas para indicar que está naciendo un «lenguaje de taller» para designar los procedimientos que estoy reseñando.

A lo que todo esto equivale es al uso de estadísticas para ilustrar puntos generales y al uso de puntos generales para ilustrar estadísticas. Los puntos generales ni se someten a prueba ni se especifican. Se les adapta a las cifras, como las cifras se adaptan a ellos. Los puntos y las explicaciones generales pueden usarse también con otras cifras, y éstas pueden usarse con otros puntos generales. Estas tretas lógicas se emplean para dar un aparente sentido estructural e histórico y psicológico a estudios que por su mismo estilo abstracto eliminan ese sentido. De las maneras indicadas, y de otras más, es posible ser fiel al *método* y, sin embargo, tratar de disfrazar la trivialidad de sus resultados.

Ejemplos de dichos procedimientos están a la vista comúnmente en los principales párrafos de ciertos capítulos, en las «introducciones generales», y a veces en un capítulo o sección «interpretativa» que se «empalma» al estudio. Mi propósito no puede ser ahora el examen detallado de determinados estudios; sólo deseo advertir al lector de manera que por sí mismo aguce su propio examen de estudios de este tipo.

La cuestión es, sencillamente, ésta: La investigación social de cualquier clase sólo progresa mediante ideas, y sólo es disciplinada por los hechos. Esto es tan cierto de los estudios empíricos abstractos acerca de «por qué la gente vota como vota», como del relato de un historiador acerca de la posición y perspectivas de la *intelligentsia* rusa del siglo XIX. El ritual de los primeros suele ser más complicado y desde luego más pretencioso. La posición lógica del resultado no es diferente.

Hay, por último, una explicación de la endeblez habitual del resultado del empirismo abstracto, que más bien debe formularse como una pregunta: ¿Hay una tensión inevitable entre lo que es cierto pero insignificante y lo que es importante pero no necesariamente cierto? Puede formularse mejor la pregunta diciendo: ¿En qué nivel de verificación deben establecerse los trabajadores de la ciencia social? Podríamos, ciertamente, ser tan exigentes en nuestras demandas que no tuviéramos más que exposiciones muy detalladas; o tan poco exigentes, que no tuviéramos más

que concepciones muy grandes.

Los que son prisioneros de la inhibición metodológica se niegan con frecuencia a decir nada sobre la sociedad contemporánea que no haya pasado por el fino molinillo del *ritual estadístico*. Es habitual decir que lo que producen es verdadero, aunque no tiene importancia. No estoy conforme con eso. Cada vez me maravillo más de cuán verdadero es. Me maravillo de cómo la exactitud, o hasta la seudo-precisión, se confunde aquí con la «Verdad», y de cómo el empirismo abstracto se toma por la única manera «empírica» de trabajar. Si usted ha estudiado alguna vez seriamente, durante un año o dos, algunos miles de entrevistas de una hora de duración, cuidadosamente codificadas y taladradas, habrá empezado a ver cuán maleable puede ser en realidad la esfera de los «hechos». Además, por lo que se refiere a la «importancia», seguramente es importante que algunas de nuestras más vigorosas mentalidades se empleen en el estudio de detalles, porque el *método* al que están dogmáticamente consagradas no les permite estudiar ninguna otra cosa. Gran parte de ese trabajo, ahora estoy convencido, se ha convertido en el mero cumplimiento de un ritual —ritual que se da el caso que ha adquirido valor comercial y de fundación—, y no, como dicen sus portavoces, en una «consagración a las duras exigencias de la ciencia».

La precisión no es el único criterio para elegir método; evidentemente, no debe confundirse la precisión, como tantas veces se hace, con «empírico» ni con «verdadero». Debemos ser todo lo exactos que podamos en nuestro trabajo sobre los problemas que nos interesan. Pero no debe usarse ningún método, como tal método, para delimitar los problemas que debemos acometer, aunque no sea más que porque las cuestiones de *método* más interesantes y difíciles suelen empezar donde no tienen aplicación las técnicas consagradas.

Si tenemos el sentido de los problemas reales, tal como nacen de la historia, la cuestión de la verdad y de la importancia tiende a resolverse por sí misma: debemos trabajar sobre esos problemas con todo el cuidado y toda la exactitud que podamos. El trabajo importante en ciencia social ha consistido usualmente, y consiste, en hipótesis cuidadosamente elaboradas, documentadas en los puntos claves con una información más detallada. En realidad, no hay, por lo menos todavía, otro modo de hacer frente a los asuntos y temas que por lo general se consideran importantes.

¿Qué significa la exigencia de que nuestros estudios versen sobre problemas importantes, o como suele decirse con más frecuencia, significativos? ¿Significativos para qué? Debe advertirse en este punto que no quiero decir meramente que tengan un significado político, o práctico, o moral, en ninguno de los sentidos que pueden darse a esas palabras. Lo que desde luego queremos decir es que tengan una relación verdadera con nuestro concepto de una estructura social y con lo que sucede en ella. Por una «relación verdadera» entiendo que nuestros estudios estén lógicamente conectados con nuestras concepciones. Y por «lógicamente conectados» entiendo que haya una intercomunicación abierta y clara entre nuestras concepciones más amplias

y la información más detallada, dentro de la fase del problema y dentro de la fase explicativa de nuestro trabajo. El sentido político de «significativo» lo examinaré más adelante. Entretanto, es evidente, con toda seguridad, que un empirismo tan cauteloso y rígido como el empirismo abstracto elimina de la investigación los grandes problemas humanos y las grandes cuestiones humanas de nuestro tiempo. Quienes desean comprender esos problemas y resolver esas cuestiones tendrán que dirigirse en petición de luces a otras maneras de formular las creencias.

5

Los métodos específicos —en cuanto distintos de la filosofía— del empirismo son claramente adecuados y cómodos para trabajar sobre muchos problemas, y no veo por qué alguien haya de oponerse razonablemente a ese uso de ellos. Claro está que podemos, mediante una abstracción adecuada, ser exactos acerca de cualquier cosa. Nada es por sí mismo inmune a la medición.

Si los problemas sobre los cuales trabaja uno son fácilmente dóciles a los procedimientos estadísticos, uno procurará siempre usarlos. Si, por ejemplo, al trabajar sobre una teoría de las minorías o *élites*, necesitamos conocer los orígenes sociales de un grupo de generales, trataremos de averiguar las proporciones en que proceden de los diversos estratos sociales. Si queremos saber la medida en que el ingreso real de burócratas y profesionistas ha subido o bajado desde 1900, registramos el ingreso en fechas sucesivas y por ocupaciones, en relación con algún índice de precios. Pero nadie tiene por qué aceptar esos procedimientos, cuando se les generaliza, como los únicos de que puede disponerse. Indudablemente, nadie tiene por qué aceptar ese modelo como un canon absoluto. No es la única manera empírica.

Elegiremos rasgos particulares y menudos para un estudio intenso y exacto, de acuerdo con nuestra visión menos exacta del conjunto y a fin de resolver problemas relacionados con todos estructurales. Es una elección hecha de acuerdo con las exigencias de nuestros problemas, no una «necesidad» que se sigue de un dogma epistemológico.

No supongo que alguien tenga derecho a oponerse a estudios detallados de pequeños problemas. El estrecho enfoque que requieren puede formar parte de una admirable busca de precisión y exactitud; también puede formar parte de una división del trabajo intelectual, de una especialización a la que, repitámoslo, nadie tiene por qué oponerse. Pero seguramente tenemos derecho a preguntar: Si se pretende que esos estudios son partes de una división del trabajo que en su conjunto constituye el esfuerzo de la ciencia social, ¿dónde están las otras secciones de que son parte esos estudios? ¿Y dónde está la «sección» dentro de la cual precisamente esos estudios forman un cuadro más amplio?

Debe advertirse que quienes practican casi todos los estilos de trabajo tienden a

emplear consignas parecidas. Todo el que se dedica a contar letrinas (y esta vieja broma de ningún modo es sólo una broma) hoy se da clara cuenta de sus implicaciones conceptuales; todo el que elabora distintivos (y muchos lo hacen) tiene plena conciencia del «paradigma de comprobación empírica». Se reconoce comúnmente que todo intento sistemático de comprender supone algún tipo de alternación entre ingestión (empírica) y asimilación (teórica), que los conceptos y las ideas deben guiar la investigación de los hechos, y que las investigaciones detalladas deben usarse para comprobar y re-formar las ideas.

Lo que ha ocurrido con la inhibición metodológica es que los hombres se han atascado, no tanto en la ingestión empírica como en los que son esencialmente problemas epistemológicos de método. Como muchos de esos individuos, en especial los más jóvenes, no saben mucho de epistemología, tienden a ser absolutamente dogmáticos en lo que se refiere al conjunto de cánones que los dominan.

Lo que ha ocurrido con el fetichismo del *concepto* es que los hombres se han atascado camino arriba en un nivel muy alto de generalización, por lo común de carácter sintáctico, y no pueden descender a los hechos. Ambas tendencias o escuelas existen y florecen dentro de lo que debieran ser pausas en el proceso de trabajo de la ciencia social. Pero en ellas, lo que debiera ser una pequeña pausa se ha convertido, si puedo decirlo así, en el ingreso en la infructuosidad.

Intelectualmente, esas escuelas representan abdicaciones de la ciencia social clásica. El vehículo de su abdicación es la pretenciosa super-elaboración de «método» y de «teoría»; y la razón principal de esto es la falta de conexión firme con problemas sustantivos. Si el alza y la baja de doctrinas y métodos se debiera enteramente a una competencia puramente intelectual entre ellas (en que ganase el más adecuado y fecundo, y quedase en la cuneta el menos adecuado y fecundo), la gran teoría y el empirismo abstracto no habrían adquirido el ascendiente que tienen. La gran teoría sería tendencia de poca importancia entre los filósofos, y quizás entrase en ella algún joven académico; y el empirismo abstracto sería una teoría entre los filósofos de la ciencia y también un accesorio útil entre los varios métodos de investigación social.

Si no hubiera más que esas dos escuelas, soberanas ambas la una al lado de la otra, nuestra situación sería verdaderamente una mala situación. Como prácticas, podemos ver en ellas medios que garantizan que no aprenderemos mucho acerca del hombre y de la sociedad, la primera por su oscurantismo formal y nebuloso, y la segunda por su inventiva formal y vacía.

IV. TIPOS DE PRACTICIDAD

LA CONFUSIÓN en las ciencias sociales es moral tanto como «científica», política tanto como intelectual. Los esfuerzos para ignorar este hecho figuran entre las causas de que persista la confusión. Para juzgar los problemas y los métodos de escuelas diversas de ciencia social, tenemos que acomodar nuestras inteligencias a innumerables valores políticos así como a incontables cuestiones intelectuales, porque no podemos enunciar bien un problema hasta que no sabemos *para quién* es un problema. Lo que es problema para un individuo no es problema para otro; depende de lo que le interese a cada uno de ellos y de la conciencia que tengan de sus intereses. Por otra parte, surge una desdichada cuestión ética: Los hombres no siempre se interesan en lo que conviene a sus intereses. No todos son tan racionales como con frecuencia creen serlo los investigadores sociales. Todo ello significa que por su trabajo todos los estudiosos del hombre y de la sociedad asumen e implican decisiones morales y políticas.

1

El trabajo de la ciencia social ha ido siempre acompañado de valoraciones. Las tradiciones de esas ciencias contienen una larga serie de resoluciones con frecuencia dogmáticas, muchas posiciones equívocas con un pie en cada campo, y también muchas opiniones bien razonadas e inteligentes. Muchas veces el problema no ha sido mirado directamente de frente, sino que, sencillamente, se han supuesto —o adoptado— respuestas esporádicas, como en la sociología aplicada del técnico en investigación que se ofrece en alquiler. Este practicón no escapa a este problema por la supuesta neutralidad de sus técnicas; en realidad, deja que otros tipos de hombres lo resuelvan por él. Pero el artesano intelectual seguramente procurará hacer su trabajo con conocimiento de sus supuestos y complicaciones, los menores de los cuales no son su significado moral y político para la sociedad en que trabaja y para su papel dentro de ella.

El acuerdo es ahora suficientemente general para que sea un lugar común la noción de que no pueden inferirse juicios de valor de enunciados de hecho ni de definiciones de conceptos. Pero no quiere decir esto que esos enunciados y definiciones carezcan de importancia para el juicio. Es fácil ver que la mayor parte de las cuestiones sociales entrañan un revoltijo de errores de hecho y de conceptos confusos, así como de prejuicios valorativos. Únicamente después de haberlas desembrollado lógicamente es posible saber si dichas cuestiones implican en realidad un conflicto de valores.

Determinar si existe o no existe ese conflicto, y si existe separar el hecho del

valor, constituye, desde luego, una de las primeras tareas que con frecuencia emprende el investigador social. Ese desenmarañamiento lleva algunas veces fácilmente a enunciar de nuevo la cuestión en una forma que la deja abierta a la solución, porque puede revelar una incongruencia de los valores sustentados por los mismos intereses: un valor naciente no puede ser realizado si no se sacrifica un valor viejo, y así, para actuar, los interesados deben decidir cuál de los dos estiman más.

Pero cuando hay valores sustentados tan firme y consecuentemente por intereses verdaderamente opuestos, que el conflicto no puede resolverse por el análisis lógico y la investigación de hecho, entonces parece haber llegado a su fin el papel de la razón en aquel asunto humano. Podemos aclarar el sentido y las consecuencias de los valores, podemos hacerlos congruentes entre sí y averiguar a cuál corresponde realmente la prioridad, podemos rodearlos de hechos; pero al fin quizá nos encontremos reducidos a meras afirmaciones y contrafirmaciones, y entonces sólo podemos alegar o persuadir. Y en el fin mismo, si se llega al fin, los problemas morales se convierten en problemas de poder, y en último extremo, si se llega al último extremo, la forma definitiva de poder es la coacción.

De lo que creemos no podemos deducir —dice la famosa frase de Hume— cómo debemos obrar. Ni podemos deducir cómo debe obrar otro hombre de cómo creemos nosotros que debemos obrar. Al final, si es que llega el final, tenemos que dar en la cabeza a quienes no están de acuerdo con nosotros; esperemos que el final se presente pocas veces. Entretanto, siendo todo lo razonables que podamos, debemos discutir.

En la selección de los problemas que estudiamos van implícitos valores; también van implícitos valores en algunos de los conceptos claves que usamos en nuestros enunciados de esos problemas, y los valores afectan al curso de su solución. Por lo que respecta a los conceptos, el objetivo debe ser emplear tantos términos «neutrales» como sea posible, darse cuenta de los valores implícitos que aún quedan, y hacerlos explícitos. Por lo que respecta a los problemas, el objetivo debe ser, de nuevo, advertir con claridad los valores en relación con los cuales son seleccionados, y después evitar en cuanto se pueda prejuicios valorativos en su solución, no importa cómo esa solución pueda afectar a uno ni cuáles sean sus implicaciones morales o políticas.

Diremos de pasada que ciertos tipos de críticos juzgan el trabajo en ciencias sociales según sus conclusiones sean sombrías o risueñas, negativas o constructivas. Estos moralistas de solana quieren una sacudida lírica, por lo menos al final: los hace felices un poco de humor optimista vigoroso y serio. Pero el mundo que nos esforzamos por comprender no siempre nos hace a todos políticamente esperanzados y moralmente complacidos, lo cual quiere decir que algunas veces los investigadores sociales encuentran difícil hacer el papel del idiota alegre. Ocurre que yo, personalmente, soy un tipo muy optimista, pero debo confesar que no he podido nunca pensar que una cosa deba ser o no ser según lo lleve o no a uno a sentirse alegre. Primero trata uno de verla correctamente, para enunciarla de manera

adecuada: si es sombría, pues qué malo; si infunde esperanza, magnífico. Entretanto, clamar por «el programa constructivo» y «la nota esperanzadora» es muchas veces síntoma de incapacidad para ver los hechos como son, aun cuando sean decididamente desagradables, y no tiene nada que ver con la verdad o la falsedad ni con los juicios relativos a lo que es trabajo correcto en la ciencia social.

El científico social que gasta su fuerza intelectual en los detalles de ambientes de pequeña escala, no pone su trabajo al margen de los conflictos y las fuerzas políticas de su tiempo, sino que, por lo menos indirectamente y de hecho, «acepta» la estructura de su sociedad. Pero nadie que acepte la plena tarea intelectual de las ciencias sociales puede aceptar sencillamente esa estructura. En realidad, su tarea consiste en hacer explícita esa estructura y estudiarla en su conjunto. Emprender esa tarea *es* su juicio más importante. Y como hay tantas falsificaciones de la sociedad norteamericana, el describirla meramente de un modo neutral se considera con frecuencia un «naturalismo salvaje». No es, desde luego, muy difícil ocultar los valores que el investigador social puede suponer, o aceptar, o insinuar. Como todos sabemos, para eso está a la mano un tosco aparato: gran parte de la jerga de las ciencias sociales, y especialmente de la sociología, es consecuencia de la curiosa pasión por el latiguillo de quienes no quieren comprometerse.

Quiéralo o no, o sépalo o no, todo el que emplea su vida en el estudio de la sociedad y en publicar sus resultados, *está* obrando moralmente y, por lo general, políticamente también. La cuestión está en si afronta esta situación y acomoda su mentalidad a ella, o si se la oculta a sí mismo y a los demás y va moralmente a la deriva. Muchos, yo diría la mayor parte, de los investigadores sociales norteamericanos de hoy son sobrada o escasamente liberales. Se someten al miedo dominante a toda consagración apasionada. *Esto*, y no la «objetividad científica», es lo que realmente quieren esos hombres cuando se lamentan de que se «hagan juicios de valor».

Diré de pasada que no considero a la enseñanza totalmente en el mismo caso que el escribir. Cuando uno publica un libro, éste se convierte en propiedad pública; la única responsabilidad del autor ante sus lectores, si es que tiene alguna, es hacer un libro todo lo bueno que pueda, y él es el juez definitivo en eso. Pero el maestro tiene más responsabilidades. En cierta medida, los estudiantes son un auditorio cautivo; y en cierta medida necesitan a su maestro, que es para ellos algo así como un modelo. Su tarea primera es revelarles tan plenamente como pueda cómo trabaja una mente supuestamente auto-disciplinada. El arte de enseñar es en gran parte el arte de pensar en voz alta pero inteligiblemente. En un libro, el autor trata con frecuencia de persuadir a los demás del resultado de su meditación; en una sala de clase, el maestra debe tratar de enseñar a los demás cómo piensa un hombre, y al mismo tiempo revela qué bello sentimiento experimenta cuando lo hace bien. El maestro debe, pues, a lo que me parece, hacer muy explícitos los supuestos, los hechos, los métodos, los

juicios. No debe reservar nada, sino que debe exponerlo lentamente y en todos los casos hacer ver claramente todo el margen de alternativas morales antes de dar su propia opinión. Escribir de ese modo sería enormemente pesado y exigiría una constante autocrítica verdaderamente imposible. Ésa es la razón por la cual conferencias de mucho éxito pierden sentido al ser publicadas.

Es difícil ser optimista como Kenneth Boulding, quien escribe: «Contra todos los intentos de nuestros positivistas por deshumanizar las ciencias del hombre, sigue habiendo una ciencia moral». Pero aún es más difícil no estar de acuerdo con Lionel Robbins, quien escribe: «No es exagerado decir que, en el día de hoy, uno de los principales peligros de la civilización nace de la incapacidad de las mentalidades preparadas en las ciencias naturales para percibir la diferencia entre lo económico y lo técnico»[43].

2

En sí mismo, todo esto no es nada que pueda desconcertar a uno: es ampliamente reconocido, aun cuando no directamente experimentado. Hoy en día la investigación social está con frecuencia al servicio directo de los generales del ejército y de los trabajadores sociales, de los gerentes de empresas y de los celadores de las prisiones. Este *uso burocrático* ha venido aumentando, y seguirá aumentando, indudablemente. Los estudios se emplean también —por los investigadores sociales y por otras gentes — de diversas *maneras ideológicas*. Realmente, la importancia ideológica de la ciencia social es inherente a su misma existencia como hecho social. Toda sociedad se forma imágenes de su propio carácter, en particular imágenes y consignas que justifican su sistema de poder y la conducta de los poderosos. Las imágenes e ideas producidas por los investigadores sociales pueden ser o no ser congruentes con las imágenes que prevalecen, mas para ellos siempre implican o suponen algo. Cuando esas implicaciones llegan a ser conocidas, por lo general se las discute y se las usa:

1)Al justificar la organización del poder y el ascendiente de los poderosos, las imágenes e ideas transforman el poder en autoridad.

2)Al criticar o hacer descender de su pedestal a los organismos y los gobernantes que prevalecen, los despojan de autoridad.

3)Al distraer la atención de las cuestiones de poder y de autoridad, la apartan de las realidades estructurales de la sociedad misma.

Tales usos no son necesariamente materia de las intenciones de los investigadores sociales. Como quiera que sea, ha sido totalmente usual entre ellos darse cuenta del sentido político de su trabajo. Si uno de ellos no lo hace, probablemente lo hará otro, en esta edad de la ideología.

La demanda de justificaciones ideológicas explícitas se ha ampliado mucho, aunque no sea sino porque han nacido nuevas instituciones de poderío enorme, pero

no han sido legitimadas, y porque los viejos poderes han rebasado sus viejas sanciones. El poder de la sociedad anónima moderna, por ejemplo, no queda automáticamente autorizado de acuerdo con las doctrinas liberales heredadas del siglo XVIII, doctrinas que son los principales lineamientos de la autoridad legítima en los Estados Unidos. Todo interés y todo poder, toda pasión y todo prejuicio, todo odio y toda esperanza, tienden a adquirir un aparato ideológico para competir con las consignas y los símbolos, las doctrinas y las pretensiones de otros intereses. A medida que las comunicaciones públicas ganan en extensión y en rapidez, su eficacia se deteriora por la repetición, y así hay una demanda constante de consignas, creencias e ideologías. En esta situación de comunicación de masas y de relaciones públicas intensas, sería en verdad extraño que los estudios sociales fueran inmunes a la demanda de pertrechos ideológicos, y más aún que los investigadores sociales dejaran de suministrarlos.

Pero dése cuenta o no el investigador social, simplemente por trabajar como investigador social está, en cierta medida, representando un papel burocrático o ideológico. Por lo demás, cada uno de esos papeles lleva fácilmente al otro. El empleo de las técnicas de investigación más formularias para fines burocráticos lleva fácilmente a la justificación de decisiones tomadas probablemente a base de esas investigaciones. A su vez, los usos ideológicos de los hallazgos de la ciencia social fácilmente se convierten en parte de las operaciones burocráticas: en la actualidad, los intentos para legitimar el poder y para hacer aceptables las políticas específicas, con frecuencia y en gran medida forman parte de la «administración del personar» y de las «relaciones públicas».

Históricamente, la ciencia social ha tenido más uso ideológico que burocrático; aún ahora es así, probablemente, aunque la balanza parezca cambiar con frecuencia. En cierta medida, los usos ideológicos se han debido al hecho de que muchísima parte de la ciencia social moderna ha sido un debate, reconocido como tal con gran frecuencia, con la obra de Marx, así como un reflejo del reto de los movimientos socialistas y de los partidos comunistas.

La economía clásica ha sido la principal ideología del capitalismo como sistema de poder. En esto, ha sido con frecuencia «fructíferamente mal entendida», exactamente como hoy emplean la obra de Marx los publicistas soviéticos. Que los economistas se han adherido tenazmente a la metafísica de la ley natural y a la filosofía moral del utilitarismo, lo han puesto en claro las críticas de la teoría clásica y neo-clásica formuladas por las escuelas económicas históricas e institucionales. Pero esas mismas escuelas sólo pueden ser entendidas por referencia a «filosofías sociales» conservadoras, liberales o radicales. En especial a partir de 1930, los economistas —convertidos en consejeros de gobiernos y de empresas comerciales— han formulado técnicas administrativas, se han pronunciado sobre política y han creado hábitos de reportaje económico detallado. De un modo muy activo, aunque no

siempre de una manera explícita, todo esto implica un uso ideológico tanto como burocrático.

La confusión actual de los economistas abarca cuestiones de política tanto como de métodos y opiniones. Economistas igualmente eminentes formulan opiniones completamente contradictorias. Así, por ejemplo, Gardiner C. Means ataca a sus colegas por aferrarse a las imágenes de las empresas atómicas «del siglo XVIII», y pide un nuevo modelo de la economía en el que las grandes empresas anónimas hagan y controlen los precios. Por otro lado, Vassily Leontief ataca la escisión de sus colegas en teóricos puros y recolectores de hechos, y pide sistemas complicados de gastos y rendimientos. Pero Colin Clark considera esos sistemas «inútilmente detallados y análisis que hacen desperdiciar tiempo», exhorta a los economistas para que piensen cómo mejorar «el bienestar material de la humanidad»… y pide que se reduzcan los impuestos. Pero John K. Galbraith sostiene que los economistas debieran ya dejar de interesarse por el aumento del bienestar material, que los Estados Unidos son ya demasiado ricos y que es estúpido aumentar la producción más todavía. Invoca a sus colegas para que pidan que se aumenten los servicios públicos y los impuestos (exactamente, los impuestos sobre las ventas).[44]

Hasta la demografía, especialidad totalmente estadística, se ha visto profundamente complicada en los conflictos políticos y las controversias sobre cuestiones de hecho suscitadas por primera vez por Thomas Malthus. Muchas de esas cuestiones se centran ahora sobre territorios antiguamente coloniales, en los que hallamos que, de maneras diversas, la antropología cultural se ha interesado profundamente en los hechos y el *ethos* del colonialismo. Desde un punto de vista liberal o radical, los problemas políticos y económicos de esos países se definen generalmente como una necesidad de progreso económico rápido, en particular la industrialización y todo lo que esto significa. Los antropólogos por lo general han entrado en estos asuntos con precauciones que, como las de los viejos poderes coloniales, han parecido evitar los levantamientos y las tensiones que hoy acompañan casi inevitablemente a los cambios en las zonas subdesarrolladas. El contenido y la historia de la antropología cultural no pueden «explicarse», desde luego, por los hechos del colonialismo, aunque tales hechos no carezcan de importancia para ella. Ella ha servido también a fines liberales y hasta radicales, especialmente por su insistencia sobre la relatividad social del carácter del hombre y por su propaganda anti-localista entre los occidentales.

Algunos historiadores parecen ansiosos de re-escribir lo pasado para servir a los que sólo pueden ser considerados propósitos ideológicos del presente. Un ejemplo comente es la «re-consideración» norteamericana de la época que siguió a la Guerra Civil, en que tomaron vida las empresas anónimas y otros negocios. Al examinar cuidadosamente gran parte de la historia de los Estados Unidos en los últimos decenios, tenemos que advertir que, sea la historia lo que sea o deba ser, se convierte también fácilmente en una pesada reelaboración de los mitos nacionales y de clase.

Al producirse los usos burocráticos de la ciencia social, ha habido, en especial desde la segunda Guerra Mundial, el intento de encomiar «la significación histórica de los Estados Unidos», y en ese encomio algunos historiadores han hecho historia útil para la propensión conservadora y para sus beneficiarios espirituales y materiales.

Los investigadores en ciencias políticas, especialmente al tratar de las relaciones internacionales desde la segunda Guerra Mundial, no pueden ser acusados, ciertamente, de haber examinado la política de los Estados Unidos con ánimo de oposición. Quizás el profesor Neal Houghton va demasiado lejos cuando afirma que «muchísimo de lo que ha venido pasando por erudición en ciencia política ha sido poco más que una racionalización en notas al pie de página y el regateo de esas políticas»,[45] pero no debe dejarse a un lado lo que dice sin un examen muy detenido. Ni puede contestarse la pregunta «¿Qué ha pasado con las grandes cuestiones?»,[46] del profesor Arnold Rogow, sin comprobar que mucha ciencia política ha sido inútil recientemente para comprender las realidades políticas importantes, pero no para el aplauso científico dedicado a la política y a las faltas oficiales.

Menciono estos pocos usos e implicaciones sin intención crítica ni tratar de señalar prejuicios. Lo hago simplemente para recordar al lector que la ciencia social es inevitablemente importante para los hábitos burocráticos y las cuestiones ideológicas, que esa importancia va implícita en la diversidad y confusión actuales de las ciencias sociales, y que es mejor hacer explícitos sus sentidos políticos que dejarlos ocultos.

3

En la segunda mitad del siglo XIX, la ciencia social estuvo en los Estados Unidos directamente vinculada a los movimientos de reforma y a las actividades dirigidas al mejoramiento social. Lo que se conoce con el nombre de «movimiento de la ciencia social» —organizado en 1865 con el de «Asociación Norteamericana de Ciencia Social»— fue un intento de fines del siglo XIX para «aplicar la ciencia» a los problemas sociales sin recurrir a tácticas políticas explícitas. En resumen, sus socios tratan de convertir las inquietudes de la gente de las clases más humildes en problemas para los públicos de la clase media. En los primeros decenios del siglo XX este movimiento hizo su camino. No siguió siendo portador de ninguna ideología reformista de la clase media radical; su interés por el bienestar general se limitó a intereses restringidos de trabajo social, de asociaciones de caridad, de bienestar infantil y de reforma de las prisiones. Pero de «The American Social Science Association» nacieron también las diversas asociaciones profesionales y, a su debido tiempo, las diversas disciplinas académicas de las ciencias sociales.

Así, lo que le sucedió a la primitiva sociología de la reforma, de la clase media, es

que se escindió de un lado en especialidades académicas y de otro en actividades de bienestar social más específicas e institucionales. Esta escisión, sin embargo, no significó que las especialidades académicas se hicieran moralmente neutras y científicamente antisépticas.

En los Estados Unidos el liberalismo ha sido virtualmente el común denominador político de todos los estudios sociales y, también virtualmente, la fuente de toda la retórica y toda la ideología públicas. Se admite en general que se debe esto a circunstancias históricas bien conocidas, quizá sobre todo a la ausencia del feudalismo y, en consecuencia, de una base aristocrática para las minorías anticapitalistas y para los intelectuales. El liberalismo de la economía clásica, que todavía informa el pensamiento de sectores importantes de la *élite* de los negocios, ha sido de uso político constante; el concepto de equilibrio sigue poderosamente adherido aún a las exposiciones económicas más complicadas.

Aunque de manera algo más difusa, el liberalismo ha informado también la sociología y la ciencia política. En contraste con sus precursores europeos, los sociólogos norteamericanos han tendido fuertemente a estudiar un solo detalle o un solo problema de medio en cada momento. En una palabra, han tendido a diseminar la atención. De acuerdo con la «teoría democrática del conocimiento», han supuesto que todos los hechos son creados iguales. Han insistido, además, en que para todo fenómeno social con seguridad ha de haber un gran número de causas menudas. Esta «causación pluralista», como se la llama, es perfectamente adecuada para servir a una política liberal de reformas «de detalle». En realidad, la idea de que las causas de los acontecimientos sociales son inevitablemente numerosas, diseminadas y menudas, fácilmente cae dentro de la perspectiva de lo que puede denominarse practicidad liberal.[47]

Si hay alguna línea de orientación históricamente implícita en la ciencia social norteamericana, seguramente es la afición a los estudios sueltos, al examen de hechos y al dogma concomitante de la confusión pluralista de causas. Éstas son características esenciales de la practicidad liberal como estilo de estudio social. Porque si todo es causado por innumerables «factores», haremos bien en ser sumamente cuidadosos en todas las acciones prácticas que emprendamos. Tenemos que estudiar muchos detalles, y es aconsejable proceder a reformar una pequeña pieza y ver lo que sucede, antes de reformar otra piececita. Y seguramente haremos bien en no ser dogmáticos y formar un plan de acción excesivamente amplio. Tenemos que entrar en la corriente de las interacciones recíprocas con la tolerante idea de que bien podemos no conocer aún, y quizás no lleguemos a conocerlas nunca, todas las causas múltiples que actúan. Como el investigador social de ambientes, tenemos que llegar a conocer muchas pequeñas causas; para obrar inteligentemente, como hombres prácticos, debemos ser reformadores de ambientes por partes, una aquí y otra allí.

Anda con cuidado —quizá dijo alguien en determinado momento—, porque las

cosas no son tan sencillas. Si descomponemos una sociedad en pequeños «factores», necesitaremos, naturalmente, unos cuantos de ellos para explicar algo, y nunca podemos estar seguros de haber tomado todos los necesarios. El conceder una importancia meramente formal al «todo orgánico», a lo que se suma el fracaso al tener en cuenta las causas adecuadas —que suelen ser estructurales—, así como la obligación de examinar sólo una situación en cada momento, son ideas que dificultan la comprensión de la estructura del *statu quo*. Quizá debamos, en bien del equilibrio, recordar otras opiniones:

En primer lugar, ¿no es evidente que el «pluralismo absoluto» pueda ser tan dogmático como el «monismo absoluto»? En segundo lugar, ¿no es posible estudiar causas sin sentirse abrumado por su número? En realidad, ¿no es esto precisamente lo que los investigadores sociales deben estar haciendo cuando examinan la estructura social? Mediante esos estudios seguramente tratamos de encontrar las causas adecuadas de algo, y después de hallarlas, de exponer una opinión acerca de los factores estratégicos que, como objetos de acción política y administrativa, ofrecen a los hombres la oportunidad de hacer que la razón intervenga en el tratamiento de los asuntos humanos.

Pero en la metafísica «orgánica» de la practicidad liberal probablemente se subrayará todo lo que tienda a un equilibrio armonioso. Considerándolo todo como un «proceso continuo», los cambios súbitos de espacio y las dislocaciones revolucionarias —tan características de nuestro tiempo— no se advierten, y si se advierten, se toman como meros síntomas de lo «patológico», lo «inadaptado». El formulismo y la supuesta unidad que implican frases tan inocentes como «las costumbres» o «la sociedad» disminuyen la posibilidad de ver lo que puede ser una estructura social en todas sus partes.

¿Cuáles son las razones del carácter fragmentario de la practicidad liberal? ¿Por qué esa sociología de medios dispersos? La curiosa división en departamentos académicos quizás ha ayudado a los investigadores sociales a fragmentar sus problemas. Los sociólogos en particular parecen creer muchas veces que los representantes de las ciencias sociales más antiguas no están dispuestos a admitir que haya lugar para la sociología. Quizá, como Augusto Comte —y como los grandes teóricos cual Talcott Parsons—, los sociólogos han querido para sí algo exclusivamente suyo, completamente distinto de la economía y de la ciencia política. Pero no creo que las limitaciones de los compartimientos en la lucha académica —o la falta general de capacidad— sea explicación totalmente adecuada del bajo nivel de abstracción de la practicidad liberal y del fracaso concomitante de sus partidarios para tomar en cuenta los problemas de estructura social.

Piénsese en los públicos para los que fueron escritos tantos libros de sociología. La mayor parte del trabajo «sistemático» o «teórico» en esta disciplina ha sido hecho por maestros en libros de texto para fines docentes. El hecho, exactamente señalado,

de que la sociología muchas veces ha ganado su derecho académico a la existencia en oposición con otros departamentos, puede haber aumentado la necesidad de libros de texto. Ahora bien, los libros de texto organizan los hechos para hacerlos asequibles a los jóvenes, y no con fines de investigación y descubrimiento. En consecuencia, fácilmente los libros de texto se convierten en una recolección mecánica de hechos para ilustrar concepciones más o menos consagradas. Las posibilidades de investigación de ideas nuevas, las relaciones recíprocas entre ideas y hechos, no suelen considerarse muy importantes para someter un cúmulo de detalles a un determinado orden propio de libro de texto. Las ideas antiguas y los hechos nuevos son con frecuencia más importantes que las ideas nuevas, las cuales muchas veces restringen peligrosamente el número de «adopciones» de un texto para su uso en las aulas. En que sea adoptado o no un libro de texto hacen consistir su éxito los profesores. Debemos recordar que, después de todo, exige mucho tiempo el redactar nuevas notas para las lecciones.

Pero ¿quiénes son los estudiantes para los que se escriben esos libros? Son, principalmente, jovencitos de la clase media, muchos de ellos —en las escuelas del Medio Oeste sobre todo— hijos de labradores o de pequeños industriales, que han tomado el camino conducente para hacerse profesionales y jóvenes ejecutivos o directores de empresas. Escribir para ellos es escribir para un tipo específico de público de clase media ascendente. Autor y público, maestro y estudiante, han tenido una experiencia social análoga. Tienen en común el origen, el destino y lo que puede interponerse en su camino.

En la antigua sociología práctica de ambientes, rara vez se estudian radicalmente problemas de política. La practicidad liberal tiende a ser apolítica o aspira a una suerte de oportunismo democrático. Cuando sus secuaces tocan algo político, denominan sus rasgos «patológicos» con palabras como «lo antisocial» o «corrupción». En otros contextos, «lo político» parece identificarse con el funcionamiento adecuado del *statu quo* político, y fácilmente se le identifica con la ley o la administración. Rara vez se examina el orden político mismo; se le supone, sencillamente, una estructura absolutamente fija y distante.

La practicidad liberal es simpática a las personas que, por virtud de su posición social, manejan, por lo común con algún grado de autoridad, una serie de casos individuales. Jueces, trabajadores sociales, higienistas mentales, maestros y reformadores locales tienden a pensar de acuerdo con «situaciones». Sus perspectivas tienden a limitarse a patrones existentes, y su trabajo profesional tiende a adiestrarlos para cierta incapacidad funcional de elevarse por encima de una serie de «casos». Su experiencia y los puntos de vista desde que cada uno de ellos mira a la sociedad, son demasiado análogos, demasiado homogéneos, para permitir la competencia de ideas y la controversia de opiniones que pueden conducir a un intento de interpretar el conjunto. La practicidad liberal es una sociología moralizadora de ambientes.

La noción de «retraso cultural» es parte importante de este estilo de pensamiento «utópico» y progresivo. Esa noción sugiere la necesidad de cambiar algo para «ponerlo en línea» con el estado de la tecnología progresiva. Lo que se piensa que está «retrasado» existe en el presente, pero se considera que su razón de ser está en el pasado. Así se disfrazan los juicios como enunciados relativos a una sucesión temporal. Como aseveración valorativa de «progreso» desigual, el retraso cultural es de mucho uso para hombres de temple liberal y optativo: les dice qué cambios «se requieren», y qué cambios debían haberse operado, pero no se operaron. Les dice dónde han hecho progresos y dónde no los han hecho. El descubrimiento de un «retraso» patológico es, naturalmente, algo que se complica con el disfraz histórico con que se le presenta y con los pequeños programas tan crudamente impuestos en frases seudo-objetivas como «se requieren».

Enunciar problemas en términos de retraso cultural es disfrazar valoraciones, pero la cuestión más importante es: ¿Qué clases de valoraciones han sido más gustosamente usadas por los individuos liberalmente prácticos? La idea de que las «instituciones» en general están retrasadas respecto de la «tecnología y de la ciencia» en general, es una idea muy popular. Supone una valoración positiva de la ciencia y del cambio ordenadamente progresivo; en suma, es una continuación liberal de la Ilustración, con su racionalismo pleno, su mesiánica y ahora políticamente ingenua admiración por la ciencia física como modelo de pensamiento *y* de acción, y su concepto del tiempo como progreso. Esta noción de progreso fue llevada a los colegios norteamericanos por la filosofía moral escocesa, predominante en otro tiempo. Desde la Guerra Civil hasta hace sólo una generación aproximadamente, la clase media urbana de los Estados Unidos estaba, en parte, formada por individuos con negocios florecientes, que iban tomando posesión de los medios de producción y adquiriendo poder político y prestigio social. Muchos de los individuos académicos de la vieja generación de sociólogos o fueron reclutados en esos sectores ascendentes se mezclaron activamente con ellos. Sus estudiantes —el público de sus ideas— fueron los productos de esos sectores. La idea de progreso, se ha dicho muchas veces, suele ser simpática a quienes están ascendiendo en la escala del ingreso y de la posición social.

Quienes usan la noción de retraso cultural no suelen examinar las posiciones de los grupos de intereses y de los individuos que deciden y que pueden estar detrás de los variables «tipos de cambio» en diferentes sectores de una sociedad. Puede decirse que, en relación con los tipos de cambio en que se mueven los sectores de la cultura, lo que con frecuencia está «atrasado» es la tecnología. Ése fue, indudablemente, el caso durante el decenio de los años treinta, y sigue siendo en gran medida el caso en, por ejemplo, la tecnología casera y el transporte individual.

En contraste con el uso que de la idea de «retraso» hacen muchos sociólogos, la frase «retraso, escape y fricción» de Thorstein Veblen le llevó al análisis estructural de «la industria contra el negocio». Se preguntó: «¿Dónde *aprieta* el retraso?». E

intentó revelar cómo la cultivada incapacidad de los hombres de negocios actuando de acuerdo con los cánones del empresario tuvieron por consecuencia un sabotaje eficaz de la producción y la productividad. También percibió algo del papel del lucro en un sistema de propiedad privada, y no se preocupó especialmente por la «chapucería de los resultados». Pero el punto esencial es que reveló la mecánica estructural del «retraso». Muchos investigadores sociales usan la noción políticamente ajada de «retraso cultural», que ha perdido todo sentido específico y estructural: generalizaron la idea para aplicarla a todo, siempre de un modo fragmentario.

4

Descubrir problemas prácticos es hacer valoraciones. Muchas veces lo que el hombre liberalmente práctico toma como «problema» es: *1)* lo que se aparta del modo de vida de la clase media y de la pequeña población; *2)* lo que no se ajusta a los principios rurales de estabilidad y orden; *3)* lo que no está de acuerdo con las optimistas consignas progresivas del «retraso cultural»; y *4)* lo que no se ajusta al «progreso social» pertinente. Pero el meollo de la practicidad liberal lo revelan en muchos aspectos 5) la noción de «adaptación» y la contraria de «inadaptación».

A estas nociones se las vacía con frecuencia de todo contenido específico; pero, también con frecuencia, su contenido es, en realidad, propaganda a favor de la conformidad con las normas y rasgos idealmente asociados con la clase media de pequeña ciudad. Pero esos elementos sociales y morales se enmascaran con la metáfora biológica que encierra la palabra «adaptación»; en realidad, la palabra va acompañada de un cortejo de vocablos socialmente vacíos, como «existencia» y «supervivencia». La idea de «adaptación», por metáfora ideológica, se hace formal y universal. Pero el uso efectivo del término hace evidente muchas veces la aceptación de los fines y los medios del ambiente de pequeña comunidad. Muchos escritores sugieren técnicas menos perturbadoras que las demás, a simple vista, con el fin de alcanzar metas dadas, por la general no tienen en cuenta si ciertos grupos o individuos, sorprendidos en situaciones no privilegiadas, pueden o no encontrarse en posibilidad de alcanzar esas metas sin modificación de la estructura institucional en su conjunto.

La idea de adaptación parece más directamente aplicable a un escenario social en que, por una parte, está «la sociedad», y por otra «el inmigrante individual». El inmigrante tiene, entonces, que «adaptarse» a la sociedad. El «problema del inmigrante» ocupó antes el centro de la atención del sociólogo, y las nociones empleadas para enunciarlo muy bien pueden haberse convertido en parte del modelo general para la formulación de todos los «problemas».

Mediante el detallado examen de casos específicos de inadaptación, es fácil inferir el tipo de persona que se considera idealmente «adaptada».

El hombre ideal de la generación anterior de sociólogos, y en general del liberalmente práctico, es el hombre «socializado». Esto significa muchas veces que es lo éticamente opuesto al «egoísmo». Estando socializado, piensa en los demás y es bondadoso con ellos; no cavila ni se abate; por el contrario, es algo extravertido, participa con entusiasmo en las costumbres de su comunidad y la ayuda a «progresar» a un ritmo claramente adaptable. Forma parte de algunas organizaciones de la comunidad, y es de ellas y para ellas. Si no está en todas partes, ciertamente le falta poco. Felizmente, se somete a la moral y a los móviles convencionales; felizmente, participa en el progreso gradual de instituciones respetables. Su padre y su madre no se divorciaron nunca, y su hogar nunca fue cruelmente destrozado. Es «triunfador», por lo menos en medida modesta, porque es modestamente ambicioso; pero no trata de cosas que están demasiado lejos de sus medios, a menos que se convierta en un «pensador de fantasía». Como hombrecito decente, no se afana sin escrúpulos por lograr una gran fortuna. Algunas de sus virtudes son muy generales, y entonces no podemos decir lo que significan. Pero otras son muy particulares, y entonces llegamos a saber que las virtudes de este hombre adaptado al ambiente local corresponden a las normas que se esperan de la pequeña clase media independiente, que verbalmente vive según los ideales protestantes en las pequeñas ciudades de los Estados Unidos.

Este grato mundillo de practicidad liberal —estoy dispuesto a reconocerlo— debe haber existido en alguna parte; de otro modo, seguramente hubiera tenido que ser inventado. Ningún grupo de hombres más adecuado para su invención que los individuos de filas de la anterior generación de sociólogos norteamericanos, y ningunas ideas más útiles para la tarea que las de la practicidad liberal.

5

Durante los últimos decenios, ha surgido un tipo nuevo de practicidad al lado del antiguo; realmente, han surgido varios tipos. El liberalismo ha llegado a ser, más que un movimiento de reforma, la administración de servicios sociales en un Estado benefactor. La sociología ha perdido su impulso reformador; sus tendencias hacia los problemas fragmentarios y la causación dispersa fueron encauzadas conservadoramente al servicio de las empresas comerciales, del ejército y del Estado. Como esas burocracias se han hecho más predominantes en las esferas económica, política y militar, ha cambiado el sentido de la palabra «práctico»: se considera «práctico» lo que se cree que sirve a los fines de esas grandes instituciones.[48]

Quizás la escuela de «las relaciones humanas en la industria» pueda servir de breve ejemplo de la nueva practicidad antiliberal.[49] Cuando examinamos todos los vocablos de «la literatura» de este estilo relativos a gerentes y a trabajadores, vemos que de los gerentes suele hablarse en términos de «inteligente-no inteligente»,

«racional-irracional», «sabiduría-ignorancia»; mientras que de los obreros con la mayor frecuencia se habla en términos de «feliz-infeliz», «eficaz-ineficaz», «buena moral-mala moral».

Casi todo lo que aconsejan esos eruditos —explícita y tácitamente— puede resumirse claramente en esta simple fórmula: Para hacer al obrero feliz, eficaz y cooperador, lo único que necesitamos es hacer a los gerentes inteligentes, racionales, instruidos. ¿Es ésta la fórmula política de las relaciones humanas en la industria? Si no lo es, ¿qué otra cosa va implícita en ella? Si lo es, ¿no constituye esa fórmula, hablando prácticamente, una «psicologización» de los problemas de las relaciones industriales? ¿No descansa sobre las fórmulas clásicas de la armonía natural de intereses, interferida ahora desdichadamente por la fragilidad de las relaciones humanas, tal como la revelan la falta de inteligencia de los gerentes y la infeliz irracionalidad de los trabajadores? ¿En qué medida es ese consejo —en cuanto síntesis de esos estudios— un consejo al gerente de personal para que suavice sus maneras autoritarias y afloje su presión manipuladora sobre los empleados, comprendiéndolos mejor y combatiendo su informal solidaridad contra la gerencia, a fin de conseguir una eficacia directiva más suave y menos molesta? Todo esto lo enfoca con notoria claridad el concepto de «moral».

El trabajo en la industria moderna es trabajo dentro de una jerarquía: hay una línea de autoridad y de ahí hacia abajo una línea de obediencia. Gran parte del trabajo es semirrutina, lo cual significa que, para conseguir una producción mayor, las operaciones de cada trabajador son desmenuzadas y estereotipadas. Si combinamos estos dos hechos —el carácter jerárquico de la estructura industrial y el carácter semirrutinario de gran parte del trabajo— resulta evidente que el trabajo en una fábrica moderna supone disciplina: obediencia pronta y estereotipada a la autoridad. El factor poder, tan esquivamente tratado por los expertos en relaciones humanas, es, pues, fundamental para la comprensión adecuada de los problemas de moral.

Puesto que las fábricas son, después de todo, lugares donde se trabaja, y donde se forman relaciones sociales, para definir la moral debemos tener en cuenta criterios objetivos y subjetivos. *Subjetivamente*, moral parecería significar la buena disposición para hacer el trabajo que está a la mano, para hacerlo de buen humor y hasta disfrutando con ello. *Objetivamente*, moral parecería significar que el trabajo se haga eficazmente, y que se haga la mayor cantidad posible de trabajo en el menor tiempo, con la menor molestia y con el menos dinero posibles. Por lo tanto, la moral en una fábrica moderna norteamericana se relaciona con la complaciente obediencia por parte del trabajador, que tiene por resultado la eficaz ejecución del trabajo pendiente, a juicio de la gerencia.

Toda noción clara de «moral» requiere que sean enunciados los valores que se emplean como criterios. Dos valores relevantes parecen ser la buena voluntad o satisfacción del trabajador, y la ampliación de sus facultades para determinar por sí

mismo el curso de su vida de trabajo. Si ensanchamos un poco nuestro punto de vista, recordaremos que hay una clase de «moral» característica del artesano independiente que toma parte en las decisiones relativas a su trabajo y es feliz haciéndolo. He ahí el hombre inalienado de Adam Smith y Jefferson, o, como lo llamó Whitman, «el hombre al aíre libre». Recordaremos también que todos los supuestos requeridos para imaginarse a ese hombre los ha hecho absurdos la introducción de una organización jerárquica del trabajo en gran escala. El socialismo clásico puede, en realidad, deducirse en lógica estricta del liberalismo clásico por la introducción de este solo factor. Así, pues, puede proyectarse un segundo tipo de moral, y en realidad lo ha sido, en las nociones clásicas de «control de los trabajadores». Es la forma imaginada por el hombre inalienado en las condiciones objetivas de un trabajo colectivo en gran escala.

En contraste con esos dos tipos, la «moral» del experto en relaciones humanas es la moral de un trabajador impotente y sin embargo contento. Desde luego, cae en esta categoría una gran diversidad de gentes, pero la cuestión está en que, sin cambiar la estructura de poder, no es posible ninguna artesanía colectiva independiente. La moral proyectada por los expertos en «relaciones humanas» es la moral de hombres alienados pero sometidos a las expectativas manipuladas y convencionales de la «moral». Suponiendo que la estructura actual de la industria es inalterable y que las finalidades de los gerentes son las finalidades de todos, los expertos en «relaciones humanas» no examinan la estructura autoritaria de la industria moderna y el papel en ella del trabajador. Definen el problema de la moral en términos muy limitados, y con sus técnicas tratan de revelar a su clientela directiva cómo pueden mejorar la moral del empleado dentro de la estructura vigente de poder. Es el suyo un empeño manipulativo. Permitirán al empleado «desahogarse» sin cambiar la estructura dentro de la cual ha de vivir su vida de trabajo. Lo que han «descubierto» es: *1)* que dentro de la estructura autoritaria de la industria moderna («organización formal») hay posiciones o jerarquías («organizaciones informales»); 2) que muchas veces estas organizaciones ofrecen resistencia a las autoridades y tratan de proteger a los trabajadores contra el ejercicio de la autoridad; *3)* que en consecuencia, en bien de la eficacia y para evitar tendencias «anticolaboracionistas», los gerentes no intentan destruir esas organizaciones, sino que más bien tratan de explotarlas para sus propios fines («para los fines colectivos de la organización total»); y *4)* que esto puede hacerse reconociéndolas y estudiándolas, a fin de manejar a los trabajadores que forman parte de ellas, sin darles sólo órdenes autoritarias. En una palabra, las relaciones humanas han ampliado la tendencia general de la sociedad moderna a racionalizarse de un modo inteligente y al servicio de la *élite* directora.[50]

6

La nueva practicidad lleva a nuevas imágenes de la ciencia social… y de los

investigadores sociales. Han nacido nuevas instituciones en las que se ha instalado esta practicidad antiliberal: centros de relaciones industriales, departamentos de investigación de las universidades, nuevas ramas de investigación de sociedades anónimas, de la fuerza aérea y del gobierno. No se interesan por los maltratados seres humanos que viven en el fondo de la sociedad: los malos muchachos, las mujeres perdidas, el trabajador migratorio, el inmigrante inadaptado. Se interesan, por el contrario, realmente y en fantasía, por los estratos superiores de la sociedad, en especial por los círculos ilustrados de directores de negocios y de generales que manejan presupuestos considerables. Por primera vez en la historia de sus disciplinas, los investigadores sociales han entrado en relaciones profesionales con poderes privados y públicos muy por encima del nivel de la agencia de bienestar social y del agente de distrito.

Sus situaciones cambian: desde la académica hasta la burocrática; sus públicos cambian: desde los movimientos de los reformadores hasta los círculos de quienes toman decisiones resolutorias; y sus problemas cambian: desde los que ellos han elegido hasta los de sus nuevos clientes. Los eruditos mismos tienden a hacerse menos intelectualmente insurgentes y más administrativamente prácticos. Aceptando por lo general el *statu quo*, tienden a formular problemas de las inquietudes y dificultades que ellos creen que afrontan los administradores. Estudian, como hemos visto, a obreros inquietos y sin moral, y a gerentes que «no comprenden» el arte de manejar las relaciones humanas. También sirven diligentemente a los fines comerciales de las industrias de la propaganda y la publicidad.

La nueva practicidad es una respuesta académica a una demanda cada vez mayor de técnicos administrativos que se encarguen de las «relaciones humanas», y de nuevas justificaciones de las sociedades anónimas como sistema de poder. Estas nuevas demandas de personal y de ideología son consecuencia de cambios en la sociedad norteamericana tales como la aparición de los sindicatos como centros competidores de la fidelidad obrera y la hostilidad pública hacia los grandes negocios durante las crisis; de la enorme escala y concentración del poder de las modernas empresas anónimas; de la ampliación de las funciones del Estado benefactor, de su aceptación pública y de la intervención cada vez mayor en los asuntos económicos. Cosas así van implícitas en el cambio operado en el mundo de los grandes negocios desde lo que puede llamarse económicamente práctico al conservadurismo políticamente sofisticado.

Los conservadores prácticos, con su imagen del *laissez-faire* del capitalismo utópico, en realidad no han aceptado nunca los sindicatos obreros como características necesarias ni útiles de la economía política. Siempre que ha sido posible, han pedido que se disuelvan o se restrinjan los sindicatos. La finalidad pública de los conservadores prácticos ha sido la libertad para el lucro privado, aquí y ahora. Esta franca opinión predomina todavía en muchos círculos de pequeños

negocios —especialmente entre detallistas— así como en los negocios grandes. La General Motors y la U. S. Steel, que figuran entre los mayores, muchas veces parecen sobresalir entre los grandes negocios por la «practicidad» de su confesado conservadurismo. Históricamente, el conservadurismo práctico ha descansado sobre el hecho de que los hombres de negocios no han sentido la necesidad de una ideología de nueva creación o más complicada: el contenido de su ideología ha coincidido demasiado estrechamente con el contenido de ideas públicas generalizadas y no discutidas.

Sólo cuando aparecen nuevos centros de poder, todavía no legitimados ni aptos para cubrirse con los símbolos de autoridad consagrados, surge la necesidad de nuevas ideologías de justificación. Los conservadores sofisticados —que se caracterizan por el uso que hacen de símbolos liberales para fines conservadores— se remontan ya por lo menos a comienzos del siglo, en que los negocios estaban siendo atacados por buscadores de trapos sucios y periodistas de cruzadas contra abusos. En la atmósfera de la gran crisis, y con la promulgación de la Ley Wagner, volvieron a aparecer y ganaron ascendiente durante la segunda Guerra Mundial y después.

En contraste con los prácticos hombres de filas de las derechas, los conservadores sofisticados están muy atentos a las condiciones políticas del lucro en una economía en que poderosos sindicatos obreros se enfrentan a poderosos consorcios de negocios dentro de la estructura administrativa de un Estado liberal ampliado. Están atentos a la necesidad de nuevos símbolos de justificación de su poder en una época en que los sindicatos y el gobierno compiten por ganar la fidelidad de trabajadores y ciudadanos.

Parece claro el interés de los hombres de negocios por la nueva practicidad. Pero ¿y los profesores? ¿Cuáles son sus intereses? A diferencia de los portavoces de los negocios, no están primordialmente interesados en los aspectos pecuniarios, directivos ni políticos de la practicidad. Para ellos, esos resultados son primordialmente medios para otros fines, que tienen por centro, creo yo, sus propias «carreras». Es cierto que los profesores indudablemente reciben con beneplácito los pequeños aumentos de salarios que pueden venir acompañados de nuevas actividades investigadoras y de nuevas consultas. Pueden sentirse o no satisfechos de ayudar a los gerentes a administrar sus fábricas con más provecho y menos perturbaciones; pueden ser o no poderosamente elevados formulando nuevas y más aceptables ideologías para los poderes consagrados de los negocios. Pero en la medida en que siguen siendo eruditos, sus propósitos extra-intelectuales no tienen por qué centrarse necesariamente en esas satisfacciones.

Su participación es, en parte, una respuesta a las oportunidades de nuevas tareas que forman parte del aumento general de la escala y del carácter burocrático de los negocios y del gobierno, y de las relaciones institucionales más recientes entre la sociedad anónima, el gobierno y el sindicato. Esos cambios significan un aumento de la demanda de expertos y, en consecuencia, la apertura de nuevas carreras fuera y

dentro de las universidades. En respuesta a estas demandas exteriores, los centros de enseñanza superior tienden cada vez más a producir técnicos aparentemente apolíticos.

Para los que siguen siendo académicos, se ofrece una nueva especie de carrera, diferente de la anticuada de profesor y que puede llamarse carrera de «nuevo empresario». Este ambicioso tipo de consejero puede impulsar su carrera *en* la universidad conquistando prestigio y aun poderes en pequeña escala fuera de ella. Sobre todo, puede dar lugar a la creación de un instituto de investigación y enseñanza respetablemente financiado que ponga a la comunidad académica en contacto vivo con hombres de negocios. Entre sus colegas más enclaustrados, este nuevo empresario puede convertirse muchas veces en director de los asuntos de la universidad.

La profesión académica en los Estados Unidos ha fracasado con frecuencia, creo que debemos reconocerlo, en conseguir que hombres ambiciosos se contenten con cañeras meramente académicas. El prestigio de la profesión no ha sido proporcionado al sacrificio económico que muchas veces supone; el sueldo, y en consecuencia el tipo de vida, han sido con frecuencia miserables, y el descontento de muchos profesores se ve reforzado cuando, como es frecuente, se dan cuenta de que son más brillantes que individuos que han conquistado poder y prestigio en otros terrenos. Para esos profesores desgraciados los nuevos desarrollos en los usos administrativos de la ciencia social ofrece satisfactorias oportunidades de ser, por decirlo así, ejecutivos o directores sin tener que llegar a decanos.

Y sin embargo hay indicios, acá y allá, y aun entre individuos jóvenes con gran prisa de llegar, de que esas nuevas carreras, después de sacar a los profesores de la senda académica, los han llevado a cosas por lo menos tan insatisfactorias. Sea como fuere, es lamentable todo esto, y muchas veces los nuevos empresarios académicos parecen ignorar cuáles sean precisamente sus nuevas metas; realmente, con frecuencia no parecen tener firmemente presentes ni aun los términos con que puede definirse el éxito en la consecución de esas confusas metas. ¿No es ésta la fuente de su ansioso estado de excitada confusión?

En los Estados Unidos, la comunidad académica en su conjunto está moralmente abierta a la nueva practicidad en que ha llegado a verse envuelta. Tanto dentro como fuera de la universidad, en los centros de enseñanza muchos individuos se hacen expertos en las interioridades de las máquinas administrativas. Esto indudablemente angosta su atención y el alcance de su pensamiento político. Como grupo, los investigadores sociales norteamericanos rara vez, si es que alguna, se han comprometido políticamente en gran medida; la tendencia hacia el papel de técnicos ha reforzado su actitud apolítica, reducido (si esto es posible) su interés político y, con frecuencia, por desuso, su capacidad aun para percibir los problemas políticos. Esta es la razón por la cual uno conoce muchas veces periodistas más despiertos y perspicaces políticamente que los sociólogos, los economistas y, siento tener que

decirlo, que los profesionales de las ciencias políticas. El sistema universitario norteamericano rara vez proporciona educación política; rara vez enseña a calibrar lo que está sucediendo en la lucha general por el poder en la sociedad contemporánea. La mayor parte de los cultivadores de la ciencia política han tenido poco o quizás ningún contacto con los sectores de la comunidad que han sido insurgentes; no hay prensa de izquierda con la que pueda entrar en relaciones mutuamente educadoras el tipo corriente de profesional académico en el curso de su carrera. No hay movimiento que apoye ni dé prestigio, no digamos ocupación, a los intelectuales políticos, y la comunidad académica no tiene raíces en los círculos obreros.

Todo esto quiere decir que la situación del profesor norteamericano le permite adoptar la nueva practicidad sin ningún cambio ideológico y sin ningún pecado político. Así, pues, sería tan ingenuo como inadecuado sugerir que todos están «en venta», porque esa dura frase seguramente puede usarse con propiedad únicamente cuando hay algo que vender.

V. EL «ETHOS» BUROCRÁTICO

DURANTE el último cuarto de siglo ha habido un cambio decisivo en los usos administrativos y en el sentido político de la ciencia social. La antigua practicidad liberal de «problemas sociales» aún continúa, pero ha sido eclipsada por usos conservadores más recientes de un tipo directivo y de manipulación. Esta nueva y antiliberal practicidad asume formas diversas, pero es una tendencia general que afecta al conjunto de las disciplinas humanas. Puedo muy bien iniciar el estudio de su «ethos» o espíritu con un ejemplo de su principal racionalización: «Es necesaria una palabra final de advertencia para el estudiante que proyecta hacerse sociólogo», ha escrito Paul Lazarsfeld.

> Probablemente lo inquiete el estado del mundo. El peligro de una nueva guerra, el conflicto entre sistemas sociales, los rápidos cambios sociales que ha observado en su país probablemente le han hecho sentir que es de gran urgencia el estudio de las cuestiones sociales. El peligro está en que quizás espere poder resolver todos los problemas actuales si estudia precisamente sociología durante algunos años. Pero no será ése el caso, desgraciadamente. Aprenderá a comprender mejor lo que ocurre en torno suyo. De vez en cuando encontrará orientaciones para una acción social acertada. Pero la sociología aún no está en la fase en que pueda proporcionar una *base segura para la ingeniería social…* Tardaron las ciencias naturales unos 250 años, desde Galileo hasta los comienzos de la revolución industrial, en adquirir influencia importante en la historia del mundo. La investigación social empírica tiene una historia de tres o cuatro décadas. Si esperamos de ella soluciones rápidas a los mayores problemas del mundo, si no le exigimos más que resultados inmediatamente prácticos, no haremos otra cosa que perturbar su curso natural.[51]

Lo que en años recientes se ha llamado «la nueva ciencia social», no sólo se refiere al empirismo abstracto, sino también a la nueva y antiliberal practicidad. La frase se refiere tanto al método como al uso, y de un modo absolutamente correcto: porque la técnica del empirismo abstracto y su uso burocrático están ahora unidos, por lo común. Lo que yo sostengo es que, unidos así, dan por consecuencia el desarrollo de una ciencia social burocrática.

En todos y cada uno de los rasgos de su existencia y su in fluencia, el empirismo abstracto, tal como ordinariamente se practica, representa una creación «burocrática». *1)* En un intento de estandarizar y racionalizar cada fase de la investigación social, las mismas operaciones intelectuales del estilo empírico abstracto se están haciendo «burocráticas». *2)* Esas operaciones son adecuadas para hacer usualmente colectivos y sistematizados los estudios del hombre: en la clase de instituciones, organismos y departamentos de investigación en que está propiamente instalado el empirismo abstracto, se desarrollan rutinas, aunque sólo sea en atención a la eficacia, tan racionalizadas como las del departamento de contabilidad de toda sociedad anónima. *3)* Esos dos hechos, a su vez, tienen mucho que ver con la selección y formación de nuevas cualidades mentales entre el personal de la escuela, cualidades tanto intelectuales como políticas. 4) Como se practica en los negocios —especialmente en los aditamentos de comunicación publicitaria—, en las fuerzas armadas, y también cada vez más en las universidades, «la nueva ciencia social» ha venido a servir

cualesquiera fines que sus clientes burocráticos tengan a la vista. Quienes promueven y practican este estilo de investigación adoptan fácilmente la perspectiva política de sus clientes y jefes burocráticos. Adoptar la perspectiva es con frecuencia aceptarla a su debido tiempo. 5) En la medida en que dichos esfuerzos investigadores son efectivos en sus fines prácticos confesados, sirven para aumentar la eficiencia y la reputación —y en esa medida la preponderancia— de formas de dominio burocrático en la sociedad contemporánea. Pero sean o no efectivos en esas finalidades explícitas (la cuestión queda abierta), sirven para llevar el espíritu burocrático a otras esferas de la vida cultural, moral e intelectual.

1

Puede parecer una ironía que precisamente las personas más urgentemente interesadas en crear métodos moralmente antisépticos figuren entre las más profundamente dedicadas a «la ciencia social aplicada» y a la «ingeniería humana». Como el trabajo a la manera empírica abstracta es caro, sólo grandes instituciones se lo pueden permitir con facilidad. Entre ellas se cuentan las grandes sociedades anónimas, el ejército, el Estado, y también sus adjuntos, especialmente la publicidad, la promoción y las relaciones públicas. También hay fundaciones, pero el personal que las tiene a su cargo tiende con frecuencia a obrar según los nuevos cánones de lo práctico, es decir, de lo burocráticamente relevante. En consecuencia, el estilo ha llegado a incorporarse a centros institucionales definidos: después de 1920 en las agencias de publicidad y de ventas; desde 1930, en las uniones o consorcios de empresas y en las organizaciones electorales; desde 1940, en la vida académica, en diversos departamentos de investigación; y durante la segunda Guerra Mundial, en diferentes ramas de investigación del gobierno federal. El tipo institucional se está extendiendo ahora, pero ésos siguen siendo sus principales reductos.

El formalismo de esas técnicas costosas las hace especialmente útiles para proporcionar la clase de información que necesitan quienes pueden y quieren pagarlas. El nuevo enfoque se ha dirigido, típicamente, a problemas específicos, destinados a aclarar las alternativas para la acción práctica, o lo que es lo mismo, pecuniaria y administrativa. No es absolutamente cierto que sólo cuando se descubren «principios generales» puede ofrecer la ciencia social «una sólida guía práctica»; muchas veces necesita el administrador conocer detalladamente ciertos hechos y relaciones, y eso es todo lo que necesita o quiere saber. Puesto que los practicantes del empirismo abstracto se interesan poco, con frecuencia, en plantear sus propios problemas sustantivos, tanto más dispuestos están a delegar en otros la elección de sus problemas específicos.

El sociólogo de investigación social aplicada por lo general no habla «al público»; tiene clientes específicos con intereses y perplejidades particulares. Este paso del público al cliente indudablemente mina la idea de la objetividad-como-

indiferencia, idea que probablemente ha descansado en la correspondencia a presiones vagas, desenfocadas, y por lo tanto más de acuerdo con los intereses del investigador, quien, en pequeño, puede dividir y en consecuencia no ser gobernado.

Todas las «escuelas de pensamiento» tienen sentido para la carrera del hombre académico. El «buen trabajo» se define en términos agradables para determinadas escuelas, y así el éxito académico viene a depender de los dogmas de una escuela dominante. Mientras haya muchas, o por lo menos varias, «escuelas» diferentes, y especialmente en un mercado profesional en crecimiento, ese requisito no tiene por qué abrumar a nadie.

Muy pocas cosas, salvo sus propias limitaciones individuales, se han interpuesto entre el artesano individual de la ciencia social y el trabajo de más elevada categoría. Pero esos hombres sueltos no pueden hacer investigaciones empíricas abstractas en escala adecuada, porque ese trabajo no puede adelantar hasta que una agencia de investigaciones se desarrolle lo suficiente para proporcionar la clase adecuada de material, o quizás debo decir de afluencia de trabajo. Practicar el empirismo abstracto exige una institución para investigaciones y, académicamente hablando, fondos considerables. Al aumentar los costos de la investigación, al entrar en existencia el equipo de investigadores, al hacerse más caro el estilo mismo de trabajo, se produce un control corporativo sobre una sección de trabajo. La idea de la universidad como un círculo de pares profesionales, cada uno con sus aprendices y practicando cada uno un oficio, tiende a ser reemplazada por la idea de la universidad como un conjunto de burocracias investigadoras, cada una de las cuales contiene una complicada sección de trabajo, y por lo tanto de técnicos intelectuales. Para el empleo eficaz de esos técnicos, aunque no sea por ninguna otra causa, aumenta la necesidad de codificar los procedimientos a fin de que puedan ser aprendidos rápidamente.

El instituto de investigación es también en gran medida un centro de preparación. Lo mismo que otras instituciones, selecciona tipos de mentalidades, y, en virtud de las recompensas que ofrece, viene a conceder un premio al desarrollo de ciertas cualidades mentales. En esas instituciones han nacido dos tipos de hombres, nuevos en el escenario académico, al lado de los profesores e investigadores anticuados.

Hay, en primer lugar, los administradores intelectuales y los promotores de investigaciones, acerca de quienes no puedo yo decir nada que no sea, supongo, familiar en los medios académicos. Sus reputaciones académicas descansan en su poder académico: son miembros de la Comisión, forman parte del Consejo de Directores; pueden dar trabajo y becas de viaje y de investigación. Son una nueva y extraña clase de burócratas. Son los ejecutivos de la inteligencia, hombres de relaciones públicas especializados en esas funciones. Para ellos, como para cualesquiera promotores y ejecutivos, el memorándum sustituye al libro. Pueden formular o crear otro proyecto u otro instituto de investigación de un modo más eficaz, y administran la producción de «libros». El lapso de tiempo en que dicen que

trabajan es de «mil millones de horas-hombre de trabajo técnico». Entretanto, no esperemos muchos conocimientos importantes: primero hay que hacer muchas investigaciones metodológicas —sobre los métodos y sobre las investigaciones—, y después hay que hacer todos los «estudios pilotos». Muchos administradores de fundaciones gustan de dar dinero para proyectos en gran escala y, en consecuencia, más fáciles de «administrar» que pequeños proyectos más numerosos; y para proyectos Científicos con C mayúscula —lo cual muchas veces sólo significa que son «seguros» porque son triviales—, pues no quieren convertirse en objeto de atención política. Por lo tanto, las grandes fundaciones tienden a fomentar la investigación burocrática en gran escala sobre problemas en pequeña escala y a buscar administradores intelectuales para la tarea.

En segundo lugar, están los jóvenes reclutas, mejor definidos como técnicos en investigación que como investigadores sociales. Es ésta, lo sé muy bien, una afirmación muy amplia, pero la hago con el debido cuidado. Para comprender el sentido social de un estilo de pensamiento, debemos distinguir siempre los jefes de los secuaces, los innovadores de los trabajadores de rutina, la «primera generación», que inicia, de las generaciones segunda y tercera, que continúan. Todas las escuelas, si obtienen éxito, cuentan con ambos tipos de individuos, y esto constituye ciertamente el único criterio para saber si una escuela «ha triunfado». Es también una pista importante para las consecuencias intelectuales del éxito.

Muchas veces existe una diferencia entre las cualidades mentales características de los secuaces y las de los innovadores y fundadores. En este punto difieren profundamente las escuelas de pensamiento. En medida considerable, las diferencias dependen del tipo de organización social que el estilo de trabajo de cada escuela acepta o estimula. Varios por lo menos de los inventores y administradores del estilo que estamos examinando son mentalidades altamente cultivadas. En su juventud, antes de que floreciera este estilo, absorbieron los principales modelos de pensamiento de la sociedad occidental; estos individuos han tenido años de experiencia cultural e intelectual. Son, en realidad, hombres educados: imaginativamente conocedores de sus propios talentos y capaces de seguir cultivándose por sí mismos.

Pero la segunda generación, los jóvenes procedentes de lo que es, supongo que se reconocerá así, el ambiente intelectualmente empobrecido de la escuela secundaria norteamericana, no han tenido una experiencia comparable. Con la misma frecuencia han hecho o no suficiente trabajo de colegio; por lo menos hay razones para sospechar —aunque yo no lo sé— que no se seleccionan precisamente los más brillantes para esos institutos de investigación.

Rara vez he visto a uno de esos jóvenes, una vez que ha sido bien acogido, en situación de auténtica perplejidad intelectual. Y no he visto nunca ninguna curiosidad apasionada acerca de un gran problema, esa clase de curiosidad que impulsa a la mente a viajar a todas partes y por todos los medios, para re-hacerse a sí misma en

caso necesario a fin de *averiguar*. Esos jóvenes son menos inquietos que metódicos, menos imaginativos que pacientes, sobre todo son dogmáticos, en todos los sentidos históricos y teológicos de la palabra. Algo de esto no es sino parte de la lamentable situación intelectual de tantos estudiantes de hoy en los colegios y las universidades norteamericanos; pero creo que es más evidente entre los técnicos en investigación del empirismo abstracto.

Han tomado la investigación social como una carrera; han llegado pronto a una especialización extremada, y han adquirido una indiferencia o un desprecio por la «filosofía social», que para ellos significa «escribir libros sacándolos de otros libros» o «mera especulación». Escuchando sus conversaciones, para calibrar la calidad de su curiosidad, no se encuentra sino una tremenda limitación mental. No los inquietan los mundos sociales acerca de los cuales se consideran ignorantes tantos eruditos.

Gran parte de la fuerza propagandista de la ciencia social burocrática se debe a sus pretensiones filosóficas de *método científico*; gran parte de su fuerza de reclutamiento se debe a la relativa facilidad de preparar individuos y ponerlos a trabajar en una carrera con un futuro. En ambos casos, los métodos explícitamente codificados, fácilmente accesibles para los técnicos, son las principales llaves del éxito. En algunos de los fundadores, las técnicas empíricas sirven a una imaginación que, es cierto, ha sido curiosamente suprimida muchas veces, pero que uno advierte que está allí. Cuando habláis con uno de los fundadores, estáis siempre en trato con una mentalidad. Pero después que un joven ha empleado tres o cuatro años en eso, no podéis en realidad hablar con él sobre los problemas del estudio de la sociedad contemporánea. Su posición y su carrera, su ambición y su amor propio se basan en gran parte en esa única perspectiva, en ese único vocabulario, en ese único conjunto de técnicas. Verdaderamente no sabe ninguna otra cosa.

En algunos de esos estudiantes la misma inteligencia está disociada de la personalidad, y la consideran como una especie de dispositivo adiestrado que esperan vender provechosamente. Figuran entre los empobrecidos humanísticamente, y viven con referencia a valores que excluyen todo asomo de respeto por la razón humana. Figuran entre los técnicos enérgicos y ambiciosos a quienes una rutina educativa defectuosa y una demanda corruptora han hecho incapaces de adquirir la imaginación sociológica. Uno sólo puede esperar que cuando un número suficiente de estos jóvenes llegue en sus carreras al nivel de profesor adjunto llegarán, por alguna mutación intelectual, a saber que ya no dependen de ningún emperador sin ropas.[52]

La manera empírica abstracta, la inhibición metodológica que sustenta, el enfoque de su practicidad, las cualidades mentales que sus instituciones tienden a seleccionar y preparar, todas éstas son cosas que plantean problemas de gran urgencia sobre la política social de las ciencias sociales. Este estilo burocrático y su encarnación institucional están en línea con las tendencias dominantes de la estructura social contemporánea y sus tipos característicos de pensamiento. No creo que se le pueda

explicar, ni aun comprender plenamente, sin reconocer esto. Esas mismas tendencias sociales, en realidad, no sólo afectan a las ciencias sociales, sino a toda la vida intelectual de los Estados Unidos, y de hecho al papel mismo de la razón en los asuntos humanos de hoy.

Lo que está a discusión parece claro: si la ciencia social no es autónoma, no puede ser una empresa públicamente responsable. A medida que los medios de investigación se hacen más grandes y más caros, tienden a ser «expropiados»; en consecuencia, sólo mientras un investigador social, en alguna forma colectiva, ejerza pleno control sobre esos medios de investigación puede la ciencia social de este estilo ser verdaderamente autónoma. En la medida en que el investigador social individual depende en su trabajo de burocracias, tiende a perder su autonomía individual; en la medida en que la ciencia social sea trabajo burocrático, tiende a perder su autonomía social y política. Quiero subrayar el *a medida que*. Porque yo he venido manifiestamente estudiando una sola tendencia, aunque muy importante, y no el estado total de nuestros asuntos.

2

Si hemos de entender lo que está ocurriendo en un sector de trabajo cultural e intelectual, debemos entender su contexto social inmediato. Por lo tanto, debo hacer ahora una breve digresión sobre las camarillas académicas. Es cierto, desde luego, que en la medida en que una idea es duradera y significativa, una personalidad o camarilla dadas sólo pueden ser símbolos temporales suyos. Pero el asunto de las «camarillas» y las «personalidades» y las «escuelas» es más complicado que todo eso; su importancia en el moldeamiento del desarrollo de la ciencia social merece un mejor conocimiento por nuestra parte. Debemos hacerles frente, aunque sólo sea porque toda actividad cultural requiere apoyo financiero de alguna clase y también un cierto público que le dé el apoyo de la crítica. Ni el dinero ni la crítica se dan únicamente a base de juicios objetivos de valor, y además suele haber discusión acerca de la objetividad de los juicios mismos y del valor.

La función de la camarilla académica no consiste sólo en regular la competencia, sino en fijar las condiciones de la competencia y conceder premios al trabajo hecho de acuerdo con tales condiciones en un tiempo dado. Son los cánones por los cuales se juzgan los hombres y se critica el trabajo los que constituyen el rasgo intelectual más importante de la camarilla. A mi punto anterior acerca del «*ethos* de los técnicos» de la ciencia social burocrática —sus cualidades mentales y su influencia sobre la formación de reputaciones y, por lo tanto, sobre las modas dominantes en la ciencia social y en los cánones de juicio crítico que prevalecen— sólo necesito añadir aquí que los medios por los cuales se realizan las tareas internas de la camarilla comprenden: el dar consejos amistosos a los jóvenes; ofertas de trabajo y recomendaciones para el ascenso; la asignación de libros a revisteros admiradores; la

pronta aceptación de artículos y libros para su publicación; la distribución de fondos para investigaciones; arreglos o politiqueos para cargos honoríficos dentro de las asociaciones profesionales y en las redacciones de periódicos profesionales. En el grado en que estos medios constituyen concesiones de prestigio, que a su vez es en gran medida un determinante de carreras académicas, afectan a las expectativas económicas del profesor individual tanto como a su reputación profesional.

En otro tiempo se esperaba, en general, que las reputaciones académicas se basaran en la producción de libros, estudios, monografías, en suma, sobre la producción de ideas y de obras eruditas, y sobre el juicio que acerca de esos libros formulasen colegas académicos y legos inteligentes. Una razón de que esto haya sido así en ciencia social y en humanidades es que la competencia o incompetencia de un hombre estaba expuesta a la inspección de todos, ya que el viejo mundo académico no tenía situaciones privilegiadas de competencia. Es difícil saber si la supuesta competencia de un presidente de una gran sociedad anónima, por ejemplo, se debe a sus propios talentos personales o a los poderes y facilidades de que dispone por virtud de su posición. Pero no había lugar para esas dudas en lo que respecta a los profesores que trabajaban, como trabajaban los profesores anticuados, como artesanos.

Pero, por su prestigio, el nuevo estadista académico, como el ejecutivo de un negocio y el jefe militar, ha adquirido medios de competencia que deben distinguirse de su competencia personal, pero que no se distinguen así en su reputación. Un secretario profesional permanente, un oficinista para la biblioteca, una máquina eléctrica de escribir, un dictáfono, un mimeógrafo, y quizás un pequeño presupuesto de tres o cuatro mil dólares para comprar libros y revistas: hasta ese pequeño equipo de material y personal de oficina aumenta enormemente la apariencia de sabiduría de un profesor. Cualquier director de negocios se reirá ante la pequeñez de tales medios; los colegas profesores no, porque son pocos, aun entre los más fecundos, los que cuentan con tales medios de un modo seguro. Pero ese equipo *es* un medio de competencia y de carrera, que la pertenencia segura a la camarilla hace mucho más probable que el profesorado suelto. El prestigio de la camarilla aumenta la posibilidad de conseguirlo, y el tenerlo aumenta a su vez la posibilidad de adquirir reputación.

Éste, pues, según creo, es un tipo de situación que ayuda a explicar cómo pueden los individuos adquirir considerable reputación sin haber producido gran cosa, verdaderamente. Acerca de uno de esos hombres observaba recientemente en términos totalmente amistosos, un colega interesado por la posteridad: «Mientras viva, será el hombre más eminente en su campo; dos semanas después de muerto, no lo recordará nadie». Que la expresión sea tan dura quizás es testimonio de las penosas ansiedades que frecuentemente atormentan al estadista en su mundo de camarillas académicas.

Si hay competencia entre varias camarillas en un campo de estudios, las

posiciones relativas de los diversos competidores tienden a determinar las estrategias camarillescas. Camarillas pequeñas y consideradas sin importancia pueden ser excluidas a su debido tiempo por las camarillas principales de la dirección de los negocios. Sus individuos serán ignorados, o vencidos, o rechazados, y al fin mueren sin haber preparado a la generación siguiente. Debe tenerse presente siempre que una función importante de las camarillas es formar a la siguiente generación académica. Decir que una camarilla no tiene importancia es decir que tiene poca mano en esa formación. Pero si hay, por ejemplo, dos escuelas principales, ambas con jefes muy poderosos y de mucho prestigio, entonces las relaciones entre ellas tienden a convertirse en problemas de fusiones, en los problemas inherentes a la constitución de una asociación más amplia de camarillas. Y, naturalmente, si una escuela sufre un ataque efectivo por parte de gente extraña, o por la de otras camarillas, una de sus primeras estrategias consiste en negar que en realidad sea una camarilla y ni siquiera una escuela. En estas ocasiones es cuando los estadistas hacen valer sus derechos.

Muchas veces se confunden las tareas de importancia para la camarilla con las tareas de importancia para el verdadero trabajo de una escuela. Entre los individuos más jóvenes, esto afecta a sus posibilidades de carrera; entre los mayores, hay un premio de la camarilla a las habilidades administrativas y de adelantamiento, políticas y amistosas. Especialmente entre estos mayores, las reputaciones pueden, por eso, tener bases más bien un tanto ambiguas. ¿Se debe la reputación de este individuo —pueden preguntarse los extraños— al valor intelectual del trabajo que en realidad haya hecho, o a su posición dentro de la camarilla?

Cuando examinamos las relaciones entre las camarillas, encontramos inmediatamente a individuos que no son portavoces de una camarilla, sino de todo «el campo» en su conjunto. No son simplemente ejecutivos de una firma, son portavoces de toda la industria. Quien aspire a representar el papel de «estadista» de todo un campo, habitualmente debe negar, en efecto, que existan verdaderas diferencias intelectuales, pongamos por caso, entre las dos camarillas principales del campo. De hecho, como portavoz conjunto de las dos, su primera tarea intelectual consiste en hacer ver que «realmente las dos trabajan por alcanzar la misma finalidad». Llega a ser un símbolo de prestigio de lo que cada camarilla pretende ser su propia especialidad, y un símbolo también de su «verdadera» unidad, o por lo menos de su unidad final. Tomando su prestigio de cada una de las camarillas, lo confiere a las dos. Es una especie de agente de bolsa que coloca valores de prestigio de ambos equipos.

Supongamos, por ejemplo, que en un campo de estudios haya dos escuelas principales, una llamada Teoría y otra llamada Investigación. El estadista de éxito lleva con las dos un tráfico muy activo. Se le ve como formando parte de ambas, pero también como situado entre ellas. Parece prometer, con su prestigio, que Teoría e Investigación no sólo son compatibles, sino que ambas son partes de un modelo integral de trabajo en el conjunto de la ciencia social. Es él un símbolo de esa

promesa. Pero la promesa no se apoya en ningún libro ni estudio que realmente haya hecho. Lo que ocurre es lo siguiente: En toda obra de Investigación que debe ser alabada, el estadista busca Teoría, e invariablemente la encuentra de una manera absolutamente inmejorable. En toda obra de Teoría debidamente alabada, el estadista busca Investigación, y nunca deja de encontrarla, y de la mejor calidad. Estos «hallazgos» son del orden de extensas reseñas de libros, y tienen que ver con la concesión de prestigio a los hombres tanto como con los exámenes de estudios por su propio derecho. El estudio acabado, en que Teoría e Investigación aparezcan realmente como una misma cosa, es, como ya he dicho, una promesa, un símbolo. Entretanto, el prestigio del estadista no descansa sobre ningún estudio parecido, y en realidad pocas veces descansa sobre ningún estudio de ninguna clase.

Creo que hay un hecho trágico en todos estos papeles de estadistas. Quienes los representan tienen con frecuencia inteligencias de primer rango; en realidad, estos papeles no pueden ser verdaderamente representados por mediocridades, aunque muchos las imiten, desde luego, verbalmente. El papel que ha llegado a representar el estadista lo aparta de todo verdadero trabajo. El prestigio que ha acumulado es tan desproporcionado con lo que en realidad ha hecho, la promesa que ha hecho es tan grande, que con frecuencia se siente inhibido de descender al «Estudio», y cuando toma una parte importante en un estudio o un libro, se resiste a terminarlo o a publicarlo, aun cuando los demás crean que ya está terminado. Entonces se lamenta de las comisiones y demás cargas que tiene que soportar, pero al mismo tiempo acepta —en realidad, muchas veces las busca— otras muchas cargas. Su mismo papel de estadista es al mismo tiempo causa y excusa de no ponerse a trabajar. Está atrapado, como él dice frecuentemente; pero realmente tiene que seguir atrapándose a sí mismo, o en otro caso su mismo papel de estadista será considerado como una mera excusa por los demás y por él mismo.

El mundo de las camarillas no es todo lo que hay en el mundo académico. Hay también los individuos sueltos, que en verdad presentan muchas variedades y cuyo trabajo también es variado. Desde el punto de vista de una camarilla importante, los individuos sueltos pueden parecer amigos, o por lo menos neutrales, en lo que respecta a la escuela de la camarilla; quizá son «ecléticos» en su trabajo o sencillamente sin inclinación social determinada. En la medida en que su trabajo atrae favorablemente la atención o que a ellos se les juzga meritorios, útiles o valiosos, los individuos de la camarilla quizás intenten atraerlos, abrirles el camino y al fin reclutarlos. La alabanza que es simplemente alabanza mutua —por, de y para los individuos de la camarilla— no es suficiente.

Pero entre los individuos sueltos quizás hay también quienes no quieren tomar parte en el juego, quienes no quieren adquirir prestigio por ese medio. De éstos, unos son meramente indiferentes y están absorbidos en su propio trabajo, y otros son categóricamente hostiles. Critican el trabajo de la escuela. Si es posible, la camarilla

los ignorará a ellos y su trabajo. Pero esta estrategia sencilla sólo es adecuada y segura cuando la camarilla goza de un prestigio verdaderamente grande. Además, sólo puede desplegarse de un modo verdaderamente señorial si la camarilla coincide virtualmente con todo el campo de estudio y tiene de él un dominio monolítico. No es éste, naturalmente, el caso habitual; por lo común, hay muchas personas neutrales y muchos trabajadores eclécticos, y también otras camarillas, en el mismo campo. Hay, además, campos de estudio asociados; y, fuera de eso, diversidad de auditorios y públicos no académicos cuyo interés o aplauso desbarata, por lo menos hasta ahora, el control monolítico de las camarillas sobre el prestigio, la reputación y la carrera.

En consecuencia, si los críticos no pueden ser ignorados, deben adoptarse otras estrategias. Todos los medios que se emplean para el manejo interior de los individuos de la escuela, también se emplean, naturalmente, para tratar con los extraños hostiles. No necesito sino examinar uno de ellos: la reseña de libros, el medio más común para la concesión de prestigio. Supongamos que un profesor suelto publica un libro que atrae atención suficiente para que no sea posible hacer que se le ignore. La táctica más tosca consiste en dárselo a un individuo importante de la camarilla, especialmente a uno que se sepa que compite en opiniones con el autor o que hasta le sea abiertamente hostil, o que por lo menos tiene alguna relación con opiniones contrarias a las suyas. Es más sutil entregarlo a un individuo poco importante pero que empieza a destacarse y que todavía no ha publicado muchas cosas y cuyas opiniones, por lo tanto, aún no son ampliamente conocidas. Esto tiene muchas ventajas. Para el joven es una remuneración a su fidelidad así como una oportunidad para hacerse conocer por su crítica de un individuo maduro y bien conocido. Además, pone al libro en posición menos importante que si se le diera a un profesor eminente. Por otra parte, es un papel que el joven puede representar con seguridad: el individuo bien conocido quizá no quiera, por cierto esnobismo, «contestar» a la crítica; no es obligado para el autor de un libro contestar a críticas de profesores; en realidad, la política de ciertas revistas cultas es impedirlo. Pero aunque la reseña sea contestada, no tiene mucha importancia. Todo el que ha escrito no sólo reseñas sino también libros sabe que una de las faenas intelectuales más fáciles es «rebajar» un libro —cualquier libro— en una reseña de dos o tres columnas, y que es virtualmente imposible «contestar» a esa reseña en el mismo espacio. No sería imposible si el libro hubiera sido leído con algún cuidado por todos los lectores de la controversia, y el que esto no pueda darse por supuesto da al reseñador una ventaja arrolladora.

Pero si el libro en cuestión atrae mucho la atención dentro o fuera de su campo, o en ambos sitios, lo único que entonces hay que hacer es dárselo a un individuo distinguido de la camarilla, de preferencia a un estadista, que lo alabará debidamente sin prestar mucha atención a su contenido y hará ver cómo contribuye a su manera a las tendencias predominantes y prometedoras del campo de estudio en su conjunto. Lo único que debe evitar toda camarilla seria y aplicada es entregar el libro a otro

individuo suelto que, en primer lugar, diría exacta y claramente lo que el libro contiene, y en segundo lugar lo criticaría en términos absolutamente independientes de escuelas y camarillas y modas.

3

Entre las consignas usadas por diversidad de escuelas de ciencia social, ninguna tan frecuente como: «El objeto de la ciencia social es la predicción y el control de la conducta humana». Hoy se oye en algunos medios hablar mucho de «ingeniería humana», frase indefinida que a menudo se toma equivocadamente por un objetivo claro y manifiesto. Se le cree claro y manifiesto porque descansa sobre una analogía no discutida entre «dominio de la naturaleza» y «dominio de la sociedad». Quienes habitualmente usan estas frases, probablemente figuran entre los más apasionadamente interesados en «convertir los estudios sociales en verdaderas ciencias» y que consideran su propio trabajo políticamente neutral y sin significación moral. Muy frecuentemente, la idea básica se enuncia como «el atraso» de la ciencia social respecto de la ciencia física y la consiguiente necesidad de acortar la distancia. Estas consignas tecnocráticas son el sustitutivo de una filosofía política entre muchos de los *científicos* de quienes acabo de hablar. Suponen ellos que van a hacer con la sociedad lo que creen que los físicos han hecho con la naturaleza. Toda su filosofía política está contenida en la sencilla opinión de que sólo con que se empleasen «para controlar la conducta social» los *métodos científicos* con que el hombre ha llegado a dominar el átomo, se resolverían pronto los problemas de la humanidad y se les garantizarían a todos la paz y la abundancia.

Detrás de esas frases hay curiosas nociones de poder, de razón, de historia, todas ellas cosas poco claras y todas ellas en un deplorable estado de confusión. El uso de esas frases revela un optimismo racionalista y vacío que descansa sobre la ignorancia de los diferentes papeles posibles de la razón en los asuntos humanos, de la naturaleza del poder y sus relaciones con el conocimiento, del significado de la acción moral y del lugar que en él tiene el conocimiento, del carácter de la historia y del hecho de que los hombres son no sólo criaturas de la historia, sino en ocasiones creadores dentro de ella y aun de ella. Antes de ocuparme en estas cuestiones, ya que influyen en el significado político de las ciencias sociales, me propongo examinar brevemente la consigna clave de los filósofos tecnocráticos, la relativa a la predicción y el control de la conducta.

Hablar de predicción y control con la frivolidad con que algunos lo hacen, es tomar el punto de vista del burócrata para quien, como dijo Marx en cierta ocasión, el mundo es un objeto que hay que manipular. Para ver la cosa claramente, tomemos un ejemplo extremo: Si un hombre tiene un sutil y poderoso aparato de control sobre una división de un ejército en una isla apartada y sin enemigos, está, debemos

reconocerlo, en situación de predominio. Si emplea plenamente sus poderes y ha hecho planes definidos, puede predecir, dentro de márgenes muy estrechos, lo que cada hombre estará haciendo en determinada hora de determinado día de determinado año. Hasta puede predecir muy bien los sentimientos de varios de aquellos hombres, porque los manipula como manipularía objetos inertes; tiene el poder de rechazar muchos de los planes que quizás hagan ellos, y de vez en cuando puede considerarse con toda propiedad como un déspota omnipotente. Si puede controlar puede predecir. Gobierna «regularidades».

Pero nosotros, como científicos sociales, no podemos suponer que estamos tratando con objetos tan altamente manipulables, y no podemos suponer que somos entre los hombres déspotas sabios. Por lo menos, aceptar uno u otro supuesto es tomar una actitud política que parece muy curiosa en profesores. Ninguna sociedad histórica está construida dentro de un armazón tan rígido como el que encierra a mi hipotética división de ejército. Ni son los investigadores sociales —y agradezcámoslo mucho— generales de la historia. Pero hablar de «predicción y control» a renglón seguido, como hacen tantos, habitualmente es suponer cierto tipo de control unilateral, como el de mi general imaginario, cuyos poderes he exagerado algo para que el punto se viese claramente.

Deseo aclararlo a fin de revelar el significado político del *ethos* burocrático. Se le ha empleado principalmente en y para sectores no democráticos de la sociedad: un establecimiento militar, una sociedad anónima, una agencia de publicidad, una sección administrativa del gobierno. En y para tales organizaciones burocráticas han sido invitados a trabajar muchos científicos sociales, y los problemas por los que allí se interesaron son los tipos de problemas que interesan a los individuos más eficientes de tales máquinas administrativas.

No veo cómo pueda nadie estar razonablemente en desacuerdo con el siguiente comentario del profesor Robert S. Lynd sobre *El soldado norteamericano*:

> Estos volúmenes describen cómo se emplea la ciencia con gran habilidad para escoger y controlar hombres para fines que no son de su propia voluntad. Es una medida significativa de la impotencia de la democracia liberal el que deba usar cada vez más sus ciencias sociales no directamente en los problemas propios de la democracia, sino tangencial e indirectamente; tiene que recoger las migajas de las investigaciones hechas en negocios privados sobre problemas como el modo de medir la reacción de un auditorio a fin de presentar programas sintéticos de radio y de cine, o, como en el caso presente, de las investigaciones del ejército acerca de cómo convertir fríos reclutas en heroicos soldados que lucharán en una guerra cuyas finalidades no comprenden. Orientando el uso de la ciencia social objetivos tan extraños socialmente, cada progreso en su uso tiende a convertirla en un instrumento de control de masas, y por consiguiente en una amenaza más para la democracia.[53]

Las consignas de los ingenieros humanos sirven para llevar el espíritu burocrático más allá del uso actual de ese estilo de pensamiento y de método de investigación. Emplear esas consignas como enunciados de «lo que uno hace» es aceptar un papel burocrático aun cuando uno no lo representa. Ese papel, en suma, es aceptado con frecuencia a base de un *como si*. Adoptar el punto de vista tecnocrático, y tratar de

actuar de acuerdo con él como investigador social, es obrar *como si* uno fuera de verdad un ingeniero humano. En la actualidad se concibe frecuentemente el papel del investigador social dentro de tal perspectiva burocrática. Actuar a la manera de como-si-yo-fuera-un-ingeniero-humano podría ser sencillamente divertido en una sociedad en que la razón humana estuviera amplia y democráticamente instalada, pero los Estados Unidos no son esa sociedad. Sean lo que fueren, seguramente es evidente esto: son una sociedad en que se emplean cada vez más burocracias funcionalmente racionales en asuntos humanos y en decisiones que hacen historia. No todas las épocas se parecen en el grado en que los cambios que se operan dentro de ellas son independientes de un control premeditado y pesan sobre las espaldas de todos los hombres. La nuestra parece ser una época en que las decisiones clave, o la falta de ellas, adoptadas por minorías burocráticamente instituidas, son cada vez más fuente de cambios históricos. Trátase, además, de una época y una sociedad en que la ampliación y la centralización de los medios de control, de poder, incluyen ahora generalmente el empleo de la ciencia social para cualesquiera fines que le asignen los que tienen en sus manos el control de esos medios. Hablar de «predicción y control» sin pensar en las cuestiones que plantean es abandonar toda la autonomía moral y política que uno pueda tener.

¿Es posible hablar de «control» desde algún otro punto de vista que no sea el burocrático? Sí, desde luego que lo es. Se han concebido diversas clases de «auto-control colectivo». El enunciado adecuado de esa idea incluye todas las cuestiones relativas a la libertad y la racionalidad, como ideas y como valores. Incluye asimismo la idea de «democracia», como tipo de estructura social y como conjunto de expectativas políticas. La democracia significa el poder y la libertad de los controlados por la ley de cambiar ésta, de acuerdo con el consenso sobre determinados principios, y aun con modificar estos principios, pero, sobre todo, significa cierto tipo de auto-control colectivo sobre la mecánica estructural de la historia misma. Es ésta una idea complicada y difícil que más adelante examinaré con algún detalle. Aquí sólo deseo indicar que si los investigadores sociales, en una sociedad que contiene aspiraciones democráticas, quiere estudiar seriamente las consecuencias de «la predicción y el control», deben examinar cuidadosamente esos problemas.

¿Es posible hablar de «predicción» desde algún otro punto de vista que no sea el burocrático? Sí, desde luego que lo es. Las predicciones pueden apoyarse en «regularidades inesperadas» más bien que en controles prescriptivos. Sin tener su control, podemos predecir acerca de aquellos sectores de la vida social sobre los cuales nadie tiene control, aquellos en que las actividades «voluntarias» y no rutinarias constituyen un mínimo. Los usos del lenguaje, por ejemplo, cambian y persisten «por detrás de la espalda de los hombres». Quizá esas regularidades ocurren también en relación con la mecánica estructural de la historia. Si podemos captar lo

que John Stuart Mill llamó los *principia media* de una sociedad, si podemos captar sus tendencias principales, en resumen, si podemos comprender la transformación estructural de nuestra época, podemos tener una «base para la predicción».

Pero debemos recordar que, dentro de ambientes específicos, los hombres controlan con frecuencia su actuación; el grado en que puedan hacerlo figura entre los objetos de nuestro estudio. Debemos recordar que hay generales verdaderos así como los hay hipotéticos, y lo mismo directores de empresas y jefes de Estado. Además, como se ha observado con frecuencia, el hecho de que los hombres no sean objetos inertes quiere decir que pueden llegar a conocer las predicciones que se hacen acerca de sus actividades, y que en consecuencia pueden, y muchas veces lo hacen, re-dirigirse a sí mismos: pueden desmentir o cumplir las predicciones. Lo que harán no está todavía sujeto a predicciones muy seguras. Mientras los hombres gocen de cierto grado de libertad, no será fácilmente predecible lo que harán.

Pero la cuestión es: Decir que «el fin real y último de la ingeniería humana» o de la «ciencia social» es «predecir» significa sustituir un lema tecnocrático por lo que debería ser una elección moral razonada. También esto es asumir la perspectiva democrática dentro de la que —una vez adoptada plenamente— hay mucha menos elección moral obtenible.

La burocratización del estudio social es una tendencia sumamente generalizada; quizás, a su debido tiempo, se imponga por completo en una sociedad en la que están llegando a ser supremas las rutinas burocráticas. Va acompañada, naturalmente, de una teoría jesuítica y de alto vuelo, que como tal no tiene interacción ninguna con la investigación administrativa. Las investigaciones particulares, por lo general estadísticas y limitadas a usos administrativos, no afectan a la gran elaboración de «conceptos»; esta elaboración, a su vez, no tiene nada que ver con los resultados de las investigaciones particulares, sino más bien con la legitimación del régimen y de sus características cambiantes. Para el burócrata, el mundo es un mundo de hechos que hay que tratar de acuerdo con principios firmes. Para el teórico, el mundo es un mundo de conceptos que hay que manipular, muchas veces sin principios discernibles. La teoría sirve, en una gran diversidad de maneras, como justificación ideológica de la autoridad. La investigación para fines burocráticos sirve para hacer la autoridad más efectiva y más eficaz, proporcionando información útil para los planeadores autoritarios.

El empirismo abstracto es empleado burocráticamente, aunque tiene, desde luego, claras significaciones ideológicas, que en ocasiones se usan como tales. La gran teoría, como ya he indicado, no tiene utilidad burocrática directa; su significación política es ideológica, y en eso estriba el uso que puede tener. Si estos dos estilos de trabajo —empirismo abstracto y gran teoría— llegasen a gozar una situación de «duopolio», o aun a ser los estilos predominantes de trabajo, constituirían una grave amenaza para la promesa intelectual de la ciencia social y para la promesa política del

papel de la razón en los asuntos humanos, tal como este papel ha sido clásicamente concebido en la civilización de las sociedades occidentales.

VI. FILOSOFÍAS DE LA CIENCIA

LA CONFUSIÓN en las ciencias sociales —ahora resultará evidente— va envuelta en la interminable controversia acerca de la naturaleza de la ciencia. La mayor parte de los estudiosos de la sociedad seguramente estarán de acuerdo en que su gratuita aceptación como «ciencia» suele ser tan ambigua como formal. El «empirismo científico» significa muchas cosas, y no hay una versión consagrada, y mucho menos un uso sistemático de una versión determinada. Las expectativas profesionales son absolutamente confusas y el sentido de artesanía puede verificarse según modelos de investigación totalmente diversos. En cierta medida, es a causa de esta situación por lo que los modelos epistemológicos de los filósofos de las ciencias naturales tienen el atractivo que tienen.[54]

Reconociendo la existencia de diversos estilos de trabajo en las ciencias sociales, muchos estudiosos se muestran afanosamente de acuerdo en que «debemos unirlos». Algunas veces se expone este programa en términos persuasivos: la tarea en los próximos decenios —se dice— consiste en unir los grandes problemas y el trabajo teórico del siglo XIX, especialmente el de los alemanes, con las técnicas de investigación predominantes en el siglo XX, especialmente con las de los norteamericanos. Dentro de esta gran dialéctica se cree que han de hacerse señalados y continuos avances en una concepción dominante y en un procedimiento riguroso.

Como problema filosófico, no es muy difícil «unirlos».[55] Pero la cuestión pertinente es ésta: supongamos que los «unimos» en uno o en otro gran modelo de investigación. ¿Qué utilidad tiene ese modelo para el trabajo en ciencia social, para el manejo de sus tareas principales?

Ese trabajo filosófico es, creo yo, de alguna utilidad para los científicos sociales. El saberlo nos permite ser más conscientes de nuestros conceptos y de nuestros procedimientos, y aclararlos. Proporciona un lenguaje con el que podemos hacer esas cosas. Pero su empleo debe ser de carácter general; ningún científico social necesita tomar muy en serio ningún modelo de esos. Y sobre todo, debemos tomarlo como una liberación de nuestra imaginación y como fuente de sugestiones para nuestros procedimientos, más que como un límite puesto a nuestros problemas. Limitar en nombre de la «ciencia natural» los problemas sobre los que hemos de trabajar me parece una timidez curiosa. Desde luego, si investigadores semi-preparados desean limitarse a esos problemas, quizá sea una autolimitación prudente; fuera de eso, tal limitación no tiene base significativa.

1

El analista social clásico ha evitado toda serie rígida de procedimientos; ha tratado de desarrollar y de usar en su trabajo la imaginación sociológica. Repelido por la asociación y disociación de conceptos, ha empleado términos más complicados sólo cuando ha tenido buenas razones para creer que con su empleo ensancha el alcance de sus talentos, la precisión de sus referencias y la profundidad de su razonamiento. No ha sido inhibido por el método y la técnica; el modo clásico ha sido el de la artesanía intelectual.

Generalmente las discusiones de métodos y de teoría surgen como notas marginales sobre el trabajo en marcha o sobre el que va a emprenderse. El «método» tiene que ver, ante todo, con el modo de formular y resolver cuestiones con cierta seguridad de que las soluciones son más o menos duraderas. La «teoría» tiene que ver, sobre todo, con la estrecha atención que se preste a las palabras que usamos, especialmente a su grado de generalidad y a sus relaciones lógicas. El objetivo primordial de ambas cosas es la claridad de concepción y la economía de procedimiento, y de manera mucho más importante precisamente ahora, la ampliación más bien que la restricción de la imaginación sociológica.

Haber dominado el «método» y la «teoría» es haber llegado a ser un pensador consciente de sí mismo, un hombre que trabaja y conoce los supuestos y las complicaciones de lo que está haciendo. Ser dominado por el «método» o por la «teoría» es sencillamente verse impedido para trabajar, para tantear, es decir, para averiguar lo que está sucediendo en el mundo. Sin penetrar el modo como se lleva a cabo el trabajo, los resultados del estudio son poco sólidos; sin la determinación de que el estudio llegue a resultados significativos, todo método es pretensión insignificante.

Para el investigador social clásico, ni el método ni la teoría son dominios autónomos. Los métodos son métodos para cierto tipo de problemas; las teorías son teorías para cierto tipo de fenómenos. Son como el lenguaje del país en que uno vive: no podemos jactamos de que lo hablemos, pero es una desgracia y un inconveniente si no lo hablamos.

El investigador social, al trabajar, debe conservar siempre en primer lugar un pleno sentido del problema que tiene entre manos. Esto significa, evidentemente, que debe conocer muy bien y de un modo esencial el estado de los conocimientos en el campo a que corresponden los estudios que está examinando. Significa, también, en medida que no creo que pueda hacerse explícita, que ese trabajo se hace mejor cuando los varios estudios examinados se relacionan con un campo análogo de estudio. Finalmente, ese trabajo no se hace mejor como especialidad única de una sola persona, y mucho menos de un joven que, en realidad, ha hecho poco trabajo verdadero, si es que ha hecho alguno, o que quizá sólo ha tomado parte en estudios hechos en uno u otro estilo particular.

Cuando hacemos una pausa en nuestros estudios para reflexionar sobre la teoría y

el método, el mayor beneficio es una reformulación de nuestros problemas. Quizás es por eso por lo que, en la práctica real, todo investigador social activo debe ser su propio metodólogo y su propio teórico, lo cual sólo quiere decir que debe ser un artesano intelectual. Todo artesano puede, naturalmente, aprender algo de los intentos generales para codificar los métodos, pero con frecuencia no mucho más que un conocimiento de tipo muy general. Por eso no es probable que los «programas ruidosos» en metodología contribuyan al desarrollo de la ciencia social. No pueden imponerse de ese modo informaciones verdaderamente útiles sobre métodos, si no se relacionan muy firmemente con el trabajo efectivo del estudio social, el sentido de la importancia del problema y la pasión de resolverlo —actualmente perdidos con tanta frecuencia— no pueden tener pleno juego en la mente del investigador social al trabajar.

Lo más probable, pues, es que el progreso en los métodos tenga efecto como generalizaciones modestas originadas en el trabajo en marcha. Por lo tanto, debemos mantener en nuestra práctica individual y en la organización de nuestra disciplina, un estado muy estrecho de interacción entre el método y el trabajo en realización. Sólo debe dedicarse una atención seria a las discusiones generales de metodología cuando se refieren directamente al trabajo real. Esas discusiones de métodos ocurren entre investigadores sociales, y más adelante, en un apéndice, intentaré demostrar uno de los modos en que pueden realizarse.

Formulaciones de métodos y discusiones acerca de ellas, distinciones de teorías y más distinciones —aunque estimulantes y hasta entretenidas— son meras promesas. Las formulaciones de métodos prometen conducirnos a mejores modos de estudiar algo, muchas veces, en realidad, de estudiarlo casi todo. Las elaboraciones de teorías, sistemáticas y asistemáticas, prometen hacernos más despiertos para establecer distinciones en lo que podamos ver, o en lo que podamos hacer de lo que vemos, cuando llegamos a interpretarlo. Pero ni el Método ni la Teoría pueden por sí solos tomarse como partes del trabajo efectivo de los estudios sociales. De hecho, ambos son con frecuencia precisamente lo contrario: son alejamientos de los problemas de la ciencia social. Por lo general, según hemos visto, se basan en algún gran modelo de investigación con que se les da en la cabeza a otras gentes. Que ese gran modelo no sea apto para un uso totalmente pleno no es, quizás, demasiado importante, ya que siempre se le puede usar de un modo ritualista. Habitualmente está hecho, como ya he explicado, a base de alguna filosofía de la ciencia natural, y más habitualmente aún, ¡quién lo creyera!, de una glosa filosófica sobre la física, quizás un poco anticuada. Este jueguecito, y otros que tienen reglas parecidas, conduce menos a avanzar en el trabajo que al tipo de agnosticismo científico de que ha dicho Max Horkheimer:

> La constante admonición contra las conclusiones prematuras y las brumosas generalidades implica, a menos de que se la limite adecuadamente, un posible tabú contra todo pensamiento. Si toda idea, ha de ser tenida en suspenso hasta que haya sido completamente corroborada, no parece posible ningún enfoque

fundamental y nos limitaríamos al plano de los meros síntomas.[56]

Los jóvenes, se ha observado muchas veces, con frecuencia son corruptibles, pero ¿no es curioso ver a viejos eruditos de la ciencia social inquietos también por las pretensiones de los filósofos de la ciencia que tenemos entre nosotros? Cuánto más inteligente e ilustrativa que las ruidosas proclamas de ciertos sociólogos norteamericanos es la advertencia, en tono sencillo de conversación, de dos economistas, suizo uno e inglés el otro, que expresa bien la opinión clásica acerca del lugar del método:

> Muchos autores se disponen instintivamente a abordar estos problemas en forma correcta, pero después de estudiar la metodología se dan cuenta de numerosas trampas y peligros que les acechan. Así resulta que pierden la seguridad que tenían y se extravían siguiendo direcciones equivocadas. A los intelectuales de este tipo aconsejamos que prescindan de la metodología.[57]

Las consignas que debemos lanzar son, sin duda, las siguientes:

¡Cada uno su propio metodólogo!

¡Metodólogos, pónganse a trabajar!

Aunque no podamos tomar demasiado literalmente esas consignas, como investigadores sociales activos necesitamos defendernos; y dado el curioso e indocto celo de algunos de nuestros colegas, quizá se nos perdonen nuestras exageraciones.

2

El empirismo cotidiano de sentido común está lleno de supuestos y clichés de una u otra sociedad particular; porque el sentido común determina lo que se ve y cómo debe explicársele. Si intenta usted huir de esa situación por el empirismo abstracto, terminará en un nivel microscópico o sub-histórico y se esforzará lentamente en apilar los detalles abstractos con que está tratando. Si intenta usted huir del empirismo del sentido común por la gran teoría, vaciará usted los conceptos con que está tratando de toda referencia empírica clara y presente, y, si no tiene usted cuidado, se encontrará completamente solo en el mundo trans-histórico que está construyendo.

Un concepto es una idea con contenido empírico. Si la idea es demasiado amplia para el contenido, tiende usted hacia la trampa de la gran teoría; si el contenido se traga a la idea, tiende usted hacia la añagaza del empirismo abstracto. El problema general que esto implica se enuncia con frecuencia como «la necesidad de índices», y figura actualmente entre las demandas técnicas más importantes del trabajo efectivo en ciencias sociales. Lo saben los individuos de todas las escuelas. Muchas veces los empíricos abstractos resuelven el problema de los índices eliminando el alcance y la significación de lo que se supone que es contenido del índice. La gran teoría no hace frente al problema útilmente; sigue elaborando el «concepto» precisamente de acuerdo con otros igualmente abstractos.

Lo que los empíricos abstractos llaman «datos» empíricos representan una visión muy abstracta de los mundos sociales cotidianos. Normalmente tratan, por ejemplo, de un grupo de ingresos de edad y sexo determinados en ciudades de mediano tamaño. Es decir, cuatro variables, más de las que muchos empíricos hacen que entren en una de sus instantáneas del mundo. Y todavía hay, naturalmente, otra variable: esa gente vive en los Estados Unidos. Pero esto no figura, como «dato», entre las menudas, precisas y abstractas variables que forman el mundo empírico del empirismo abstracto. Incluir «los Estados Unidos» requeriría un concepto de estructura social y también una idea menos rígida del empirismo.

La mayor parte del trabajo clásico (llamado a veces *macroscópico* en este aspecto) está situado entre el empirismo abstracto y la gran teoría. Ese trabajo implica también una abstracción de lo que puede observarse en un ambiente cotidiano, pero la dirección de su abstracción va hacia estructuras sociales e históricas. Está en el plano de la realidad histórica, lo cual es decir sencillamente que los problemas clásicos de la ciencia social han sido formulados en relación con estructuras sociales e históricas, y las soluciones ofrecidas también según ellas.

Ese trabajo no es menos empírico que el del empirismo abstracto. En realidad, lo es más. Con frecuencia está más cerca del mundo de las significaciones y las experiencias de todos los días. La cosa es muy sencilla: la información de Franz Neumann sobre la estructura social nazi es por lo menos tan empírica —y tan «sistemática»— como la de Samuel Stouffer sobre la moral de la unidad número 10 079 del ejército; la de Max Weber sobre el mandarín chino, o la de Barrington Moore sobre la Rusia Soviética, o la de Eugene Staley sobre los países subdesarrollados, son tan «empíricas» como los estudios de Paul Lazarsfeld sobre la opinión en el distrito de Erie o en la pequeña población de Elmira.

Además, del trabajo clásico es de donde han nacido la mayor parte de las *ideas* empleadas en los planos sub-histórico y transhistórico de trabajo. ¿Qué idea realmente fructífera, qué concepto del hombre y de la sociedad y de sus relaciones, han resultado del empirismo abstracto o de la gran teoría? Por lo que se refiere a ideas, ambas escuelas son parásitos que viven de la tradición de la ciencia social clásica.

3

El problema de la verificación empírica consiste en «cómo descender a los hechos», pero sin ser abrumado por ellos; cómo anclar las ideas en hechos, pero sin que las ideas se hundan. El problema consiste primero en *qué* verificar y segundo en *cómo* verificarlo. En la gran teoría, la verificación es esperanzadamente deductiva; ni qué verificar ni cómo verificarlo parecen todavía un problema muy definido.

En el empirismo abstracto, el qué verificar no parece a menudo que se tome como cuestión seria. El cómo verificar lo proporcionan casi automáticamente los términos

en que el problema es planteado, los cuales se alimentan en procedimientos estadísticos de correlaciones y de otras clases. En realidad, los requisitos dogmáticos para esa verificación parecen con frecuencia lo único que interesa, y de ahí que limiten o hasta determinen los conceptos empleados y los problemas estudiados por los consagrados a este estilo microscópico.

En la práctica clásica, el qué verificar es considerado habitualmente tan importante o quizás más importante que el cómo verificarlo. Se elaboran ideas en estrecha conexión con una serie de problemas sustantivos; la elección de lo que ha de verificarse se determina de acuerdo con alguna regla como la siguiente: Trate de verificar los rasgos de la idea elaborada que parecen prometer más inferencias de importancia para la elaboración. A esos rasgos los llamamos «centrales»: si *esto* es así, de ahí se sigue que esto y esto y esto deben ser también así. Si esto no es así, de ahí… y sigue otra serie de inferencias. Una razón de este procedimiento es la necesidad de economizar trabajo: verificación empírica, prueba, documentación, determinación del hecho, llevan mucho tiempo y con frecuencia son aburridas. En consecuencia, uno desea un trabajo que diferencie lo más posible las ideas y las teorías con que está trabajando.

El artesano clásico no suele hacer ningún gran proyecto para ningún gran estudio empírico. Su política consiste en permitir y fomentar una constante comunicación entre concepciones macroscópicas y exposiciones de detalle. Hace esto al proyectar su trabajo como una serie de estudios empíricos en pequeña escala (que pueden, desde luego, incluir trabajo microscópico y estadístico), cada uno de los cuales parece ser central para una parte u otra de la solución que está elaborando. Esa solución es confirmada, modificada o refutada de acuerdo con los resultados de esos estudios empíricos.

El cómo verificar enunciados, proposiciones, hechos putativos, no le parece al practicante clásico tan difícil como con frecuencia lo hacen parecer los trabajadores microscópicos. El practicante clásico verifica un enunciado mediante la exposición detallada de todos los materiales empíricos pertinentes, y naturalmente, repito, si hemos sentido la necesidad de escoger y manejar de esta manera nuestros conceptos en relación con nuestros problemas, quizá seamos con frecuencia capaces de hacer la exposición detallada en la manera abstracta y más precisa de la investigación estadística. Para otros problemas y conceptos, nuestra verificación será como la del historiador; es el problema de la prueba. Es cierto, desde luego, que nunca estamos seguros, que de hecho lo que hacemos muchas veces es «conjeturar»; pero no es cierto que todas las conjeturas tengan las mismas probabilidades de ser correctas. La ciencia social clásica, puede decirse en homenaje a ella, es, entre otras cosas, un intento para aumentar las probabilidades de que puedan ser correctas nuestras conjeturas sobre materias importantes.

La verificación consiste en convencer racionalmente a otros así como a nosotros mismos. Mas para hacerlo debemos seguir las reglas consagradas, sobre todo la regla

de que el trabajo se presente de tal suerte, que en todos los momentos esté abierto a la comprobación de los demás. No hay un *modo único* de hacer esto; pero siempre exige un cuidado y una atención exquisitos para el detalle, la costumbre de ser claro, el examen minucioso y escéptico de los hechos alegados y una infatigable curiosidad acerca de sus posibles significados y su influencia sobre otros hechos y nociones. Exige orden y sistema. En una palabra, exige la práctica firme y consecuente de la ética de la erudición. Si no está presente esto, de nada servirán la técnica ni el método.

4

Toda manera de trabajar en estudios sociales, toda elección de estudios y de métodos para hacerlos, implican una «teoría del progreso científico». Supongo que todos estamos de acuerdo en que el progreso científico es acumulativo, que no es la creación de un hombre, sino la obra de muchos hombres que revisan y critican, que suman y restan sus esfuerzos los unos a los otros. Para que cuente el trabajo de uno, el que lo hace debe ponerlo en relación con el que lía sido hecho antes y con el que se está haciendo entonces. Esto es necesario para comunicarse, y es necesario también para la «objetividad». Cada uno debe decir lo que ha hecho de tal suerte que todos los demás puedan comprobarlo.

La política de progreso de los empíricos abstractos es muy especial y muy esperanzadora: Acumulemos muchos estudios microscópicos; lentamente y poco a poco, como hormigas que reúnen innumerables briznas en un gran montón «construiremos la ciencia».

La política de los grandes teóricos parece ser: En alguna parte y en algún momento entraremos en contacto vivo con materiales empíricos; cuando ese día llegue, estaremos preparados para manejarlos «sistemáticamente»; entonces sabremos lo que significa hacer la teoría sistemática lógicamente accesible al modo científico de verificación empírica.

La teoría del progreso científico sustentada por quienes deben cumplir la promesa de la ciencia social clásica no les permite suponer que una serie de estudios microscópicos se combinarán necesariamente en una ciencia social «plenamente desarrollada». No están dispuestos a suponer que esos materiales serán necesariamente útiles para otros fines que los presentes. En suma, no aceptan la teoría de la construcción por bloques (o de juntar piezas sueltas, como hacen colchas las ancianas) para el desarrollo de la ciencia social. No creen que de ese trabajo salga un Newton o un Darwin que lo reúna y ordene, ni creen que lo que hicieron Darwin o Newton fue «reunir» hechos microscópicos como los que está acumulando hoy la ciencia social. El practicante clásico se resiste también a suponer, con los grandes teóricos, que la juiciosa elaboración y diferenciación de conceptos llegará a ser de un modo o de otro y a su debido tiempo sistemáticamente congruente con los materiales

empíricos. No hay razón —dicen— para creer que esas elaboraciones conceptuales sean alguna vez más que lo que son ahora.

La ciencia social clásica, en resumen, no «construye» con estudios microscópicos ni «deduce» de elaboraciones conceptuales. Quienes la practican procuran construir y deducir al mismo tiempo, en el mismo proceso del estudio, y hacerlo mediante la formulación y re-formulación adecuada de los problemas y de sus adecuadas soluciones. Practicar esta política —lamento la repetición, pero éste es el punto clave — es abordar los problemas esenciales en el nivel histórico de la realidad, formular esos problemas en los términos apropiados, y después, por alta que vuele la teoría, por penoso que sea el serpear entre los detalles, al final de cada acto de estudio realizado, enunciar la solución en los términos macroscópicos del problema. En suma, el enfoque clásico se dirige a los problemas esenciales. El carácter de esos problemas limita y sugiere los métodos y los conceptos que se emplean y el modo de emplearlos. La controversia sobre diferentes opiniones acerca del «método» y de la «teoría» se desenvuelve apropiadamente en estrecha y constante relación con problemas esenciales.

5

Sépalo él o no, la agrupación de los problemas de un individuo —cómo los enuncia y qué prioridad le asigna a cada uno— descansa sobre métodos, teorías y valores.

Pero hay que admitir que algunos individuos que trabajan en la ciencia social no disponen de ninguna respuesta para la pregunta fundamental de la agrupación de sus problemas. No sienten la necesidad de ella, porque en realidad no son ellos quienes determinan los problemas sobre los cuales trabajan. Unos dejan que las inquietudes inmediatas que experimentan los hombres corrientes en sus ambientes cotidianos les planteen los problemas sobre los cuales trabajan; otros aceptan como puntos de orientación las cuestiones definidas oficial o inoficialmente por autoridades e intereses. Acerca de esto sabrán mucho más que nosotros nuestros colegas de la Europa oriental y de Rusia, porque la mayor parte de nosotros no hemos vivido nunca bajo una organización política que dirija oficialmente la esfera cultural e intelectual. Pero de ningún modo es desconocido el fenómeno en Occidente, y desde luego no lo es en los Estados Unidos. La orientación política, pero más especialmente la orientación comercial de los problemas por investigadores sociales, puede tener lugar por su voluntaria y hasta afanosa auto-coordinación.

Entre los sociólogos liberalmente prácticos, se han abordado excesivamente las inquietudes en su propio nivel; los valores según los cuales han sido descubiertos sus problemas no han sido aclarados; y las situaciones estructurales en que pueden ser verificados no han sido ni resueltas ni afrontadas. El trabajo ha sido entorpecido por hechos indigestos; los profesores no han dispuesto de las técnicas intelectuales necesarias para asimilar y ordenar esos hechos, y esto ha llevado a la idea de una

romántica pluralidad de causas. En todo caso, los valores, aceptados o no, supuestos por los investigadores sociales liberalmente prácticos, están ahora ampliamente incorporados en el liberalismo administrativo del Estado benefactor.

En la ciencia social burocrática —cuyo instrumento más apropiado es el empirismo abstracto y cuya gran teoría es la ausencia de teoría— todo el esfuerzo de la ciencia social se ha limitado a los servicios prestados a las autoridades dominantes. Ni la vieja practicidad liberal ni la ciencia social burocrática manejan las cuestiones públicas y las inquietudes privadas de modo que se incorporen a los problemas de la ciencia social. El carácter intelectual y los usos políticos de esas escuelas (porque eso es lo que importa de toda escuela de ciencia social) no pueden separarse fácilmente: son sus usos políticos tanto como su carácter intelectual (y su organización académica) lo que las ha llevado a la posición que ocupan en la ciencia social contemporánea.

En la tradición clásica de la ciencia social, los problemas se formulan de tal manera que su mismo enunciado incorpora muchos ambientes específicos y las inquietudes privadas que en ellos experimentan diversidad de individuos. Esos ambientes, a su vez, son localizados de acuerdo con estructuras históricas y sociales más amplias.

Ningún problema puede ser adecuadamente formulado a menos que se expresen los valores afectados y la amenaza manifiesta a los mismos. Esos valores y su peligro constituyen los términos del problema mismo. Los valores que han sido la médula del análisis social clásico, son, creo yo, la libertad y la razón; las fuerzas que actualmente los ponen en peligro parecen a veces ser co-extensivas con las tendencias principales de la sociedad contemporánea, si es que no constituyen los rasgos característicos del periodo contemporáneo. Los principales problemas de los estudios sociales tienen hoy en común esto: conciernen a situaciones y tendencias que parecen poner en peligro esos dos valores, y a las consecuencias de ese peligro para la naturaleza del hombre y la realización de la historia.

Pero aquí me interesa menos toda agrupación particular de problemas, incluso los de mi propia elección, que la necesidad de que los investigadores sociales reflexionen sobre los problemas reales que parecen suponer por su trabajo y en sus planes. Sólo en vista de esa reflexión pueden examinar explícita y cuidadosamente sus problemas y las alternativas posibles de ellos. Sólo de ese modo pueden proceder objetivamente. Porque la objetividad en el trabajo de la ciencia social requiere el intento constante de llegar a saber explícitamente todo lo que va implícito en la empresa; requiere un intercambio amplio y crítico de tales intentos. No es con modelos dogmáticos de *método científico* ni con pretenciosas proclamas de *los problemas de la ciencia social* como pueden los investigadores sociales esperar desenvolver sus disciplinas de un modo fructíferamente acumulativo.

La formulación de los problemas, pues, debe incluir una atención explícita a un

margen de cuestiones públicas y de inquietudes personales, y debe abrir a la investigación las conexiones causales entre ambientes y estructuras sociales. Al formular problemas debemos hacer ver con claridad qué valores están verdaderamente amenazados en las inquietudes y las cuestiones examinadas, quién los acepta como valores y por quién están amenazados. Esas formulaciones se ven con frecuencia muy complicadas por el hecho de que los valores amenazados no siempre son los que los individuos y el público creen que están en peligro, o en todo caso no son sólo ésos. En consecuencia, debemos hacernos preguntas como las siguientes: ¿Qué valores creen en peligro los actores? ¿Por quién o por qué los creen amenazados? Si supiesen cuáles son los valores verdaderamente afectados, ¿se sentirían inquietos por su peligro? Es absolutamente necesario incluir esos valores y sentimientos, argumentos y temores, en nuestra formulación del problema, porque esas creencias y expectativas, por inadecuadas y erróneas que puedan ser, constituyen la sustancia misma de las cuestiones y las inquietudes; la solución del problema, si la hay, debe ser probada en parte por su utilidad para explicar las inquietudes y dificultades tal como son experimentadas.

Diré de pasada que el «problema básico» y su solución por lo general exigen atención al malestar procedente de la «profundidad» de la biografía y a la indiferencia procedente de la estructura misma de una sociedad histórica. Por nuestra elección y enunciado de los problemas debemos, primero, traducir la indiferencia en dificultades y el malestar en inquietud; y después debemos admitir inquietudes y dificultades en la formulación de nuestro problema. En ambas etapas, debemos tratar de enunciar, de una manera todo lo simple y precisa que podamos, los diversos valores y amenazas implicados y relacionarlos entre sí.

Toda «respuesta» adecuada a un problema contendrá, a su vez, una visión de los puntos estratégicos de intervención: de las «palancas» con que la estructura puede ser conservada o modificada; y un avalúo de quienes están en situación de intervenir pero no lo hacen. La formulación de los problemas implica más cosas —muchas más—, pero aquí sólo me he propuesto trazar un esbozo.

VII. LA DIVERSIDAD HUMANA

HABIENDO CRITICADO con bastante detenimiento varias tendencias que prevalecen en la ciencia social, me propongo ahora volver a ideas más positivas —y hasta programáticas— de la promesa de dicha ciencia. La ciencia social quizá es confusa, pero su confusión más bien es explotada que lamentada. Quizá está enferma, pero el reconocimiento de este hecho puede y debiera considerarse como una necesidad de diagnóstico y quizá hasta como un signo de salud futura.

1

La ciencia social trata propiamente de la diversidad humana, constituida por todos los mundos sociales en que han vivido, viven y podrán vivir los hombres. Esos mundos contienen comunidades primitivas que, por lo que sabemos, han cambiado poco en mil años; pero también Estados muy poderosos que, por decirlo así, han entrado de pronto en una existencia violenta. Bizancio y Europa, la China clásica y la antigua Roma, la ciudad de Los Ángeles y el imperio del antiguo Perú: todos los mundos que los hombres han conocido están ahora ante nosotros, abiertos a nuestro escrutinio.

En esos mundos hay países abiertos a la colonización, grupos de presión, bandas de malhechores e indios navajos dueños de petróleo; fuerzas aéreas destinadas a demoler zonas metropolitanas de centenares de kilómetros cuadrados; policías en las esquinas; círculos íntimos y públicos sentados en un salón; sindicatos de delincuentes; masas apiñadas una noche en los cruces y las plazas de las ciudades del mundo; niños Hopi y tratantes de esclavos en Arabia, partidos alemanes, clases polacas, escuelas menonitas, tibetanos mentalmente perturbados, y redes de radio que dan la vuelta al mundo. Troncos raciales y grupos étnicos se mezclan en los cinematógrafos y al mismo tiempo se rechazan mutuamente; gentes felizmente casadas y que también odian sistemáticamente; mil ocupaciones de detalle dirigen negocios e industrias, gobiernos y situaciones, naciones del tamaño de continentes. Todos los días se hacen millones de pequeños contratos, y por dondequiera hay más «pequeños grupos» de los que nadie podría contar.

La diversidad humana incluye también la diversidad de los seres humanos individuales, que la imaginación sociológica debe captar y comprender. En esa imaginación un brahmán hindú está al lado de un colono de Illinois, un caballero inglés del siglo XVIII al lado de un aborigen australiano, juntamente con un campesino chino de hace cien años, un político de la Bolivia actual, un caballero feudal de Francia, una sufragista inglesa de 1914 en huelga de hambre, una estrellita de Hollywood y un patricio romano. Escribir sobre «el hombre» es escribir sobre todos esos hombres y mujeres… y también sobre Goethe y sobre la muchacha vecina.

El investigador social trata de comprender la diversidad humana de un modo ordenado, pero teniendo en cuenta la extensión y hondura de esa diversidad, muy bien puede preguntársele: ¿Es esto realmente posible? ¿No es la confusión de las ciencias sociales un reflejo inevitable de lo que intentan estudiar quienes las practican? Mi respuesta es que quizá la diversidad no es tan «desordenada» como la hace parecer la mera enumeración de una parte de ella; quizá ni siquiera tan desordenada como con frecuencia se la hace parecer en los cursos de estudios que se dan en los colegios y las universidades. El orden y el desorden son cosas relativas a un punto de vista: llegar a una comprensión ordenada, de los hombres y de las sociedades requiere una serie de puntos de vista lo suficientemente simples para hacer posible la comprensión, pero suficientemente amplios para permitirnos incluir en nuestras opiniones la extensión y hondura de la diversidad humana. La lucha por esos puntos de vista es la primera e incesante lucha de la ciencia social.

Todo punto de vista descansa, naturalmente, sobre una serie de cuestiones, y las cuestiones generales de las ciencias sociales (que dejo indicadas en el capítulo I) acuden fácilmente a la mente que tiene un firme dominio de la concepción orientadora de la ciencia social como estudio de la biografía, de la historia y de los problemas de su intersección dentro de la estructura social. Estudiar esos problemas, darse cuenta de la diversidad humana, requieren que nuestro trabajo se relacione continua y estrechamente con el plano de la realidad histórica, y con las significaciones de esa realidad para los hombres y las mujeres individuales. Nuestro propósito es definir esa realidad y discernir esas significaciones; en relación con ellos se formulan los problemas de la ciencia social clásica, y así se afrontan las cuestiones y las inquietudes que esos problemas encarnan. Esto exige que busquemos una comprensión totalmente relativa de las estructuras sociales que han aparecido y que existen ahora en la historia del mundo. Exige que se seleccionen y estudien ambientes en pequeña escala en relación con estructuras históricas de mayor escala. Exige que evitemos la especialización arbitraria en departamentos académicos, que especialicemos nuestro trabajo diversamente de acuerdo con el asunto y sobre todo de acuerdo con el problema, y que al hacerlo así utilicemos las perspectivas y las ideas, los materiales y los métodos de todos y cada uno de los estudios satisfactorios sobre el hombre como actor histórico.

Históricamente, los investigadores sociales han prestado la mayor atención a las instituciones políticas y económicas, pero también han sido muy estudiadas las instituciones militares y parentales, religiosas y educativas. Esta clasificación según las funciones objetivas que por lo general desempeñan las instituciones es engañosamente simple, pero, no obstante, es cómoda. Si entendemos cómo se relacionan unos con otros esos órdenes institucionales, entendemos la estructura social de una sociedad. Porque la «estructura social», tal como este concepto suele usarse más comúnmente, se refiere precisamente a eso, a la combinación de instituciones clasificadas según las funciones que cada una de ellas desempeña. En

este sentido, es la unidad de trabajo más amplia con que tratan los investigadores sociales. En consecuencia, la finalidad más amplia de éstos es comprender cada una de las variedades de estructura social en sus partes componentes y en su totalidad. La expresión «estructura social» es definida de manera muy diferente, y se emplean otras para decir lo mismo, pero si se tiene presente la diferencia entre medio y estructura, al lado de la noción de institución, nadie dejará de reconocer la idea de estructura social cuando se le presente.

2

En nuestra época, las estructuras sociales están habitualmente organizadas bajo Estados políticos. En relación con el poder, y también en otras muchas relaciones importantes, la unidad de estructura social más amplia es el Estado-nación. El Estado-nación es ahora la forma predominante en la historia del mundo y, como tal, un hecho importante en la vida de cada individuo. El Estado-nación ha escindido y organizado, en grados y maneras diversas, las «civilizaciones» y los continentes del mundo. La medida de su expansión y las fases de su desarrollo son pistas importantes de la historia moderna y hoy de la universal. Dentro del Estado-nación están organizados ahora los medios políticos y militares, culturales y económicos, de decisión y poder; todas las instituciones y los ambientes específicos en que la mayor parte de los hombres viven sus vidas públicas y privadas están organizados ahora dentro de uno u otro de los Estados-naciones.

Los investigadores sociales, desde luego, no siempre estudian sólo estructuras sociales nacionales. El hecho es que el Estado-nación es el armazón dentro del cual sienten más frecuentemente la necesidad de formular los problemas de las pequeñas y las grandes unidades. Otras «unidades» son consideradas de mejor gana como «pre-nacionales» o como «pos-nacionales». Porque, naturalmente, las unidades nacionales pueden «pertenecer» a una de las «civilizaciones», lo que suele querer decir que sus instituciones religiosas son las de una u otra de las «religiones mundiales». Los datos de «civilización» y otros muchos pueden sugerir maneras de comparar la actual diversidad de Estados-naciones. Pero tal como las usan escritores como Arnold Toynbee, por ejemplo, me parece a mí que las «civilizaciones» son cosas demasiado desparramadas e imprecisas para ser las unidades primas, los «campos de estudio inteligibles», de las ciencias sociales.

Al elegir la estructura social nacional como nuestra unidad genérica de trabajo, adoptamos un plano conveniente de generalidad, un plano que nos permite evitar el abandono de nuestros problemas y abarcar las fuerzas estructurales manifiestamente implícitas en muchos detalles y perturbaciones de la conducta humana actual. Además, la elección de estructuras sociales nacionales nos permite afrontar más fácilmente las cuestiones importantes de interés público, porque es dentro y entre los Estados-naciones del mundo donde, para bien o para mal, están sólidamente

organizados ahora los medios efectivos de poder, y en consecuencia, en grado considerable, de forjar la historia.

Es cierto, desde luego, que no todos los Estados-naciones son iguales en cuanto a su poder para forjar historia. Algunos son tan pequeños y dependen tanto de otros, que lo que sucede en ellos sólo puede entenderse estudiando los Estados que son grandes potencias. Pero ése es simplemente otro problema de la clasificación útil de nuestras unidades —las naciones— y de su estudio necesariamente comparativo. También es cierto que todos los Estados-naciones reobran entre sí, y algunos grupos de ellos proceden de contextos tradicionales análogos. Pero eso es cierto de toda unidad de regular tamaño que podamos elegir para el estudio social. Además, especialmente desde la primera Guerra Mundial, todo Estado-nación capaz de ello se ha hecho cada vez más autosuficiente.

La mayor parte de los economistas y de los cultivadores de las ciencias políticas consideran evidente que su unidad primordial es el Estado-nación; aun cuando se interesen por la «economía internacional» y las «relaciones internacionales», deben trabajar estrechamente en relación con diversos y específicos Estados-naciones. La condición y la práctica continuada de los antropólogos son, naturalmente, el estudio del «conjunto» de una sociedad o una «cultura», y cuando estudian sociedades modernas intentan de buena gana, con éxito variable, comprender las naciones como todos. Pero los sociólogos —o más exactamente los técnicos de la investigación— que no tienen un dominio muy firme del concepto de estructura social, con frecuencia estudian las naciones en escala dudosamente grande. Indudablemente, se debe esto al prejuicio de que la «recolección de datos» puede hacerse de manera menos costosa sólo en unidades en pequeña escala. Esto quiere decir, desde luego, que su elección de unidades, no está de acuerdo con lo que es necesario para cualesquiera problemas que hayan escogido; antes al contrario, el problema y la unidad están determinados por la elección de método.

En cierto modo, este libro es en su conjunto un argumento contra ese prejuicio. Creo que cuando la mayor parte de los investigadores sociales se ponen seriamente a estudiar un problema importante, les resulta muy difícil formularlo en relación con una unidad menor que el Estado-nación. Esto es exacto en lo que se refiere al estudio de la estratificación social y de la política económica, de la opinión pública y de la naturaleza del poder político, del trabajo y del asueto. Ni siquiera problemas de gobierno municipal pueden formularse adecuadamente sin una referencia plena a la estructura nacional. Así, pues, la unidad del Estado-nación se recomienda por sí misma por un alto grado de evidencia empírica accesible a todo el que tenga experiencia del trabajo sobre los problemas de la ciencia social.

3

La idea de estructura social, juntamente con su concepto como unidad genérica de la

ciencia social, está históricamente asociada de modo muy estrecho con la sociología, y los sociólogos han sido sus exponentes clásicos. El asunto tradicional tanto de la sociología como de la antropología ha sido la sociedad total, o, como la llaman los antropólogos, «la cultura». Lo que es específicamente sociológico en el estudio de cualquier rasgo particular de una sociedad total es el incesante esfuerzo para relacionar aquel rasgo con otros, a fin de formarse un concepto del conjunto. La imaginación sociológica, como ya he dicho, es en parte considerable una consecuencia de la preparación adquirida en ese tipo de esfuerzo. Pero en la actualidad esa opinión y esa práctica no se limitan de ningún modo a los sociólogos y los antropólogos. Lo que en otro tiempo fue una promesa de esas disciplinas, se ha convertido por lo menos en una práctica balbuciente, y también en una intención, de las ciencias sociales en general.

La antropología cultural, en su tradición clásica y en sus manifestaciones actuales, no me parece distinguible, en ningún aspecto fundamental, del estudio sociológico. Hace algún tiempo, cuando no había, o había muy pocos, estudios de sociedades contemporáneas, los antropólogos tenían que recoger materiales sobre pueblos analfabetos en lugares remotos. Otras ciencias sociales —en particular la historia, la demografía y la ciencia política— han dependido desde sus orígenes de materiales documentales acumulados en sociedades que tenían escritura. Y este hecho tendió a diferenciar las disciplinas. Pero ahora se usan «estudios empíricos» de diversos tipos en todas las ciencias sociales, y en realidad las técnicas han sido más plenamente desarrolladas por los psicólogos y los sociólogos en relación con las sociedades históricas. En los últimos años también los antropólogos han estudiado comunidades adelantadas y hasta Estados-naciones, con frecuencia a distancia considerable; a su vez, los sociólogos y los economistas han estudiado los «pueblos subdesarrollados». No hay una diferencia de método ni un límite de contenido que verdaderamente distinga a la antropología de la economía y la sociología actuales.

La mayor parte de los economistas y de los cultivadores de la ciencia política se han interesado por sectores institucionales especiales de estructura social. Sobre la «economía» y sobre el «Estado», los científicos de la política en menor medida, y los economistas en mayor medida, han formulado «teorías clásicas» que han persistido durante generaciones de estudiosos. En suma, construyeron modelos, aunque los científicos de la política (juntamente con los sociólogos) han sido tradicionalmente menos conscientes de su actividad como constructores de modelos que los economistas. La teoría clásica, naturalmente, consiste en la formulación de conceptos y supuestos de los cuales se sacan deducciones y generalizaciones, las cuales, a su vez, se comparan con diversidad de proposiciones empíricas. En ese trabajo, los conceptos, los procedimientos y hasta las cuestiones son por lo menos implícitamente codificados.

Todo eso puede estar muy bien. Sin embargo, para la economía indudablemente y para la ciencia política y la sociología a su debido tiempo, dos hechos tienden a restar

importancia a los modelos formales de Estado y de economía con límites claros, que quiere decir tanto como formales y en gran medida mutuamente excluyentes: *1)* el desarrollo económico y político de las zonas llamadas subdesarrolladas; y *2)* las tendencias de las formas de la «economía política» en el siglo XX, tanto las totalitarias como las formalmente democráticas. Las consecuencias de la segunda Guerra Mundial han sido a la vez erosivas y fructíferas para los economistas teóricos atentos, en realidad para todos los investigadores sociales dignos de ese título.

Una «teoría de los precios», que es meramente económica, puede ser lógicamente clara, pero no puede ser empíricamente adecuada. Esa teoría exige el estudio de la administración de instituciones de negocios y del papel de los directores dentro de y entre ellas; exige atención a la psicología de las expectativas acerca de los costos, y en especial acerca de los salarios; a la fijación de precios por consorcios de pequeñas empresas cuyos jefes pueden entenderse, etc. De un modo análogo, entender «el tipo de interés» requiere con frecuencia el conocimiento del tráfico oficial y personal entre los banqueros y los mecanismos económicos oficiales e impersonales del gobierno.

No hay otro remedio, creo yo, sino que cada investigador social se incorpore a la ciencia social y haga en ella trabajo comparativo, y eso me parece que es ahora un cambio de interés muy grande. El trabajo comparativo, teórico y empírico, es hoy el camino más prometedor para la ciencia social, y ese trabajo puede hacerse mejor dentro de una ciencia social unificada.

4

Al progresar cada una de las ciencias sociales, su acción recíproca con las demás se ha intensificado. El asunto de la economía está volviendo a ser lo que fue en el origen: la «economía política», vista cada día más dentro de una estructura social total. Un economista como John Galbraith es un científico de la política tanto como lo son Robert Dahl o David Truman; en realidad, su obra sobre la estructura actual del capitalismo norteamericano tiene tanto de teoría sociológica de la economía política como las opiniones de Schumpeter sobre el capitalismo y la democracia o las de los grupos políticos de Earl Latham. Harold D. Lasswell, o David Riesman, o Gabriel Almond, tienen tanto de sociólogos como de psicólogos y de científicos de la política. Están dentro y fuera de las ciencias sociales, y así están todos; en cuanto un individuo llega a dominar uno de esos «campos», se ve obligado a entrar en las especialidades de los otros, es decir, en la esfera de todos los campos pertenecientes a la tradición clásica. Pueden, desde luego, especializarse en un orden institucional, pero en la medida en que captan lo que le es esencial, llegan también a comprender su lugar dentro de la estructura social total y, en consecuencia, sus relaciones con los otros dominios institucionales. Porque en parte considerable, como ya se va viendo claro, su misma realidad consiste en esas relaciones.

No puede suponerse, naturalmente, que los investigadores sociales enfrentados con la gran diversidad de la vida social, hayan dividido racionalmente el trabajo que tienen ante sí. En primer lugar, cada una de las disciplinas implicadas se ha desarrollado por sí misma y en respuesta a demandas y condiciones absolutamente específicas; ninguna se ha desarrollado como parte de un plan general. En segundo lugar, hay, desde luego, mucho desacuerdo acerca de las relaciones de esas diversas disciplinas, así como acerca del grado de especialización de cada una. Pero el hecho importante hoy es que esos desacuerdos pueden considerarse ahora más como hechos de la vida académica que como dificultades intelectuales, y hasta académicamente, creo yo, actualmente tienden con frecuencia a resolverse, a ser rebasados.

Intelectualmente, el hecho central hoy es la fluidez creciente de las líneas límites; los conceptos pasan con facilidad creciente de una disciplina a otra. Hay varios casos notables de carreras basadas exclusivamente en el dominio del vocabulario de un campo y su hábil uso en el terreno tradicional de otro. Hay y habrá especialización, pero no debe hacerse según disciplinas más o menos accidentalmente constituidas como nosotros las conocemos. Se hará siguiendo los lineamientos de problemas cuya solución requiere un equipo intelectual perteneciente tradicionalmente a esas varias disciplinas. Todos los investigadores sociales emplean cada vez más conceptos y métodos similares.

Cada ciencia social ha sido moldeada por desarrollos internos de tipo intelectual; cada una de ellas ha sido también decisivamente influida por «accidentes» institucionales, hecho claramente revelado por los diferentes modos en que cada una de ellas ha tomado forma en cada una de las naciones más importantes de Occidente. La tolerancia o la indiferencia de las disciplinas ya consagradas, incluidas la filosofía, la historia y las humanidades, ha condicionado con frecuencia los campos de la sociología, de la economía, de la antropología, de la ciencia política y de la psicología. En realidad, en algunas instituciones de alta cultura esa tolerancia o su ausencia ha determinado la presencia o la ausencia de las ciencias sociales como departamentos académicos. En Oxford y en Cambridge, por ejemplo, no hay «departamentos de sociología».

El peligro de tomar demasiado en serio la «departamentalización» de la ciencia social estriba en el supuesto concomitante de que las instituciones económicas, políticas y otras forman sistemas autónomos. Desde Juego, como ya he indicado, ese supuesto ha sido y es usado para construir «modelos analíticos» que con frecuencia son muy útiles, verdaderamente. Generalizados, y congelados en los departamentos de una escuela, los modelos clásicos de «la política» y de «la economía» probablemente se acercan a la estructura de Inglaterra y especialmente de los Estados Unidos a principios del siglo XIX. En realidad, históricamente, las ciencias económica y política como especialidades deben ser interpretadas, en cierta parte, de acuerdo

con la fase histórica del moderno Occidente durante la cual cada orden institucional pretendió constituir un campo autónomo. Pero es claro que un modelo de sociedad compuesta de órdenes institucionales autónomos no es, ciertamente, el único modelo según el cual pueda trabajarse en la ciencia social. No podemos tomar ese tipo único como base adecuada para todo nuestro sector de trabajo intelectual. La comprobación de esto es uno de los impulsos que operan ahora para unificar las ciencias sociales. Una fusión verdaderamente activa de las diversas disciplinas de la ciencia política y la economía, de la antropología cultural y la historia, de la sociología y por lo menos un gran sector de la psicología, se ha venido operando en los planes de los cursos académicos así como en los proyectos ideales de estudios.

Los problemas intelectuales planteados por la unificación de las ciencias sociales se refieren principalmente a las relaciones de los órdenes institucionales —el político y el económico, el militar y el religioso, la familia y la educación— en sociedades y periodos dados; son, como ya he dicho, problemas importantes. Las numerosas dificultades prácticas que plantean las relaciones activas de las diferentes ciencias sociales se refieren a la formulación de programas y de carreras académicas, a la confusión lingüística y a los mercados de trabajo ya consagrados para los \ graduados en cada campo. Un gran obstáculo para la unificación j del trabajo en la ciencia social es el libro de texto que presenta *I* sólo una materia. Frecuentemente, es más de acuerdo con libros de texto que con cualquiera otra producción intelectual como se hace la integración y la determinación de fronteras de los «campos». Es difícil imaginar una situación menos apropiada. Pero los mayoristas de libros de texto tienen muy reales intereses creados en sus producciones, aun cuando salgan perdiendo los productores y los consumidores. Al lado de la integración de los libros de texto, el intento de integrar las ciencias sociales procede de acuerdo con conceptos y métodos y no de acuerdo con problemas y materias. En consecuencia, la idea de «campos» diferentes se basa menos en férreos sectores de problemas que en conceptos de papel de estaño. Esos conceptos son, sin embargo, difíciles de superar, y no sé si llegarán a serlo. Pero me parece que hay alguna probabilidad de que ciertas tendencias estructurales, dentro de la sociedad de disciplinas académicas, venzan con el tiempo a quienes —con frecuencia atrincherados y contumaces— todavía están atrapados en sus ambientes especializados.

Entretanto, seguramente muchos investigadores sociales individuales comprueban que en «sus propias disciplinas» pueden realizar mejor sus fines si admiten más explícitamente las tareas orientadoras comunes de la ciencia social. Ahora es absolutamente posible para el practicante individual desconocer los cambios «accidentales» de departamentos, y elegir y dar forma a su propia especialidad sin muchos impedimentos de carácter departamental. Cuando llega a tener un sentido auténtico de los problemas importantes y a sentirse apasionadamente interesado en su solución, se ve obligado con frecuencia a dominar ideas y métodos que por ventura han nacido dentro de una u otra de esas disciplinas. Ninguna especialidad de la

ciencia social le parecerá, en ningún sentido intelectualmente significativo, un mundo cerrado. Además, llega a comprender que en realidad está practicando la ciencia social, y no una de las ciencias sociales, y que ello es así no importa cuál sea el sector particular de la vida social en cuyo estudio se interesa más.

Suele decirse que nadie puede tener una mentalidad totalmente enciclopédica sin incurrir en diletantismo. No creo que sea así, pero si lo es, ¿no saldremos ganando por lo menos algo con ese sentido enciclopédico? Es absolutamente imposible, ciertamente, dominar todos los materiales, conceptos y métodos de cada una de esas disciplinas. Por otra parte, los intentos de «integrar las ciencias sociales» por «traducción conceptual» o por la exposición detallada de materiales suelen ser nimiedades de mandarín; así en gran parte de lo que se hace en muchos de los cursos sobre «ciencia social general». Pero ese dominio, esa traducción, esa exposición, esos cursos, no son lo que quiere decir «la unificación de las ciencias sociales».

Eso quiere decir lo siguiente: Formular y resolver todos los problemas importantes de nuestra época requiere la selección de materiales, conceptos y métodos de más de una de esas varias disciplinas. Un investigador social no necesita «dominar el campo» para estar bastante familiarizado con sus materiales y perspectivas y usarlos en aclarar los problemas que le interesan. La especialización debe hacerse de acuerdo con ese grupo de problemas y no de acuerdo con fronteras académicas. Esto es, según me parece, lo que está sucediendo ahora.

VIII. USOS DE LA HISTORIA

LA CIENCIA SOCIAL trata de problemas de biografía, de historia y de sus intersecciones dentro de estructuras sociales. Que esas tres cosas —biografía, historia, sociedad— son los puntos coordenados del estudio propio del hombre, ha sido la importante plataforma sobre la cual me mantuve mientras critiqué las diferentes escuelas actuales de sociología cuyos practicantes han abandonado esta tradición clásica. Los problemas de nuestro tiempo —que ahora incluyen el problema de la naturaleza misma del hombre— no pueden enunciarse adecuadamente sin la práctica consecuente de la opinión según la cual la historia es el fuste del estudio social y sin reconocer la necesidad de desarrollar más una psicología del hombre sociológicamente basada e históricamente significativa. Sin el uso de la historia y sin un sentido histórico de las materias psicológicas, el investigador social no puede enunciar adecuadamente los tipos de problemas que deben ser ahora los puntos de orientación de sus estudios.

1

El tedioso debate acerca de si el estudio histórico es o no es o si debe ser considerado una ciencia social no es importante ni interesante. La conclusión depende muy claramente de la clase de historiadores y de la clase de investigadores sociales de que estamos hablando. Algunos historiadores son, manifiestamente, compiladores de hechos que procuran abstenerse de «interpretar»; se dedican, a veces fructíferamente, a un fragmento de historia y parecen resistirse a situarlo dentro de un campo más vasto de acontecimientos. Algunos se sitúan más allá de la historia —a veces también fructíferamente— en visiones transhistóricas de la ruina inminente o de la gloria futura. La historia como disciplina incita a la busca del detalle, pero también estimula a ampliar la visión de uno hasta abarcar los acontecimientos centrales de la época en el desarrollo de estructuras sociales.

Quizás la mayor parte de los historiadores se interesan en «adquirir la seguridad de los hechos» necesaria para comprender la transformación histórica de las instituciones sociales, y en la interpretación de esos hechos, usualmente mediante narraciones. Por otra parte, muchos historiadores no dudan en incluir en sus estudios todos y cada uno de los sectores de la vida social. Su alcance es, pues, el de la ciencia social, aunque, como los otros investigadores sociales, puedan especializarse en historia política, o historia económica, o historia de las ideas. En cuanto estudian como historiadores tipos de instituciones, tienden a destacar los cambios ocurridos en determinado periodo de tiempo y a trabajar de un modo no comparativo, mientras que el trabajo de muchos investigadores sociales al estudiar tipos de instituciones ha sido

más comparativo que histórico. Pero esta diferencia seguramente no es sino una mera diferencia de punto de vista y de especialización dentro de una tarea común.

Muchos historiadores norteamericanos, precisamente ahora, están muy influidos por las concepciones, los problemas y los métodos de las diversas ciencias sociales. Barzun y Graff han indicado recientemente que quizá «los investigadores sociales se abstienen de pedir a los historiadores que modernicen sus técnicas» porque «los investigadores sociales están demasiado ocupados para leer historia» y «no reconocen sus propios materiales cuando se les presentan de un modo diferente».[58]

En todo trabajo de historia hay, desde luego, más problemas de método de lo que suelen figurarse muchos historiadores. Pero en la actualidad algunos de ellos no piensan tanto en cuestiones de método como de epistemología, y de una manera que sólo puede tener por resultado un curioso alejamiento de la realidad histórica. La influencia sobre algunos historiadores de ciertas clases de «ciencia social» es con frecuencia absolutamente infortunada; pero es una influencia que todavía no está bastante difundida para que exija que la estudiemos aquí más detenidamente.

La tarea esencial del historiador consiste en mantener completo el archivo humano; pero ésta es, verdaderamente, una simple y engañosa declaración de propósitos. El historiador representa la memoria organizada de la humanidad, y esa memoria, como historia escrita, es enormemente maleable. Cambia, algunas veces radicalmente, de una generación de historiadores a otra, y no sólo porque una investigación más detallada aporte al archivo hechos y documentos nuevos, sino que cambia también porque cambian los puntos de interés y el armazón dentro del cual el archivo se ordena. Ésos son los criterios de selección de los innumerables hechos disponibles, y al mismo tiempo las interpretaciones principales de su significado. El historiador no puede dejar de hacer una selección de los hechos, aunque puede intentar desconocerla con interpretaciones ligeras y circunspectas. No necesitamos la proyección imaginativa de George Orwell para saber cuán fácilmente puede falsearse la historia en el proceso de su constante reelaboración, aunque su 1984 lo señaló dramáticamente y, esperémoslo, asustó con razón a algunos de nuestros colegas historiadores.

Pueden considerarse las producciones de los historiadores como un gran archivo indispensable para toda ciencia social; creo éste un punto de vista exacto y fructífero. Se piensa en ocasiones que la historia como disciplina contiene toda la ciencia social; pero sólo creen eso algunos «humanistas» desorientados. Más fundamental que una u otra opinión es la idea de que toda ciencia social —o mejor dicho, todo estudio social bien meditado— requiere una concepción de alcance histórico y un uso pleno de materiales históricos. Esta sencilla noción es la principal idea a favor de la cual vengo arguyendo.

Al principio, quizá encontremos una objeción frecuente contra el uso de materiales históricos por investigadores sociales: se dice que esos materiales no son

precisa ni siquiera plenamente conocidos para que sea permitido su uso en comparaciones con los materiales contemporáneos mejor confirmados y más exactos de que se dispone. Esta objeción apunta, desde luego, a un problema muy inquietante de la investigación social, pero sólo tiene fuerza si limitamos los tipos de información admitidos. Como ya he advertido, la consideración suprema del analista social clásico ha sido las exigencias de su problema y no las limitaciones de ningún método rígido. La objeción, pues, es válida sólo para ciertos problemas, y en realidad muchas veces puede ser obviada: para muchos problemas podemos obtener información adecuada *sólo* acerca del pasado. El secreto oficial y no oficial, y el uso extenso de relaciones públicas, son hechos contemporáneos que indudablemente hay que tener en cuenta al juzgar la veracidad de la información sobre el pasado y sobre el presente. Esta objeción, en una palabra, es una nueva versión de la inhibición metodológica, y con frecuencia una característica de la ideología agnóstica del individuo políticamente inactivo.

2

Más importante que la medida en que los historiadores sean investigadores sociales, o cómo se conduzcan, es el punto aún más discutible de que las ciencias sociales son por sí mismas disciplinas históricas. Para realizar sus tareas, o aun para enunciarlas bien, los investigadores sociales tienen que usar materiales de la historia. A no ser que se suponga una teoría transhistórica de la naturaleza de la historia, o que el hombre en sociedad es una entidad no histórica, no puede suponerse que ninguna ciencia social trascienda a la historia. Toda sociología digna de ese nombre es «sociología histórica». Es, según la excelente frase de Paul Sweezy, el intento de escribir «la historia presente». Son varias las razones de estas relaciones íntimas entre la historia y la sociología.

a) En nuestro mismo enunciado de lo que hay que explicar, necesitamos el gran alcance que sólo puede proporcionar el conocimiento de las variedades históricas de sociedad humana. Que a una cuestión dada —las relaciones de las formas del nacionalismo con los tipos de militarismo, por ejemplo— haya que darle con frecuencia respuestas diferentes cuando se formula sobre sociedades y épocas diferentes, significa que la pregunta misma necesita muchas veces ser formulada de nuevo. Necesitamos la variedad que proporciona la historia aun para formular adecuadamente preguntas sociológicas, y mucho más para contestarlas. Las respuestas o explicaciones que con frecuencia, si no habitualmente, damos son comparativas. Las comparaciones son necesarias para comprender cuáles pueden ser las condiciones esenciales de lo que estemos tratando de comprender, ya sean formas de esclavitud, o el sentido especial de un delito, tipos de familia o de comunidades campesinas o de granjas colectivas. Debemos observar aquello en que estemos

interesados en circunstancias muy diversas. De otro modo, estaremos limitados a una descripción insulsa.

Para ir más allá de eso, debemos estudiar todo el margen disponible de estructuras sociales, incluidas las históricas tanta como las contemporáneas. Si no tomamos en cuenta ese margen, que no abarca, desde luego, todos los casos existentes, nuestros enunciados no pueden ser empíricamente adecuados. No pueden discernirse claramente las regularidades o las relaciones que se pueden advertir entre diferentes características de la sociedad. Los tipos históricos, en suma, son parte muy importante de lo que estamos estudiando, y son también indispensables para las explicaciones que de ello demos. Eliminar esos materiales —el archivo de todo lo que el hombre ha hecho y ha llegado a ser— de nuestros estudios sería como pretender estudiar el proceso del nacimiento ignorando la maternidad.

Si nos limitamos a una unidad nacional de una sociedad contemporánea, que suele ser una sociedad occidental, posiblemente no podemos esperar descubrir muchas diferencias verdaderamente fundamentales entre los tipos humanos y las instituciones sociales. Esta verdad general tiene un sentido especial para el trabajo en ciencia social: En el momento de operar un corte transversal en una sociedad, con frecuencia puede haber tantos denominadores comunes de creencia, valor, forma institucional, que por detallado que sea nuestro estudio no encontraremos diferencias verdaderamente significativas entre las gentes y las instituciones en aquel momento y en aquella sociedad. En realidad, los estudios sobre un tiempo y un lugar suponen o implican muchas veces una homogeneidad que, si es cierta, necesita mucho que *se la considere un problema*. No puede reducirse fructuosamente, como con tanta frecuencia se hace en la práctica corriente de la investigación, a un problema de procedimiento de muestreo. No puede ser formulada como problema en relación con un momento y un lugar determinados.

Las sociedades parecen diferir con respecto al margen de variación de los fenómenos específicos que ocurren dentro de ellas, así como, de una manera más general, respecto al grado de homogeneidad social. Como ha observado Morris Ginsberg, si lo que estamos estudiando «presenta variaciones individuales suficientes dentro de la misma sociedad, o en el mismo periodo de tiempo, puede ser posible establecer conexiones reales sin salir de aquella sociedad o tiempo».[59] Esto es verdad muchas veces, pero habitualmente no es tan cierto que se le pueda dar simplemente por supuesto; para saber si es o no cierto, con frecuencia tenemos que proyectar nuestros estudios como comparaciones entre estructuras sociales. Hacer esto de un modo adecuado requiere por lo común que hagamos uso de la variedad suministrada por la historia. El problema de la homogeneidad social —en la moderna sociedad de masas, o, por contraste, en la sociedad tradicional— no puede ni aun ser propiamente enunciado, y mucho menos adecuadamente resuelto, si no examinamos comparativamente el ámbito de las sociedades contemporáneas e históricas.

El sentido, por ejemplo, de problemas clave de la ciencia política como los de

«público» y «opinión pública», no pueden aclararse sin ese trabajo. Si no incluimos un campo más extenso en nuestro estudio, muchas veces nos condenamos a resultados superficiales y engañosos. Yo no supongo, por ejemplo, que nadie quiera discutir la aserción de que el hecho de la indiferencia política es uno de los hechos principales de la escena política contemporánea en las sociedades occidentales. Pero en esos estudios de «la psicología política de los electores» que no son ni comparativos ni históricos, ni siquiera encontramos una clasificación de los «electores» —o de los «hombres políticos»— que verdaderamente tome en cuenta esa indiferencia. De hecho, la idea históricamente específica de una tal indiferencia política, y mucho menos su sentido, no puede formularse en los términos habituales de esos estudios de votaciones.

Decir de los campesinos del mundo pre-industrial que son «políticamente indiferentes» no tiene igual significación que decir lo mismo del hombre de la moderna sociedad de masas. Entre otras cosas, la importancia de las instituciones políticas para el modo de vida y sus condiciones son totalmente diferentes en los dos tipos de sociedad. Además, difiere la oportunidad formal de afiliarse políticamente. Y por otra parte, la perspectiva de intervenir en la vida política promovida por todo el curso de la democracia burguesa en el Occidente moderno no siempre existió en el mundo pre-industrial. Para comprender la «indiferencia política», para explicarla, para captar su significado en las sociedades modernas, tenemos que tomar en cuenta los tipos y condiciones totalmente distintos de indiferencia, y para hacerlo tenemos que examinar materiales históricos y comparativos.

b) Los estudios a-históricos tienden por lo general a ser estudios estáticos, o a muy corto plazo, de ambientes limitados. No puede esperarse otra cosa, porque conocemos más fácilmente las grandes estructuras cuando cambian, y probablemente llegamos a conocer esos cambios únicamente cuando ensanchamos nuestra visión hasta abarcar un periodo histórico suficiente. La posibilidad de que entendamos cómo obran entre sí pequeños ambientes y grandes estructuras, y la posibilidad de que comprendamos las grandes causas que operan en esos ambientes limitados, exige que tratemos materiales históricos. El conocimiento de la estructura, en todos los sentidos de esta palabra fundamental, así como el adecuado enunciado de las inquietudes y problemas de los ambientes limitados, exigen que reconozcamos las ciencias sociales como disciplinas históricas y que las practiquemos como tales.

No sólo aumentan nuestras posibilidades de llegar a conocer la estructura mediante el trabajo histórico; no podemos esperar entender ninguna sociedad, ni aun como cosa estática, sin usar materiales históricos. La imagen de toda sociedad es una imagen específicamente histórica. Lo que Marx llamó el «principio de la especificidad histórica» se refiere, en primer lugar, a una línea guía: toda sociedad dada debe ser entendida en relación con el periodo específico en que existe. Como quiera que se defina la palabra «periodo», las instituciones, las ideologías, los tipos

de hombres y de mujeres que predominan en un periodo dado constituyen algo así como un patrón único. No quiere esto decir que ese tipo histórico no pueda compararse con otros, y desde luego no quiere decir que el patrón pueda ser captado sólo intuitivamente. Pero sí quiere decir —y ésta es la segunda referencia del citado principio— que dentro de ese tipo histórico tienen algún modo específico de intersección diversos mecanismos de cambio. Esos mecanismos, que Karl Mannheim, siguiendo a John Stuart Mill, llamó *principia media*, son los mecanismos verdaderos que desea captar el investigador social, interesado en la estructura social.

Los antiguos teóricos sociales se esforzaron en formular leyes invariables de la sociedad, leyes que valdrían para todas las sociedades, así como los procedimientos abstractos de la ciencia física condujeron a leyes que eliminan de raíz la riqueza cualitativa de la «naturaleza». No hay, creo yo, ninguna «ley» formulada por un investigador social que sea transhistórica, que no deba ser interpretada en relación con la estructura específica de alguna época. Otras «leyes» son vacías abstracciones o tautologías confusas. El único sentido de «leyes sociales», o aun de «regularidades sociales», está en los *principia media* que podemos descubrir, o si se prefiere, construir, para una estructura social dentro de una época históricamente específica. No conocemos principios universales de cambio histórico; los mecanismos de cambio que conocemos varían con la estructura social que examinamos. Porque el cambio histórico *es* cambio de estructuras sociales, de las relaciones entre sus partes componentes. Así como hay diversidad de estructuras sociales, hay diversidad de principios de cambio histórico.

c) Que el conocimiento de la historia de una sociedad es indispensable muchas veces para comprenderla, resulta absolutamente claro a todo economista, o estudioso de la ciencia política, o sociólogo, cuando deja su avanzada nación industrial para examinar las instituciones de una estructura social diferente, en el Medio Oriente, en Asia, en África. En el estudio de «su propio país» con frecuencia ha hecho incursiones en la historia, cuyo conocimiento está incorporado en todos los conceptos con que trabaja. Cuando estudia un ámbito mayor, cuando compara, se hace más consciente de lo histórico como intrínseco a lo que desea comprender y no simplemente como «fondo general».

En nuestro tiempo los problemas de las sociedades occidentales son casi inevitablemente problemas universales. Quizá constituye una característica definidora de nuestra época el que por primera vez en ella las diversidades de mundos sociales que contiene se encuentren en una interacción seria, rápida y manifiesta. El estudio de nuestra época debe ser un examen comparativo de esos mundos y de sus acciones recíprocas. Quizá sea por eso por lo que aquello que constituyó en otro tiempo el coto exótico del antropólogo se ha convertido en los «países subdesarrollados» del mundo que los economistas, no menos que los científicos de la política y los sociólogos, incluyen regularmente entre sus objetos de estudio. Por eso alguna de la mejor

sociología que se hace hoy es trabajo relativo a zonas y regiones del mundo.

El estudio comparativo y el estudio histórico están profundamente entrelazados. No podemos comprender las economías políticas subdesarrolladas, comunista y capitalista, tal como existen actualmente en el mundo, mediante comparaciones insulsas e intemporales. Tenemos que ampliar el ámbito temporal de nuestro análisis. Para comprender y explicar los hechos comparativos tal como hoy se nos presentan, tenemos que conocer las fases históricas y las razones históricas de las variaciones de ritmo y de dirección del progreso o de la ausencia de progreso. Debemos saber, por ejemplo, por qué las colonias fundadas por occidentales en América del Norte y en Australia en los siglos XVI y XVII se han convertido con el tiempo en sociedades capitalistas industrialmente florecientes, por qué las de la América Latina, de la India y de África siguieron siendo pobres, rurales y subdesarrolladas hasta el siglo XX.

Así, el punto de vista histórico conduce al estudio comparativo de las sociedades. No podemos comprender ni explicar las fases por las que ha pasado toda nación occidental moderna, ni la forma que asume hoy día, únicamente en relación con su propia historia nacional. No quiero decir simplemente que en su realidad histórica ha tenido influencias recíprocas con el desarrollo de otras sociedades; quiero decir también que el intelecto no puede ni siquiera formular los problemas históricos y sociológicos de esa estructura social sin interpretarlos en contraste y en comparación con otras sociedades.

d) Aun cuando nuestro trabajo no sea explícitamente comparativo —aun cuando nos interesemos por un sector limitado de una sola estructura nacional—, necesitamos materiales históricos. Sólo por un acto de abstracción que viola innecesariamente la realidad social, podemos tratar de congelar un momento estrecho como el corte de un cuchillo. Podemos, desde luego, construir vislumbres y hasta panoramas estáticos de ese tipo, pero no podemos terminar con esas construcciones nuestro trabajo. Sabiendo que lo que estamos estudiando está sujeto a cambios, en los más simples niveles descriptivos, debemos preguntarnos: ¿Cuáles son las tendencias predominantes? Para contestar a esta pregunta tenemos que enunciar por lo menos el «desde qué» y el «hasta qué».

El enunciado que hagamos de la tendencia puede ser a muy corto plazo o por toda la duración de la época; eso dependerá, naturalmente, de nuestro propósito. Pero habitualmente, en trabajos de alguna escala, encontramos necesarias tendencias de duración considerable. Tendencias de mayor duración sólo suelen ser necesarias para superar el provincialismo histórico, o sea la suposición de que el presente es una especie de Creación autónoma.

Si queremos entender los cambios dinámicos en una estructura social contemporánea, debemos tratar de discernir su desarrollo en plazo muy largo, y de acuerdo con él preguntarnos: ¿En virtud de qué mecánica han tenido lugar esas tendencias y está cambiando la estructura de la sociedad? En preguntas así llega a su

clímax nuestro interés por las tendencias. Ese clímax se relaciona con la transición histórica de una época a otra y con la que podemos llamar estructura de una época.

Los investigadores sociales desean comprender el carácter de la época presente, esbozar su estructura y discernir las fuerzas principales que operan dentro de ella. Cada época, cuando se la define adecuadamente, es «un campo inteligible de estudio» que revela la mecánica del modo de «hacer historia» que le es peculiar. El papel de las minorías del poder, por ejemplo, en ese «hacer historia» varía de acuerdo con la medida en que están centralizados los medios institucionales que pueden adoptar decisiones.

La noción de la estructura y de la dinámica del «periodo moderno», y de los rasgos esenciales y únicos que pueda tener, es fundamental, aunque desconocida con frecuencia, para las ciencias sociales. Los cultivadores de la ciencia política estudian el Estado moderno; los economistas, el capitalismo moderno. Los sociólogos —especialmente en su controversia con el marxismo— plantean muchos de sus problemas en relación con «las características de los tiempos modernos», y los antropólogos usan sus talentos para estudiar el mundo moderno en el examen de sociedades pre-literarias.

Quizás la mayor parte de los problemas clásicos de la ciencia social moderna —de la ciencia política y de la economía no menos que de la sociología— se relacionan, en realidad, con una interpretación histórica específica: la interpretación del nacimiento, los componentes, la forma de las sociedades industriales urbanas del Occidente moderno, por lo general en contraste con la época feudal.

Muchas de las concepciones más comúnmente usadas en ciencia social se relacionan con la transición histórica de la comunidad rural de los tiempos feudales a la sociedad urbana de la época moderna. La «posición» y el «pacto» de Maine; la «comunidad» y la «sociedad» de Tönnies; la «situación» y la «clase» de Weber; las «tres etapas» de St.-Simon; lo «militar» y lo «industrial» de Spencer; la «circulación de minorías» de Pareto; los «grupos primario y secundario» de Cooley; lo «mecánico» y lo «orgánico» de Durkheim; el «pueblo» y lo «urbano» de Redfield; lo «sagrado» y lo «profano» de Becker; la «sociedad contratante» y el «Estado de guarnición» de Lasswell: todas éstas son concepciones históricamente enraizadas, aunque su uso esté muy generalizado.

Es en relación con la atención prestada a la forma y la dinámica del «periodo moderno», y a la naturaleza de sus crisis, como la norma del investigador social atañe a «tendencias» que deben ser comprendidas. Estudiamos tendencias con el intento de ir detrás de los hechos y de entenderlos ordenadamente. En esos estudios tratamos con frecuencia de enfocar cada tendencia un poco por delante de donde ella está ahora y, lo que es más importante, de ver todas las tendencias a la vez, como partes motrices de la estructura total del periodo. Es, desde luego, intelectualmente más fácil (y políticamente más aconsejable) conocer una tendencia por vez, manteniéndolas separadas, por decirlo así, que hacer el esfuerzo de verlas todas juntas. Al empírico

literario, que escribe unos ensayitos sobre esto y sobre aquello, toda tendencia a «ver el conjunto» le parece con frecuencia una «exageración extremista».

Hay, desde luego, muchos peligros intelectuales en el intento de «ver el conjunto». Entre otras cosas, lo que uno ve como un todo otro lo ve sólo como una parte, y en ocasiones, por falta de visión sinóptica, el intento es anulado por la necesidad de la descripción. El intento puede, naturalmente, ser influido por prejuicios, pero no creo que lo sea más que la selección de detalles precisamente examinables pero sin referencia a idea de conjunto, porque tal selección tiene que ser arbitraria. En el trabajo históricamente orientado, también estamos expuestos a confundir «predicción» con «descripción». Pero estas dos cosas no deben ser radicalmente separadas, y no son las únicas maneras de ver las tendencias. Podemos examinar las tendencias en un esfuerzo para contestar a la pregunta: «¿A dónde vamos?», y esto es lo que los investigadores sociales tratan de hacer con frecuencia. Al hacerlo así, tratamos de estudiar historia más bien que de metemos en ella, de prestar atención a las tendencias contemporáneas sin ser «meramente periodísticos», de calcular el futuro de esas tendencias sin ser meramente proféticos. Todo eso es difícil de hacer. Debemos recordar que *estamos* tratando con materiales históricos, que esos materiales cambian muy rápidamente y que existen contratendencias. Y tenemos siempre que equilibrar la inmediación del presente angosto como el filo de un cuchillo con la generalidad necesaria para descubrir el sentido de tendencias específicas para el periodo en su conjunto. Pero sobre todo, el investigador social procura ver juntas las varias tendencias principales, estructuralmente, más bien que como acontecimientos en una dispersión de ambientes, que no añaden nada nuevo, en realidad que no añaden nada en absoluto. Ésa es la finalidad que presta al estudio de las tendencias su importancia para la comprensión de una época y que exige pleno y hábil uso de los materiales de la historia.

3

Hay un «uso de la historia», común hoy en la ciencia social, que en realidad es más un rito que un verdadero uso. Me refiero a los rellenos llamados «esbozos del ambiente histórico» con que suelen empezar los estudios de la sociedad contemporánea, y al procedimiento *ad hoc* denominado «explicación histórica». Tales explicaciones, que versan sobre el pasado de una sola sociedad, rara vez son suficientes, y acerca de ellas hay que decir tres cosas:

En primer lugar, creo que debemos admitir que muchas veces tenemos que estudiar historia para libramos de ella. Quiero decir con esto que las que suelen tomarse como explicaciones históricas más bien debieran considerarse como partes del enunciado de lo que hay que explicar. Antes que «explicar» algo como «una persistencia del pasado», debemos preguntamos: «¿Por qué ha persistido?». Generalmente encontraremos que la respuesta varía según las fases por que haya

pasado lo que estamos estudiando; para cada una de esas fases podemos, entonces, intentar descubrir qué papel ha representado y cómo y por qué pasó a la fase siguiente.

En segundo lugar, creo que con frecuencia es una buena regla, al trabajar sobre una sociedad contemporánea, intentar explicar sus rasgos contemporáneos en relación con su función contemporánea. Esto quiere decir localizarlos, verlos como partes de otro: rasgos de su ambiente contemporáneo y aun como debidos a ellos Aunque sólo sea para definirlos, para delimitarlos claramente, pan hacer más específicos sus componentes, lo mejor es empezar con un periodo más o menos reducido, pero histórico aún, naturalmente.

En sus trabajos sobre los problemas de los individuos adultos algunos neo-freudianos —y quizá más claramente que ninguno Karen Horney— parecen haber llegado a usar procedimientos de un orden similar. Se estudian las causas genéticas, biográficas, sólo después de haber agotado los rasgos y el ambiente contemporáneos del carácter. Y, naturalmente, ha tenido lugar un debate clásico sobre la materia en su conjunto entre la escuela funcional y la escuela histórica de antropología. Supongo que una razón de esto es que las «explicaciones históricas» muchas veces se con vierten en ideologías conservadoras: las instituciones son, después de todo, transitorias; por lo tanto, esas instituciones particulares no son eternas ni «naturales» al hombre, sino que también cambiarán. Ambas opiniones suelen descansar sobre una especie de determinismo histórico o sobre una inevitabilidad que fácilmente puede llevar a una actitud pasiva y a una concepción errónea acerca de cómo se ha hecho y cómo puede hacerse la historia No quiero poner sordina al sentido histórico que tanto trabaje me ha costado adquirir, pero tampoco quiero reforzar mis modos de explicación con empleos conservadores ni radicales de la noción de destino histórico. No acepto el «destino» como categoría histórica universal, según explicaré más adelante.

Mi último punto es más discutible aún, pero si es cierto, es de importancia considerable: Creo que épocas y sociedades difieren en cuanto a que su comprensión requiera o no requiera referencias directas a «factores históricos». El carácter histórico de una sociedad dada en una época dada puede ser tal, que el «pasado histórico» tenga sólo una importancia indirecta para comprenderlo.

Es manifiesto, desde luego, que comprender una sociedad que se mueve lentamente, aprisionada durante siglos en un ciclo de pobreza, tradición, enfermedad e ignorancia, requiere que estudiemos la base histórica y los persistentes mecanismos históricos de ese terrible aprisionamiento en su propia historia. La explicación de ese ciclo y de la mecánica de cada una de sus fases requiere un análisis histórico muy profundo. Lo que ante todo hay que explicar es el mecanismo de todo el ciclo.

Pero los Estados Unidos, por ejemplo, o las naciones del noroeste de Europa, o Australia en su situación presente, no están atrapadas en ningún ciclo histórico de

hierro. Ese tipo de ciclo no los tiene en sus garras, como en el mundo desierto de Ibn Jaldún.[60] Todos los intentos para comprenderlos en esos términos me parece que han fracasado y tienden en realidad a convertirse en un desatino transhistórico.

En resumen, la *importancia* de la historia está ella misma sometida al principio de la especificidad histórica. Con seguridad puede decirse que «todo viene del pasado»; pero el sentido de esa frase —«venir del pasado»— es lo que está en discusión. En ocasiones hay en el mundo cosas completamente nuevas, lo cual quiere decir que la «historia» se repite o no se repite; depende de la estructura social y de la época en cuya historia estamos interesados.[61]

Que ese principio sociológico pueda ser ahora aplicable a los Estados Unidos, que la nuestra quizá sea una sociedad para la cual son menos pertinentes las explicaciones históricas que para muchas otras sociedades y épocas, me parece que puede ayudarnos mucho a comprender varios rasgos importantes de la ciencia norteamericana: *1)* por qué muchos investigadores sociales, interesados únicamente en las sociedades occidentales contemporáneas, o más limitadamente aún en los Estados Unidos, consideran el estudio histórico sin importancia para su trabajo; *2)* por qué algunos historiadores hablan ahora, desatinadamente a lo que me parece, de Historia Científica e intentan en su trabajo técnicas tan pronunciadamente formalistas y hasta explícitamente a-históricas; 3) por qué otros historiadores nos dan con tanta frecuencia la impresión, sobre todo en los suplementos dominicales, de que la historia en realidad es palabrería, que forja mitos acerca del pasado para usos ideológicos actuales tanto liberales como conservadores. Realmente, el pasado de los Estados Unidos es una fuente maravillosa de imágenes felices; y, si estoy en lo cierto acerca de la poca importancia de gran parte de la historia para la época contemporánea, ese mismo hecho hace muy fácil el uso ideológico de la historia.

La importancia del trabajo histórico para las tareas y la promesa de la ciencia social no se limita, naturalmente, a las «explicaciones históricas» de este «tipo norteamericano» único de estructura social. Por otra parte, esta noción de la importancia variable de la explicación histórica es en sí misma una idea histórica, que debe ser discutida y sometida a prueba sobre bases históricas. Aun para este tipo único de sociedad contemporánea, fácilmente puede llevarse demasiado lejos la falta de importancia de la historia. Sólo mediante estudios comparativos podemos llegar a conocer la *ausencia* de ciertas fases históricas en una sociedad, lo cual es muchas veces absolutamente esencial para comprender su forma contemporánea. La ausencia de una época feudal es condición esencial de muchos rasgos de la sociedad norteamericana, entre ellos el carácter de su *élite* y su extremada fluidez en lo que respecta a situaciones sociales, lo cual se ha confundido muchas veces con la falta de una estructura de clases y de una «conciencia de clase». Los investigadores sociales pueden —y en realidad lo hacen muchos— intentar alejarse de la historia mediante un carácter indebidamente formal de concepto y de técnica. Pero esos intentos los

obligan a hacer supuestos sobre la naturaleza de la historia y de la sociedad que no son ni fructíferos ni ciertos. Ese alejamiento de la historia hace imposible —y elijo la palabra con cuidado— comprender con precisión la mayor parte de los rasgos contemporáneos de esta sociedad única, que es una estructura histórica que no podemos esperar entender a menos que nos guiemos por el principio sociológico de la especificidad histórica.

4

Los problemas de la psicología social e histórica son en muchos respectos los más intrigantes que podemos estudiar hoy. Es en ese terreno donde ahora llegan a una incitante confluencia las principales tradiciones intelectuales de nuestros tiempos, y en realidad de la civilización occidental. En ese terreno es donde «la naturaleza de la naturaleza humana» —la imagen genérica del hombre heredada de la Ilustración— ha sido puesta a discusión en nuestros días por el advenimiento de los gobiernos totalitarios, por el relativismo etnográfico, por el descubrimiento del gran potencial de irracionalidad que existe en el hombre, y por la rapidez misma con que hombres y mujeres pueden ser transformados históricamente.

Hemos llegado a ver que las biografías de hombres y de mujeres, los tipos de individuos en que se convierten diversamente, no pueden entenderse sin referencia a las estructuras históricas en que están organizados los ambientes de su vida diaria. Las transformaciones históricas implican significaciones no sólo para los modos individuales de vida, sino para el carácter mismo, para los límites y las posibilidades del ser humano. Como unidad forjadora de historia, el Estado-nación dinámico es también la unidad dentro de la cual se seleccionan y se forman la diversidad de hombres y mujeres, y donde se liberan y se reprimen; es la unidad en que se hace el hombre. Ésta es una razón por la cual las luchas entre naciones y entre bloques de naciones son también luchas sobre los tipos de seres humanos que finalmente prevalecerán en el Medio Oriente, en la India, en China y en los Estados Unidos; es por eso por lo que ahora están tan íntimamente relacionadas cultura y política, y por lo que es ahora tan necesaria la imaginación sociológica y por lo que se la pide tanto. Porque no podemos entender adecuadamente al «hombre» como una criatura biológica aislada, como un haz de reflejos o un conjunto de instintos, como un «campo inteligible» o como un sistema en y por sí mismo. Además de cualquiera otra cosa que pueda ser, el hombre es desde luego un actor social e histórico que debe ser entendido, si es que ha de entendérsele, en estrecha e intrincada interrelación con estructuras sociales e históricas.

Las controversias sobre las relaciones entre la «psicología» y «las ciencias sociales» no tienen fin, naturalmente. La mayor, parte de ellas han sido intentos formales para integrar una diversidad de ideas sobre el «individuo» y el «grupo». Es indudable que todas son útiles en cierto modo a alguien; afortunadamente, en nuestro

esfuerzo por formular aquí el alcance de la ciencia social, no tienen por qué interesamos. Aunque los psicólogos pueden definir su campo de trabajo, el economista, el sociólogo, el cultivador de la ciencia política, el antropólogo y el historiador, en sus estudios de la sociedad humana tienen que atenerse a suposiciones sobre la «naturaleza humana». Esas suposiciones suelen caer ahora en la disciplina fronteriza de la «psicología social».

El interés por este campo de estudios ha aumentado a causa de que la psicología, como la historia, es tan fundamental para trabajar en ciencias sociales, que hasta que los psicólogos no se dedicaron a los problemas implicados en él, los investigadores sociales tuvieron que ser sus propios psicólogos. Los economistas, los más «formalizados» con mucho de los investigadores sociales, han llegado a saber que el antiguo «hombre económico», hedonista y calculador, ya no puede ser considerado como fundamento psicológico de un estudio adecuado de las instituciones económicas. Dentro de la antropología ha surgido un fuerte interés por la «personalidad y la cultura»; dentro de la sociología, como de la psicología, la «psicología social» es ahora un campo de estudio muy trabajado.

En reacción contra estos acontecimientos intelectuales, algunos psicólogos han emprendido diversidad de trabajos sobre «psicología social», otros han intentado, en variedad de modos, redefinir la psicología para retener un campo de estudio independiente de factores manifiestamente sociales, y otros han limitado sus actividades a trabajar sobre psicología humana. No deseo examinar aquí las especialidades académicas que han surgido dentro de la psicología —campo actualmente muy roto y escindido— y mucho menos juzgarlas.

Hay un estilo de reflexión psicológica que no ha sido admitido explícitamente por psicólogos académicos, pero que no por eso ha dejado de ejercer influencia sobre ellos, lo mismo que sobre toda nuestra vida intelectual. En psicoanálisis, y especialmente en la obra misma de Freud, el problema de la naturaleza de la naturaleza humana es enunciado en su sentido más amplio. En suma, durante la última generación los psicoanalistas menos rígidos y los influidos por ellos han dado dos pasos adelante:

Primero, la fisiología del organismo individual ha sido trascendida y empiezan a estudiarse los pequeños círculos familiares en que ocurren tan espantosos melodramas. Puede decirse que Freud descubrió desde un punto de vista inesperado —el médico— el análisis del individuo y de su familia parental. La «influencia» de la familia sobre el individuo ya había sido advertida, naturalmente; lo nuevo fue que, como institución social, se convirtió, según la opinión de Freud, en factor intrínseco del carácter y del destino interiores del individuo.

Segundo, el elemento social se amplió grandemente bajo las lupas del psicoanálisis, en especial por lo que puede llamarse trabajo sociológico sobre el super-ego. En los Estados Unidos, a la tradición psicoanalítica se unió otra que

procede de fuentes totalmente diferentes y que tuvo su primer florecimiento en el behaviorismo o conductismo social de George H. Mead. Pero después se produjo en ella una limitación o una vacilación. El ambiente en pequeña escala de las «relaciones interpersonales» se ve ahora claramente; pero no se ve el amplio contexto en que esas relaciones mismas, y en consecuencia el individuo mismo, están situados. Hay, desde luego, excepciones, particularmente Erich Fromm, que ha relacionado las instituciones económicas y religiosas e investigado sus significados para diferentes tipos de individuos. Una razón del titubeo general es el limitado papel social del analista: su trabajo y sus perspectivas están profesionalmente vinculados al paciente individual; son limitados los problemas de que puede fácilmente tener conocimiento, dadas las especiales condiciones de su trabajo. Infortunadamente, el psicoanálisis no se ha convertido en una parte firme e integrante de la investigación académica.[62]

El siguiente paso adelante en psicoanálisis es hacer plenamente para otros sectores institucionales lo que Freud empezó a hacer tan magníficamente para las instituciones parentales de un tipo seleccionado. Lo que es necesario es la idea de estructura social en cuanto compuesta de órdenes institucionales, cada uno de los cuales debemos estudiar psicológicamente como Freud estudió ciertas instituciones parentales. En psiquiatría —la verdadera terapia de las relaciones «interpersonales»— ya hemos empezado a plantear cuestiones acerca de un punto fundamental inquietante: la tendencia a enraizar valores y normas en las supuestas necesidades del individuo *per se*. Pero si la misma naturaleza del individuo no puede ser comprendida sin una estrecha referencia a la realidad social, tenemos que analizarlo en esa referencia. Tal análisis comprende no sólo la localización del individuo, como entidad biográfica, dentro de diversos medios interpersonales, sino la localización de esos medios dentro de las estructuras sociales de que forman parte.

5

Sobre la base de los progresos del psicoanálisis, así como del conjunto de la psicología social, es posible ahora exponer brevemente los intereses psicológicos de las ciencias sociales. Enumero aquí del modo más escueto sólo aquellas proposiciones que considero como los atisbos más fértiles o, por lo menos, como supuestos legítimos por parte del investigador social al trabajo.[63]

No puede entenderse adecuadamente la vida de un individuo sin referencias a las instituciones dentro de las cuales se desarrolla su biografía. Porque esa biografía registra la adquisición, el abandono, la modificación, y de un modo muy íntimo, el paso de un papel a otro. El individuo es un niño de cierto tipo de familia, un compañero en cierto tipo de grupo de muchachos, estudiante, obrero, presidente de un jurado, general, madre. Gran parte de la vida humana consiste en la representación de esos papeles dentro de instituciones específicas. Para comprender la biografía de un individuo, tenemos que comprender la significación y el sentido de los papeles que

representó y que representa; para comprender esos papeles, tenemos que comprender las instituciones de que forma parte.

Pero el concepto del hombre como criatura social nos permite ahondar mucho más que en la mera biografía externa como serie de papeles sociales. Ese concepto nos obliga a comprender los rasgos más internos y «psicológicos» del hombre, en particular la imagen que tiene de sí mismo y su consciencia y, ciertamente, el desarrollo mismo de su mente. Muy bien puede ser que el descubrimiento más radical en la psicología y la ciencia social recientes sea el de cómo tantos de los rasgos más íntimos de la persona son socialmente compartidos y hasta inculcados. Dentro de los amplios límites del aparato glandular y nervioso, las emociones de miedo y odio, amor y cólera, en todas sus variedades, deben ser interpretadas en estrecha y constante referencia a la biografía y al contexto sociales en que son experimentadas y expresadas. Dentro de los amplios límites de la fisiología de los órganos de los sentidos, nuestra misma percepción del mundo físico, los colores que distinguimos, los olores qué percibimos, los ruidos que oímos, están socialmente tipificados y circunscritos. Las motivaciones de los hombres, y aun el grado variable en que los diferentes tipos de hombres tienen un conocimiento típico de ellas, deben interpretarse en relación con los vocabularios de motivación que prevalecen en una sociedad y con los cambios y confusiones sociales que tienen lugar entre esos vocabularios.

La biografía y el carácter del individuo no pueden ser entendidos meramente en relación con los ambientes, y seguramente no del todo en relación con los primeros ambientes, es decir, los del niño y del muchacho. La comprensión adecuada exige que captemos el juego recíproco entre esos ambientes íntimos y su armazón estructural más amplio, y que tengamos en cuenta las transformaciones de ese armazón y los consiguientes efectos sobre los ambientes. Cuando comprendemos las estructuras sociales y los cambios estructurales tal como actúan sobre escenarios y experiencias más íntimos, podemos comprender las causas de la conducta y de los sentimientos individuales de que los hombres situados en medios específicos no tienen conocimiento. La prueba de que es adecuada una concepción de cualquier tipo de hombre no puede estribar en que los individuos de ese tipo la encuentren gratamente conforme con la imagen que tienen de sí mismos. Puesto que viven en medios restringidos, no puede ni debe esperarse que los hombres conozcan todas las causas de su situación y los límites de su personalidad. Son verdaderamente raros los grupos de hombres que tienen opiniones adecuadas de sí mismos y de sus propias situaciones sociales. Suponer lo contrario, como se hace con frecuencia, por virtud de los métodos de algunos investigadores sociales, es suponer un grado de autoconciencia y autoconocimiento racionales que no admitirían ni aun los psicólogos del siglo XVIII. La idea de Max Weber del «hombre puritano», de sus móviles y de su función dentro de las instituciones religiosas y económicas, nos permite comprenderlo mejor que se comprende él mismo: el uso que hace Weber de la noción de estructura le permitió

trascender el conocimiento que de sí mismo y de su ambiente tiene el «individuo».

La importancia de la primera experiencia, el «peso» de la infancia en la psicología del carácter adulto, es relativo al tipo de infancia y al tipo de biografía social que prevalece en diferentes sociedades. Es manifiesto ahora, por ejemplo, que el papel del «padre» en la formación de la personalidad debe formularse dentro de los límites de tipos específicos de familias y en relación con el lugar que dichas familias ocupan en la estructura social de que forman parte.

La idea de estructura social no puede formarse sólo con ideas o hechos relativos a una serie específica de individuos y al modo como reaccionan ante sus ambientes. Los intentos de explicar los acontecimientos sociales e históricos a base de teorías psicológicas sobre «el individuo», se apoyan a menudo en el supuesto de que la sociedad no es otra cosa que una gran dispersión de individuos y que, en consecuencia, si lo sabemos todo acerca de esos «átomos» podremos reunir de algún modo nuestras informaciones y conocer así la sociedad. No es un supuesto provechoso. En realidad, no podemos conocer ni lo más elemental acerca del «individuo» por ningún estudio psicológico suyo que lo considere como una criatura socialmente incomunicada. Salvo en la construcción abstracta de modelos, que puede ser útil, desde luego, los economistas no pueden dar por supuesto el «hombre económico»; ni pueden los psiquiatras de la vida de familia (y prácticamente todos los psiquiatras son, de hecho, especialistas de ese solo sector social) dar por supuesto el clásico hombre edipiano. Porque así como las relaciones estructurales de los papeles económico y político son ahora decisivas para comprender la conducta económica de los individuos, así lo son también los grandes cambios sobrevenidos, a partir de la paternidad victoriana, en los papeles dentro de la familia y en la localización de la familia como institución dentro de las sociedades modernas.

El principio de la especificidad histórica es tan válido en psicología como en ciencias sociales. Aun rasgos absolutamente íntimos de la vida interior del hombre se formulan mejor como problemas dentro de contextos históricos específicos. Para darse cuenta de que ésta es una suposición enteramente razonable, no hay más que pensar por un momento en la enorme variedad de hombres y mujeres que se despliega en el curso de la historia humana. Los psicólogos, lo mismo que los investigadores sociales, debieran pensar bien lo que es el «hombre» antes de decir nada acerca de él.

La diversidad humana es tal, que ninguna psicología «elemental», ninguna teoría de los «instintos», ningún principio de «naturaleza humana fundamental», entre los que conocemos, nos permite explicar la enorme variedad de tipos y de individuos humanos. Nada que pueda decirse del hombre, aparte de lo que es inherente a las realidades histórico-sociales de la vida humana, se referirá meramente a los amplios límites biológicos de la especie humana y a sus potencialidades. Pero dentro de esos límites y originado en esas potencialidades, se nos ofrece un panorama de tipos humanos. Tratar de explicarlo de acuerdo con una teoría de la «naturaleza

fundamental del hombre» es confinar la historia humana misma en una pequeña y árida jaula de conceptos sobre la «naturaleza humana», con la misma frecuencia con que se la construye sobre algunas trivialidades precisas e insignificantes relativas al ratón metido en un laberinto.

Barzun y Graff observan que «el título de *Sexual Behavior in the Human Male*, del famoso libro del Dr. Kinsey, es ejemplo notable de un supuesto oculto —y en este caso falso—: el libro no trata de machos humanos, sino de hombres de los Estados Unidos a mediados del siglo XX… La idea misma de naturaleza humana es un supuesto de la ciencia social, y decir que forma el asunto de sus informaciones es incurrir en petición del principio fundamental. No puede haber más que "cultura humana", cosa sumamente mudable».[64]

La idea de una «naturaleza humana» común al hombre como hombre es una violación de la especificidad social e histórica que exige el cuidadoso trabajo en los estudios humanos; por lo menos es una abstracción que los investigadores sociales no tienen derecho a hacer. Indudablemente, debemos recordar de vez en cuando que en realidad no sabemos mucho acerca del hombre, y que todo el conocimiento que tenemos no elimina por completo el misterio que rodea a su diversidad tal como ésta se revela en la historia y en la biografía. Algunas veces queremos sumergirnos en ese misterio, saber que somos, en definitiva, una parte de él, y quizá debiéramos hacerlo; pero como somos hombres de Occidente, inevitablemente estudiaremos también la diversidad humana, lo cual significa para nosotros eliminar el misterio de nuestra opinión acerca de ella. No olvidemos, al hacerlo, que es la diversidad humana lo que estamos estudiando y cuán poco sabemos del hombre, de la historia, de la biografía y de las sociedades de las cuales somos al mismo tiempo criaturas y creadores.

IX. SOBRE LA RAZÓN Y LA LIBERTAD

LA CULMINACIÓN del interés del investigador social por la historia es la idea que llega a formarse de la época en que vive. La culminación de su interés por la biografía es la idea que llega a hacerse de la naturaleza fundamental del hombre y de los límites que ella puede poner a la transformación del hombre por el curso de la historia.

Todos los investigadores sociales clásicos se han interesado por las características sobresalientes de su época y por el problema de cómo se está haciendo en ella la historia; por «la naturaleza de la naturaleza humana» y por la diversidad de individuos que prevalece en sus periodos. Marx, Sombart y Weber, Comte y Spencer, Durkheim y Veblen, Mannheim, Schumpeter y Michel han afrontado esos problemas, cada uno a su manera. En nuestros tiempos más inmediatos, sin embargo, no lo han hecho muchos investigadores sociales. Pero es precisamente ahora, en la segunda mitad del siglo XX, cuando esas cuestiones son urgentes como problemas, persistentes como inquietudes y vitales para la orientación cultural de nuestros estudios humanos.

1

En la actualidad los hombres buscan en todas partes saber dónde están, a dónde van y qué pueden hacer —si es que pueden hacer algo— sobre el presente como historia y el futuro como responsabilidad. Esas preguntas no puede contestarlas nadie de una vez por todas. Cada época da sus propias respuestas. Pero precisamente ahora hay una dificultad para nosotros. Estamos a fines de una época y tenemos que buscar nuestras propias contestaciones.

Estamos al final de la que se ha llamado Edad Moderna. Así como la Edad Antigua fue seguida de varios siglos de predominio oriental, que los occidentales llamaron, con sentido provincial, la Edad Media o Edad del Oscurantismo, así ahora la Edad Moderna empieza a ser seguida por una edad posmoderna. Quizás podamos llamarla la Cuarta Época.

El final de una época y el comienzo de otra es, seguramente, cuestión de definiciones. Pero las definiciones, como todo lo social, son históricamente específicas. Y ahora nuestras definiciones básicas de la sociedad y del yo están siendo rebasadas por realidades nuevas. No quiero decir meramente que nunca antes, en los límites de una sola generación, hayan estado los hombres tan plenamente expuestos, y a ritmo tan rápido, a cambios tan radicales. No quiero decir meramente que sentimos que nos hallamos en un momento de transición de una época a otra, y que luchamos por captar el perfil de la época nueva que suponemos que está empezando. Quiero decir que cuando tratamos de orientamos —si es que tratamos— encontramos que demasiadas de nuestras antiguas expectativas e imágenes son, después de todo,

históricamente limitadas; que demasiadas de nuestras categorías normativas de pensamiento y de sentimiento tan pronto nos desorientan como nos ayudan a explicar lo que sucede en tomo nuestro; que demasiadas de nuestras explicaciones proceden de la gran transición histórica de la Edad Media a la Moderna; y que cuando se las generaliza para usarlas hoy, se hacen pesadas, inaplicables, no convincentes. Quiero decir también que nuestras principales orientaciones —el liberalismo y el socialismo — se han desplomado virtualmente como explicaciones adecuadas del mundo y de nosotros mismos.

Esas dos ideologías proceden de la Ilustración, y han tenido muchos supuestos y valores comunes. En ambas, se considera la creciente racionalidad como la condición primera de una creciente libertad. La noción liberadora del progreso por la razón, la fe en la ciencia como un bien puro y sin mezcla, la demanda de educación popular y la fe en su significación política para la democracia, todos estos ideales de la Ilustración han descansado sobre el feliz supuesto de las relaciones inmanentes entre la razón y la libertad. Los pensadores que más han hecho por moldear nuestros modos de pensar, han procedido de acuerdo con ese supuesto. Está en la base de cada movimiento y cada matiz de la obra de Freud: Para ser libre, el individuo debe ser más racionalmente consciente; la terapia es una ayuda para dar a la razón su oportunidad para trabajar libremente en el curso de la vida de un individuo. El mismo supuesto apuntala la línea principal de la obra marxista: Los hombres, aprisionados en la anarquía irracional de la producción, deben ser racionalmente conscientes de su situación en la sociedad, deben adquirir «conciencia de clase», cuyo sentido marxista es tan racionalista como el sentido de cualquier expresión de Bentham.

El liberalismo se ha interesado por la libertad y la razón como hechos supremos en lo que afecta al individuo; el marxismo, como hechos supremos en lo que afecta al papel del hombre en el hacer político de la historia. Los liberales y los radicales de la Época Moderna han sido por lo general hombres que creyeron que la historia se forja racionalmente y que cada individuo forja del mismo modo su propia biografía.

Pero lo que ha estado ocurriendo en el mundo evidencia, según creo, por qué las ideas de libertad y de razón parecen ahora tan frecuentemente ambiguas tanto en la nueva sociedad capitalista como en la sociedad comunista de nuestro tiempo; por qué el marxismo se ha convertido tantas veces en una monótona retórica de defensa y abuso burocráticos, y el liberalismo en un modo trivial e insignificante de enmascarar la realidad social. Los acontecimientos principales de nuestro tiempo creo que no pueden entenderse correctamente de acuerdo con la interpretación liberal ni de acuerdo con la interpretación marxista de la política y de la cultura. Esas maneras de pensar nacieron como guías de la reflexión acerca de tipos de sociedad que no existen ahora. John Stuart Mill no examinó nunca los tipos de economía política que están naciendo ahora en el mundo capitalista. Karl Marx no analizó nunca los tipos de sociedad que están naciendo ahora en el bloque comunista. Y ninguno de ellos pensó nunca en los problemas de los llamados países subdesarrollados, en que se esfuerzan

por vivir hoy siete de cada diez hombres. Ahora tenemos delante nuevos tipos de estructura social que, en relación con los ideales «modernos», no admiten el análisis en los términos, liberales y socialistas que hemos heredado.

La marca ideológica de la Cuarta Época —lo que la contrapone a la Edad Moderna— es que las ideas de libertad y de razón se han hecho discutibles, y que la creciente racionalidad ya no puede suponerse que trabaje en favor de una libertad creciente.

2

El papel de la razón en los asuntos humanos y la idea del individuo libre como sede de la razón son los temas más importantes heredados por los investigadores sociales del siglo XX de los filósofos de la Ilustración. Si han de seguir siendo los valores claves de acuerdo con los cuales se especifican las inquietudes y se enfocan los problemas, entonces los ideales de razón y de libertad tienen que ser re-formulados ahora como problemas de manera más precisa y resoluble que la que conocieron los pensadores e investigadores anteriores. Porque en nuestro tiempo esos dos valores, razón y libertad, corren peligro manifiesto aunque sutil.

Las tendencias subyacentes son bien conocidas. Las grandes y racionales organizaciones —en suma, las burocracias— han aumentado, ciertamente, pero la razón sustantiva del individuo en general, no. Aprisionados en los limitados ambientes de sus vidas cotidianas, los hombres corrientes no pueden con frecuencia razonar sobre las grandes estructuras —racionales e irracionales— de que sus ambientes son partes subordinadas. En consecuencia, llevan a cabo series de acciones aparentemente racionales sin tener idea de los fines a los que sirven, y hay la creciente sospecha de que también los que están en la cumbre —como los generales de Tolstoi— sólo pretenden conocerlos. El crecimiento de esas organizaciones, dentro de una división cada vez más grande del trabajo, afecta a más y más esferas de vida en las que es difícil o imposible razonar. El soldado, por ejemplo, «lleva a cabo con exactitud toda una serie de acciones funcionalmente racionales sin tener idea del fin último de esas acciones» ni de la función de cada una de ellas dentro del conjunto.[65] Hasta hombres de inteligencia técnicamente suprema pueden realizar eficazmente el trabajo que les ha sido asignado y no saber, sin embargo, que su resultado iba a ser la primera bomba atómica.

Resulta que la ciencia no es un Segundo Advenimiento tecnológico. Que sus técnicas y su racionalidad tengan un lugar central en una sociedad no quiere decir que los hombres vivan racionalmente y sin mitos, fraudes ni supersticiones. La instrucción universal puede llevar a la idiotez tecnológica y al provincialismo nacionalista, y no a la inteligencia ilustrada e independiente. La distribución en masa de la cultura histórica no puede elevar el nivel de la sensibilidad cultural, sino más bien trivializarla, simplemente, y rivalizar poderosamente con la oportunidad para la

innovación creadora. Un alto nivel de racionalidad burocrática y de tecnología no significa un alto nivel de inteligencia individual o social. Del primero no puede inferirse el segundo. Porque la racionalidad social, tecnológica o burocrática no es meramente una gran recapitulación de la voluntad y el talento del individuo para razonar. La oportunidad misma para adquirir esa voluntad y ese talento más bien parecen, en realidad, disminuir con ella. Los dispositivos sociales racionalmente organizados no son necesariamente medios de aumentar la libertad para el individuo o para la sociedad. De hecho, muchas veces son medios de tiranía y de manipulación, medios de expropiarle a la razón su oportunidad, la capacidad misma para obrar como hombre libre.

Sólo desde unas pocas posiciones de mando o —como puede ser el caso— simplemente ventajosas, es fácilmente posible en la estructura racionalizada comprender las fuerzas estructurales que operan en el conjunto que afectan así a cada parte limitada de que tienen conocimiento los hombres corrientes.

Las fuerzas que dan forma a esos ambientes no se originan en ellos ni pueden controlarlas quienes viven sumergidos en ellos. Además, esos ambientes son ellos mismos cada vez racionalizados. Las familias lo mismo que las fábricas, el asueto lo mismo que el trabajo, los vecinos lo mismo que los Estados, tienden también a convertirse en partes de una totalidad funcionalmente racional, o están sujetos a fuerzas incontroladas e irracionales.

La creciente racionalización de la sociedad, la contradicción entre esa racionalidad y la razón, la quiebra de la supuesta coincidencia de razón y libertad, estos hechos están detrás de la aparición del hombre «con» racionalidad pero sin razón, que cada vez es más auto-racionalizado y cada vez se encuentra más a disgusto. Es en relación con este tipo de hombre como mejor puede enunciarse el problema contemporáneo de la libertad. Pero esas tendencias y recelos con frecuencia no se formulan como problemas, y seguramente no son reconocidos en general como dificultades ni sentidos como inquietudes.

Realmente, es el hecho de no reconocer su carácter, de su falta de formulación, el rasgo más importante del problema contemporáneo de la libertad y la razón.

3

Desde el punto de vista del individuo, mucho de lo que ocurre parece resultado de manipulaciones, de gestiones, de impulsos ciegos; con frecuencia la autoridad no es explícita; los que ejercen el poder creen muchas veces no necesitar hacerla explícita y justificarla. Ésa es una razón por la cual los hombres corrientes, cuando se sienten disgustados o están en dificultades, no pueden ver blancos claros para su pensamiento y su acción, no pueden determinar qué es lo que pone en peligro los valores que vagamente disciernen como suyos.

Dados estos efectos de la tendencia ascendente a la racionalización, el individuo

«hace todo lo que puede». Engrana sus aspiraciones y su trabajo con la situación en que está, y de la cual no puede salir. A su debido tiempo, no busca una salida: se adapta.

La parte de su vida que no dedica al trabajo, la emplea en jugar, en consumir, en «divertirse». Pero también esta esfera de consumo está siendo racionalizada. Enajenado de la producción, del trabajo, lo es también del consumo, del verdadero descanso. Esta adaptación del individuo y sus efectos sobre su medio y su yo tiene por consecuencia no sólo la pérdida de su oportunidad y, con el tiempo, de su capacidad y su voluntad para razonar; afecta también a sus oportunidades y su capacidad para obrar como un hombre libre. Verdaderamente, ni el valor de la libertad ni el de la razón parecen serle conocidos.

Esos hombres adaptados no son necesariamente poco inteligentes, aun después de haber vivido y trabajado y jugado en tales circunstancias durante algún tiempo. Karl Mannheim ha aclarado el punto al hablar de «auto-racionalización», que se refiere al modo en que un individuo, aprisionado en los limitados segmentos de las grandes organizaciones racionales, llega sistemáticamente a regular sus impulsos y sus aspiraciones, su modo de vivir y sus modos de pensar, con estricto apego a las «reglas y estatutos de la organización». La organización racional es, de esta suerte, una organización enajenadora: los principios guías de la conducta y de la reflexión, y con el tiempo también los de la emoción, no tienen su asiento en la conciencia individual del hombre de la Reforma ni en la razón independiente del hombre cartesiano. En realidad, esos principios guías son ajenos a todo lo que se ha entendido históricamente por individualidad, y están en contradicción con ella. No es decir demasiado el afirmar que en su extremo desarrollo la oportunidad para la razón de la mayor parte de los hombres es destruida al aumentar la racionalidad y pasar su localización y su control del individuo a la organización en gran escala. Hay, pues, racionalidad sin razón. Tal racionalidad no es conmensurable con la libertad, sino destructora de ella.

No es extraño que el ideal de la individualidad se haya hecho controvertible: en nuestro tiempo, lo que está en discusión es la naturaleza misma del hombre, la imagen que nosotros tenemos de sus límites y posibilidades como hombre. La historia no se hace todavía con la exploración de los límites y significados de la «naturaleza humana». No sabemos cuán profunda puede ser la transformación psicológica del hombre al pasar de la Edad. Moderna a la época contemporánea. Pero ahora podemos formular la pregunta en una forma definitiva: ¿Llegará a prevalecer, o siquiera a florecer, entre los hombres contemporáneos lo que puede llamarse el Robot Alegre?

Sabemos, desde luego, que el hombre puede ser convertido en un robot por medios químicos y psiquiátricos, por la coacción incesante y por la acción de un ambiente controlado, pero también por presiones fortuitas y series de circunstancias no planeadas. Pero ¿puede hacérsele que quiera convertirse en un robot animado y complaciente? ¿Puede ser feliz en ese estado, y cuáles son las cualidades y el

significado de esa felicidad? Eso ya no supone meramente, como metafísica de la naturaleza humana, que existe muy profundamente, en el hombre-como-hombre, el impulso hacia la libertad y la voluntad de razonar. Ahora debemos preguntarnos: ¿Qué es lo que en la naturaleza del hombre, en la actual situación humana, en cada una de las variedades de estructura social, contribuye al ascendiente del robot animado? ¿Y qué es lo que actúa contra él?

El advenimiento del hombre enajenado y todos los temas que están detrás de su advenimiento afecta al conjunto de toda nuestra vida intelectual seria y causa nuestro malestar intelectual inmediato. Es uno de los temas principales de la situación humana en la época contemporánea y de todos los estudios dignos de ese nombre. No conozco idea, tema ni problema tan profundo en la tradición clásica y tan relacionado con la posible insolvencia de la ciencia social contemporánea.

Es lo que Karl Marx distinguió tan brillantemente en sus primeros ensayos sobre «enajenación»; y es lo que más le interesa a Georg Simmel en su justamente famoso ensayo sobre «The Metropolis»; y Graham Wallas tuvo conocimiento de ello en su obra sobre la Gran Sociedad. Está detrás de la concepción del «autómata» de Fromm. El miedo a que ese tipo de hombre tome ascendiente está en la base de muchos de los usos más recientes de conceptos sociológicos clásicos como los de «situación y contrato», «comunidad y sociedad». Es el duro sentido de nociones como la del «otro-dirigido» de Riesman y la «ética social» de Whyte. Y, desde luego, en forma más popular, el triunfo —si es que esto puede llamarse triunfo— de semejante hombre es el significado clave de 1984 de George Orwell.

En el lado positivo —lado más que real anhelado actualmente— los amplios significados del «ello» de Freud, de la «Freiheit» de Marx, del «yo» de George Mead, de la «espontaneidad» de Karen Horney, radican en el uso de esas concepciones contra el triunfo del hombre enajenado. Intentan encontrar en el hombre como tal algún centro que les permita creer que al fin no podrá ser convertido en tal criatura enajenada, que no llegará a serlo nunca: enajenada de la naturaleza, de la sociedad, de sí misma. La clamorosa petición de «comunidad» es un intento, equivocado creo yo, para afirmar las circunstancias que eliminarían la probabilidad de semejante hombre. Y muchos pensadores humanistas han llegado a creer que muchos psiquiatras, con su práctica, producen esos hombres enajenados y auto-racionalizados, por lo cual rechazan esos procedimientos adaptativos. Detrás de todo esto —y mucho más de la angustia y el pensamiento tradicional y corriente entre los estudiosos del hombre serios e inteligentes— está el hecho simple y decisivo de que el hombre enajenado es la antítesis de la imagen occidental del hombre libre. La sociedad en que ese hombre, en que este robot animado, florece, es la antítesis de la sociedad libre, o en el sentido literal y llano de la palabra, de una sociedad democrática. El advenimiento de ese hombre apunta a la libertad como inquietud, como problema, y —esperémoslo— como problema también para los investigadores sociales. Formulado como inquietud del individuo —de cuyos términos y valores éste se siente penosamente ignorante—,

es la inquietud llamada «enajenación». Como problema para los públicos —a cuyos términos y valores son principalmente indiferentes—, es en igual grado el problema de la sociedad democrática, como hecho y como aspiración.

Precisamente porque este problema y esta inquietud no son ahora ampliamente reconocidos, y así no existen de hecho como inquietudes y problemas explícitos, el malestar y la indiferencia que los presagian son tan profundos y tan extensos en su significado y sus efectos. Esto es hoy una parte importante del problema de la libertad, visto como su contexto político, y es parte importante del reto intelectual que la formulación del problema de la libertad ofrece a los investigadores sociales contemporáneos.

No es simplemente paradójico decir que los valores de la libertad y de la razón están detrás de la ausencia de inquietudes, detrás del incómodo sentimiento de malestar y enajenación. De un modo análogo, el problema al cual llevan más típicamente las modernas amenazas a la libertad y a la razón, es, sobre todo, la ausencia de problemas explícitos, a la apatía y no a problemas explícitamente definidos como tales.

Los problemas y las inquietudes no han sido aclarados porque los talentos y las cualidades del hombre que se requieren para aclararlos son la libertad y la razón mismas que están amenazadas y disminuidas. Ni las inquietudes ni los problemas han sido seriamente formulados como problemas de los tipos de ciencia social que he venido criticando en este libro. La promesa de la ciencia social clásica es, en parte considerable, que lo serán.

4

Las inquietudes y los problemas suscitados por las crisis de la razón y de la libertad no pueden, naturalmente, formularse como un gran problema único, pero tampoco pueden ser planteados, y mucho menos resueltos, manejando microscópicamente cada uno de ellos como una serie de problemas en pequeña escala, o de inquietudes confinadas a una dispersión de ambientes. Son problemas estructurales, y el enunciarlos requiere que trabajemos en los términos clásicos de biografía humana y de historia de época. Únicamente en esos términos pueden ser descubiertas las conexiones de estructura y ambiente que efectúan hoy esos valores y hacerse el análisis casual. La crisis de la individualidad y la crisis de la realización de la historia; el papel de la razón en la vida individual libre y en la realización de la historia: en la re-formulación y aclaración de esos problemas radica la promesa de las ciencias sociales.

La promesa moral e intelectual de las ciencias sociales es que la libertad y la razón seguirán siendo valores estimados, que serán usados seria y consecuentemente e imaginativamente en la formulación de los problemas. Pero ésta es también la promesa política de lo que se llama vagamente cultura occidental. Dentro de las

ciencias sociales coinciden las crisis políticas y las crisis intelectuales de nuestro tiempo: el trabajo serio en una de esas esferas es también trabajo serio en la otra. Las tradiciones políticas del liberalismo clásico y del socialismo clásico juntas constituyen nuestras principales tradiciones políticas. El colapso de esas tradiciones como ideologías ha tenido relación con la decadencia de la individualidad libre y de la razón en los asuntos humanos. Toda re-formulación política contemporánea de fines liberales y, socialistas debe incluir como fundamental la idea de una sociedad en la que todos los hombres serían hombres de razón independiente y cuyo libre razonar tendría consecuencias estructurales para sus sociedades, su historia y, en consecuencia, para los destinos de sus propias vidas.

El interés del investigador social en la estructura social no se debe a ninguna opinión de que el futuro esté estructuralmente determinado. Estudiamos los límites estructurales de la decisión humana con el intento de encontrar puntos de intervención efectiva, a fin de saber lo que puede y lo que debe ser cambiado estructuralmente si ha de ampliarse el papel de la decisión explícita en la realización de la historia. Nuestro interés por la historia no se debe a ninguna opinión de que el futuro es inevitable, de que el futuro está decidido por el pasado. Que los hombres hayan vivido en el pasado en ciertos tipos de sociedad no pone límites exactos ni absolutos a los tipos de sociedad que puedan crear en lo futuro. Estudiamos la historia para discernir las alternativas dentro de las cuales la razón humana y la libertad humana pueden hacer historia ahora. Estudiamos estructuras sociales históricas, en suma, para encontrar en ellas los modos como son y como pueden ser controladas. Porque sólo de esta manera llegaremos a conocer los límites y el sentido de la libertad humana.

La libertad no es meramente la oportunidad de que uno actúe como le plazca, ni es simplemente la oportunidad de elegir entre alternativas dadas. La libertad es, ante todo, la oportunidad de formular las elecciones posibles, de discutirlas, y después la oportunidad de elegir. Por eso no puede existir libertad sin un amplio papel de la razón humana en los asuntos humanos. Dentro de la biografía de un individuo y dentro de la historia de una sociedad, la tarea social de la razón es formular términos de elección, ampliar el alcance de las decisiones humanas y la realización de la historia. El futuro de los asuntos humanos no es meramente una serie de variables que puedan predecirse. El futuro es lo que se decidirá, dentro de los límites, sin duda alguna, de la posibilidad histórica. Pero esa posibilidad no está fijada; en nuestro tiempo los límites parecen, en verdad, muy amplios.

Además de eso, el problema de la libertad es el problema de cómo se tomarán decisiones acerca del futuro de los asuntos humanos y quién las tomará. En el aspecto de la organización, es el problema de una maquinaria justa de decisión. Moralmente, es el problema de la responsabilidad política. Intelectualmente, es el problema de cuáles son ahora los posibles futuros de los asuntos humanos. Pero los mayores aspectos del problema de la libertad conciernen hoy no sólo a la naturaleza de la

historia y a la oportunidad estructural para decisiones explícitas que varíen su curso; conciernen también a la naturaleza del hombre y al hecho de que el valor de la libertad no puede basarse sobre «la naturaleza básica del hombre». El problema definitivo de la libertad es el del robot alegre, y surge hoy en esta forma porque hoy se nos ha hecho evidente que no *todos* los hombres *quieren* por naturaleza ser libres; que no todos los hombres están dispuestos o son capaces, según los casos, de esforzarse en adquirir la razón que la libertad exige.

¿En qué condiciones llegan los hombres a *querer* ser libres y capaces de obrar libremente? ¿En qué condiciones están dispuestos y son capaces de soportar las cargas que la libertad impone y verlas menos como cargas que como auto-transformaciones gustosamente emprendidas? Y en el lado negativo: ¿Puede hacerse a los hombres querer convertirse en robots alegres?

¿No debemos, en nuestro tiempo, tener presente la posibilidad de que la mente humana como hecho social pueda estar en decadencia en cuanto a calidad y nivel cultural, y que haya aún muchos que no lo adviertan a causa de la abrumadora acumulación de artificios tecnológicos? ¿No es ése uno de los sentidos de la racionalidad sin razón? ¿De la enajenación humana? ¿De la ausencia de todo papel libre para la razón en los asuntos humanos? La acumulación de artefactos oculta estos sentidos: Los que usan esos artefactos no los entienden; los que los inventan no entienden otras muchas cosas. Por eso no podemos, sin gran ambigüedad, usar la abundancia tecnológica como índice de la calidad humana y del progreso cultural.

La formulación de todo problema requiere que enunciemos los valores implicados y la amenaza a esos valores. Porque la amenaza sentida a los valores estimados —tales como los de la libertad y de la razón— es la sustancia moral necesaria de todos los problemas importantes de investigación social y también de todos los problemas públicos y de todas las inquietudes privadas.

Los valores implícitos en el problema cultural de la individualidad están convenientemente encarnados en todo lo que sugiere el ideal del Hombre del Renacimiento. La amenaza a ese ideal es el ascendiente entre nosotros del robot alegre.

Los valores implícitos en el problema político de la realización de la historia están encarnados en el ideal prometeico de hacerla humana. La amenaza a ese ideal es doble: Por una parte, la realización de la historia puede pecar de omisión o incumplimiento, pues los hombres pueden seguir renunciando a hacerla deliberadamente, dejándose llevar a la deriva; por otra parte, la historia puede ser realmente hecha, pero por pequeñas minorías sin responsabilidad efectiva ante quienes deben esforzarse en sobrevivir a las consecuencias de sus decisiones y de sus omisiones.

No conozco respuesta para la cuestión de la irresponsabilidad política en nuestro tiempo ni para la cuestión cultural y política del robot alegre. Pero ¿no es evidente

que no se encontrarán soluciones a no ser que por lo menos se afronten esos problemas? ¿No es manifiesto que quienes deben afrontarlos son, más que nadie, los investigadores sociales de las sociedades ricas? Que muchos de ellos no lo hagan ahora es con toda seguridad la mayor omisión humana cometida por hombres privilegiados en nuestros tiempos.

X. SOBRE POLÍTICA

No es necesario que los investigadores sociales permitan que el sentido político de su trabajo sea modelado por los «accidentes» de su ambiente, o que determinen su uso los fines de otros hombres. Está perfectamente dentro de sus facultades discutir su significación y decidir de su uso como cosas de su propia incumbencia. En medida considerable, y no comprobada en gran parte, pueden influir o hasta determinar esas políticas. Tal determinación requiere que hagan juicios explícitos y tomen decisiones acerca de teoría, método y hechos. En cuanto materia de política, esos juicios son de la incumbencia propia del sabio individual así como de la fraternidad. Pero ¿no es evidente que los juicios morales y políticos implícitos tienen mucha más influencia que las discusiones explícitas de política personal y profesional? Únicamente haciendo esas influencias materia de debate político pueden los hombres tener pleno conocimiento de ellas y tratar de controlar sus consecuencias sobre la obra de la ciencia social y sobre su sentido político.

No hay modo de que un investigador social pueda evitar el hacer juicios de valor e implicarlos en el conjunto de su trabajo. Los problemas y las inquietudes se refieren a las amenazas contra los valores estimados, y no pueden ser formulados claramente sin reconocer esos valores. La investigación y los investigadores sociales son usados cada vez más para fines burocráticos e ideológicos. Siendo así, los estudiosos del hombre y de la sociedad tienen ante sí, como individuos y como profesionales, cuestiones como éstas: si conocen los usos y valores de su trabajo, si ambas cosas pueden estar sujetas a su control, si quieren tener el control de ellas. Su respuesta a esas preguntas, o su falta de respuesta, y el modo como usen o dejen de usar esas respuestas en su trabajo y en sus vidas profesionales determinan su respuesta a la pregunta final: si en su trabajo como investigadores sociales son *a)* moralmente autónomos, *b)* si están sometidos a la moral de otros hombres, o *c)* si en el terreno moral se dejan ir a la deriva. Las fórmulas con que estos problemas han sido enunciados —muchas veces con buenas intenciones, estoy seguro— ya no sirven. Los investigadores sociales tienen ahora que afrontar de verdad esas cuestiones decisivas. En este capítulo voy a insinuar algunas de las cosas que parece necesario tener en cuenta en toda respuesta a ellas, y también a formular el tipo de respuesta que, en los años más recientes, he llegado a creer razonable.

El investigador social no se encuentra súbitamente ante la necesidad de elegir valores. Está trabajando ya sobre la base de ciertos valores. Los valores que esas disciplinas encaman actualmente han sido seleccionados entre los valores creados por la sociedad occidental; en todas las demás partes, la ciencia social es una importación. Algunos hablan, desde luego, como si los valores que han seleccionado «trascendieran» la sociedad occidental o toda otra sociedad cualquiera; otros hablan de sus normas como si estuvieran «inmanentes» en alguna sociedad existente, como

una especie de potencial no realizado. Pero seguramente ahora será casi general el acuerdo acerca de que los valores inherentes a las tradiciones de la ciencia social no son ni trascendentes ni inmanentes. Son simplemente valores proclamados por muchos y dentro de límites practicados en pequeños círculos. Lo que un individuo llama juicio moral es meramente su deseo de generalizar, y hacerlos así accesibles a otros, los valores que él eligió.

Tres ideales políticos desdeñados me parecen inherentes a las tradiciones de la ciencia social, y seguramente implícitos en su promesa intelectual. El primero de ellos es sencillamente el valor de la verdad, del hecho. La empresa misma de la ciencia social, en cuanto determina el hecho, toma sentido político. En un mundo de insensatez ampliamente comunicada, toda afirmación de hecho tiene sentido político y moral. Todos los investigadores sociales, por el hecho de existir, están complicados en la lucha entre ilustración y oscurantismo. En un mundo como el nuestro, practicar la ciencia social es, ante todo, practicar la política de la verdad.

Pero la política de la verdad no es enunciado adecuado dé los valores que guían nuestra empresa. La verdad de nuestros hallazgos, la exactitud de nuestras investigaciones —cuando se las mira en su marco social— pueden ser o no ser importantes para los asuntos humanos. Si lo son, y cómo lo son, es en sí mismo el segundo valor, que es, en suma, el valor del papel de la razón en los asuntos humanos. Al lado de esos hay un tercer valor, la libertad humana, con toda la ambigüedad de su significado. Tanto la libertad como la razón, como ya he dicho, son centrales para la civilización del mundo occidental; ambas son constantemente proclamadas: como ideales. Pero en toda aplicación dada, como criterios o como metas, son motivo de grandes discrepancias. Por eso una de nuestras tareas intelectuales como investigadores sociales, consiste en aclarar el ideal de la libertad y el ideal de la razón.

Gran parte de la ciencia social, quizá especialmente la sociología, contiene el tema del rey-filósofo. Desde Auguste Comte hasta Karl Mannheim encontramos la petición de más poder para «el hombre sabio» y el intento de justificarla. En términos más específicos, la entronización de la razón significa, naturalmente, la entronización del «hombre de razón». Esta sola idea del papel de la razón en los asuntos humanos ha contribuido mucho a hacer que los investigadores sociales se abstengan en general de aceptar la razón como un valor social. Han deseado evitar el disparate de semejante idea cuando se la considera en relación con los hechos de poder. La idea va también contra el grano de muchas versiones de la democracia, porque implica una aristocracia, aunque sea una aristocracia del talento y no del nacimiento ni de la riqueza. Pero la idea un tanto insensata de que pudiera convertirse en un rey-filósofo no es sino la idea del papel público que el investigador social puede intentar desempeñar.

La calidad de la política depende muchísimo de las cualidades intelectuales de quienes la practican. Si el «filósofo» fuese rey, yo me sentiría muy tentado a

abandonar su reino; pero cuando los reyes no tienen una «filosofía», ¿no son incapaces de un gobierno responsable?

El segundo papel, y ahora el más usual, es convertirse en consejero del rey. Los usos burocráticos que yo he descrito son la encarnación corriente de esto. El investigador social individual tiende a dejarse envolver por las muchas tendencias de la sociedad moderna que hacen del individuo una parte de una burocracia funcionalmente racional, y a ajustarse en su alvéolo especializado de tal manera que no le interese explícitamente la estructura de la sociedad posmoderna. Hemos visto que en este papel la ciencia social misma tiende con frecuencia a convertirse en una máquina funcionalmente racional; el investigador social individual tiende a perder su autonomía moral y su racionalidad independiente, y el papel de la razón en los asuntos humanos tiende a convertirse en un mero refinamiento de técnicas para usos administrativos y manipuladores.

Pero ése es el papel de consejero de reyes en una de sus peores formas; ese papel no necesita, creo yo, tomar la forma y el significado del estilo burocrático. Es un papel difícil de desempeñar en forma tal que conserve su integridad moral e intelectual, y en consecuencia, libertad para trabajar en las tareas de la ciencia social. Es fácil para los consultores imaginarse a sí mismos filósofos y a sus clientes gobernantes ilustrados. Pero aun cuando ellos fuesen filósofos, aquellos a quienes sirven no pueden ser ilustrables. Ésta es una de las razones por las cuales me siento tan impresionado por la lealtad de algunos consultores a los incultos déspotas a quienes sirven. Es una lealtad que no parece afectada ni por la incompetencia despótica ni por la necedad dogmática.

No afirmo que no pueda ser bien ejecutado el papel de consejero; sé que realmente puede serlo, y que hay hombres que lo están haciendo. Si hubiera más de estos hombres, las tareas políticas e intelectuales de los investigadores sociales que eligen el tercer papel serían mucho menos pesadas, porque este papel se sobrepone al otro.

El tercer modo en que el investigador social puede intentar la realización del valor de la razón y su papel en los asuntos humanos es bien conocido asimismo, y algunas veces es hasta practicado. Consiste en permanecer independiente, en que uno haga su propio trabajo y elija sus propios problemas, y dedicar ese trabajo *a* los reyes tanto como *a* los «públicos». Esta concepción nos mueve a imaginar la ciencia social como una especie de aparato de inteligencia pública, interesado en los problemas públicos y en las inquietudes privadas así como en las tendencias estructurales de nuestro tiempo subyacentes en unos y otras; y nos mueve también a imaginar a los investigadores sociales individuales como miembros racionales de una asociación auto-controlada que llamamos ciencias sociales.

Al asumir ese papel, que explicaré más detenidamente dentro de un instante,

intentamos *actuar* sobre el valor de la razón; al suponer que podemos no ser totalmente ineficaces, suponemos una teoría de la realización de la historia: suponemos que «el hombre» es libre y que con sus esfuerzos racionales puede influir en el curso de la historia. No me interesa ahora discutir los valores de la libertad y de la razón, sino sólo según qué teoría pueden ser realizables.

2

Los hombres son libres para hacer la historia, pero unos hombres son mucho más libres que otros. Tal libertad requiere el acceso a los medios donde se toman decisiones y se ejerce el poder por el cual la historia puede hacerse ahora. No siempre se hace así; en las páginas que siguen hablo sólo del periodo contemporáneo en que los medios del poder de hacer la historia se han ampliado y centralizado en tan alto grado. Con referencia a ese periodo sostengo yo que si los hombres no hacen la historia, tienden cada vez más a ser los utensilios de quienes la hacen, así como meros objetos de la realización de la historia.

La amplitud del papel que toda decisión explícita representa en la realización de la historia es por sí misma un problema histórico. Depende muchísimo de los medios de poder disponibles en todo momento dado en toda sociedad dada. En algunas sociedades, las innumerables acciones de innumerables hombres modifican sus ambientes, y así modifican gradualmente la estructura misma. Esas modificaciones son el curso de la historia; la historia marcha a la deriva, aunque en total «la hacen los hombres». De esta suerte, innumerables hombres de empresa e innumerables consumidores pueden moldear y remoldear con diez mil decisiones por minuto la economía del mercado libre. Quizá fue ése el principal género de limitación que tuvo presente Marx cuando escribió en *El 18 de Brumario*: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen precisamente como les gustaría; no la hacen en circunstancias elegidas por ellos…».

El destino, o la «inevitabilidad», se relaciona con los acontecimientos de la historia que están fuera del control de todo círculo o grupo de hombres que reúna las tres características siguientes:

1) suficientemente compacto para ser identificable; *2)* bastante poderoso para decidir con consecuencias; y 3) que esté en situación de prever esas consecuencias y se le pueda tener por responsable de ellas. Los acontecimientos, según esta concepción, son las consecuencias sumarias e inesperadas de innumerables decisiones de innumerables hombres. Cada una de sus decisiones tiene consecuencias muy pequeñas y está sujeta a ser anulada o reforzada por otras decisiones semejantes. No hay vínculo entre la intención de un individuo y el resultado sumario de las innumerables decisiones. Los acontecimientos están más allá de las decisiones humanas: la historia se hace a espaldas de los hombres.

Así entendido, el destino no es un hecho universal; no es inherente a la naturaleza

de la historia ni a la naturaleza del hombre. El destino es una característica de un tipo de estructura social históricamente específico. En una sociedad donde el arma definitiva es el rifle, en que la unidad económica típica es la granja familiar y la pequeña tienda, en que el Estado nacional todavía no existe o es meramente una estructura lejana, en que la comunicación es de viva voz, por volantes o por el púlpito, en una sociedad *así*, la historia es realmente el destino.

Pero consideremos ahora el principal indicio de nuestra situación: ¿No es, en una palabra, la enorme ampliación y la centralización decisiva de todos los medios de poder y de decisión, es decir, de todos los medios de hacer historia? En la sociedad industrial moderna, los medios de producción económica se han desarrollado y centralizado, y los campesinos y los artesanos son reemplazados por compañías privadas y por industrias del gobierno. En el Estado-nación moderno los medios de violencia y de administración política experimentan desarrollos similares, al dominar los reyes a los nobles y ser reemplazados los caballeros que se equipaban a sí mismos por ejércitos permanentes y ahora por espantosas máquinas militares. La culminación *posmoderna* de las tres evoluciones —en economía, en política y en los medios de ejercer la violencia— está teniendo lugar ahora del modo más dramático en los Estados Unidos y en la URSS. En nuestro tiempo se están centralizando los medios de hacer historia tanto internacionales como nacionales. ¿No es, pues, evidente que el ámbito y la oportunidad para la acción humana consciente en la realización de la historia son únicos precisamente ahora? Minorías de poder que tienen en sus manos esos medios hacen ahora la historia, con toda seguridad «en circunstancias no elegidas por ellas»; pero en relación con otros hombres y con otras épocas esas circunstancias mismas ciertamente no parecen ser abrumadoras.

Seguramente es ésta la paradoja de nuestra situación inmediata: Los hechos acerca de los medios más recientes de hacer historia son una prueba de que los hombres no están inevitablemente en las garras del destino, de que ahora *pueden* hacer historia. Pero este hecho se convierte en una ironía ante el otro hecho de que precisamente ahora esas ideologías que ofrecen a los hombres la esperanza de hacer historia han declinado y están en colapso en las sociedades occidentales. Ese colapso es también el colapso de las expectativas de la Ilustración según las cuales la razón y la libertad prevalecerían como fuerzas supremas en la historia humana. Y detrás de él está asimismo la insolvencia intelectual y política de la comunidad intelectual.

¿Dónde está la *intelligentsia* que continúa el gran discurso del mundo occidental *y* cuya obra como intelectuales tenga influencia entre los partidos y los públicos y tenga importancia para las grandes decisiones de nuestro tiempo? ¿Dónde están los medios de masas abiertos a esos hombres? ¿Quién entre los que tienen en sus manos el Estado de los dos partidos y sus feroces máquinas militares están atentos a lo que sucede en el mundo del conocimiento, de la razón y de la sensibilidad? ¿Por qué está el intelecto libre tan divorciado de las decisiones del poder? ¿Por qué prevalece ahora

entre los hombres de poder una ignorancia tan grande y tan irresponsable?

En los Estados Unidos de hoy los intelectuales, los artistas, los ministros, los profesores y los científicos están haciendo una guerra fría en la que repiten y complican las confusiones de los círculos oficiales. Ni formulan demandas a los poderosos para que se desarrollen otras alternativas políticas, ni exponen esas alternativas ante los públicos. No intentan poner un contenido responsable en la política de los Estados Unidos; contribuyen a vaciar la política y a mantenerla vacía. Lo que debe llamarse deficiencia cristiana del clero es una buena parte de esta lamentable situación moral, como lo es la captura de los científicos por los mecanismos de la ciencia nacionalista. La mentira periodística, convertida en rutina, también es parte de ella, lo mismo que mucha de la pretenciosa trivialidad que pasa por ciencia social.

3

No espero (ni lo requiere mi presente argumentación en su conjunto) que esta opinión sea aceptada por todos los investigadores sociales. Lo que más deseo decir aquí es que, habiendo aceptado los valores de la razón y de la libertad, es tarea primordial de todo investigador social determinar los límites de la libertad y los del papel de la razón en la historia.

Al asumir el tercer papel, el investigador social no se ve a sí mismo como un ser autónomo situado «fuera de la sociedad». En común con la mayor parte de las otras gentes, *siente* que está fuera de las grandes decisiones que hacen la historia en esta época; al mismo tiempo, sabe que está entre los que sufren muchas de las consecuencias de esas decisiones. Ésta es una razón importante de por qué, en la medida en que sabe lo que está haciendo, se convierte en un hombre explícitamente político. Nadie está «fuera de la sociedad». La cuestión es dónde está cada uno dentro de ella.

El investigador social suele vivir en circunstancias de posición y poder de clase media. Por sus actividades en esos medios, no está con frecuencia en mejor posición que el individuo corriente para resolver problemas estructurales, porque su solución nunca puede ser ni meramente intelectual ni meramente privada. Su planteamiento propio no puede confinarse a los medios abiertos a la voluntad de los investigadores sociales; ni sus soluciones pueden serlo, lo cual significa, naturalmente, que son problemas de poder social, político y económico. Pero el investigador social no es sólo un «hombre corriente». Su misma tarea trasciende intelectualmente el ambiente en que vive, y hace esto cuando examina el orden económico de la Inglaterra del siglo XIX o la jerarquía de posiciones sociales de los Estados Unidos del siglo XX, las instituciones militares de la Roma imperial o la estructura política de la Unión Soviética.

En lo que concierne a los valores de la libertad y de la razón, uno de sus temas de

estudio se relaciona con las oportunidades objetivas de que disponen tipos dados de hombres dentro de tipos dados de estructura social para llegar a ser libres y racionales en cuanto individuos. Otro de sus temas son las posibilidades, si es que hay alguna, que tienen hombres de diferentes posiciones en diferentes tipos de sociedad, *1)* para trascender, por su razón y su experiencia, su ambiente cotidiano, y *2)* para obrar, por virtud de su poder, con consecuencias para la estructura de su sociedad y de su época. Éstos son los problemas del papel de la razón en la historia.

Al estudiarlos, es fácil advertir que en las sociedades modernas unos individuos tienen el poder de actuar con muchas consecuencias estructurales y conocen bien las consecuencias de sus acciones; otros tienen ese poder, pero no conocen su alcance efectivo; y hay muchos que no pueden trascender sus ambientes cotidianos mediante su conocimiento de la estructura ni efectuar cambios estructurales por ninguno de los medios de acción de que disponen.

Después nos situamos a nosotros mismos como investigadores sociales. Por la naturaleza de nuestro trabajo, conocemos la estructura social y sabemos algo de la mecánica histórica de su movimiento. Pero, evidentemente, no tenemos acceso a los principales medios de poder que ahora existen y con los cuales puede ser influida ahora esa mecánica. Pero tenemos un «medio de poder» que con frecuencia es frágil, y es esto lo que nos proporciona una pista para nuestro papel político y para el sentido político de nuestro trabajo.

La tarea política del investigador social que acepta los ideales de libertad y razón es, creo yo, dedicar su trabajo a cada uno de los otros tres tipos de hombres que yo he distinguido en relación con el poder y la sabiduría.

A los que tienen poder y lo saben, les imputa grados variables de responsabilidad por las consecuencias estructurales que descubre por su trabajo que están decisivamente influidas por sus decisiones o por sus omisiones.

A aquellos cuyas acciones tienen esas consecuencias, pero que parecen no saberlo, les atribuye todo lo que ha descubierto acerca de aquellas consecuencias. Intenta educar y después, de nuevo, imputa una responsabilidad.

A quienes regularmente carecen de tal poder y cuyo conocimiento se limita a su ambiente cotidiano, les revela con su trabajo el sentido de las tendencias y decisiones estructurales en relación con dicho ambiente y los modos como las inquietudes personales están conectadas con los problemas públicos; en el curso de esos esfuerzos, dice lo que ha descubierto concerniente a las acciones de los más poderosos. Éstas son sus principales tareas educativas, y son sus principales tareas públicas cuando habla a grandes auditorios. Examinemos ahora algunos de los problemas y de las tareas que plantea este tercer papel.

4

Independientemente del alcance de su saber, el investigador social es por lo común un

profesor, y este hecho profesional determina en gran medida lo que es capaz de hacer. Como profesor, habla a estudiantes, y ocasionalmente, por discursos y escritos, a públicos más extensos y en posición más estratégica. Al estudiar cuál pueda ser su papel público, no perdamos de vista esos simples hechos de poder, o si ustedes lo prefieren, los hechos de su falta de poder.

En cuanto interesado en la educación liberal, es decir, liberadora, su papel público tiene dos finalidades: Lo que debe hacer para el individuo es convertir las inquietudes e intereses personales en cuestiones y problemas sociales abiertos a la razón: su finalidad es ayudar al individuo a convertirse en un hombre que se educa a sí mismo, quien sólo entonces será razonable y libre. Lo que debe hacer por la sociedad es combatir todas esas fuerzas que están destruyendo los verdaderos públicos y creando una sociedad de masas: o, dicho en términos positivos, su finalidad es ayudar a formar y fortalecer públicos que se cultiven a sí mismos. Sólo entonces puede ser la sociedad razonable y libre.

Ésas son metas muy amplias, y debo explicarlas de un modo ligeramente indirecto. Nos interesan destrezas y valores. Pero entre las «destrezas», unas son más y otras son menos importantes para las tareas de liberación. No creo que destrezas y valores puedan ser separados tan fácilmente como con frecuencia suponemos en nuestra busca de «destrezas neutrales». Es una cuestión de grado, con las destrezas en un extremo y los valores en el otro. Pero en los grados intermedios de esa escala están las que llamaré sensibilidades, y son ellas lo que más nos interesa. Enseñar a uno a manejar un tomo o a leer y escribir es en gran parte prepararlo para el ejercicio de una destreza; ayudar a alguien a decidir qué es lo que realmente quiere hacer de su vida, o discutir con él sobre los tipos de vida estoico, cristiano y humanista, es el cultivo o la educación de valores.

Al lado de la destreza y del valor, debemos poner la sensibilidad, que los incluye a ambos, y más también: incluye una especie de terapia en el antiguo sentido de que aclara el conocimiento que uno tiene del yo. Incluye el cultivo de todas esas destrezas de controversia con uno mismo que llamamos pensamiento, y que, cuando se hace con otros, llamamos debate. Un educador debe empezar con lo que más profundamente interesa al individuo, aunque parezca trivial y de poco valor. Debe proceder de tal manera y con tales materiales, que le permita al estudiante adquirir una penetración racional cada vez mayor en esos intereses y en otros que adquirirá en el proceso de su educación. Y el educador debe tratar de formar hombres y mujeres que puedan y quieran continuar por sí mismos lo que él empezó: el producto final de toda educación liberadora es sencillamente el hombre y la mujer que se educan y se cultivan a sí mismos, en suma, el individuo libre y racional.

Una sociedad en la que tienen ascendiente tales individuos es, en uno de los principales sentidos de la palabra, democrática. También se la puede definir como una sociedad en la que prevalecen verdaderos públicos y no masas. Con esto entiendo lo siguiente:

Sépanlo o no, los hombres en una sociedad de masas son presa de inquietudes personales que no pueden convertir en problemas sociales. No comprenden la acción reciproca entre esas inquietudes personales de sus ambientes y los problemas de estructura social. El hombre reconocible en un verdadero público, por otra parte, es capaz de hacer precisamente eso. Comprende que lo que él piensa y siente como inquietudes personales también son muchas veces problemas compartidos por otros, y, cosa aun más importante, que no pueden ser resueltos por un individuo solo, sino por modificaciones de la estructura de los grupos en que él vive, y a veces de la estructura de la sociedad toda. Los hombres de masas tienen inquietudes, pero no suelen saber ni su fuente ni su verdadero significado; los hombres de públicos afrontan problemas y por lo general, llegan a conocer su carácter público.

La tarea política del investigador social —como de todo educador liberal— consiste en traducir constantemente las inquietudes personales en problemas públicos, y los problemas públicos en los términos de su significación humana para diversidad de individuos. Su tarea consiste en desplegar en su trabajo —y, como educador, también en su vida— este tipo de imaginación sociológica. Y su finalidad es cultivar esos hábitos mentales entre los hombres y las mujeres que están públicamente expuestos a ellos. Asegurar esos fines es asegurar la razón y la individualidad y convertir estas cosas en los valores predominantes de una sociedad democrática.

Quizá ahora se estén diciendo ustedes: «Bien, a esto hemos llegado. El autor nos propone un ideal tan elevado, que en relación con él todo tiene que parecer bajo». El que pueda pensarse que estoy haciendo eso atestigua la falta de seriedad con que se toma ahora la palabra democracia y la indiferencia de muchos observadores ante el alejamiento azaroso de todo sentido llano de esa palabra. La democracia es, desde luego, una idea complicada acerca de la cual hay mucho desacuerdo legítimo. Pero seguramente no es tan complicada ni tan ambigua, que no pueda ya ser usada por personas que desean razonar conjuntamente.

Lo que yo entiendo por democracia es un ideal que ya he intentado exponer. En esencia, la democracia implica que los individuos vitalmente afectados por una decisión tomada por hombres tienen voz efectiva en dicha decisión. Esto, a su vez, significa que todo poder de tomar tales decisiones sea públicamente legitimado y que quienes las adopten respondan públicamente de ellas. Ninguno de estos tres puntos puede prevalecer, me parece a mí, a menos que predominen en una sociedad los tipos de públicos y los tipos de individuos que he descrito. Algunas otras condiciones resultan evidentes en seguida.

La estructura social de los Estados Unidos no es completamente democrática. Tomemos éste como punto de acuerdo mínimo. No conozco ninguna sociedad que sea completamente democrática: eso sigue siendo un ideal. Los Estados Unidos son hoy, diría yo, democráticos en general principalmente en la forma y en la retórica de

las expectativas. En sustancia y en la práctica no son democráticos con mucha frecuencia, y esto es absolutamente claro en muchos sectores institucionales. La economía corporativa no se desenvuelve ni como una serie de asambleas públicas ni como un conjunto de poderes responsables ante aquellos a quienes sus actividades afectan muy seriamente. Los mecanismos militares y, cada vez más, el Estado político, están en la misma situación. No quiero dar la impresión de que soy optimista acerca de las posibilidades de que muchos investigadores sociales puedan o quieran desempeñar un papel público democrático, ni —aunque muchos de ellos lo hagan— acerca de las posibilidades de que esto tenga como consecuencia inevitable una rehabilitación de los públicos. Yo no hago más que esbozar un papel que me parece estar abierto y que, de hecho, es practicado por algunos investigadores sociales. Ocurre también que es un papel que está de acuerdo con las opiniones tanto liberales como socialistas del papel de la razón en los asuntos humanos.[66]

Mi argumento es que el papel político de la ciencia social —cuál pueda ser ese papel, cómo sea desempeñado y con cuánta eficacia— tiene relación con el grado en que prevalezca la democracia.

Si tomamos el tercer papel de la razón, el papel autónomo, tratamos de actuar de un modo democrático en una sociedad que no es completamente democrática. Pero actuamos como si estuviéramos en una sociedad plenamente democrática, y al hacerlo así, intentamos suprimir el «como si». Nos esforzamos por hacer más democrática la sociedad. Yo sostengo que ese papel es el único mediante el cual podemos hacer eso en cuanto investigadores sociales. Por lo menos, yo no conozco otro modo por el que podamos intentar contribuir a poner en pie una política democrática. Y a causa de esto, el problema de la ciencia social como mensajera de la razón en los asuntos humanos es hoy en realidad un problema fundamental de la democracia.

¿Cuáles son las probabilidades de éxito? Dada la estructura política dentro de la cual tenemos que actuar, no creo que sea muy probable que los investigadores sociales lleguen a ser mensajeros eficaces de la razón.

5

Tienen que darse ciertas condiciones para que hombres sabios desempeñen ese papel estratégico. Los hombres, dijo Marx, hacen su propia historia, pero no la hacen en condiciones elegidas por ellos. ¿Cuáles son, pues, las condiciones que *nosotros* exigimos para desempeñar eficazmente ese papel? Lo que se requiere son partidos y movimientos y públicos que tengan dos características: *1)* que en su seno se discutan de verdad ideas y posibilidades; y 2) que realmente tengan oportunidad de influir en las decisiones de consecuencias estructurales. Únicamente si existieran esas organizaciones podríamos ser realistas y optimistas acerca del papel de la razón en los asuntos humanos que he intentado esbozar. Considero esa situación, dicho sea de

paso, uno de los requisitos fundamentales para una sociedad plenamente democrática.

En esa política, los investigadores sociales, en sus papeles políticos, probablemente hablarían «a favor» y «en contra» de diferentes movimientos, estratos e intereses, en vez de dirigirse meramente a un público muchas veces vago y temo que cada vez menor. En resumen, entrarían en competencia sus ideas, y esta competencia (como proceso y en sus consecuencias en cualquier momento dado) tendría importancia política. Si tomamos en serio la idea de la democracia, si tomamos en serio el papel democrático de la razón en los asuntos humanos, nuestra participación en esa competencia de ninguna manera nos apenará. Desde luego no podemos suponer que todas las definiciones de la realidad social, y mucho menos todas las formulaciones de modos y medios político, y mucho menos todas las sugerencias de metas, tendrían por consecuencia una doctrina unificada e indiscutible.[67]

Por falta de tales partidos, movimientos y públicos, vivimos en una sociedad que es democrática principalmente en sus formas legales y en sus expectativas formales. No debemos menospreciar el valor enorme de la considerable oportunidad que esas circunstancias ofrecen. Conoceremos su valor por el hecho de su ausencia en el mundo soviético, y por el tipo de guerra contra el cual están los intelectuales de ese mundo. Que la democracia sea en los Estados Unidos tan ampliamente formal, no quiere decir que podamos esquivar la conclusión de que si la razón ha de desempeñar un papel libre en la realización democrática de la historia, uno de sus principales sustentadores seguramente han de ser las ciencias sociales. La ausencia de partidos, movimientos y públicos democráticos no quiere decir que los investigadores sociales en cuanto educadores no deban tratar de hacer de sus instituciones educativas una estructura dentro de la cual pueda existir ese público liberador de individuos, por lo menos en sus comienzos, y en que sus discusiones puedan ser estimuladas y apoyadas. No quiere decir tampoco que no traten de cultivar esos públicos en sus papeles menos académicos.

Proceder así es, desde luego, exponerse a tener «inquietudes»; o, lo que aún es peor, a encontrarse con una indiferencia mortal. Exige que presentemos deliberadamente teorías y hechos discutibles y que estimulemos activamente la controversia. Con la ausencia de debate político amplio, abierto y bien informado, las gentes no pueden entrar en contacto ni con las realidades efectivas de su mundo ni con las realidades de ellas mismas. Hoy en particular, a lo que me parece, el papel que vengo describiendo requiere nada menos que la presentación de definiciones contradictorias de la realidad misma. Lo que suele llamarse «propaganda», en especial de carácter nacionalista, no sólo consiste en opiniones sobre diversidad de temas y cuestiones. Como observó Paul Kecskemeti en cierta ocasión, es la promulgación de las definiciones oficiales de la realidad.

Nuestra vida pública descansa ahora con frecuencia sobre esas definiciones oficiales, así como sobre mitos, embustes y nociones descabelladas. Cuando muchas

políticas —discutidas y no discutidas— se basan en definiciones inadecuadas y erróneas de la realidad, quienes se afanan por definirla más adecuadamente están obligados a derribar influencias. Por eso los públicos del tipo que he descrito, lo mismo que los hombres con individualidad son, por su misma existencia en tal sociedad, radicales. Pero ése es el papel de la inteligencia, del estudio, del intelecto, de la razón, de las ideas: definir la realidad adecuadamente y de manera públicamente importante. El papel educativo y político de la ciencia social en una democracia es contribuir a cultivar y sostener públicos e individuos capaces de formular definiciones adecuadas de las realidades personales y sociales y de vivir y actuar de acuerdo con ellas.

El papel de la razón que vengo esbozando ni significa ni requiere que uno sea un azotacalles, que tome el primer aeroplano hacia el escenario de la crisis del día, que corra al Congreso, que compre una imprenta para publicar un periódico, que se mezcle con los pobres, que subaste una caja de jabón. Esas acciones son admirables con frecuencia, y fácilmente puedo imaginar ocasiones en que yo personalmente encontraría imposible no desear ejecutarlas. Pero convertirlas en sus actividades normales el investigador social, es simplemente abdicar su papel y ostentar por su acción la incredulidad en la promesa de la ciencia social y en el papel de la razón en los asuntos humanos. Este papel sólo requiere que el investigador social se lleve bien con el trabajo de la ciencia social y que evite impulsar la burocratización de la razón y del pensamiento.

No todos los investigadores sociales aceptan todas las opiniones que yo sustento sobre estas cuestiones, ni yo deseo que las acepten. Mi tema es que una de sus tareas consiste en determinar sus propias opiniones sobre la naturaleza del cambio histórico y el lugar, si lo hay, de los hombres libres y razonables dentro de él. Sólo entonces puede llegar a conocer su propio papel intelectual y político dentro de las sociedades que estudia, y al hacerlo así descubrir precisamente lo que él piensa de los valores de la libertad y la razón que tan profundamente forman parte de la tradición y la promesa de la ciencia social.

Si los hombres individualmente y los pequeños grupos de hombres no son libres para actuar con consecuencias históricas, y al mismo tiempo no son suficientemente razonables para ver esas consecuencias; si la estructura de las sociedades modernas, o de alguna de ellas, es ahora tal que la historia marcha ciegamente a la deriva y no puede ser hecha de otro modo con los medios disponibles y el conocimiento que puede adquirirse, entonces el único papel autónomo de la ciencia social es registrar y comprender; la idea de la responsabilidad de los poderosos será una necedad; y los valores de la libertad y de la razón serán realizables únicamente en los ambientes excepcionales de ciertas vidas privadas favorecidas.

Pero eso es una serie de supuestos. Y aunque hay amplio espacio para el desacuerdo sobre los grados de libertad y la escala de las consecuencias, no creo que haya pruebas suficientes de que sea necesario abandonar los valores de la libertad y

de la razón, que pueden actualmente orientar el trabajo de la ciencia social.

Intentos para evitar las cuestiones inquietantes que vengo estudiando son defendidos ahora con la consigna de que la ciencia social «no debe empeñarse en salvar al mundo». Unas veces esto es la renuncia de un modesto profesor; otras veces es el cínico desdén del especialista por todas las cuestiones de gran alcance; otras es la desilusión de esperanzas juveniles; con frecuencia es la *pose* de individuos que tratan de apropiarse el prestigio del *científico*, considerado como intelecto puro y desencarnado. Pero en ocasiones se basa en un juicio meditado de los hechos de poder.

A causa de esos hechos, no creo yo que la ciencia social «salve al mundo», aunque no veo nada de erróneo en «tratar de salvar al mundo», frase con la que quiero decir aquí evitar la guerra y reajustar los asuntos humanos de acuerdo con los ideales de la libertad y de la razón humanas. Lo que yo sé me lleva a hacer cálculos más bien pesimistas acerca de las posibilidades. Pero aunque sea ésa nuestra situación actual, debemos preguntarnos todavía: Si *hay* modo de salir de la crisis de nuestro tiempo por medios intelectuales, ¿no le corresponde formularlos al investigador social? Lo que nosotros representamos —aunque no siempre sea manifiesto— es al hombre que ha llegado a conocer a la humanidad. Es en el plano del conocimiento humano donde deben buscarse ahora todas las soluciones a los grandes problemas.

Apelar a los poderosos, a base de los conocimientos que ahora tenemos, es una utopía en el sentido más disparatado de la palabra. Nuestras relaciones con ellos probablemente serán sólo las que a ellos les parezcan útiles, lo cual quiere decir que nos convertimos en técnicos que admiten sus problemas y designios, o en ideólogos que promueven su prestigio y autoridad. Para ser algo más que eso, por lo que respecta a nuestro papel político, debemos ante todo someter a revisión el carácter de nuestro esfuerzo colectivo como investigadores sociales. No es utópico en absoluto para un investigador social apelar a sus colegas para emprender dicha revisión. Todo investigador social que tenga noción de lo que es debe afrontar el importante dilema moral que va implícito en este capítulo: la diferencia entre aquello por lo cual se interesan los hombres y lo que constituye su verdadero interés.

Si adoptamos la simple opinión democrática de que *lo que les interesa a los hombres* es lo que nos incumbe, entonces aceptamos los valores que, unas veces accidentalmente, otras veces deliberadamente, han sido inculcados por los intereses creados. Esos valores son con frecuencia los únicos que los hombres han tenido oportunidad de cultivar. Son hábitos adquiridos inconscientemente y no por elección deliberada.

Si adoptamos la opinión dogmática de que *lo que constituye el verdadero interés de los hombres*, interéseles o no de hecho, es todo lo que nos concierne moralmente, corremos el riesgo de violar valores democráticos. Podemos convertirnos en manipuladores o en coaccionadores, o en ambas cosas, y no en persuasores dentro de una sociedad en la que los hombres tratan de razonar conjuntamente y en que el valor

de la razón es tenido en estimación muy alta.

Lo que yo sugiero es que, dirigiéndonos a dificultades e inquietudes y formulándolas como problemas de la ciencia social, tenemos la mejor oportunidad, creo que la única oportunidad, de hacer a la razón democráticamente importante para los asuntos humanos en una sociedad libre, realizando así los valores clásicos subyacentes en la promesa de nuestros estudios.

APÉNDICE

SOBRE ARTESANÍA INTELECTUAL

PARA EL INVESTIGADOR social individual que se siente como parte de la tradición clásica, la ciencia social es la práctica de un oficio. En cuanto hombre que trabaja sobre problemas esenciales, figura entre los que rápidamente se impacientan y se cansan de discusiones complicadas sobre método-y-teoría-en-general, que interrumpen sus propios estudios. Cree que es mucho mejor la información de un estudioso activo acerca de cómo procede en su trabajo que una docena de «codificaciones de procedimiento», hechas por especialistas que quizá no han realizado ningún trabajo de importancia. Únicamente mediante conversaciones en que pensadores experimentados intercambien información acerca de su manera real de trabajar puede comunicarse al estudiante novel un concepto útil del método y de la teoría. Por lo tanto, creo útil referir con algún detalle cómo procedo en mi oficio. Esto es, inevitablemente, una declaración personal, pero está escrita con la esperanza de que otros, en especial los que inician un trabajo independiente, la harán menos personal por los hechos de su propia experiencia.

1

Creo que lo mejor es empezar por recordaros a los estudiantes principiantes que los pensadores más admirables de la comunidad escolar a que habéis decidido asociarnos no separan su trabajo de sus vidas. Parecen tomar ambas cosas demasiado en serio para permitirse tal disociación y desean emplear cada una de ellas para enriquecer a la otra. Desde luego, esa escisión es la convención que prevalece entre los hombres en general, y se deriva, supongo yo, del vacío del trabajo que los hombres en general hacen hoy. Pero habréis advertido que, como estudiantes, tenéis la excepcional oportunidad de proyectar un tipo de vida que estimule los hábitos de la buena artesanía. El trabajo intelectual es la elección de un tipo de vida tanto como de una carrera; sépalo o no, el trabajador intelectual forma su propio yo a medida que trabaja por perfeccionarse en su oficio; para realizar sus propias potencialidades y aprovechar las oportunidades que se ofrezcan en su camino, forma un carácter que tiene como núcleo las cualidades del buen trabajador.

Lo que significa esto es que debéis aprender a usar vuestra experiencia de la vida en vuestro trabajo intelectual, examinándola e interpretándola sin cesar. En este sentido la artesanía es vuestro propio centro y estáis personalmente complicados en todo producto intelectual sobre el cual podáis trabajar. Decir que podéis «tener experiencia» significa, entre otras cosas, que vuestro pasado influye en vuestro presente y lo afecta, y que él define vuestra capacidad para futuras experiencias.

Como investigadores sociales, tenéis que dirigir esa complicada acción recíproca, captar lo que experimentáis y seleccionarlo; sólo de esa manera podéis esperar usarlo para guiar y poner a prueba vuestro pensamiento, y en ese proceso formaros como trabajadores intelectuales. Pero ¿cómo podréis hacerlo? Una solución es: debéis organizar un archivo, lo cual es, supongo yo, un modo de decir típico de sociólogo: llevad un diario. Muchos escritores creadores llevan diarios; la necesidad de pensamiento sistemático que siente el sociólogo lo exige.

En el archivo que voy a describir, están juntas la experiencia personal y las actividades profesionales, los estudios en marcha y los estudios en proyecto. En ese archivo, vosotros, como trabajadores intelectuales, procuraréis reunir lo que estáis haciendo intelectualmente y lo que estáis experimentando como personas. No temáis emplear vuestra experiencia y relacionarla directamente con el trabajo en marcha. Al servir como freno de trabajo reiterativo, vuestro archivo os permite también conservar vuestras energías. Asimismo, os estimula a captar «ideas marginales»: ideas diversas que pueden ser sub-productos de la vida diaria, fragmentos de conversaciones oídas casualmente en la calle, o hasta sueños. Una vez anotadas, esas cosas pueden llevar a un pensamiento más sistemático así como prestar valor intelectual a la experiencia más directa.

Habréis advertido muchas veces con cuánto cuidado tratan sus propias inteligencias pensadores consumados, y cuán atentamente observan su desarrollo y organizan su experiencia. La razón de que atesoren sus menores experiencias es que, en el curso de una vida, el hombre moderno tiene muy poca experiencia personal, y sin embargo la experiencia es sumamente importante como fuente de trabajo intelectual origina. He llegado a creer que el ser fiel a su experiencia sin fiarse demasiado de ella es una señal de madurez del trabajador. Esa confianza ambigua es indispensable para la originalidad en todo trabajo intelectual, y el archivo es un medio por el que podéis desarrollar y justificar tal confianza.

Llevando un archivo adecuado y desarrollando de ese modo hábitos de auto-reflexión, aprendéis a mantener despierto vuestro mundo interior. Siempre que os impresionen fuertemente sucesos o ideas, no debéis dejarlos irse de vuestra mente, antes al contrario, debéis formularlos para vuestro archivo y, al hacerlo, desentrañar todo lo que implican, y demostraros a vosotros mismos la insensatez de aquellos sentimientos o ideas o la posibilidad de articularlos en forma productiva. El archivo os ayuda también a formaros el hábito de escribir. No podéis tener la «mano diestra» si no escribís algo por lo menos cada semana. Desarrollando el archivo, podéis tener experiencia de escritores y cultivar, como suele decirse, vuestros medios de expresión. Llevar un archivo es controlar la experiencia.

Una de las peores cosas que les suceden a los investigadores sociales es que sienten la necesidad de escribir sus «planes» sólo en una ocasión: cuando van a pedir dinero para una investigación específica o para «un proyecto». La mayor parte de los

«planes» se escriben para pedir fondos, o por lo menos se redactan cuidadosamente para ese fin. Aunque esta práctica está muy generalizada, la considero muy mala: está condenada a convertirse, por lo menos en cierta medida, en un «arte de vender» y, dadas las expectativas que hoy prevalecen, en acabar muy probablemente en afanosas pretensiones; el proyecto quizá va a ser «presentado» después de redondearlo de una manera arbitraria mucho antes de lo que debiera; muchas veces es una cosa amañada, destinada a conseguir dinero para fines diferentes, aunque valiosos, de los de la investigación ofrecida. Un investigador social que trabaja debe revisar periódicamente «el estado de mis planes y problemas». Un joven, precisamente al comienzo de su trabajo independiente, debe reflexionar acerca de esto, pero no puede esperarse —ni lo esperará él mismo— que vaya muy lejos con eso, y evidentemente no debe entregarse con excesiva rigidez a ningún plan. Todo lo que puede hacer es orientar su tesis, que infortunadamente se supone ser su primer trabajo independiente de alguna extensión. Cuando estéis a la mitad del tiempo de que disponéis para el trabajo, o en su tercera parte, es cuando esa revisión puede ser más fructuosa y hasta quizá interesante para los demás.

Un investigador social activo que avanza en su camino debe tener siempre tantos planes, que es tanto como decir ideas, que se pregunte constantemente: ¿En cuál de ellos trabajaré?, ¿debo trabajar, después? Y debe llevar un pequeño archivo especial para su agenda principal, que escribirá una y otra vez para sí mismo y quizá para discutirla con los amigos. De tiempo en tiempo debe revisarla muy cuidadosamente y con fines muy determinados, y en ocasiones también cuando esté descansado.

Un procedimiento así es uno de los medios indispensables por los cuales vuestra empresa intelectual se mantiene orientada y bajo control. El intercambio amplio e informal de esas revisiones del «estado de mis problemas» entre investigadores sociales activos, es, me parece, la única base para una formulación adecuada de «los principales problemas de la ciencia social». Es improbable que en una comunidad intelectual libre haya, y es seguro que no deba haberlo, un bloque «monolítico» de problemas. En esa comunidad, si florece de una manera vigorosa, habría interludios de discusión entre los individuos acerca del trabajo futuro. Tres clases de interludios —sobre problemas, sobre métodos, sobre teoría— deben resultar del trabajo de los investigadores y conducir a él de nuevo; deben recibir su forma del trabajo en marcha y en cierta medida deben orientarlo. Esos interludios constituyen la razón de ser una asociación profesional. Y también es necesario para ellos vuestro archivo personal.

Bajo diversos encabezados hay en vuestro archivo ideas, notas personales, resúmenes de libros, notas bibliográficas y esbozos de proyectos. Es, supongo yo, cuestión de hábito arbitrario, pero creo que os resultaría bien clasificar todos esos asuntos en un fichero de «proyectos» con muchas subdivisiones. Los asuntos, naturalmente, cambian, a veces con gran frecuencia. Por ejemplo, como estudiantes que preparan su examen preliminar, que escriben su tesis y que al mismo tiempo

hacen sus trabajos del semestre, vuestros ficheros se dividirán en esos tres sectores de trabajo. Pero después de un año de trabajo como graduados, comenzaréis a reorganizar todo el archivo en relación con el proyecto principal de vuestra tesis. Después, al proseguir vuestro trabajo, advertiréis que no siempre lo domina un solo proyecto ni determina las categorías principales en que está ordenado. De hecho, el empleo del archivo estimula la expresión de las categorías que usáis en vuestras reflexiones. Y la manera como cambian esas categorías, abandonando unas y añadiendo otras, es un índice de vuestro progreso y aliento intelectual. Finalmente, los archivos habrán de ser ordenados de acuerdo con varios grandes proyectos y con muchos sub-proyectos que cambian de un año para otro.

Todo esto supone que hay que tomar notas. Tendréis que adquirir el hábito de tomar muchas notas de todo libro que merezca ser leído, aunque tengo que decir que no os será inútil leer libros realmente malos. El primer paso en la traducción de la experiencia, ya de los escritos de otros individuos, ya de vuestra propia vida, a la esfera intelectual, es darle forma. Simplemente el dar nombre a un renglón de la experiencia os invita a explicarlo; simplemente el tomar una nota de un libro es con frecuencia una incitación a reflexionar. Al mismo tiempo, desde luego, el tomar notas es una gran ayuda para comprender lo que estáis leyendo.

Vuestras notas pueden ser, como las mías, de dos clases: al leer ciertos libros muy importantes, tratáis de captar la estructura del razonamiento del autor, y para ello tomáis notas; pero con más frecuencia, y después de algunos años de trabajo independiente, más bien que leer libros enteros, muchas veces leeréis partes de muchos libros desde el punto de vista de algún tema o asunto particular en que estéis interesados y acerca del cual tenéis planes en vuestro archivo. Por lo tanto, tomaréis notas que no representan suficientemente los libros que leéis. *Empleáis* una idea particular, un dato particular, para la realización de vuestros propios proyectos.

2

¿Pero cómo se usa este archivo —que hasta ahora quizá os parezca más bien una especie de diario «literario»— en la producción intelectual? Sólo el hecho de llevarlo *es* ya producción intelectual. Es un depósito de hechos y de ideas que crece sin cesar, desde las más vagas a las precisas. Por ejemplo, lo primero que hice al decidirme a estudiar las minorías fue trazar un primer esbozo basado en una lista de los tipos de personas que deseaba comprender.

Precisamente el cómo y el porqué decidí hacer ese estudio puede indicar el modo en que las experiencias vitales de uno alimentan su trabajo intelectual. He olvidado cuándo llegué a interesarme técnicamente en la «estratificación», pero creo que debe de haber sido al leer por primera vez a Veblen. Me había parecido siempre muy impreciso y hasta vago en lo que se refiere al empleo de las palabras «negocios» e «industriales», que son una especie de traducción de Marx para el público académico

norteamericano. Sea como fuere, escribí un libro sobre las organizaciones obreras y sus líderes, tarea motivada políticamente, y después un libro sobre las clases medias, tarea primordialmente motivada por el deseo de articular mi propia experiencia de Nueva York desde 1945. Luego me sugirieron algunos amigos que debía hacer una trilogía escribiendo un libro sobre las clases superiores. Pensé que me sería posible; había leído de vez en cuando a Balzac, especialmente en el decenio de 1940 a 1950, y me había impresionado la tarea que se había impuesto a sí mismo de «describir» todas las clases y tipos importantes de la sociedad de la época que deseaba hacer suya. Yo había escrito también un trabajo sobre «La minoría de los negocios» («The Business Elite»), y había recogido y ordenado estadísticas acerca de las carreras de los individuos más descollantes de la política norteamericana desde la Constitución. Ambas tareas habían sido inspiradas primordialmente por el trabajo de seminarios sobre historia de los Estados Unidos.

Al hacer esos diversos artículos y libros y al preparar los cursos sobre estratificación, quedaba, naturalmente, un residuo de ideas y hechos acerca de las clases altas. Particularmente en el estudio de la estratificación es difícil evitar el ir más allá de la finalidad inmediata de uno, porque la «realidad» de todo estrato son en gran parte sus relaciones con los otros. En consecuencia, empecé a pensar en un libro sobre la minoría o *élite*.

Y sin embargo, no es así «realmente» como nació «el proyecto». Lo que realmente ocurrió fue *1)* que la idea y el plan salieron de mis ficheros, porque todos mis proyectos empiezan en ellos, y los libros son simplemente descansos organizados del trabajo constante empleado en ellos; *2)* que al cabo de algún tiempo llegó a dominarme todo el conjunto de problemas que abarca el asunto.

Después de hecho mi primer esbozo, examiné todo mi archivo, no sólo las partes de él que tenían una relación directa con el asunto, sino también las que parecían no tener con él relación ninguna. Muchas veces la imaginación es incitada con éxito reuniendo cosas hasta entonces aisladas y descubriendo entre ellas relaciones inesperadas. Abrí apartados nuevos en el archivo para este grupo particular de problemas, lo cual me llevó naturalmente a nuevas ordenaciones de sus otras partes.

Al ordenar un archivo con frecuencia le parece a uno que está dando rienda suelta a su imaginación. Esto sucede, indudablemente, mediante el intento de combinar ideas y notas diversas sobre diferentes asuntos. Es una especie de lógica combinatoria, y la «casualidad» juega a veces en ella un papel curiosamente importante. Uno se esfuerza libremente por emplear sus recursos intelectuales, tal como están representados en el archivo, en los nuevos temas.

En el presente caso, yo empecé a usar también mis observaciones y mis experiencias diarias. Pensé primero en las experiencias que había tenido relativas a los problemas de la *élite*, y después hablé con quienes me parecía que los habían experimentado o habían pensado sobre ellos. De hecho, empecé entonces a modificar el carácter de mis prácticas habituales para incluir en ellas *1)* a personas que

figuraban entre las que yo quería estudiar, 2) a personas en estrecho contacto con ellas, y 3) a personas interesadas en ellas habitualmente de un modo profesional.

No conozco las condiciones sociales plenas de la mejor artesanía intelectual, pero es indudable que el rodearse de un círculo de personas que escuchen y hablen —y que tengan en ocasiones caracteres imaginativos— es una de ellas. En todo caso, procuré rodearme de todo el ambiente importante —social e intelectual— que yo creía que me llevaría a pensar correctamente de acuerdo con los lineamientos de mi trabajo. Esto es uno de los sentidos de mis anteriores observaciones acerca de la fusión de la vida personal y la vida intelectual.

En la actualidad el buen trabajo en ciencia social no está constituido, ni en general puede estarlo, por la «investigación» empírica definida. Se compone más bien de muchos estudios que en los puntos clave formulan enunciados generales relativos a la forma y la tendencia del asunto. Así, pues, no puede adoptarse una decisión sobre cuáles sean esos puntos hasta que se reelaboren los materiales existentes y se formulen enunciados hipotéticos generales.

Ahora bien, entre los «materiales existentes» encontré en los archivos tres tipos importantes para mi estudio de la minoría: varias teorías relacionadas con el asunto, materiales ya elaborados por otros como pruebas de *aquellas* teorías, y materiales ya reunidos y en fases diversas de centralización asequible pero no hechos aún teóricamente importantes. Únicamente después de haber terminado un primer esbozo de una teoría con ayuda de esos materiales existentes puedo situar eficazmente mis propias aseveraciones centrales e impulsar y proyectar investigaciones para probarlas, y quizá no tenga que hacerlo, aunque sé, naturalmente, que más tarde tendré que ir y venir una y otra vez de los materiales existentes a mi propia investigación. Toda formulación final no sólo debe «cubrir los datos» en la medida en que los datos están disponibles y me son conocidos, sino que también debe tomar en cuenta, de alguna manera, positiva o negativamente, las teorías de que dispone. En ocasiones este «tomar en cuenta» una idea se hace fácilmente por la simple confrontación de la idea con el hecho que la contradice o la apoya; en ocasiones se hace necesario un análisis o una delimitación detallados. A veces puedo ordenar sistemáticamente las teorías disponibles como un margen donde elegir, y dejar que su alcance organice el problema mismo.[68] Pero otras veces sólo permito a esas teorías entrar en mi propia ordenación, en contextos muy diferentes. De cualquier modo, en el libro sobre la *élite* tuve que tomar en cuenta las obras de hombres como Mosca, Schumpeter, Veblen, Marx, Lasswell, Michel, Weber y Pareto.

Al mirar algunas notas sobre esos autores, encuentro que ofrecen tres tipos de enunciados: *a)* de unos aprendemos directamente, re-enunciando sistemáticamente lo que dicen sobre puntos dados o en conjunto; *b)* otros los aceptamos o rechazamos, dando razones y argumentos; *c)* y otros los usamos como fuentes de sugestiones para nuestras propias elaboraciones y proyectos. Esto supone comprender un punto y

preguntarse después: ¿Cómo puedo dar a esto forma demostrable, y cómo puedo demostrarlo? ¿Cómo puedo usarlo como centro de trabajo, como perspectiva de la cual emerjan con sentido detalles descriptivos? En esta manipulación de ideas existentes es, naturalmente, donde uno advierte su continuidad en relación con el trabajo anterior. He aquí dos extractos de notas preliminares sobre Mosca que pueden ilustrar lo que estoy tratando de exponer:

Además de sus anécdotas históricas, Mosca respalda su tesis con esta afirmación: «Es la fuerza de la organización la que permite siempre a la minoría dominar». Hay minorías organizadas que gobiernan las cosas y a los hombres. Hay mayorías desorganizadas que son gobernadas.[69] Pero por qué no examinar *1)* la minoría organizada, 2) la mayoría organizada, 3) la minoría desorganizada, *4)* la mayoría desorganizada. Esto merece una exploración en gran escala. Lo primero que hay que aclarar: ¿cuál es precisamente la significación de «organizada»? Creo que Mosca quiere decir: capaz de conductas y acciones más o menos continuadas y coordinadas. Si es así, su tesis es correcta por definición. También podría decir, creo yo, que una «mayoría organizada» es imposible, porque equivaldría a que estuviesen a la cabeza de esas organizaciones mayoritarias jefes nuevos, minorías nuevas, y está plenamente decidido a sacar esos jefes de sus «clases gobernantes». Los llama «minorías directoras», todo lo cual es bastante flojo al lado de su gran afirmación.

Una cosa que se me ocurre (creo que es el núcleo de los problemas de definición que Mosca nos presenta) es ésta: del siglo XIX al XX hemos presenciado el paso de una sociedad organizada como *1) y 4)* a una sociedad más de acuerdo con 3) y 2). Hemos pasado de un Estado minoritario a un Estado de organización, en el que la minoría ya no está tan organizada ni es tan unilateralmente poderosa, y la masa está más organizada y es más poderosa. Ha surgido en las calles cierto poder, y en torno de él han girado las estructuras sociales en su conjunto y sus *élites*. ¿Y qué sector de la clase gobernante está más organizado que el bloque agrario? No es ésta una pregunta retórica: Puedo contestarla de un modo o de otro en este tiempo; es cuestión de grado. Todo lo que ahora quiero es sacarla al aire libre.

Mosca señala un punto que me parece excelente y digno de ulterior elaboración: Según él, muchas veces hay en «la clase gobernante» una camarilla cimera y un segundo estrato más amplio con el que *a)* la cumbre está en continuo e inmediato contacto, y con el que *b)* comparte sus ideas y sentimientos y, cree él, la política (pág. 430). Buscar y ver si en otras partes del libro señala otros puntos de conexión. ¿Se recluta en gran proporción la camarilla en el segundo nivel? ¿Es la cumbre responsable en cierto modo ante este segundo estrato, o por lo menos tiene para él alguna consideración?

Olvidemos ahora a Mosca: en otro vocabulario tenemos *a)* la minoría, por la cual se entiende la camarilla de la cumbre, *b)* los que cuentan, y c) todos los demás. La pertenencia a los grupos segundo y tercero es definida por el primero, y el segundo puede variar mucho en tamaño y composición y por sus relaciones con el primero y el tercero. (¿Cuál es, de paso, el margen de variación de las relaciones de *b)* con *a)* y con c)? Buscar indicaciones en Mosca y extender esto después estudiándolo sistemáticamente).

Este esquema puede permitirme tomar más claramente en cuenta las diferentes minorías, que son minorías según las diversas dimensiones de la estratificación. Recoger también, naturalmente, de una manera clara la distinción paretiana de minorías gobernantes y no gobernantes de modo menos formal que Pareto. Indudablemente, muchas personas que están en el sector más alto debieran estar en el segundo por lo menos, como los grandes ricos. La camarilla y la minoría pueden serlo del poder o de la autoridad, según los casos. En este vocabulario, minoría significa siempre la del poder. Las demás personas del sector elevado serían las clases altas o los círculos superiores.

Así quizá podremos al mismo tiempo usar esto en conexión con dos grandes problemas: la estructura de la minoría, y las relaciones conceptuales —después quizá las esenciales— entre las teorías de la estratificación y de la minoría. (Trabajar esto).

Desde el punto de vista del poder, es más fácil distinguir los que cuentan que los que gobiernan. Cuando tratamos de hacer lo primero, seleccionamos los niveles superiores como una especie de agregado poco compacto y nos guiamos por la posición. Pero cuando intentamos lo segundo, debemos indicar claramente y en detalle cómo manejan el poder y cómo se relacionan con los instrumentos sociales a través de los cuales se ejerce el poder. También tratamos más con personas que con posiciones, o por lo menos las tomamos en cuenta.

Ahora bien, en los Estados Unidos el poder comprende más de una minoría. ¿Cómo podemos juzgar

las posiciones relativas de esas diferentes minorías? Depende de las decisiones que se adopten. Una minoría ve a otra como formando parte de los que cuentan. Hay entre las *élites* este mutuo reconocimiento: que las demás *élites* cuentan. De un modo o de otro, son gentes importantes las unas para las otras. Proyecto: seleccionar 3 o 4 decisiones clave del último decenio —el lanzamiento de la bomba atómica, la disminución o el aumento de la producción de acero, la huelga de la G. M. en 1945— y estudiar en detalle el personal que intervino en cada una de ellas. Usar las «decisiones» y su adopción como pretexto de entrevistas cuando salga en busca de contenido.

3

Llega un momento en el curso de vuestro trabajo en que ya no tenéis nada que ver con otros libros. Todo lo que necesitáis de ellos está en vuestras notas y resúmenes; y en los márgenes de esas notas, así como en un fichero independiente, están las ideas para estudios empíricos.

Pero no me gusta hacer trabajo empírico si me es posible evitarlo. Si no se dispone de personal, son muchas las molestias; y si uno emplea personal, las molestias son con frecuencia mayores aún.

En la situación intelectual de las ciencias sociales en la actualidad, hay tanto que hacer a modo de «estructuración» (permítaseme esta palabra para designar el tipo de trabajo a que me refiero) inicial, que buena parte de la «investigación empírica» está condenada a ser ligera y poco interesante. Gran parte de ella, en efecto, es un ejercicio formal para estudiantes noveles, y a veces ocupación útil para quienes no son capaces de manejar los problemas esenciales, más difíciles, de la ciencia social. No hay más virtud en la investigación empírica como tal que en la lectura como tal. La finalidad de la investigación empírica es resolver desacuerdos y dudas acerca de hechos, haciendo así más fructíferos los razonamientos basando todos sus lados más sólidamente. Los hechos disciplinan la razón; pero la razón es la avanzada en todo campo de saber.

Aunque no podáis conseguir nunca el dinero para hacer muchos de los estudios empíricos que proyectáis, es necesario que sigáis proyectándolos. Porque una vez que hayáis proyectado un estudio empírico, aun cuando no podáis llevarlo a término, os obliga a una nueva busca de datos, que en ocasiones resultan tener inesperada importancia para vuestros problemas. Así como no tiene sentido proyectar un estudio de campo si puede encontrarse la solución en una biblioteca, no tiene sentido creer que habéis agotado los libros antes de haberlos traducido en estudios empíricos apropiados, lo cual quiere decir simplemente en cuestiones de hecho.

Los proyectos empíricos necesarios para mi género de trabajo han de prometer, primero, tener importancia para el primer esbozo de que he hablado más arriba; tienen que confirmarlo en su forma original y tienen que motivar su modificación. O, para decirlo en términos más pretenciosos, deben ofrecer incitaciones para construcciones teóricas. En segundo lugar, los proyectos deben ser eficaces y claros y, si es posible, ingeniosos. Quiero decir con esto que deben prometer rendir gran cantidad de materiales en proporción con el tiempo y el esfuerzo que suponen.

Pero ¿cómo ha de hacerse esto? La manera más económica de plantear un problema es hacerlo de modo que permita resolver la mayor parte posible de él por el razonamiento solo. Por el razonamiento tratamos de *a)* aislar cada cuestión de hecho que aún queda; y *b)* resolver esas cuestiones de hecho de tal manera que las soluciones prometan ayudarnos a resolver nuevos problemas con nuevos razonamientos.[70]

Para comprender los problemas de este modo, tenéis que prestar atención a cuatro etapas; pero en general es preferible recorrer las cuatro muchas veces que atascarse en cualquiera de ellas demasiado tiempo. Las etapas son: *1)* los elementos y definiciones que, por vuestro conocimiento general del tema, cuestión o campo de interés, pensáis que vais a tener que tomar en cuenta; *2)* las relaciones lógicas entre esas definiciones y elementos; la construcción de esos pequeños modelos preliminares, dicho sea de paso, ofrece la mejor oportunidad para el despliegue de la imaginación sociológica; *3)* la eliminación de opiniones falsas debidas a omisiones de elementos necesarios, a definiciones impropias o confusas de los términos o a conceder indebida importancia a alguna parte del asunto y a sus prolongaciones lógicas; *4)* formulación y re-formulación de las cuestiones de hecho que queden.

El tercer paso, por cierto, es parte muy necesaria, pero con frecuencia descuidada, de toda formulación adecuada de un problema. El conocimiento popular del problema —el problema como dificultad y como inquietud— debe ser cuidadosamente tomado en cuenta, porque eso es parte del problema. Las formulaciones sabias, naturalmente, deben ser cuidadosamente examinadas y empleadas en la re-formulación que se está haciendo, o deben excluirse.

Antes de decidir acerca de los estudios empíricos necesarios para la tarea que tengo ante mí, empiezo a esbozar un proyecto más amplio dentro del cual comienzan a surgir varios estudios en pequeña escala.

Otra vez recurro a los archivos:

> Aún no estoy en situación de estudiar los altos círculos en conjunto de un modo sistemático y empírico. Así, lo que hago es formular algunas definiciones y procedimientos que forman una especie de proyecto ideal de dicho estudio. Después puedo intentar, *primero*, recoger materiales existentes que se aproximen a ese proyecto; *segundo*, pensar en los modos convenientes de recoger materiales, dados los índices existentes, que los satisfagan en puntos fundamentales; y tercero, al avanzar, especificar más las investigaciones empíricas en gran escala que al fin serán necesarias.
>
> Los altos círculos deben, desde luego, ser definidos sistemáticamente en relación con variables específicas. Formalmente —y esto es más o menos al modo de Pareto— hay las personas que «tienen» casi todo lo que puede tenerse de cualquier valor o tabla de valores dada. Tengo, pues, que decidir dos cosas: ¿Qué variables tomaré como criterios, y qué quiero decir con «casi todo»? Después de decidir acerca de las variables, debo formular los mejores índices que pueda, a ser posible índices cuantificables, a fin de distribuir la población de acuerdo con ellos. Sólo entonces puedo empezar a decidir lo que entiendo por «casi todo». Pues quedaría en parte, para determinarlo por la inspección empírica de las diferentes distribuciones y sus traslapos o imbricaciones.
>
> Mis variables clave serían, a lo primero, suficientemente generales para permitirme alguna latitud en la elección de índices, pero suficientemente específicas para invitar a la busca de índices empíricos. Al avanzar en mi trabajo, tendré que moverme entre concepciones e índices, guiado por el deseo de no perder

significaciones propuestas y ser, sin embargo, totalmente específico acerca de ellas. He aquí las cuatro variables weberianas con que empezaré:

I. *Clase*, con referencia a la fuente y cuantía del ingreso. Necesitaré, pues, distribuciones de la propiedad y distribuciones del ingreso. El material ideal (muy escaso y desgraciadamente sin fechas) es aquí una tabulación transversal de la fuente y la cuantía del ingreso anual. Así, sabemos que el X por ciento de la población recibió en 1936 Y millones o más, y que el Z por ciento de todo ese dinero procedía de la propiedad, el W por ciento de ganancias de empresas de negocios, y el *Q* por ciento de sueldos y salarios. De acuerdo con esta dimensión de la clase, puedo definir los altos círculos —los que tienen lo más— ya como los que reciben cuantías dadas de ingresos durante un tiempo dado, o como los que forman el dos por ciento más elevado de la pirámide del ingreso. Examinar los informes de Hacienda y las listas de grandes contribuyentes. Ver si pueden ponerse al día las tablas de TNEC sobre fuente y cuantía del ingreso.

II. *Posición*, con referencia a la suma de deferencias recibidas. Para esto no hay índices simples ni cuantificables. Los índices existentes requieren para su aplicación entrevistas personales, se limitan hasta ahora a estudios de comunidades locales y en su mayor parte no son de ningún modo buenos. Hay además el problema de que, a diferencia de la clase, la posición implica relaciones sociales: por lo menos uno que reciba y otro que otorgue la deferencia.

Es fácil confundir la publicidad con la deferencia, o más bien no sabemos aún si el volumen de publicidad debe usarse o no como un indicio de la posición social, aunque es sumamente fácil disponer de ella. (Por ejemplo: En uno o dos días sucesivos de mediados de marzo de 1952 fueron mencionadas por su nombre las siguientes categorías de personas en el *New York Times*, o en páginas selectas. Acabar esto).

III. *Poder*, referido a la realización de la voluntad propia, aunque otras se le opongan. Como la posición, esto no ha sido bien recogido en índices. No creo que pueda considerarlo en una sola dimensión, sino que tendré que hablar *a)* de autoridad formal, definida por facultades y derechos de posiciones en diferentes instituciones, especialmente militares, políticas y económicas, y *b)* poderes que se sabe se ejercen informalmente pero no formalmente instituidos: líderes de grupos de presión o influencia, propagandistas con amplios medios a su disposición, y así sucesivamente.

IV. *Ocupación*, referida a actividades pagadas. También aquí tengo que decidir qué característica de la ocupación debo tomar en cuenta. *a)* Si uso los ingresos medios de diferentes ocupaciones para jerarquizarlas, estoy usando, naturalmente, la ocupación como índice de clase y como la base de ésta. Del mismo modo: *b)*, si uso la posición o el poder típicamente inherentes a diferentes ocupaciones, uso las ocupaciones como índices y bases de poder, habilidad o talento. Pero éste de ningún modo es un modo fácil de clasificar a la gente. La habilidad o destreza no es, al igual que la posición, una cosa homogénea de la que hay más o menos. Los intentos de tratarla como tal se han hecho por lo común en relación con el tiempo necesario para adquirir diversas habilidades, y quizá habrá que hacerlo así, aunque espero encontrar algo mejor.

Ésos son los tipos de problemas que tendré que resolver para definir analítica y empíricamente los círculos superiores, en relación con esas cuatro variables clave. Para los fines de mi proyecto, supongo que los he resuelto a mi satisfacción y que he distribuido la población de acuerdo con cada una de ellas. Tendré entonces cuatro grupos de personas: las que están en la cumbre en clase, posición, poder y destreza. Supóngase además que he seleccionado el dos por ciento más alto de cada distribución como el círculo más alto. Después me formulo esta pregunta empíricamente contestable: ¿Qué grado de traslapo hay, si es que hay alguno, entre esas distribuciones? Un margen de posibilidades puede localizarse en este sencillo cuadro (+= dos por ciento de la cumbre; -= 98 por ciento inferior):

			Clase: + Posición		Clase: − Posición	
			+	−	+	−
Poder	+ Destreza	+	1	2	3	4
		−	5	6	7	8
	− Destreza	+	9	10	11	12
		−	13	14	15	16

Este cuadro, si tuviera yo materiales para llenarlo, contendría datos fundamentales y muchos problemas importantes para un estudio de los altos círculos. Suministraría claves para muchas cuestiones definitorias y esenciales.

No tengo los datos, ni posibilidades de tenerlos, lo cual da mayor importancia a mis especulaciones sobre el asunto, porque en el curso de esas reflexiones, si van guiadas por el deseo de aproximarse a los requisitos empíricos de un proyecto ideal, llegaré a zonas importantes en las cuales puedo conseguir materiales interesantes como hitos y guías para la reflexión subsiguiente.

Hay dos puntos adicionales que debo añadir a este modelo general para hacerlo formalmente completo. Las concepciones plenas de los estratos superiores exigen atención a la duración y a la movilidad. La tarea consiste aquí en determinar posiciones (1-16) entre las cuales haya un movimiento típico de individuos y grupos, dentro de la generación actual y entre las dos o tres generaciones últimas.

Esto introduce la dimensión temporal de la biografía (o de la carrera) y de la historia en el proyecto. No son éstas meras cuestiones empíricas nuevas; son también definitoriamente importantes. Porque

a) queremos dejar resuelto si al clasificar las gentes en relación con cualquiera de nuestras variables clave, definiremos o no nuestras categorías en relación con el tiempo durante el cual ellas o sus familias han ocupado la posición de que se trate. Por ejemplo, puedo querer decir que el dos por ciento más alto en cuanto a posición —o por lo menos de un tipo importante de jerarquía por la posición— está formado por los que lo ocupan por lo menos durante dos generaciones. Además

b) quiero dejar resuelto si constituiré o no «un estrato» no sólo en relación con una intersección de diferentes variables, sino también de acuerdo con la olvidada definición que dio Weber de «clase social» como formada por las posiciones entre las cuales hay una «movilidad típica y fácil». Así, las ocupaciones burocráticas inferiores y los trabajos de los asalariados medios y altos de ciertas industrias parecen formar, en este sentido, un estrato.

En el curso de la lectura y el análisis de las teorías de otros y mientras proyectáis una investigación ideal y escudriñáis los ficheros, empezaréis a redactar una lista de estudios específicos. Algunos de ellos son demasiado grandes para dominarlos, y con el tiempo tienen que ser penosamente abandonados; otros terminarán sirviendo como materiales para un párrafo, una sección, una frase o un capítulo; otros se convertirán en temas expansivos que se entretejen en todo el contenido de un libro. He aquí, una vez más, algunas notas para varios proyectos de ésos:

1) Empleo del tiempo en un día típico de trabajo de diez altos ejecutivos de grandes empresas, y lo mismo de diez individuos del gobierno federal. Estas observaciones se combinarán con entrevistas detalladas sobre las vidas de dichos individuos. El objeto aquí es describir las ocupaciones y las decisiones importantes, en parte al menos de acuerdo con el tiempo que se les dedica, y conocer los factores que intervienen en las decisiones adoptadas. El procedimiento variará, naturalmente, con el grado de

cooperación conseguida, pero idealmente comprenderá, primero, un entrevista en que la vida pasada y la situación actual del individuo se expresen claramente; segundo, observaciones del día, sentándose en un rincón de la oficina del individuo y siguiéndole en cuanto hace; tercero, una entrevista un poco extensa, aquella noche o al día siguiente, sobre las ocupaciones de todo el día y que sondee los procesos subjetivos implicados en la conducta externa que hemos observado.

2) Un análisis de los fines de semana de la clase alta, en que se observen detalladamente las ocupaciones habituales y las sigan entrevistas de sondeo con el individuo y otros miembros de la familia, el lunes siguiente.

Para estas dos tareas tengo relaciones bastante buenas y, naturalmente, las buenas relaciones, si se manejan adecuadamente, llevan a obras mejores. [Añadido en 1957: esto resultó ser una ilusión].

3) Estudio de la cuenta de gastos y otros privilegios que, con los sueldos y otros ingresos, forman el nivel y el estilo de vida de los estratos superiores. La idea es aquí conseguir algo concreto sobre «la burocratización del consumo», la transferencia de los gastos privados a las cuentas de los negocios.

4) Poner a la fecha el tipo de información contenida en libros como *America's Sixty Families* de Lundberg, cuyos datos sobre pago de impuestos son de 1923.

5) Recoger y sistematizar, de los informes de Hacienda y de otras fuentes gubernativas, la distribución de diversos tipos de propiedad privada por las cantidades poseídas.

6) Estudio de la carrera de los presidentes, de todos los miembros del gabinete y de todos los de la Suprema Corte. Esto lo he hecho ya en tarjetas IBM del periodo constitucional del segundo mandato de Truman, pero deseo ampliar los renglones empleados y analizarlos de nuevo.

Hay otros —unos 35— proyectos de este tipo (por ejemplo, una comparación de las cantidades de dinero gastadas en las elecciones presidenciales de 1896 y 1952, una comparación detallada de Morgan en 1910 y de Kaiser en 1950, y algo concreto sobre las carreras de «Almirantes y Generales»). Pero, al avanzar en el trabajo, uno tiene, naturalmente, que acomodar sus propósitos a lo que es posible.

Después de redactados estos proyectos, empecé a leer obras históricas sobre los grupos superiores, tomando notas sin orden (y sin organizarías en fichero) e interpretando lo que leía. En realidad, no tenéis que *estudiar* un asunto sobre el cual estáis trabajando, porque, como he dicho, una vez que os hayáis metido en él, está en todas partes. Sois susceptibles a sus temas, los veis y los oís por dondequiera en vuestra experiencia, especialmente, me parece siempre a mí, en campos que aparentemente no tienen ninguna relación con él. Hasta los medios de masas, muy en particular las malas películas, las novelas baratas, los grabados de las revistas y la radio nocturna adquieren para vosotros nueva importancia.

4

Pero ¿cuándo vienen las ideas?, preguntaréis. ¿Cómo se espolea la imaginación para reunir todas las imágenes y todos los hechos, para formar imágenes significativas y dar sentido a los hechos? No creo que realmente pueda responder a eso; todo lo que puedo hacer es hablar de las condiciones generales y de algunas técnicas sencillas que parecen haber aumentado mis posibilidades de revelar algo.

Os recuerdo que la imaginación sociológica consiste, en una parte considerable, en la capacidad de pasar de una perspectiva a otra y en el proceso de formar una opinión adecuada de una sociedad total y de sus componentes. Es esa imaginación,

naturalmente, lo que separa al investigador social del mero técnico. En unos pocos años pueden prepararse técnicos satisfactorios. También puede cultivarse la imaginación sociológica; ciertamente, se presenta pocas veces sin una gran cantidad de trabajo con frecuencia rutinario.[71] Pero posee una cualidad inesperada, quizá porque su esencia es la combinación de ideas que nadie esperaba que pudieran combinarse —una mezcla de ideas de la filosofía alemana y de la economía inglesa, pongamos por caso—. Detrás de tal combinación hay un juego mental y un impulso verdaderamente decidido para dar sentido al mundo, de lo cual suele carecer el técnico como tal. Quizá el técnico está demasiado bien preparado, precisamente demasiado preparado. Como uno puede ser *preparado* sólo en lo que ya es conocido, muchas veces la preparación lo incapacita para aprender modos nuevos, y lo hace rebelde contra lo que no puede menos de ser vago y aun desmañado al principio. Pero debéis aferraros a esas imágenes y nociones vagas, si son vuestras, y debéis elaborarlas. Porque en esas formas es como aparecen casi siempre al principio las ideas originales, si las hay.

Hay modos definidos, creo yo, de estimular la imaginación sociológica:

1) En el plano más concreto, la re-ordenación del fichero es, como ya he dicho, un modo de incitar a la imaginación. Simplemente, vaciáis de golpe carpetas hasta entonces desconectadas, mezcláis sus contenidos y después los clasificáis de nuevo. Procurad hacerlo de un modo más o menos descansado. La frecuencia y la extensión en que re-organicéis los ficheros variarán, naturalmente, con los diferentes problemas y con el modo como se vayan desarrollando. Pero la mecánica de la operación es siempre igualmente sencilla. Tendréis presentes, desde luego, los diferentes problemas en que estáis trabajando activamente, pero procuraréis también ser pasivamente receptivos para las relaciones imprevistas y no planeadas.

2) Una actitud de juego hacia las frases y las palabras con que se definen diversas cuestiones a menudo libera la imaginación. Buscad sinónimos de cada una de vuestras palabras clave en diccionarios y en libros técnicos, para conocer toda la extensión de sus acepciones. Esta sencilla costumbre os incitará a elaborar los términos del problema y, en consecuencia, a definirlos con menos palabrería y con más precisión. Pero sólo si conocéis los diversos sentidos que pueden darse a las palabras o a las frases podréis seleccionar los exactos con que deseáis trabajar. En todo trabajo, pero especialmente en el examen de enunciados teóricos, procuraréis vigilar estrechamente el grado de generalidad de cada palabra clave, y con frecuencia encontraréis útil descomponer un enunciado muy general en sentidos más concretos. Cuando se hace eso, el enunciado se descompone frecuentemente en dos o tres componentes, cada uno de los cuales corresponde a un dimensión diferente. Procuraréis, asimismo, elevar el grado de generalidad: suprimid los calificativos específicos y examinad el enunciado o la inferencia modificados de un modo más abstracto, para ver si podéis extenderlo o elaborarlo. Así, procuraréis sondear desde

arriba y desde abajo, en busca de un sentido más claro, en cada uno de los aspectos y de las implicaciones de la idea.

3) Muchas de las nociones generales que encontraréis se convertirán en tipos al pensar en ellas. Una clasificación nueva es el comienzo habitual de desarrollos fructíferos. La habilidad de formular tipos y buscar después las condiciones y consecuencias de cada uno de ellos se convertirá, en resumidas cuentas, en un procedimiento automático. Más bien que contentarse con las clasificaciones existentes, en particular con las de sentido común, buscaréis sus comunes denominadores y los factores diferenciales que hay en cada una y entre todas ellas. Los tipos bien formulados requieren que los criterios de clasificación sean explícitos y sistemáticos. Para hacerlos así, debéis adquirir la costumbre de la clasificación transversal.

La técnica de la clasificación transversal no se limita, naturalmente, a materiales cuantitativos; en realidad, es el mejor modo de imaginar y captar *nuevos* tipos, así como de criticar y aclarar los antiguos. Los cuadros, las tablas y los diagramas de género cualitativo no son sólo modos de presentar trabajo ya hecho; con mucha frecuencia, son verdaderos instrumentos de producción. Aclaran las «dimensiones» de los tipos que ayudan también a imaginar y formar. De hecho, en los quince años últimos no creo haber escrito más de una docena de páginas sin una pequeña clasificación transversal, aunque, desde luego, no siempre, ni siquiera habitualmente, presente tales diagramas. La mayor parte de ellos se malogran, caso en el cual aún saldréis ganando algo. Ellos os permiten descubrir el alcance y las relaciones de los mismos términos con que estáis pensando y de los hechos con que estáis tratando.

Para un sociólogo activo, la clasificación transversal es lo que para un gramático diligente esquematizar una oración. En muchos sentidos, la clasificación transversal es la verdadera gramática de la imaginación sociológica. Como toda gramática, debe ser controlada y no hay que dejarla salirse de sus objetivos propios.

4) Con frecuencia conseguiréis una mayor penetración pensando en los extremos: pensando en lo opuesto a aquello en que estáis directamente interesados. Si pensáis en la desesperación, pensad también en la alegría; si estudiáis el avaro, estudiad también el pródigo. Lo más difícil del mundo es estudiar un solo objeto; cuando comparáis objetos, tenéis un conocimiento mejor de los materiales y después podéis escoger las dimensiones en relación con las cuales se hacen las comparaciones. Advertiréis que es muy instructivo el ir y venir de la atención entre esas dimensiones y los tipos concretos. Esta técnica es también lógicamente sólida, porque sin una muestra sólo podéis conjeturar acerca de frecuencias estadísticas a salga lo que saliere: lo que podéis hacer es dar el alcance y los tipos principales de un fenómeno, y para eso es más económico empezar por formular «tipos polares», opuestos en diferentes dimensiones. Esto no quiere decir, naturalmente, que no os esforcéis por adquirir y conservar un sentido de la proporción: el buscarlo conduce a las frecuencias de los tipos dados. En realidad, uno trata constantemente de combinar esa

busca con la de índices para los cuales pueda encontrar o reunir estadísticas.

La idea es usar puntos de vista diferentes: por ejemplo, os preguntaréis cómo enfoca esto un tratadista de ciencia política que acabáis de leer, o cómo lo enfocan aquel psicólogo o este historiador. Procuraréis pensar de acuerdo con puntos de vista diversos, y de este modo vuestra mente se convierte en un prisma en movimiento que capta luz de todas las direcciones posibles. A este respecto, muchas veces resulta útil escribir diálogos.

Con gran frecuencia os sorprenderéis pensando contra algo, y al tratar de comprender un nuevo campo intelectual, una de las primeras cosas que podéis hacer es formular los argumentos principales. Una de las cosas que quiere decir «estar empapado en literatura» es ser capaz de localizar a los opositores y a los partidarios de cada uno de los puntos de vista. Diré de pasada que no es bueno estar demasiado «empapado de literatura»; podéis ahogaros en ella, como Mortimer Adler. Quizá la cuestión está en saber cuándo debéis leer y cuándo no.

5) El hecho de que, por amor a la sencillez, en la clasificación transversal, trabajéis al principio en términos de sí-o-no, os estimula a pensar en extremos contrarios. Eso, en general, es bueno, porque el análisis cualitativo no puede, naturalmente, proporcionaros frecuencias ni magnitudes. Su técnica y su objeto es daros el alcance de los tipos. Para muchas cosas no necesitáis más que ése, aunque para otras, naturalmente, necesitáis adquirir una idea más precisa de las proporciones implícitas.

La liberación de la imaginación puede conseguirse a veces invirtiendo deliberadamente el sentido de la proporción.[72] Si una cosa parece muy diminuta, imaginadla simplemente enorme, y preguntaos: ¿En qué puede importar eso? Y al contrario con los fenómenos gigantescos. ¿Qué parecerían aldeas analfabetas con una población de 30 millones de habitantes? Actualmente por lo menos, yo nunca pienso en contar o medir realmente algo, antes de haber jugado con cada uno de sus elementos, condiciones y consecuencias en un mundo imaginado en el que controlo la escala de todas las cosas. Ésta es una de las cosas que los estadísticos deben querer decir, pero nunca parece así, con la frase de «conocer el universo antes de tomar muestras de él».

6)Sea cualquiera el problema en que estéis interesados, hallaréis útil tratar de obtener una impresión *comparativa* de los materiales. La busca de casos comparables, ya en una civilización y periodo histórico, ya en varios, os proporciona orientaciones. No pensaréis nunca en describir una institución del siglo XX sin procurar tener presente instituciones similares de otros tipos de estructuras y de épocas. Y ello es así aun cuando no os propongáis hacer comparaciones explícitas. Con el tiempo llegaréis a orientar casi de un modo automático vuestro pensamiento históricamente. Una de las razones para hacerlo así es que con frecuencia lo que estáis examinando es limitado en número: para tener una impresión comparativa de ello, tenéis que situarlo dentro de una estructura histórica. Para decirlo de otro modo,

el enfoque por contraste requiere con frecuencia el examen de materiales históricos. Esto tiene a veces consecuencias útiles para el análisis de una tendencia, o conduce a una tipología de fases. Usaréis, pues, materiales históricos, por el deseo de dar un alcance mayor o un alcance más conveniente a algún fenómeno, por lo cual entiendo un alcance que comprenda las variaciones en un conjunto conocido de dimensiones. Al sociólogo le es indispensable algún conocimiento de la historia universal. Sin ese conocimiento está sencillamente mutilado, por muchas otras cosas que sepa.

7) Finalmente, hay un punto que tiene más relación con el oficio de componer un libro que con la liberación de la imaginación. Pero ambas cosas muchas veces no son más que una: cómo debéis ordenar los materiales para que su presentación afecte siempre al contenido de vuestra obra. La idea que tengo presente la aprendí de un gran editor, Lambert Davis, quien supongo que después de haber visto lo que hice con ella, no querrá reconocerla como hija suya. Es la diferencia entre tema y asunto.

Un asunto es una materia, como «las carreras de los ejecutivos de empresas», o «el poder creciente de los oficiales militares», o «la decadencia de las matronas de sociedad». Por lo general, la mayor parte de lo que hay que decir acerca de un asunto puede encerrarse fácilmente en un solo capítulo o en una sección de un capítulo. Pero el orden en que están dispuestos todos vuestros asuntos os lleva muchas veces al campo de los temas.

Un tema es una idea, por lo general de una tendencia señalada, de alguna concepción importante, o de una distinción clave, como la de racionalidad y razón, por ejemplo. Al trabajar en la ordenación de un libro, cuando lleguéis a haceros cargo de los dos o tres, o, como puede ocurrir, de los seis o siete temas, sabréis que estáis en la cima de vuestra tarea. Reconoceréis esos temas porque los encontraréis en toda clase de asuntos y quizá lleguen a pareceros meras repeticiones. ¡Y muchas veces eso es todo lo que son! Ciertamente, con gran frecuencia se encontrarán en las secciones de vuestro manuscrito más confusas y peor escritas.

Lo que debéis hacer es seleccionarlos y enunciarlos de un modo general tan clara y brevemente como os sea posible. Después, de manera absolutamente sistemática, debéis clasificarlos de acuerdo con todo el alcance de vuestros asuntos. Esto significa que os preguntaréis acerca de cada asunto: ¿Cómo es afectado exactamente por cada uno de estos temas? Y también: ¿Cuál es exactamente el significado, si es que tienen alguno, de cada uno de estos temas de cada uno de los asuntos?

En ocasiones un tema requiere un capítulo o una sección para él solo, quizá cuando se le presente por primera vez o quizá en un resumen hacia el final del libro. En general, creo que la mayor parte de los escritores —así como la mayor parte de los pensadores sistemáticos— estarán de acuerdo en que en algún punto todos los temas deben aparecer reunidos, en relación los unos con los otros. Frecuentemente, aunque no siempre, es posible hacerlo al principio de un libro. Usualmente, en todo libro bien compuesto, debe hacerse cerca del final. Y, desde luego, durante todo el libro uno debe por lo menos procurar relacionar los temas con cada asunto. Es más fácil

escribir sobre esto, que hacerlo, porque no suele ser una cuestión tan mecánica como pueda parecer. Pero en ocasiones lo es, por lo menos si los temas están propiamente escogidos y esclarecidos. Pero eso es precisamente lo difícil. Porque lo que yo he llamado aquí, en el contexto de la artesanía literaria, temas, en el contexto del trabajo intelectual se llaman ideas.

Algunas veces, entre paréntesis, podéis advertir que un libro en realidad no tiene temas. Es una ristra de asuntos, rodeada, naturalmente, de introducciones metodológicas a la metodología y de introducciones teóricas a la teoría. Ésas son, ciertamente, cosas indispensables para la redacción de libros por hombres sin ideas. Y de ahí resulta la falta de inteligibilidad.

5

Yo sé que estaréis de acuerdo en presentar vuestro trabajo en un lenguaje tan sencillo y claro como lo permitan el asunto y vuestras ideas acerca de él. Pero como podéis haber advertido, en las ciencias sociales parece prevalecer una prosa ampulosa y palabrera. Supongo que los que la emplean creen que imitan a la «ciencia física», e ignoran que gran parte de *aquella* prosa no es necesaria en absoluto. En efecto, se ha dicho con autoridad que hay «una crisis grave de la capacidad de escribir», crisis en la que participan muchísimo los investigadores sociales.[73] ¿Débese ese peculiar lenguaje a que se discutan cuestiones, conceptos, métodos profundos y sutiles? Si no, ¿cuáles son, pues, las razones de lo que Malcolm Cowley llamó acertadamente «jerigonza»?[74] ¿Es realmente necesario para vuestro trabajo? Si lo es, no hay nada que hacer; si no lo es, ¿cómo podréis evitarlo?

Me parece que semejante falta de inteligibilidad por lo general tiene poco o nada que ver con la complejidad de la materia y nada en absoluto con la profundidad del pensamiento. Con lo que tiene que ver mucho es con ciertas confusiones del escritor académico sobre su propia posición.

En muchos círculos académicos de hoy, todo el que procure escribir de un modo ampliamente inteligible está expuesto a que se le condene como un «mero literato», o, lo que es aún peor, como un «mero periodista». Quizá habéis aprendido ya que esas frases, tal como comúnmente se las usa, sólo indican esta inferencia ilegítima: superficial porque es legible. El académico en los Estados Unidos se esfuerza por llevar una vida intelectual seria en un contexto social que con frecuencia parece estar completamente en contra de él. Su prestigio debe compensar muchos de los valores predominantes que ha sacrificado al elegir una carrera académica. Su deseo de prestigio se asocia fácilmente a la imagen que se ha forjado de sí mismo como «científico». El que se le llame un «mero periodista» le hace sentirse humillado y superficial. Creo que es esta situación la que con frecuencia está en el fondo del complicado vocabulario y de la retorcida manera de hablar y de escribir. Es menos difícil adquirir esa manera que no adquirirla. Se ha convertido en una convención, y

quienes no la usan están expuestos a la desaprobación moral. Es posible que sea consecuencia de un «apretar las filas» académico por parte de los mediocres, quienes, muy comprensiblemente, desean eliminar a los que atraen la atención de las personas inteligentes, académicas o no.

Escribir es formular una pretensión a la atención de los lectores. Eso forma parte de *todo* estilo. Escribir es también pretender para sí por lo menos una posición que amerite ser leído. El joven académico participa muchísimo en ambas pretensiones, y como siente su falta de posición pública, muchas veces antepone el deseo de una posición personal al de atraer la atención de los lectores hacia lo que dice. De hecho, en los Estados Unidos, ni aun los intelectuales más eminentes gozan de gran consideración en círculos y públicos amplios. A este respecto, el caso de la sociología ha sido un caso extremo: en gran parte los hábitos estilísticos sociológicos proceden del tiempo en que los sociólogos gozaban de poco prestigio aun entre los demás académicos. El deseo de prestigio es una razón por la cual el académico cae tan fácilmente en ininteligibilidad. Y esto, a su vez, es una razón por la cual no tienen el prestigio que desean. Es un verdadero círculo vicioso, pero un círculo vicioso del cual todo estudioso puede salir fácilmente.

Para superar la *prosa* académica tenéis que superar primero la *pose* académica.[75] Es mucho menos importante estudiar gramática y raíces anglosajonas que esclarecer vuestras respuestas a estas tres preguntas: *1)* ¿Hasta qué punto es difícil y complicada mi materia? *2)* Cuando escribo, ¿qué posición es la que deseo para mí? *3)* ¿Para quién estoy tratando de escribir?

1) La respuesta habitual a la primera pregunta es: No tan difícil ni complicada como el modo en que escribís acerca de ella. La prueba de esto está al alcance de la mano en todas partes: lo revela la facilidad con que pueden traducirse al inglés el 95 por ciento de los libros de ciencia social.[76]

Pero preguntaréis: ¿No necesitamos a veces una terminología técnica?[77] La necesitamos, desde luego; pero «técnica» no significa necesariamente difícil, y de ningún modo quiere decir «jerga». Si esa terminología técnica es realmente necesaria y a la vez clara y precisa, no es difícil usarla en un contexto de inglés claro y hacerla inteligible para el lector.

Quizá objetaréis que las palabras corrientes de uso común muchas veces están «cargadas» de sentimientos y de valoraciones, y que en consecuencia puede ser preferible evitarlas en favor de palabras nuevas o de términos técnicos. He aquí mi respuesta: Es cierto que las palabras comentes llevan con frecuencia esa carga; pero también la llevan muchos términos técnicos usados en la ciencia social. Escribir con claridad es controlar esas cargas, decir exactamente lo que quiere decirse de tal modo que eso, y sólo eso, sea lo que entiendan los demás. Supongamos que el sentido de vuestras palabras se circunscribe a un círculo de dos metros en el que estáis metidos;

supongamos que el sentido comprendido por vuestros lectores es otro círculo igual, en el cual están ellos metidos. Es de suponer que esos dos círculos se traslaparán. La extensión del traslapó es la medida en que os comunicáis con los lectores. En el círculo de éstos la parte no traslapada es una zona de significación incontrolada y que ellos completan. En vuestro círculo la parte no traslapada es otra prueba de vuestro fracaso: no habéis logrado haceros comprender. El talento de escribir es hacer que el círculo del lector coincida exactamente con el vuestro, escribir de tal manera, que ambos estéis dentro del mismo círculo de significación controlada.

Mi primer punto, es, pues, que la mayor parte de la «jerigonza» no tiene relación ninguna con la complejidad de la materia ni de las ideas. Se emplea —creo que casi por completo— para sustentar las propias pretensiones académicas; escribir de ese modo es decirle al lector (estoy seguro de que muchas veces sin saberlo): «Sé algo que es muy difícil que puedas entender si primero no aprendes mi difícil lenguaje. Entretanto, no serás más que un periodista, un profano o alguna otra especie de tipo sub-desarrollado».

2) Para contestar la segunda pregunta, debemos distinguir dos modos de presentar el trabajo de la ciencia social de acuerdo con la idea que el autor tiene de sí mismo y con la voz con que habla. Un modo es consecuencia de la idea de que él es un hombre que puede vociferar, cuchichear o reír entre dientes, pero que siempre está allí. También es claro de qué tipo de hombre se trata: confiado o neurótico, claro o intrincado, *es* un centro de experiencia y de razonamiento; ahora bien, ha encontrado algo y os está hablando de ello y de cómo lo encontró. Ésta es la voz que está detrás de las mejores exposiciones de que se dispone en idioma inglés.

El otro modo de presentar el trabajo no usa ninguna voz de ningún hombre. Ese modo de escribir no es una «voz» en absoluto. Es un sonido autónomo. Es una prosa manufacturada por una máquina. El que sea una mera jerga no resulta tan notorio como el que es fuertemente amanerada: no sólo es impersonal, es pretenciosamente impersonal. Algunas veces están escritos de este modo los boletines del gobierno. También las cartas de negocios. Y gran parte de la ciencia social. Toda manera de escribir —aparte quizá de la de ciertos verdaderamente grandes estilistas— que no es imaginable como habla humana es una mala manera de escribir.

3) Pero hay, finalmente, la cuestión relativa a quiénes han de oír la voz. El pensar en esto también lleva a características de estilo. Es muy importante para un escritor tener en cuenta precisamente a qué clase de personas trata de hablar, así como lo que realmente piensa de ellas. No son éstas cuestiones fáciles: el contestarlas bien exige tomar decisiones acerca de sí mismo y el conocimiento de los públicos lectores. Escribir es formular la pretensión de ser leído, pero ¿por quién?

Una respuesta la ha sugerido mi colega Lionel Trilling, quien me ha autorizado a publicarla. Debéis suponer que se os ha pedido dar una conferencia sobre una materia

que conocéis bien, ante un auditorio de maestros y estudiantes de todos los departamentos de una universidad importante y de cierto número de personas interesadas que viven en una ciudad cercana. Suponed que ese auditorio está ante vosotros y que tiene derecho a saber; suponed que queréis permitirle saber. Ahora, poneos a escribir.

El investigador social tiene ante sí como escritor cuatro amplias posibilidades. Si se considera a sí mismo como una voz y supone que está hablando a un público como el que he indicado, procurará escribir una prosa legible. Si supone que es una voz pero no sabe nada del público, fácilmente puede caer en desvaríos ininteligibles. Ese individuo hará bien en tener cuidado. Si se considera a sí mismo menos una voz que un agente de un sonido impersonal, entonces —si encuentra un público— probablemente actuará como en un culto o rito. Si, no conociendo su propia voz, no encontrase un público, sino que habla solitariamente para un registro que no lleva nadie, entonces supongo que tendremos que admitir que es un verdadero fabricante de prosa estandarizada: un sonido autónomo en una gran sala vacía. Todo esto es más bien espantoso, como en una novela de Kafka, y debe serlo: hemos hablado poniéndonos en los límites de la razón.

La línea divisoria entre profundidad y palabrería muchas veces es delicada, y hasta peligrosa. Nadie negará el curioso encanto de aquellos que —como en el poemita de Whitman—, al empezar sus estudios, sienten tanto agrado y temor en los primeros pasos, que difícilmente acceden a seguir adelante. El lenguaje forma por sí mismo un mundo maravilloso, pero, enmarañados en ese mundo, no debemos tomar la confusión de los comienzos por la profundidad de resultados definitivos. En cuanto miembros de la comunidad académica, debéis consideraros a vosotros mismos como representantes de un lenguaje verdaderamente grande, y debéis esperar de vosotros, y exigíroslo, que cuando habléis o escribáis practiquéis el discurso de un hombre civilizado.

Hay un último punto que se relaciona con la acción recíproca entre el escribir y el pensar. Si escribís únicamente con referencia a lo que Hans Reichenbach ha llamado el «contexto de descubrimiento», seréis comprendidos por muy pocas personas; además tenderéis a ser completamente subjetivos en vuestros enunciados. Para hacer más objetivo lo que pensáis, debéis trabajar en el contexto de la presentación. Primeramente, «presentáis» vuestro pensamiento a vosotros mismos, lo cual se llama a veces «esclarecer las ideas». Después, cuando creáis que ya está correcto, lo presentáis a los demás, que muchas veces encuentran que no lo habéis aclarado. Ahora estáis en el «contexto de presentación». Algunas veces advertiréis que el tratar de presentar vuestro pensamiento, lo modificáis, no sólo en su forma y presentación, sino también en su contenido. Tendréis nuevas ideas al trabajar en el contexto de presentación. En suma, se convertirá en un nuevo contexto de descubrimiento, diferente del primero, en un plano más elevado de pensamiento, porque es más

socialmente objetivo. Tampoco aquí podéis divorciar vuestro modo de pensar del de escribir. Tenéis que moveros atrás y adelante entre estos dos contextos, y siempre que os mováis es bueno saber a dónde vais.

6

Por lo que llevo dicho comprenderéis que en la práctica nunca «empezáis a trabajar en un proyecto»; ya estáis «trabajando», bien sea en un filón personal, o en los ficheros, o tomando notas o en ocupaciones guiadas por otros. Siguiendo ese modo de vivir y de trabajar, siempre tendréis muchos asuntos sobre los que querríais seguir trabajando. Después de haber decidido tomaros algún «descanso», procuraréis usar todo vuestro archivo, vuestro curiosear por bibliotecas, vuestras conversaciones, vuestras relaciones con personas escogidas, para vuestro tema o asunto. Estáis tratando de formar un pequeño mundo que contenga todos los elementos clave que entren en vuestro trabajo, de poner a cada uno en su lugar de un modo sistemático, reajustando constantemente esa trama mediante reelaboraciones de cada una de sus partes. Meramente el vivir en ese mundo construido es saber lo que es necesario: ideas, hechos, ideas, cifras, ideas.

Así descubriréis y describiréis, formando tipos para la ordenación de lo que habéis encontrado, enfocando y organizando la experiencia, distinguiendo los apartados con un nombre. Esta busca de orden os moverá a buscar tipos y tendencias, a encontrar relaciones que pueden ser típicas y causales. En suma, buscaréis el sentido de lo que hayáis encontrado, lo que puede interpretarse como señal visible de algo que no es visible. Haréis un inventario de todo lo que parece implícito en lo que estáis tratando de comprender; lo reduciréis a lo esencial, y después, cuidadosa y sistemáticamente, relacionaréis esos apartados entre sí a fin de formar una especie de modelo de trabajo. Y después relacionaréis ese modelo con lo que estéis tratando de explicar. A veces es fácil; otras no lo será tanto.

Pero siempre, entre todos los detalles, buscaréis indicadores que señalen el principal impulso, las formas y tendencias subyacentes del ámbito de la sociedad a mediados del siglo XX. Porque, al fin y al cabo, es esto —la diversidad humana— el asunto de todo lo que escribís.

Pensar es luchar por el orden y a la vez por la comprensión. No debéis dejar de pensar demasiado pronto, o no llegaréis a saber todo lo que debierais; no debéis prolongarlo interminablemente, u os agotaréis. Éste es el dilema, supongo yo, que hace de la reflexión, en los raros momentos en que se desenvuelve con más o menos éxito, el esfuerzo más apasionante de que es capaz el ser humano.

Quizá sea lo mejor resumir lo que he intentado decir en forma de algunos preceptos y advertencias:

1) Sed buenos artesanos. Huid de todo procedimiento rígido. Sobre todo,

desarrollad y usad la imaginación sociológica. Evitad el fetichismo del método y de la técnica. Impulsad la rehabilitación del artesano intelectual sin pretensiones y esforzaos en llegar a serlo vosotros mismos. Que cada individuo sea su propio metodólogo; que cada individuo sea su propio teórico; que la teoría y el método vuelvan a ser parte del ejercicio de un oficio. Defended la primacía del estudio individual. Oponeos al ascendiente de los equipos de investigación formados por técnicos. Sed inteligencias que afrontan por sí mismas los problemas del hombre y de la sociedad.

2) Evitad el bizantino despropósito de la asociación y disociación de conceptos y la palabrería amanerada. Exigíos a vosotros mismos y exigid a los demás la sencillez del enunciado claro. Usad términos más complicados sólo cuando creáis firmemente que su uso amplía el alcance de vuestros talentos, la precisión de vuestras referencias, la profundidad de vuestro razonamiento. Evitad el empleo de la ininteligibilidad como un medio para rehuir la formulación de juicios sobre la sociedad… y como un medio de escapar a los juicios de vuestros lectores sobre vuestra propia obra.

3) Haced todas las interpretaciones trans-históricas que creáis que necesita vuestro trabajo; ahondad también en minucias subhistóricas. Formulad teorías absolutamente formales y haced modelos lo mejor que podáis. Examinad en detalle pequeños hechos y sus relaciones, y también grandes acontecimientos únicos. Pero no seáis fanáticos: poned todo ese trabajo, constante y estrechamente, en relación con el plano de la realidad histórica. No supongáis que alguien hará eso por vosotros, en algún momento y en alguna parte. Tomad por tarea vuestra la definición de esa realidad; formulad vuestros problemas de acuerdo con ella; tratad de resolver en su plano esos problemas, resolviendo así las dificultades e inquietudes que implican. Y no escribáis nunca más de tres páginas sin tener presente por lo menos un ejemplo sólido.

4) No os limitéis a estudiar un pequeño ambiente después de otro; estudiad las estructuras sociales en que están organizados los ambientes. Seleccionad los ambientes que necesitéis estudiar en detalle, en relación con esos estudios de grandes estructuras, y estudiadlos de tal manera que comprendáis la acción recíproca entre medio y estructura. Proceded de un modo análogo en lo que respecta al periodo de tiempo. No seáis meros periodistas, aunque lo seáis muy escrupulosos. Sabed que el periodismo puede ser una gran tarea intelectual, pero sabed también que la vuestra es más grande. Así, pues, no os limitéis a registrar investigaciones diminutas referidas a meros instantes ni a periodos de tiempo muy reducidos. Tomad como tiempo vuestro todo el curso de la historia humana y situad dentro de ella las semanas, los años o las épocas que examinéis.

5)Daos cuenta de que vuestro objetivo es la plena comprensión comparativa de las estructuras sociales que han aparecido y que existen ahora en la historia universal. Daos cuenta de que para llevarla a cabo debéis evitar la arbitraria especialización de los departamentos académicos que hoy prevalecen. Especializad vuestro trabajo

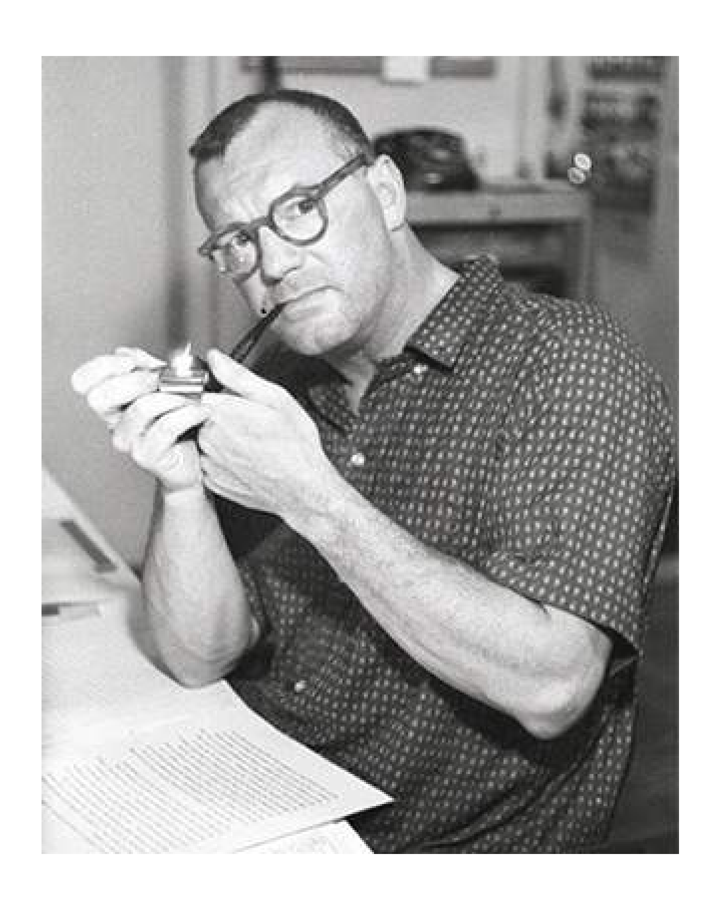
diversamente, de acuerdo con el asunto, y sobre todo de acuerdo con el problema fundamental. Al formular esos problemas y tratar de resolverlos, no titubeéis, antes procurad aprovechar constante e imaginativamente las perspectivas y los materiales, las ideas y los métodos, de todos y cada uno de los estudios inteligentes sobre los hombres y la sociedad. Ellos son *vuestros* estudios, ellos forman parte de lo mismo de que formáis parte vosotros. No permitáis que os los quiten quienes desean envolverlos en una jerga misteriosa con pretensiones de lenguaje de *expertos*.

6) Mantened siempre abiertos los ojos a la imagen del hombre —a la noción genérica de su naturaleza humana— que dais por supuesta con vuestro trabajo; y lo mismo a la imagen de la historia —a vuestra idea de cómo se está haciendo la historia. En una palabra, trabajad y revisad constantemente vuestras opiniones sobre los problemas de la historia, los problemas de la biografía y los problemas de estructura social en que se cortan la biografía y la historia. Mantened los ojos abiertos a las diversidades de la individualidad y a los modos como ocurren en cada época los cambios. Emplead lo que veis y lo que imagináis como guías para vuestro estudio de la diversidad humana.

7) Sabed que heredáis y continuáis la tradición del análisis social clásico; procurad, pues, comprender al hombre no como un fragmento aislado, no como un campo o un sistema inteligible en y por sí mismo. Procurad comprender a los hombres y las mujeres como actores históricos y sociales, y las maneras en que la diversidad de hombres y mujeres son intrincadamente seleccionados e intrincadamente formados por la diversidad de sociedades humanas. Antes de dar por terminado un trabajo orientadlo, aunque sea muy indirectamente en ciertos casos, hacia la tarea central e incesante de comprender la estructura y la tendencia, la forma y el sentido de vuestra propia época, el terrible y magnífico mundo de la sociedad humana en la segunda mitad del siglo XX.

8)No permitáis que las cuestiones públicas, tal como son formuladas oficialmente, ni las inquietudes tal como son privadamente sentidas, determinen los problemas que escogéis para estudiarlos. Sobre todo, no renunciéis a vuestra autonomía moral y política aceptando en los términos de cualquier otra persona la practicidad antiliberal del *ethos* burocrático ni la practicidad liberal de la dispersión moral. Sabed que muchas inquietudes personales no pueden ser tratadas como meras inquietudes personales, sino que deben interpretarse en relación con las cuestiones públicas y en relación con los problemas de la realización de la historia. Sabed que el sentido humano de las cuestiones públicas debe revelarse relacionándolas con las inquietudes personales y con los problemas de la vida individual. Sabed que los problemas de la ciencia social, cuando se formulan adecuadamente, deben comprender inquietudes personales y cuestiones públicas, biografía e historia, y el ámbito de sus intrincadas relaciones. Dentro de ese ámbito ocurren la vida del individuo y la actividad de las sociedades; y dentro de ese ámbito tiene la imaginación sociológica su oportunidad para diferenciar la calidad de la vida humana

en nuestro tiempo.



CHARLES WRIGHT MILLS (Waco, 1916 - Nyack, 1962). Sociólogo estadounidense, una de las figuras más eminentes y controvertidas de las ciencias sociales de su país. Trabajó como profesor de Sociología en la Universidad de Maryland (1941-1945), pasando luego a la Columbia University de Nueva York, donde fue nombrado catedrático en 1956.

Cultivó una sociología crítica, en la línea de Marx y Max Weber, aunque con el objetivo de superar el determinismo económico propio de los planteamientos de dichos autores, y tratando de ir más allá, hacia una nueva sociología universal comparada, capaz de interpretar los problemas modernos y de renovar la posibilidad de hacer explícita y alcanzable la libertad humana.

El elemento central de nuestra época, según el autor, es el hecho de que la racionalidad, a diferencia de los siglos anteriores, ya no produce y no asegura la libertad. Por lo tanto, pone un notable énfasis en la élite intelectual y en sus derrotas, derivadas de su escasa responsabilidad social respecto a las masas. Una idea central de su pensamiento fue precisamente la de que los intelectuales en general y, especialmente, los científicos sociales, no podían limitarse a desempeñar un papel de observadores desinteresados, sino que debían ejercer una responsabilidad social.

Consecuente con esa idea, C. Wright Mills eligió estudiar los problemas relativos al cambio social, principalmente en Estados Unidos. Aunque no se opuso a la investigación empírica (que, de hecho, condujo de forma notable), se decantó decididamente contra el «empirismo abstracto», convencido de la estrecha relación

entre los resultados y la metodología empleada.

En *Cuello blanco: las clases medias en Norteamérica* (1951), mostró una orientación metodológica a la cual se refiere ampliamente en *La imaginación sociológica* (1959). También *La élite del poder* (1956) es una evolución posterior de la misma tendencia metodológica, destinada en este caso a descifrar la compleja estructura de poder de la sociedad americana. Otras obras del autor son *Los nuevos hombres del poder: los dirigentes laborales americanos* (1948), *Las causas de la tercera guerra mundial* (1958) y *Escucha, yanqui: la revolución en Cuba* (1960).

En su última obra, *Los marxistas* (1962), a pesar de su postura crítica con relación a las teorías marxistas, se interesó cada vez más por el marxismo, entendido como método de trabajo. Charles Wright Mills está considerado como un punto de referencia en la nueva izquierda americana de las décadas de 1960 y 1970.

Notas

[1] Rusia y otros países del Este ingresaron en la Asociación Internacional de Sociología en 1955 aproximadamente. En el tercer congreso mundial hicieron su primera aparición en una actitud claramente «propagandística»; en el congreso siguiente (Stresa, 1959), se observaron cambios notables. La relación rusa sobre el estado de la Sociología en aquel país da cuenta, por ejemplo, de varios estudios empíricos en los que se hace uso de los procedimientos de encuesta; el tono seguía siendo polémico pero era más informativo y más objetivo que en las contribuciones de tres años antes. En Polonia la Sociología se halla relativamente desarrollada y existen frecuentes relaciones entre sociólogos norteamericanos (y de otros países occidentales) y los sociólogos polacos. Las técnicas son las mismas. <<



[2] En algunos países de América Latina —por ejemplo Brasil—, aunque existe un Centro nacional para el desarrollo de la ciencia, únicamente incluye las ciencias naturales. <<

[3] Un análisis detallado de este proceso fue realizado por el autor en el libro, La *sociología científica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, cap. 1, y más recientemente en «Development and Present State of Sociology in Latin America» en *Proceedings* del IV Congreso Mundial de Sociología, Londres, 1959, vol. I. <<

[4] Los únicos dos textos de metodología sociológica en los que se exponen las nuevas técnicas tienen ya más de 20 años y no reflejan los avances más significativos que han ocurrido sobre todo en la última década (G. A. Lundberg: *Investigación social*, publicado por el Fondo de Cultura Económica, y el manual de P. V. Young, publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de México). Paradójicamente, los latinoamericanos están más familiarizados con las críticas dirigidas a la moderna metodología que con la metodología misma. El poco afortunado y del todo inexacto libro de Sorokin sobre este tema (*Achaques y manías de la sociología contemporánea*, Aguilar, 1957) fue publicado casi contemporáneamente al original inglés. <<



[5] Esta es probablemente una de las causas más serias del atraso en que se encuentra la Sociología en muchos países de América Latina. <<

[6] J. Medina Echavarría en un libro publicado hace 20 años (Sociología: *teoría y técnica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942), pero que posee extraordinaria actualidad, realizó un análisis total de las condiciones y posibilidades de esa síntesis. <<

[7] *Times Literary Supplement*, 15 de noviembre de 1957. <<

[8] Siento la necesidad de decir que prefiero con mucho la expresión «los estudios sociales» a la de «las ciencias sociales», no porque no me agraden los científicos del mundo físico (por el contrario, me agradan mucho), sino porque la palabra «ciencia» ha adquirido gran prestigio y un sentido más bien impreciso. No siento ninguna necesidad de restarle prestigio ni de hacer aún menos preciso su sentido usándola como una metáfora filosófica. Pero sospecho que si escribo «los estudios sociales», los lectores pensarán sólo en la teoría del gobierno civil de las escuelas superiores, que es, de todos los campos de la sabiduría humana, el único con el que deseo evitar toda clase de asociación. «Las ciencias de la conducta» es sencillamente imposible; supongo que esta denominación fue concebida como un medio de propaganda para conseguir dinero destinado a investigaciones sociales de las fundaciones y de los diputados que confunden «ciencia social» con «socialismo». La mejor denominación debe incluir la historia (y la psicología, en la medida en que se refiere a seres humanos), y ha de prestarse a discusiones lo menos posible, porque nosotros argumentamos *con* palabras, pero no luchamos *acerca* de ellas. Quizás iría bien «disciplinas humanas». Pero ni pensarlo. Con la esperanza de no ser demasiado ampliamente mal interpretado, me atengo al uso convenido y empleo la consagrada expresión de «ciencias sociales».

Otra cosa más: Espero que mis colegas acepten la expresión «imaginación sociológica». Los cultivadores de las ciencias políticas que han leído mi manuscrito sugieren la denominación de «imaginación política»; y los antropólogos la de «imaginación antropológica», y así sucesivamente. Las palabras importan menos que la idea, la cual espero que se aclarará en el decurso de este libro. Con su empleo no quiero, desde luego, sugerir meramente la disciplina académica llamada «sociología». Mucho de lo que la frase significa para mí no lo dicen en absoluto los sociólogos. En Inglaterra, por ejemplo, la sociología como disciplina académica es todavía algo marginal, pero en buena parte del periodismo, de la novela y sobre todo de la historia ingleses, la imaginación sociológica está, ciertamente, muy bien desarrollada. Cosa análoga ocurre en Francia: tanto la confusión como la audacia del pensamiento francés desde la segunda Guerra Mundial descansan sobre su sentimiento de las características sociológicas del destino del hombre en nuestro tiempo; pero esas tendencias las sustentan literatos más bien que sociólogos profesionales. No obstante, empleo la frase «imaginación sociológica» porque: *1)* cree el zapatero remendón que no hay más que cuero, y para bien o para mal yo soy un sociólogo; *2)* creo que históricamente esa cualidad mental ha sido poseída más frecuentemente y de manera más vivida por los sociólogos clásicos que por los demás cultivadores de las ciencias sociales; *3)* puesto que voy a examinar críticamente muchas escuelas sociológicas curiosas, necesito un término contrarío en que apoyarme. <<



[9] Talcott Parsons: *The Social System*. The Free Press, Glencoe, Illinois, 1951, pp. 12, 36-7. <<

[10] Véase Apéndice, sección 5. <<

[11] Parsons, *op. cit.*, pp. 38-9. <<

[12] La coincidencia exacta sería considerada como un caso límite análogo al de la ausencia de roce en una máquina. Aunque la integración completa de un sistema social de motivación con un conjunto plenamente congruente de tipos culturales es empíricamente desconocida, el concepto de tal sistema social integrado es de alta importancia teórica. (Nota de Parsons. [A.].) <<

[13] *Ibid* pp. 41-2. <<

[14] C. W. Mills, *La élite del poder*. F. C. E., 2.ª ed., 1960. <<

[15] También podemos considerarla en relación con quienes la usan: el aspecto pragmático, acerca del cual no necesitamos inquietarnos aquí. Son esas tres «dimensiones de significación» las que Charles M. Morris ha sistematizado tan claramente en su útil estudio sobre los «Fundamentos de la teoría de los signos», en *International Encyclopedia of United Science*, vol. I, número 2. University of Chicago Press, 1938. <<

[16] Parsons, *op. cit.*, p. 552. <<



[17] Véase su excelente «Algunas observaciones sobre *El sistema social*», en *The British Journal of Sociology*, vol. VII, 2 de junio de 1956. <<

[18] H. H. Gerth y C. Wright Mills: *Character and Social Structure*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1953, pp. 274-7, del que me estoy valiendo libremente en esta sección y en la sección 5, más abajo. <<



[19] Véase Karl Marx y Friedrich Engels: *La ideología alemana*, International Publishers, Nueva York, 1939, pp. 42 *ss*. <<

[20] Para una exposición detallada y empírica de los «valores» que los hombres de negocios norteamericanos, por ejemplo, tratan de promulgar, véase Sutton, Harris, Kaysen y Tobin: *The American Business Creed*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1956. <<

[21] Gerth y Mills, *op. cit.*, p. 30. <<

[22] Parsons, *op. cit.*, p. 205. <<

[23] *Ibid.*, p. 262. <<

[24] Cf. Carl Becker: *The Heavenly City*; y Lewis A. Coser: *Conflict*, The Free Press, Glencoe, Illinois, 1956. <<

[25] Parsons, tomado de «Some observations on Systematic Theory, 1945-1955», de Alvin W. Gouldner, en *Sociology in the United States of America*, UNESCO, París, 1956, p. 40. <<

[26] Cf. Lockwood, *op. cit.*, p. 138. <<

[27] Gouldner, *op. cit.*, p. 41. <<

[28] Franz Neumann: *Behemoth*, Nueva York, Oxford, 1942; es un modelo verdaderamente espléndido de lo que debe ser el análisis estructural de una sociedad histórica. Para la exposición dada arriba, véase Gerth y Mills, *op. cit.*, pp. 363 ss. <<

[29] Debe resultar evidente que la opinión particular acerca de la sociedad que es posible extraer del texto de Parsons es más bien para un uso ideológico directo; tradicionalmente, esa opinión ha sido asociada, naturalmente, a los estilos conservadores de pensamiento. Los grandes teóricos no han descendido con frecuencia a la palestra política; no han admitido con frecuencia, ciertamente, que sus problemas caen dentro de los contextos políticos de la sociedad contemporánea. Pero eso, naturalmente, no exime a su obra de un significado ideológico. No estudiaré a Parsons en este aspecto, porque el significado político de *The Social System* está tan cerca de su superficie, cuando se le traduce adecuadamente, que no creo necesario aclararlo. La gran teoría no representa ahora ningún papel burocrático directo, y como he observado, su falta de inteligibilidad limita el favor público de que pudiera disfrutar. Esto puede, desde luego, convertirse en una partida positiva: su oscuridad le da un gran potencial ideológico.

El sentido ideológico de la gran teoría tiende fuertemente a legitimar las formas permanentes de dominio. Pero únicamente si suscitase entre los grupos conservadores una necesidad mucho mayor de legitimaciones refinadas, podría la gran teoría tener la probabilidad de adquirir importancia política. Empecé este capítulo con una pregunta: La gran teoría, tal como está representada en *The Social System*, ¿es pura palabrería, o es también profunda? A esa pregunta contesto: Sólo en el 50 por ciento es palabrería; el 40 por ciento es sociología muy conocida de libro de texto. El otro 10 por ciento, como podría decir Parsons, me inclino a dejarlo abierto a vuestras propias investigaciones empíricas. Mis propias investigaciones indican que ese 10 por ciento restante es de un uso ideológico posible, aunque más bien vago. <<

[30] Bernard Berelson: «The Study of Public Opinion», en *The State of the Social Sciences*, editado por Leonard D. White, University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1956, p. 299. <<

[31] Berelson, *op cit., pp. 304-5* <<

[32] Tengo a la mano el siguiente ejemplo. Al estudiar algunas cuestiones filosóficas, en particular la naturaleza de los fenómenos «mentales» y las consecuencias de sus opiniones acerca de ellos sobre los problemas de la epistemología, observa George A. Lundberg: «A causa de esta inseguridad de la definición de la “escuela”, y más especialmente a causa de las muchas asociaciones curiosas que la palabra “positivismo” tiene en muchas mentes, yo siempre he preferido caracterizar mi propio punto de vista como el de la *ciencia natural* antes que tratar de identificarlo con cualquiera de las escuelas convencionales de filosofía tradicional, de las cuales una ha sido el positivismo, por lo menos desde Comte». Y aún: «Dodd y yo en común, creo yo, con todos los demás científicos naturales, procedemos verdaderamente de acuerdo con el postulado de que los datos de la ciencia empírica consisten en reacciones simbolizadas a través de los medios de los sentidos humanos (es decir, todas nuestras respuestas, incluidas las de los “órganos de los sentidos”)». Y todavía más: «En común con todos los científicos naturales, rechazamos, ciertamente, la noción de que…». «The Natural Trend in Sociology», en *The American Journal of Sociology*, vol. LXI, núm. 3, noviembre de 1955, pp. 191 y 192. <<

[33] William S. Beck: *Modern Science and the Nature of Life*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1957. <<

[34] *What is Sociology?*, Universitets Studentkontor, Akrivemaskinstua, Oslo, septiembre de 1948 (mimeografiado). Este trabajo fue leído ante un grupo de personas que buscaban orientación general para crear un instituto de investigación. En consecuencia, es sumamente adecuado para mi propósito actual, porque es breve, claro y emana de una autoridad. Pueden encontrarse exposiciones más complicadas y elegantes, por ejemplo en *The Language of Social Research*, editado por Lazarsfeld y Rosenberg, The Free Press, Glencoe, Illinois, 1955. <<

[35] *Ibid.*, pp. 4-5. <<

[36] *Ibid.*, p. 5. «El análisis del contenido de una serie de materiales consiste esencialmente en clasificar pequeñas unidades de los documentos (palabras, frases, temas) de acuerdo con una serie de categorías *a priori*» Peter H. Rossi: «Methods of Social Research, 1945-55», en *Sociology in the United States of America*, editado por Hans L. Zetterberg, UNESCO, París, 1956, p. 33. <<

[37] Todas las citas de este párrafo son de Lazarsfeld, *op. cit.* , pp. 5-6. <<

[38] *Ibid.*, pp. 7-8, 12-13. <<

[39] *Ibid.*, p. 17. <<

[40] *op. cit.*, p. 20. <<

[41] La palabra «psicologismo» se refiere al intento de explicar los fenómenos humanos de acuerdo con los datos y las teorías acerca del modo de ser de los individuos. Históricamente, como teoría, descansa sobre una explícita negación metafísica de la realidad de la estructura social. En otras ocasiones, sus partidarios quizá formulan un concepto de la estructura que la reduce, en lo que respecta a explicaciones, a una serie de ambientes. De un modo todavía más general y de interés más directo para nuestra incumbencia con las investigaciones corrientes de la ciencia social, el psicologismo descansa en la idea de que si estudiamos una serie de individuos en sus ambientes, los resultados de nuestros estudios pueden sumarse en cierto modo para formar el conocimiento de la estructura social. <<

[42] Debo advertir, de pasada, que una causa del endeble formulismo o aun vado de esos estudios abarrotados de hechos es que contienen muy poca, o quizás ninguna, observación directa hecha por los encargados de realizarlos. Los «hechos empíricos» son hechos recogidos por un conjunto de individuos burocráticamente dirigidos y por lo general medianamente preparados. Se ha olvidado que la observación social requiere gran habilidad y sensibilidad aguda, y que el descubrimiento tiene lugar con frecuencia precisamente cuando una mentalidad imaginativa desciende en medio de las realidades sociales. <<



[43] Estas dos citas proceden de Barzun y Graff, *The Modern Researcher*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1957, p. 217. <<



[44] Compárese la información sobre los economistas en *Business Week*, 2 de agosto de 1958, p. 48. <<

[45] Discurso a la Western Political Science Association, 12 de abril de 1958. <<

[46] *American Political Science Review*, septiembre de 1957. <<



[47] *Cf.* Mills: «The Professional Ideology of Social Pathologists», en *American Journal of Sociology*, septiembre de 1943. <<

[48] Hasta la especialidad de «problemas sociales» —importante sede académica de practicidad liberal— ha reflejado ese cambio de la vieja a la nueva practicidad. El curso de «desorganización social» no ha seguido siendo lo que era. En 1958 hay un conocimiento más complicado de los valores de que tratan quienes lo practican. Políticamente, el campo se ha convertido, en cierta medida, en parte de la ideología general y en uno de los grupos de presión crítica y uno de los aditamentos administrativos del Estado benefactor. <<

[49] Para una información detallada sobre «The Mayo School», véase Mills: «The Contributions of Sociology to Studies of Industrial Relations», en *Proceedings of First Annual Meeting of Industrial Relations Research Association*, Cleveland, Ohio, 1948. <<

[50] No debe suponerse, desde luego, que los investigadores sociales no han hecho algo mejor en este campo de investigación que la escuela de las relaciones humanas en la industria. Por el contrario, se ha hecho mucho trabajo excelente y está en ejecución mucho más. Por ejemplo, los trabajos de Charles E. Lindblom, John T. Dunlap, William Form, Delbert Miller, Wilbert Moore, V. L. Allen, Seymour Lipset, Ross Stagner, Arthur Kornhauser, William F. Whyte, Robert Dubin y Arthur M. Ross, para mencionar sólo a unos cuantos.

Una de las grandes tesis de las ciencias sociales del siglo XIX es que, en la evolución del capitalismo moderno, muchas gentes han caído, a causa de cambios estructurales, en una situación de desamparo, y que simultáneamente se hacen rebeldes y exigentes por caminos psicológicos. En consecuencia, se proyecta la línea central del desarrollo histórico: con la divulgación del conocimiento racional, el trabajador saltará, en una nueva síntesis colectiva, de la alienación a la moral del proletariado triunfante. Karl Marx tuvo mucha razón en gran parte de lo que dijo acerca del cambio estructural; pero se equivocó y fue insuficiente en lo relativo a sus consecuencias psicológicas.

El problema teórico de la sociología industrial, al llegar a su clímax intelectual y político en la concepción de la moral, es el problema de explorar los diversos tipos de alienación y de moral que nos encontramos al examinar sistemáticamente la estructura de poder y su sentido para las vidas individuales de los trabajadores. Es un problema que nos obliga a estudiar en qué medida han acompañado cambios psicológicos a los cambios estructurales, y en cada caso, por qué lo han hecho. En esa dirección está la promesa de una ciencia social de la vida de trabajo del hombre moderno. <<

[51] Paul Lazarsfeld, *op. cit.*, pp. 19-20. El subrayado es mío. <<



[52] Con esto alude el autor al cuento tradicional del rey a quien se hizo creer que iba vestido cuando en realidad estaba desnudo. [T.] <<

[53] «The Science of Inhuman Relations», *The* New *Republic*, 27 de agosto de 1949. <<

[54] *Cf*. capítulo III, sección 1. <<

[55] *Cf.* , por ejemplo, el esfuerzo más bien juguetón titulado «Two Styles of Research in Current Social Studies», en *Philosophy of Science*, vol. 20, núm. 4, noviembre de 1953, pp. 266-75. <<



[56] *Tensions That Cause Wars*, editado por Hadley Cantril, University of Illinois Press, Urbana, Illinois, 1950, p. 297. <<

[57] W. A. Johr y H. W. Singer: *El papel del economista como asesor oficial*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 15. Este libro, dicho sea de pasada, es un modelo de la manera apropiada de proceder en las discusiones de métodos en la ciencia social. Fue escrito, muy significativamente, a manera de conversación entre dos artesanos experimentados. <<

[58] Jacques Barzun y Henry Graff: *The Modern Researcher*, Harcourt and Braco, Nueva York, 1957, p. 221. <<

[59] Morris Ginsberg: Essays *in Sociology and Social Philosophy*, vol. II, 39, Heinemann, Londres, 1956. <<

[60] Véase *Ibn Khaldoun's Philosophy of History*, por Muhsin Mahdi, George Allen and Unwin, Londres, 1957; e *Historical Essays*, Macmillan, Londres, 1957, que contiene un revelador comentario acerca de él de H. R. Trevor-Roper. <<

[61] Señalo un razonamiento en mi apoyo en una excelente reseña de tipos de historia del trabajo, por ejemplo, de Walter Galenson: «… la renta marginal de cultivar tierra vieja puede ser menor… a falta de… material nuevo importante… Pero no es ésta la única justificación para concentrarse en sucesos más recientes. El movimiento obrero contemporáneo difiere del de hace treinta años no sólo cuantitativamente, sino cualitativamente. Antes de 1930 era de carácter sectario; sus decisiones no eran un factor económico importante y se interesaba más en pequeños problemas internos que en la política nacional» (Walter Galenson: «Reflections on the Writing of Labor History», en *Industrial and Labor Relations Review*, octubre de 1957). En lo que respecta a la antropología, el debate entre las explicaciones «funcionales» e «históricas» ha durado mucho tiempo, naturalmente. Los antropólogos tienen que ser más veces funcionales que lo contrario, porque no pueden descubrir nada acerca de la historia de las «culturas» que examinan. Realmente, tienen que intentar explicar el presente por el presente, buscando explicaciones en las mutuas relaciones significativas de diversos rasgos contemporáneos de una sociedad. Para un penetrante estudio reciente, véase «Time and Theory in Social Anthropology», de Ernest Gellner, en *Mind*, abril de 1958. <<

[62] Otra razón importante de la tendencia a «apoteotizar» las «relaciones interpersonales» son la calidad esponjosa y las limitaciones de la palabra «cultura», en relación con la cual se han reconocido y enunciado muchos de los elementos sociales de las zonas profundas del hombre. En contraste con el de estructura social, el concepto «cultura» es una de las palabras más esponjosas en la ciencia social, aunque, quizás por esa razón, enormemente útil en manos de un experto. En la práctica, el concepto «cultura» es con la mayor frecuencia una débil referencia al ambiente social más «tradición» más que una idea adecuada de estructura social. <<



[63] Para un estudio detallado del punto de vista expresado aquí, véase Gerth y Mills, *Character and Social Structure*, Harcourt & Brace, Nueva York, 1953. <<

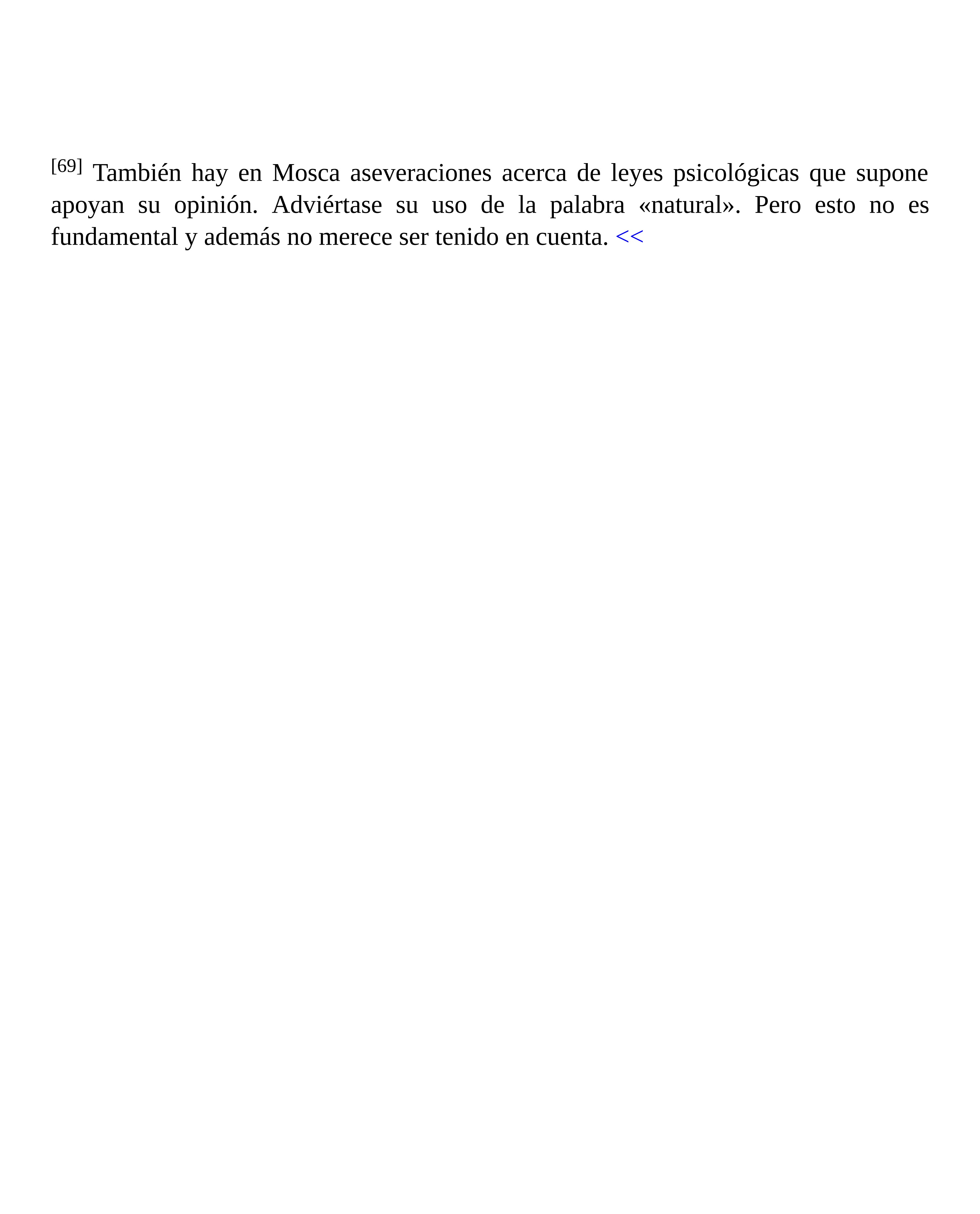
[64] Ramin y Graff: *The Modern Researcher*, Harcourt & Brace, Nueva York, 1957, pp. 222-3. <<

[65] Cf. Mannheim: *Libertad y planificación social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, p. 59. <<

[66] Me gustaría recordar de pasada al lector que, totalmente aparte de su contexto y uso democráticos presentes, el estilo del empirismo abstracto (y la inhibición metodológica que sustenta) no es apropiado para el papel político democrático que estoy describiendo. Los que practican ese estilo como su actividad única, que lo conciben como «el verdadero trabajo de la ciencia social», y que viven en su *ethos*, no pueden desempeñar un papel educativo liberador. Este papel exige que se dé confianza a los individuos y a los públicos en sus propias capacidades para razonar, y, mediante la crítica, el estudio y la práctica individuales, ampliar su alcance y mejorar su calidad. Exige que se les estimule, según la frase de George Orwell, a «salir de la ballena», o según la maravillosa frase norteamericana, a «convertirse en sus propios hombres». Decirles que pueden conocer «verdaderamente» la realidad social sólo mediante un tipo de investigación inevitablemente burocrático es poner un tabú, en nombre de la Ciencia, sobre sus esfuerzos para hacerse hombres independientes y pensadores originales. Es minar la confianza del artesano individual en su propia capacidad para conocer la realidad. Es, en efecto, estimular a los hombres a fijar sus creencias sociales por referencia a la autoridad de un aparato ajeno, y eso está de acuerdo, naturalmente, con toda la burocratización de la razón operada en nuestro tiempo, y es reforzado por ella. La industrialización de la vida académica y la fragmentación de los problemas de la ciencia social no puede tener como consecuencia un papel educativo liberador para los investigadores sociales. Porque lo que esas escuelas de pensamiento desmontan en piezas tienden a mantenerlo desmontado en piezas diminutas acerca de las cuales pretenden estar muy seguras. Pero sólo pueden estar seguras de meros fragmentos abstractos, y la tarea de la educación liberal, y el papel político de la ciencia social, y su promesa intelectual, consisten precisamente en capacitar al hombre para trascender esos ambientes fragmentados y abstractos, para llegar a conocer las estructuras históricas y su lugar propio dentro de ellas. <<

[67] La idea de semejante monopolio en la esfera de las ideas sociales es una de las nociones autoritarias que están en la base del concepto de «El Método» de los científicos como administradores de la razón y que tan tenuemente disfrazada está en los «valores sagrados» de los grandes teóricos. Aún aparece más claramente incorporada en las consignas tecnocráticas que he analizado en el capítulo V. <<

[68] Véase, por ejemplo, Mills, *White Collar*, Oxford University Press, 1951, capitulo 13. Hice lo mismo, en mis notas, con Lederer y Gasset versus «teóricos de la *élite*» como dos reacciones contra la doctrina democrática de los siglos XVIII y XIX. <<



[69] También hay en Mosca aseveraciones acerca de leyes psicológicas que supone apoyan su opinión. Adviértase su uso de la palabra «natural». Pero esto no es fundamental y además no merece ser tenido en cuenta. <<

[70] Quizá debiera yo decir las mismas cosas en un lenguaje más pretencioso, a fin de hacer evidente a quienes no lo saben, lo importante que puede ser todo esto, a saber:

Las situaciones problemáticas deben ser formuladas con la debida atención a sus implicaciones teóricas y conceptuales, así como a los paradigmas apropiados de investigación empírica y los adecuados modelos de verificación. A su vez, esos paradigmas y modelos deben estructurarse de manera que permitan que de su empleo se deduzcan nuevas implicaciones teóricas y conceptuales. Las implicaciones teóricas y conceptuales de las situaciones problemáticas deben ser primero completamente exploradas. El hacerlo exige, del investigador social que especifique cada una de esas implicaciones y las examine en relación unas con otras, pero también de tal manera que encaje en los paradigmas de investigación empírica y en los modelos de verificación. <<

[71] Véanse los excelentes artículos de Hutchinson sobre «penetración» y «esfuerzo creador» en *Study of Interpersonal Relations*, editado por Patrick Mullahy, Nelson, Nueva York, 1949. <<

[72] Dicho sea de pasada, algo de esto es lo que, estudiando a Nietzsche, ha llamado Kenneth Burke «perspectiva por incongruencia». Véase sin falta Burke, *Permanence and Change*, New Republic Books, Nueva York, 1936. <<

[73] Lo ha dicho Edmund Wilson, considerado en general como «el mejor critico del mundo de habla inglesa», quien ha escrito: «Por lo que respecta a mi experiencia con artículos de expertos en antropología y sociología, me ha llevado a la conclusión de que el requisito, en mi universidad ideal, de que los trabajos de cada departamento pasen por un profesor de inglés puede causar una revolución en esas materias, si lograba sobrevivir el segundo de ellos». A *Piece of My Mind*, Farrar, Straus and Cudahy, Nueva York, 1956, p. 164. <<

[74] Malcolm Cowley: «Sociological Habit Patterns in Linguistic Transmogrification», en *The Reporter*, 20 de septiembre de 1956, pp. 41 ss. <<

[75] El autor hace aquí un juego de palabras con la paronomasia *prose y pose*. [T.] <<

[76] Para algunos ejemplos de ese tipo de traducción, véase *supra*, capitulo II. Diré de paso que el mejor libro que yo conozco sobre el arte de escribir es *The Reader* Over *Your Shoulder*, de Robert Graves y Alan Hodge, Macmillan, Nueva York, 1944. Véanse también los excelentes estudios de Barzun y Graff: *The Modern Researcher*, ed. cit.; G. E. Montague: A *Writer's Notes on His Trade*, Pelican Books, Londres, 1930-1949; y Bonamy Dobrée: *Modern Prose Style*, The Clarendon Press, Oxford, 1934-50. <<

[77] Quienes entienden el lenguaje matemático mucho mejor que yo me dicen que es preciso, económico, claro. Por eso desconfío yo tanto de muchos investigadores sociales que piden un lugar fundamental para las matemáticas entre los métodos de estudio social, pero que escriben una prosa imprecisa, antieconómica y oscura. Debieran tomar una lección de Paul Lazarsfeld, quien cree en las matemáticas muchísimo, verdaderamente, y cuya prosa revela siempre, aun en un primer borrador, las cualidades matemáticas indicadas. Cuando no puedo entender sus matemáticas sé que se debe a que soy demasiado ignorante; cuando discrepo de lo que escribe en lenguaje no matemático, sé que se debe a que está equivocado, porque uno siempre sabe exactamente qué es lo que dice y, en consecuencia, cuándo se equivoca. <<